

PROBLEMAS ASPECTUALES DEL AORISTO
Y SU APLICACIÓN A LA LECTURA
DE LOS FILÓSOFOS PRESOCRÁTICOS

Tesis Doctorado en Letras

María Guadalupe Erro

Directora: Dra. Claudia T. Mársico

Codirector: Dr. Fabián G. Mié

Córdoba, mayo de 2013



Erro, María Guadalupe. Problemas aspectuales del aoristo y su aplicación a la lectura de los filósofos presocráticos. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba., 2013

(Trabajo Final Doctorado en Letras)



Problemas aspectuales del aoristo y su aplicación a la lectura de los filósofos presocráticos. por Erro, María Guadalupe se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/arg/).

PREFACIO

El origen de este trabajo de investigación podría remontarse incluso hasta mis primeros años de facultad, a un interés particular por los problemas lingüísticos que surgió espontáneamente con el primer curso de gramática española, y que me fue llevando por lugares insospechados que se internaban en la historia de la lengua y el latín. Supe entonces que era eso lo que me gustaba, y entonces llegó el griego con su asombroso sistema verbal a superar cualquier expectativa. Alguna vez pensé que quería saber también cómo eran y qué decían las gramáticas antiguas y, una vez recibida, emprendí la tarea de imaginar un proyecto de investigación en torno de uno de los problemas que más me había llamado la atención cuando trabajábamos con textos griegos: el aoristo gnómico, un pasado que aparentemente no se limita al pasado; que expresa, en realidad, verdades generales o afirmaciones incuestionables, válidas para todos los tiempos (atemporales) y que en muchos casos no puede traducirse sino por un presente. Había leído muchas y diversas cosas; la mayoría de los estudios especializados en el sistema verbal griego hablaban del aspecto como una categoría determinante para entender las relaciones entre los tiempos, y algunos mencionaban a los estoicos como los primeros que señalaron este tipo de diferencias.

Gramática y filosofía me pareció una combinación intimidante, pero la idea de investigar acerca de la noción de tiempo y su vinculación con el lenguaje me resultaba sumamente atractiva. Pensé que no sería nada sencillo encontrar un director que pudiera articular ambas disciplinas, e incluso estaba dispuesta a buscarlo fuera de Argentina, consciente de que este tipo

de cuestiones no son las que habitualmente le interesan a la mayoría de los investigadores.

Por esos años trabajábamos en el proyecto de *Ordia Prima*, la revista de estudios clásicos que finalmente pudimos concretar y que desde 2002 ha abierto un espacio tan importante para nosotros. Acabábamos de decidimos por el nombre. Y viajamos con Gustavo a Buenos Aires para conocer a David Konstan, quien había aceptado ser parte del comité científico y estaba dispuesto a aconsejarnos con algunos detalles. Después de una charla inicial en el hotel, se sumó Marcelo Boeri, para officiar de guía en un paseo por la ciudad. Konstan nos presentó, hablamos acerca de lo que cada uno investigaba, Boeri me indicó unas lecturas sobre los estoicos y me dijo que sabía de alguien en Buenos Aires que seguramente me podría dirigir.

Mi gratitud para con ambos, ya que por su intermedio conocí a mi directora, Claudia Mársico, quien entonces estaba a punto de doctorarse con una investigación sobre los orígenes de la gramática en Occidente. Ella compartió conmigo su biblioteca, me ayudó a definir el proyecto y supo guiarme en cada una de las instancias de este trayecto con observaciones atinadas, alentando un trabajo que tiene muchos puntos de contacto con la filosofía, algo que me generaba cierta intranquilidad dada mi formación en el área lingüística y literaria. Le agradezco por su generosidad, su disposición y su inagotable energía para esta tarea. Agradezco asimismo a mi co-director, Fabián Mié, por haberme asistido con finas observaciones que problematizaron algunas de las propuestas. Puedo decir que gracias a ellos este trabajo se ha concretado, que me ha servido para esclarecer en buena medida aquel problema original, pero fundamentalmente me ha abierto una gran cantidad de líneas de investigación para desarrollar en adelante.

Debo agradecer a la Universidad Nacional de Córdoba, que por intermedio de la Secretaría de Ciencia y Tecnología (SeCyT) me otorgó una beca que ayudó en los estadios finales de la tesis. Le agradezco también al

prof. Ramón Cornavaca, porque con él trabajé por primera vez a Heráclito y Anaxágoras, textos que despertaron mi curiosidad por esas formas expresivas aparentemente tan lejanas. A André Laks, a la distancia, por haberme hecho llegar algunos artículos que me resultaron de gran ayuda; a Esther Minguell, que amablemente me prestó sus libros sobre aspecto y atendió mis consultas por e-mail; a Julián Aubrit por sus traducciones; a Guadalupe Reinoso, por sus consejos; a Beatriz Bixio y Mabel Brizuela, que me brindaron su apoyo.

Un reconocimiento especial para quienes me ofrecieron su casa para algún tipo de retiro intelectual: mi amiga de la infancia, Verónica Loetti, con quien busqué asilo doctoral y compartí un par de estadías de intenso trabajo en Buenos Aires; mi hermana Elisa, que me albergó unas cuantas mañanas en su departamento; mis padres, con quienes pasé unos días a fin de año y que finalmente son quienes me dieron la posibilidad de venir a estudiar.

Sin duda lo más difícil de todo fue haber tenido que escaparme de casa por momentos más o menos extensos, días, semanas. Quiero por eso agradecer especialmente a Gustavo, por haberse encargado de la casa y de los niños en esas circunstancias, y por la maratón bibliográfica de los últimos días. A Santiago y Margarita les debo muchas tardes de plaza y horas de cuentos que espero poder compensar. A ellos va dedicado este trabajo.

ARCANOS DE LA GRAMÁTICA

Entre los saberes más tradicionales de Occidente, incorporado al *trivium* medieval, uno de los principales ejes en la investigación moderna y contemporánea sobre el lenguaje, la gramática aparece sin embargo en los círculos escolares obligatorios (y académicos inclusive) como algo rígido e inescrutable, que representa muchas veces un obstáculo, acaso un objeto de temor para el estudiante que conserva un vago y por lo general poco grato recuerdo del sujeto y el predicado (ni qué decir de los verbos), o un enigma digno de alguna esfinge para el flamante docente de nivel medio, que en algún momento (sin ir más lejos, a la hora de presentar su primera planificación) se encuentra en la encrucijada y tiene que responder: acudir sin más a cualquier manual, y repetirlo aceptando todos sus esquemas, recetas y constructos; cortar de alguna manera el nudo gordiano evitando al máximo los temas de gramática, o tomar el toro por las astas.

Para muchos de nuestros alumnos y colegas, en efecto, las formas escolarizadas de la gramática, con sus categorías y su metalenguaje, son cuadros y etiquetas vacíos de sentido, una suerte de técnica lúdica que algunos pocos consiguen desarrollar gracias a una habilidad connatural que les permite jugar el juego (y hasta divertirse), pero que para la mayoría de los mortales resulta incomprensible y aburrida: la parte árida de las Letras.

Una visión tan negativa de la gramática y, por consiguiente, de nuestra reflexión sobre la lengua, puede provenir seguramente de la aplicación mecánica y sostenida de modelos de análisis que se han ido vaciando de sentido, pero esta deficiencia que a primera vista podríamos vincular con lo

pedagógico, con la metodología y didáctica de la enseñanza, se origina también en el desconocimiento del proceso de constitución de lo que llamamos *gramática*, cuyas formas y conceptos nacen de la interpretación de las lenguas griega y latina en el marco de la filosofía antigua, dentro de la misma dinámica de evolución de la filosofía.

La gramática como usualmente la entendemos, como una disciplina consagrada al estudio de la lengua y tradicionalmente dividida en tres partes (fonética, morfología, sintaxis), puede decirse que nace recién a partir de finales del siglo II a. C., con la *Téchne grammatiké*, obra que tradicionalmente se atribuye a Dionisio Tracio. Con todo, la constitución tardía de la disciplina no significa la ausencia de análisis y reflexión sobre el lenguaje en la antigüedad. Y tampoco es correcto pensar en las indagaciones lingüísticas antiguas como algo menos preciso o acabado que la moderna ciencia del lenguaje, porque se trata de perspectivas epistemológicas diferentes que hay que tomar en cuenta en su contexto para poder comprender la originalidad del análisis lingüístico de otras épocas y dimensionar su alcance e incidencia a lo largo de la historia de la investigación.

Disponemos de gran cantidad de textos griegos y latinos que muestran el permanente interés de los pensadores de la antigüedad por estas cuestiones, y sabemos que se escribieron muchos otros, hoy perdidos, de los cuales conservamos unos pocos fragmentos o apenas títulos. Los antiguos no sólo hicieron consideraciones acerca del lenguaje, sino que lo constituyeron en objeto de conocimiento en tanto fenómeno posible de ser abordado desde diversos puntos de vista, que posteriormente dieron lugar a diversas disciplinas, con sus consecuentes problemas de interferencia y delimitación, complementariedad, rivalidad y especialización excesiva a lo largo de las épocas.

Casi todos los textos de que disponemos han sido editados y analizados por generaciones de filólogos que se dedicaron a reunir y ordenar, cotejar,

enmendar, datar los fragmentos. Contamos, pues, con un importante corpus en materia de textos antiguos sobre el lenguaje, aunque naturalmente no se descarta la posibilidad de que aparezcan otros, manuscritos o testimonios que puedan haber pasado desapercibidos hasta ahora o que aún estén enterrados y que vengán a suscitar nuevas investigaciones.

Desde otro ángulo, los problemas de conservación, especialmente la fragmentariedad de muchos de estos textos, nos plantean el carácter necesariamente conjetural de algunas de las conclusiones que podamos sacar a partir de su reconstrucción hipotética. Hay sin embargo una larga tradición de trabajo sobre literatura fragmentaria, que alienta la posibilidad de llevar a cabo investigaciones significativas (siempre afectadas, en mayor o menor medida, por la naturaleza de las fuentes) frente a la aparente necesidad de resignarse al silencio ante esta condición de los materiales. Un claro ejemplo son los testimonios de los presocráticos o los estoicos, objeto permanente de nuevas aproximaciones que se suman a la gran cantidad de estudios dedicados a la reconstrucción textual y conceptual de sus obras. Esos textos nos ponen a prueba, nos interpelan y nos comprometen como lectores e intérpretes: nos cuestionan.

Otros aspectos a tener en cuenta son la abundante literatura secundaria, las polémicas que se gestan en el debate de los casos problemáticos, la permanente reserva frente al uso de nuevas claves de lectura o instrumentos metodológicos provenientes de los modernos estudios del discurso, la selección y organización del material en función de modelos científicos actuales (filosofía del lenguaje, lógica, filología, gramática, lingüística, semiótica), que pueden afectar la mirada sobre el corpus y, por consiguiente, la misma reconstrucción histórica. Pensemos por ejemplo en las cuestiones en torno de la *Tékhne grammatiké* que antes mencionamos, el texto que pasa por ser el primer manual de gramática de Occidente, que van desde su consideración como punto de partida absoluto y acto fundacional de la

gramática occidental hasta opiniones mucho menos favorables, que sólo ven allí un remanente escolar que contiene unos pocos elementos relativos a las antiguas ideas sobre el lenguaje, carentes de importancia para la investigación en los siglos XIX y XX. Afortunadamente, la misma polaridad ha dado lugar a planteos más moderados que parten de una perspectiva más bien lingüística que estrictamente gramatical y que obligan a reconsiderar las virtudes de ese texto.

El hecho de que en la antigüedad el lenguaje fuera materia común de lo que actualmente son numerosas ciencias o disciplinas no implica renunciar a la posibilidad de articular estos saberes antiguos con las más “modernas” teorías y metodologías en un genuino diálogo de épocas. La representación que nos hacemos de la historia de las ideas en sus comienzos también es producto del tipo de análisis que realizamos de los documentos de que disponemos. Como se trata de un corpus condicionado por lo fragmentario, si el abordaje se funda solamente en una perspectiva lineal y unidireccional, el efecto será de mayor fragmentación porque en una línea las discontinuidades se destacan, llaman la atención y muchas veces no nos permiten considerar las cosas desde otros ángulos. En este sentido, nos hemos acostumbrado a pensar la historia de las ideas como un decurso en el que cada pensador sustituye a su maestro al tiempo que forma a su continuador, y naturalmente esta visión sucesoria ha redundado en una exégesis parcelada de los documentos inscriptos en esos procesos, una forma de proceder que desconoce la necesidad de entender a esos autores que signaron la tradición como figuras preponderantes de un ambiente intelectual mucho más complejo.

Este trabajo pretende darle a los datos lingüísticos un papel central en el análisis e interpretación de textos filosóficos antiguos, dado que en general son objeto de análisis desde perspectivas estrictamente filosóficas cuyo

interés se reduce muchas veces a las doctrinas en desmedro de la constitución de los textos. Numerosos son los fenómenos lingüísticos problemáticos que nos encontramos en el proceso de lectura, interpretación o traducción, y que requieren una explicación que exceda la mera mención en una nota a pie de página.

Las investigaciones modernas y actuales acerca del lenguaje han mostrado algunos desarrollos que pueden enriquecer las discusiones suscitadas por los textos antiguos y eventualmente generar nuevos planteos. En ese sentido, este trabajo no ha de seguir los cauces habituales de la discusión especializada en el extenso campo del análisis de los sistemas filosóficos antiguos, sino que intentará contribuir dándole protagonismo al comentario de los detalles relacionados con las categorías de tiempo y aspecto, sus procedimientos morfológicos, sintácticos y léxicos, en tanto claves que pueden articular la lectura, transmisión, interpretación y traducción. Aunque hay numerosos estudios dedicados a examinar el estilo o la forma poética de los primeros filósofos griegos, se ha explorado poco la constitución temporal de estas explicaciones del mundo y su funcionamiento.

En ese sentido nuestro aporte apunta al esclarecimiento de los problemas que habitualmente se suscitan en torno del aoristo. Pese a que lo consideramos como una de las formas de pretérito, no siempre se deja encasillar y más de una vez nos pone en aprietos a la hora de traducir; sentimos que hay allí una suerte de anomalía temporal que no siempre podemos entender pero que se pone de manifiesto concretamente en la dificultad que significa a la hora de traducir.

Para poder abordar estos problemas deberemos examinar el ámbito de los usos y valores de los tiempos en el sistema verbal griego, teniendo en cuenta que el sistema se estructura a partir de la articulación de las categorías de tiempo y aspecto. Será necesario observar primeramente cómo se ha desarrollado esta categoría en la lingüística contemporánea, que es el ámbito

en que ha sido formulada como tal. Una vez aclarado el concepto de aspecto y sus variedades, iremos al pasado para examinar las consideraciones de los gramáticos y filósofos antiguos sobre el tiempo en relación con el lenguaje, partiendo de algunas precisiones preliminares acerca del estatuto de la elaboración lingüística que aparece en Platón, Aristóteles y el estoicismo. Nos abocaremos entonces a las distinciones, designaciones y definiciones de las formas verbales que aparecen en el origen mismo de la gramática como disciplina, y al debate actual sobre la posible identificación de la noción de aspecto verbal por parte de los estoicos en su intento por explicar las variedades o clases de tiempos.

A esa altura estaremos en mejores condiciones para hablar del aoristo y sus posibilidades expresivas, de su carácter indefinido, su relación con las demás formas del paradigma y los diversos intentos de explicación y clasificación de los usos llamados gnómicos, que es lo que particularmente nos interesa desentrañar. A la luz de esos datos podremos abordar el corpus seleccionado para indagar en qué medida las consideraciones de orden lingüístico que pueden hacerse sobre el uso de aoristos problemáticos son pertinentes para el estudio de textos filosóficos antiguos y de gran utilidad en su exégesis, traducción e interpretación.

HISTORIA DEL ASPECTO

El recorrido de nuestro estudio se inicia en los vericuetos de la categoría de aspecto. Comenzaremos por internarnos en las consideraciones modernas sobre este ámbito a los efectos de avanzar hacia una definición general de lo que puede comprenderse como aspecto. No se trata de una tarea sencilla, dada la complejidad misma de la categoría y del consecuente caos bibliográfico que la rodea, transido de vaguedades y contradicciones que oscurecen la posibilidad de resolver rápidamente una serie acotada de rasgos generales de este fenómeno. La clarificación de la distinción de tipos aspectuales, prestando atención al aspecto gramatical o flexivo y al aspecto léxico forma parte del análisis que emprenderemos a partir de aquí.

En efecto, el estudio del aspecto ha sido comparado con una especie de bosque enmarañado que atrapa a quienes se aventuran a entrar, un territorio muy explorado pero escasamente cartografiado.¹ Indudablemente el tiempo también es algo problemático, pero al menos se trata en principio de un concepto más familiar, en alguna medida. Con todo, el aspecto es algo íntimamente relacionado con el tiempo e igualmente determinante para la comprensión de ciertas nociones y relaciones que se expresan en el lenguaje; sirve como criterio para caracterizar y distinguir tipos temporales de acuerdo con el modo en que una acción tiene lugar o según la perspectiva desde la cual se considera un evento o situación.²

¹ Macaulay (1978).

² "Evento" o "situación" son los términos que habitualmente se utilizan para hacer referencia de forma general a cualquier tipo de acción o estado denotado por un predicado. Se los puede entender en un sentido amplio que engloba sucesos, procesos, estados etc. Como sucede en otros casos, no hay un acuerdo completo entre los lingüistas al respecto (algunos

Si bien la distinción de tipos temporales puede remontarse hasta los primeros gramáticos y filósofos griegos, el término “aspecto” es bastante reciente. Se trata de un calco del ruso *vid* (conectado etimológicamente con palabras que indican la idea de *ver* o *mirar*, al igual que la raíz de “aspecto” en nuestra lengua), que aparece en el siglo XIX a partir de los estudios de gramática eslava y arraiga en la tradición lingüística a fines de siglo.

Puede decirse que el aspecto como categoría es algo bastante claro y concreto en la gramática eslava desde el momento en que tiene una marca morfológica propia en este grupo de lenguas; la gran mayoría de los verbos en ruso presenta dos series completas de formas temporales que responden a la distinción aspectual *imperfectivo/perfectivo*. La diferencia entre ambos tipos permite que un mismo evento pueda ser apreciado desde perspectivas diferentes: desde dentro, como una acción incompleta o considerada en su desarrollo (forma imperfectiva), o bien desde fuera, como una acción completa, concebida con su término (forma perfectiva). El sistema eslavo es relativamente simple, si se quiere, puesto que cada uno de esos tipos aspectuales tiene su marca independiente de los morfemas temporales. En otras lenguas, como el griego o el español, no se observan morfemas exclusivamente aspectuales, pero además la conformación de todo el sistema es distinta, naturalmente, lo que significa un problema si se toma el sistema eslavo como modelo de análisis y se intenta que las distinciones coincidan o si se pretende explicar a partir de allí la mayor complejidad del griego o de cualquier otra lengua. Hay, de todas maneras, numerosas similitudes entre los aspectos del eslavo y las variedades temporales del griego antiguo o de las lenguas romances y germánicas, puesto que se trata de lenguas pertenecientes a una misma familia.

entienden que los estados deben excluirse de esta categoría, como veremos más adelante); usaremos estos términos, sin embargo, en la mayoría de los casos, excepto cuando los estudios referidos prefieran otra terminología.

El término *vid* se registra en la gramática eslava desde comienzos del siglo XVII, pero es aplicado por primera vez a una distinción no temporal por N. Greč en su gramática rusa de 1827, donde advierte que las mismas formas que expresan tiempo sirven además para explicitar otros datos accesorios que precisan el significado y la extensión de la acción. El concepto moderno de aspecto en ruso en tanto oposición de formas perfectivas e imperfectivas surgió recién en la segunda mitad del siglo XIX con la aparición de la *Vergleichende Grammatik der slavischen Sprachen* de F. Miklosisch. Se propusieron varios esquemas aspectuales en esta época, basados en oposiciones de diversa índole y, hacia fines de este siglo, el estudio del aspecto ruso se vio fuertemente influenciado por las investigaciones sobre las lenguas occidentales, como parte de la filología indoeuropea que estaba en auge en ese momento, de modo que no hubo un desarrollo independiente para la lengua eslava durante bastante tiempo, hasta la publicación de “Zur Structur des russischen Verbums” de R. Jakobson en 1932.³

En su gramática griega de 1852, Curtius distinguió entre *Zeitstufe* (grado temporal) y *Zeitart* (clase de tiempo), nociones que en la tradición lingüística germánica dieron lugar a *Aktionsart* (literalmente: tipos o clases de acción), un término que apareció a fines del siglo XIX⁴ como un tecnicismo de significado general para referirse al aspecto, es decir, sin pretensiones en cuanto al establecimiento de diferencias, pero que pronto devino en un tercer concepto, distinto de las nociones de tiempo y aspecto a partir de la obra de S. Agrell (1908)⁵. Sin embargo, algunos estudiosos lo interpretaron como algo estrictamente formal, vinculado especialmente con procedimientos

³ Véase Jakobson (1971: 3-15).

⁴ Este uso puede verse en el trabajo de W. Streitberg en 1891. En el enfoque de Brugmann, de 1904, no hay todavía una diferencia con “aspecto”.

⁵ Véase el planteo de Agrell (1908). Para una historización más completa del tema, cf. A. K. Mlynarczyk (2004).

morfológicos y sintácticos, mientras que otros pensaron que implicaba distinciones exclusivamente semánticas como las que se observan en las numerosas clasificaciones de tipos verbales (de estado, de movimiento, causativos, incoativos, etc.). En consecuencia, el término *Aktionsart* llegó a tener dos significados distintos que, además, entraban en conflicto.

Es verdad que tampoco en la actualidad se puede decir que exista un acuerdo completo respecto de si el aspecto es un fenómeno léxico o gramatical, o de ambos tipos. En muchos casos, la terminología utilizada y las clasificaciones varían según lo que cada autor propone. Jespersen (1924: 286 ss.) observó los problemas que acarrea la gran cantidad de distinciones que han sido vinculadas con la noción de aspecto, y señaló como ejemplo las siguientes oposiciones:

- Aoristo –vs.– imperfecto (distinción temporal).
- Verbos conclusivos –vs.– no conclusivos.
- Durativo –vs.– puntual.
- Terminado –vs.– no terminado.
- Permanente –vs.– transitorio.
- Acción que tiene lugar una sola vez –vs.– acción repetida o habitual.
- Estabilidad –vs.– cambio.
- Implicación o no de un resultado.

Aunque el reconocimiento de variedades aspectuales parece ser una cuestión de larga data en las lenguas clásicas y un fenómeno claramente observable en las lenguas eslavas, su ingreso formal en la tradición de los estudios lingüísticos de Occidente provocó bastante confusión debido a la forma en que se desarrolló el concepto en la modernidad, las dificultades en torno de la definición de la categoría, el debate por su carácter universal y la posibilidad de identificarla concretamente en otras lenguas deslindándola suficientemente del tiempo.

Tiempo y aspecto son nociones que están íntimamente relacionadas, pero el tiempo es una categoría deíctica, es decir que sirve para localizar un

evento con relación a un punto de referencia externo, que puede ser el momento del habla (tiempo de la enunciación) o el momento en que tiene lugar otro evento, mientras que el aspecto se refiere al tiempo como propiedad inherente de un evento, y lo muestra en su desarrollo o distribución en el eje temporal sin hacer referencia al momento del habla. De este modo, una o más unidades de un predicado aportan información sobre las características propias del evento denotado, información que tiene que ver con el desarrollo temporal interno del evento y con la forma de organización del tiempo, independientemente de su ubicación con relación a otro evento o al momento del habla, provista por el tiempo en tanto categoría deíctica.

El aspecto es una categoría que representa la forma lingüística en que concebimos y expresamos las situaciones extralingüísticas, y puede verificarse en diversos procedimientos que naturalmente varían de una lengua a otra. Por medio del aspecto se expresa una gran cantidad de nociones, un amplio conjunto de informaciones o datos relacionados con el modo en que tiene lugar un evento descrito por un predicado, por ej.: proceso, duración, continuidad, delimitación, culminación, intermitencia, repetición. El aspecto nos informa acerca de la extensión temporal (si se trata de un período prolongado, acotado o instantáneo), distingue fases (inicio, desarrollo, final), señala determinadas oposiciones (estático/dinámico, delimitado/no delimitado, durativo/puntual, semelfactivo/iterativo). Todos estos datos relativos a la manera en que se desarrolla o se distribuye un evento en el tiempo tienen su manifestación formal en diversas lenguas mediante diferentes procedimientos, como puede ser el uso de morfemas derivativos, perífrasis o la misma información contenida en la raíz verbal. Los verbos contienen datos acerca de las circunstancias a las que se refieren o acerca de quienes participan en la situación comunicativa, y esa información es fundamental para entender el comportamiento sintáctico de los

predicados desde el momento en que incide en la determinación de la estructura argumental, es decir, en el tipo y número de argumentos que cada verbo selecciona. Además de esta selección argumental, el significado de los verbos implica la asociación con una estructura aspectual o eventiva que tiene que ver con la constitución temporal interna de la situación denotada, y que permite establecer generalidades basadas en las nociones y oposiciones antes mencionadas.

Esto quiere decir que cuando hablamos de aspecto debemos tener en cuenta que se trata de una categoría compleja que involucra cuestiones de orden morfológico, sintáctico y léxico, y que todos esos elementos funcionan de forma articulada entre sí y con otros componentes del contexto. Para evitar los problemas que surgen de las diversas manifestaciones de esta categoría en cada lengua, se utiliza a menudo el concepto más amplio de *aspectualidad* en tanto categoría lingüística general que engloba los diversos tipos de aspecto y la variedad de procedimientos que cada lengua desarrolla.

En el amplio campo de los significados aspectuales se pueden identificar dos variedades fundamentales, el *aspecto léxico* y el *aspecto gramatical*, que se distinguen a partir de la diferencia entre un significado aspectual inherente a las unidades léxicas de una determinada lengua y otro que es aportado por morfemas flexivos, derivativos o perífrasis. A pesar de la imposibilidad de trazar una línea divisoria entre morfología y sintaxis (en ese sentido muchos lingüistas directamente prefieren hablar de morfosintaxis), a la que le podemos sumar las dificultades que supone distinguir estrictamente entre los procedimientos pertenecientes a la morfología y los que tienen que ver con el léxico, se ha generalizado el uso del término *aspecto* acompañado del adjetivo que indica si la información relativa al desarrollo del evento viene proporcionada por morfemas flexivos o bien por el lexema (*aspecto flexivo* o *aspecto léxico* respectivamente). En muchos casos se asocia sin reparos *aspecto flexivo* con *aspecto morfológico*, siendo que no son solamente los

morfemas flexivos los que transmiten información aspectual, sino también los derivativos, que son portadores de información lexical, y aunque tienen que ver con la morfología, ciertamente no son mecanismos de flexión *stricto sensu*. La misma variedad de formas en que se manifiestan estos significados hace que, además de las ya mencionadas, proliferen otras tantas distinciones: *aspecto perifrástico, aspecto derivativo, aspecto sintáctico*. Lo más frecuente es, sin embargo, que se trabaje con dos grandes ámbitos: por una parte, los procedimientos de flexión (a los que se suelen incorporar las perífrasis); por otra, los mecanismos léxico-sintácticos.

Si pensamos en ejemplos de nuestra lengua, claramente hay verbos que de por sí indican un evento o situación que se extiende en el tiempo, como es el caso de *dormir* o *preparar*; otros expresan momentaneidad, como *descubrir* o *disparar*. Algunos, como *confeccionar* o *morir*, señalan un término o estado culminante hacia el cual se orienta el evento, algo que no está presente, por ej., en *molestar* o *vivir*. Otros marcan los distintos momentos de la acción o situación, como *iniciar, emprender, llegar, concluir*. Todas estas distinciones hablan de la capacidad léxica que tienen los verbos para indicar el modo en que se da la situación a la que se refieren. A este tipo de distinciones, que se vinculan con el *aspecto léxico, Aktionsart, modo de acción* o *accionalidad*, parece referirse Aristóteles en el libro IX de la *Metafísica* (1048b18-35) cuando señala la diferencia que existe entre las acciones que tienen un límite y las que carecen de él. La distinción se plantea en los siguientes términos:

Ἐπεὶ δὲ τῶν πράξεων ὧν ἔστι πέρας οὐδεμία τέλος ἀλλὰ τῶν περὶ τὸ τέλος, οἷον τὸ ἰσχυαίνειν ἢ ἰσχυασία [αὐτό], αὐτὰ δὲ ὅταν ἰσχυαίνη οὕτως ἔστιν ἐν κινήσει, μὴ ὑπάρχοντα ὧν ἕνεκα ἡ κίνησις, οὐκ ἔστι ταῦτα πρᾶξις ἢ οὐ τελεία γε (οὐ γὰρ τέλος)· ἀλλ' ἐκείνη <ἢ> ἐνυπάρχει τὸ τέλος καὶ [ἢ] πρᾶξις. οἷον ὄρα ἅμα <καὶ ἐώρακε,> καὶ φρονεῖ <καὶ πεφρόνηκε,> καὶ νοεῖ καὶ νενόηκεν, ἀλλ' οὐ μανθάνει καὶ μεμάθηκεν οὐδ' ὑγιάζεται καὶ ὑγίασται· εὖ ζῆ καὶ εὖ ἔζηκεν ἅμα, καὶ εὐδαιμονεῖ καὶ εὐδαιμόνηκεν. εἰ δὲ μή, ἔδει ἂν ποτε παύεσθαι ὥσπερ ὅταν ἰσχυαίνη, νῦν δ' οὐ, ἀλλὰ ζῆ καὶ ἔζηκεν. τούτων δὴ <δεῖ> τὰς μὲν κινήσεις λέγειν, τὰς δ' ἐνεργείας. πᾶσα γὰρ κίνησις ἀτελής, ἰσχυασία μάθησις βᾶδισις οἰκοδόμησις· αὗται δὲ

κινήσεις, καὶ ἀτελεῖς γε. οὐ γὰρ ἅμα βαδίζει καὶ βεβάδικεν, οὐδ' οἰκοδομεῖ καὶ ᾠκοδόμηκεν, οὐδὲ γίγνεται καὶ γέγονεν ἢ κινεῖται καὶ κεκίνηται, ἀλλ' ἕτερον, καὶ κινεῖ καὶ κεκίνηκεν· ἑώρακε δὲ καὶ ὄρα ἅμα τὸ αὐτό, καὶ νοεῖ καὶ νενόηκεν. τὴν μὲν οὖν τοιαύτην ἐνέργειαν λέγω, ἐκείνην δὲ κίνησιν.

Puesto que ninguna de las acciones que tienen término constituye el fin, sino algo relativo al fin como, por ejemplo, del adelgazar lo es la delgadez, y el sujeto, mientras está adelgazando, está en movimiento en cuanto que aún no se da aquello para lo cual es el movimiento, ninguna de ellas es propiamente acción o, al menos, no es acción perfecta (ya que no es el fin). En ésta, por el contrario, se da el fin y la acción. Así, por ejemplo, uno sigue viendo <cuando ya ha visto>, y medita <cuando ya ha meditado>, y piensa cuando ya ha pensado, pero no sigue aprendiendo cuando ya ha aprendido, no sigue sanando cuando ya ha sanado; uno sigue viviendo bien cuando ya ha vivido bien, y sigue sintiéndose feliz cuando ya se ha sentido feliz. Si no, deberían cesar en un momento determinado, como cuando uno adelgaza. Pero no es éste el caso, sino que se vive y se ha vivido. Pues bien, de ellos los unos han de denominarse movimientos y los otros, actos. Y es que todo movimiento es imperfecto: adelgazar, aprender, ir a un sitio, edificar. Éstos son movimientos y, ciertamente, imperfectos. En efecto, no se va a un sitio cuando ya se ha ido a él, ni se edifica cuando ya se ha edificado, ni se llega a ser cuando ya se ha llegado a ser o está uno en movimiento cuando ya se ha movido, sino que son cosas distintas, y también lo son mover y haber movido. Por el contrario, uno mismo ha visto y sigue viendo, piensa y ha pensado. A esto lo llamo yo acto, y a lo otro, movimiento.

Aristóteles distingue aquí entre verbos de *kinesis* (*construir, adelgazar, aprender*) y verbos de *enérgeia* (*ver, pensar*), que podría identificarse con lo que actualmente se denominan verbos *télicos* y *atélicos* o eventos *delimitados* y *no delimitados*. Para ilustrar la diferencia entre unos y otros se sirve del perfecto griego, planteando lo que se conoce en la lingüística moderna como “paradoja imperfectiva”.⁶ Esta constituye una de las pruebas más frecuentemente utilizadas para identificar la clase aspectual a la que pertenece un verbo, ya que el uso del pasado en su forma progresiva permite inferir la forma de perfecto y la forma perfecta progresiva. En un ejemplo: si

⁶ A partir del trabajo de D. Dowty (1977), donde parece haber surgido la denominación. El problema consiste en que, si un evento de tipo delimitado se interrumpe antes de que alcance su *télos*, no se puede afirmar que dicho evento haya tenido lugar y la paradoja radica en que un predicado télico pueda aparecer en la forma imperfectiva.

Juan estaba construyendo, automáticamente se puede decir que Juan construyó, ha construido y ha estado construyendo. De manera similar, la forma progresiva de presente implica el presente, el pretérito perfecto y la forma progresiva de este: si Juan está construyendo, también puede decirse que Juan construye, ha construido y ha estado construyendo. Esta distinción aristotélica ha sido redescubierta o reinterpretada en numerosas oportunidades y por distintos autores.⁷

Evidentemente, lo planteado por Aristóteles tiene que ver con una distinción de tipo lexical, pero no es exactamente lo mismo que la *Aktionsart* (en todo caso, es un tipo de esta) y, en consecuencia, suele aparecer como otra variedad denominada precisamente “aspecto aristotélico”.

No hay duda de que lo planteado aquí por Aristóteles tiene que ver con una distinción de tipo lexical, pero no todos los autores creen que sea exactamente lo mismo que la *Aktionsart* y, en consecuencia, suele aparecer como otra variedad denominada precisamente “aspecto aristotélico”. Tres son, entonces, las formas que se asocian tradicionalmente con el aspecto, provocando alguna confusión: aspecto morfológico (gramatical o flexivo), *Aktionsart* (aspecto léxico) y aspecto aristotélico. Hay que ver si son tres facetas del mismo fenómeno, tres manifestaciones lingüísticas de la misma categoría, o si representan tres categorías o fenómenos distintos pero que a veces se interrelacionan. Cf. Binnick, 1991 pp. 170ss.

Cabe aclarar que el aspecto léxico no debería asociarse únicamente con la información aportada por el componente léxico de los verbos, dejando de lado la interacción con otras piezas léxicas y elementos del contexto, algo que distingue claramente al aspecto del tiempo, ya que este no es una categoría de naturaleza composicional. En ese sentido, la noción de aspecto léxico no

⁷ En Ryle (1949), aparece como *achievements/activities*; en Kenny (1963) como *states/activities*; en Vendler (1957), como *achievements/accomplishments*.

es léxica *stricto sensu* sino que tiene también su costado sintáctico, y por eso la concepción de *Aktionsart* imperante actualmente en los estudios especializados es más bien la de una categoría léxico-semántica en cuya delimitación interviene una serie de factores de diversa naturaleza que actúan de manera conjunta en el marco de la oración y determinan una importante variedad de configuraciones oracionales. Al no ser una categoría privativa de los verbos, se manifiesta en todo el ámbito de la predicación e involucra relaciones y procedimientos posibles de combinarse y que deberían ser considerados en su conjunto al momento de someterlos a las pruebas lingüísticas que habitualmente se utilizan para su comprobación o clasificación, o a la hora de ponerlos en juego para la lectura, traducción e interpretación de textos. Pese a todo, en muchos trabajos especializados (en el nuestro inclusive) se mantiene la denominación de *aspecto léxico* por tradición y porque atiende a su especificación original, que lo distingue del aspecto flexivo en tanto manifestación morfológica productiva y regular, y del tiempo en tanto categoría que tiene también su manifestación morfológica pero que no toma en cuenta el significado de la base verbal. “Así se hace por lo general –aclara De Miguel–, a pesar de que este *modus operandi* pueda resultar paradójico o inadecuado si no se concibe el término como una mera etiqueta que recubre un concepto más abarcador” (1999: 2987). No deberíamos olvidar, entonces, que desde el momento en que hablamos de *aspecto gramatical* por oposición al *aspecto léxico*, estamos poniendo en discusión la concepción misma de gramática con que nos manejamos, ya que de alguna manera estamos diciendo que el léxico no es parte de la gramática de una lengua, algo que necesariamente tiene sus consecuencias teórico-metodológicas. En palabras de Albertuz (1995: 286):

En definitiva, si existe una frontera entre aspecto y *Aktionsart* ésta estará situada allí donde se delimite el componente morfológico (flexivo) de las lenguas frente al léxico. Este planteamiento, sin embargo, desplaza el

problema a un nivel teórico superior: el de la distinción misma entre lo gramatical y lo léxico.

En tanto fenómeno léxico, se ha relacionado el concepto de *Aktionsart* con las formas temporales de los procesos según se trate de estados o eventos, y se han propuesto dos grandes variedades: *perfectiva* (con subespecies que señalan el momento inicial o el estado resultante –verbos incoativos o ingresivos y resultativos respectivamente–) e *imperfectiva* (representada por los verbos iterativos e intensivos).⁸

Por otra parte, esta misma oposición se manifiesta en el paradigma verbal español entre las formas que se refieren a situaciones o eventos concluidos o no concluidos, como por ejemplo en *como* y *he comido* (presente/pretérito; forma simple/forma compuesta), o entre *comía* y *comí* (dos formas simples de pretérito). También se pueden señalar detalles relacionados con el aspecto mediante el empleo de perífrasis verbales (*estar + gerundio* indica duratividad, *comenzar + a + infinitivo* y *terminar + de + infinitivo* señalan fase inicial y final respectivamente, entre muchas otras opciones de que dispone nuestra lengua). Todos estos ejemplos tienen que ver con procedimientos gramaticales, morfológicos o sintácticos, algunas veces gramaticalizados, mediante los cuales los hispanohablantes expresamos las diferentes características constitutivas de un evento o situación. Esta propiedad asociada con determinadas formas gramaticales (morfemas, auxiliares, perífrasis) se conoce, por lo tanto, como *aspecto gramatical o flexivo* y se la asocia más estrechamente con el tiempo que al aspecto léxico. Esto se debe, seguramente, al hecho de que en muchas lenguas la información

⁸ Otras oposiciones y propuestas terminológicas son, por ejemplo: desinente/permanente (Bello 1847), conclusivo/no conclusivo (Jespersen 1924), transformativo/no transformativo (Ruipérez 1954), integrante/dirimente (Guillaume 1964), cíclico/acíclico (Bull 1960), télico/atélico (Garey 1957), delimitado/no delimitado (Declerck 1979), entre otros muchos que complejizan aún más la cuestión, su tratamiento y su presentación didáctica.

temporal y aspectual se expresa por medio de morfemas sincréticos, lo que dificulta en último caso la distinción de ambas categorías.

También se ha intentado diferenciar las variedades aspectuales de acuerdo con el criterio de la presunta subjetividad u objetividad de cada una. Según esta propuesta (que tiene su origen en los trabajos de Marouzeau, Wackernagel, y Brugmann),⁹ la aspectualidad que se expresa por medio de oposiciones morfológicas depende de la selección que haga el hablante, ya que este puede presentar un mismo evento como acabado o no, mientras que la aspectualidad contenida en la raíz verbal no resultaría de una elección del sujeto sino que es el propio verbo de por sí el que la transmite, y condiciona de alguna manera la selección de los hablantes. Desde esta perspectiva se entiende que el aspecto morfológico es subjetivo y el léxico, objetivo, una posición que ha tenido numerosas objeciones, entre las cuales podemos observar la que presenta De Miguel (1999: 2988, n. 17):

Como crítica más general, puede argumentarse que toda categoría lingüística es subjetiva, en la medida en que constituye una representación de la mente humana y no una realidad preexistente –por eso un mismo hecho del mundo es reflejado en forma distinta en las distintas lenguas–. Pero, además, la utilización de un determinado aspecto flexivo no siempre depende de la decisión del hablante: antes bien, el uso de ciertas formas viene impuesto por el contexto, como ocurre con expresiones adverbiales como *súbitamente* (que, para expresar un evento único, exige un aspecto perfecto [...]). Por otra parte, tampoco la *Aktionsart* es una noción objetiva que refleja cómo son los eventos del mundo [...]

Como consecuencia de la cantidad y variedad de matices aspectuales que pueden expresarse, y de los numerosos recursos y procedimientos de que disponen las lenguas para hacerlo, hay un vasto territorio de significados aspectuales cuya descripción y clasificación han dado lugar a muy diversas taxonomías basadas en diferentes parámetros y criterios. Para evitar el efecto

⁹ Marouzeau (1950); Brugmann (1885).

de caos, se ha intentado organizar esta diversidad en dos grandes grupos: “aspectualidad cualitativa y “aspectualidad cuantitativa”. La primera reúne los eventos que suponen cambio (o su ausencia), límite o falta de límite interno, y fase (inicio – desarrollo – final). *Estático/dinámico, delimitado/no delimitado, ingresivo/progresivo* son algunas de las oposiciones que pueden expresarse en este caso. La segunda tiene que ver con la distribución de los eventos en el tiempo: rasgos tales como duración, intensidad o repetición dan lugar a oposiciones del tipo *durativo/puntual, simple/múltiple, normal/intensivo/atenuativo*.

La clasificación de Vendler

En 1957, Z. Vendler publicaba “Verbs and Times”, un artículo que se ha vuelto material de referencia obligada en el ámbito de los estudios sobre el aspecto. Su clasificación de los verbos en cuatro clases aspectuales (*Aktionsarten*) ha sido analizada por diversos autores y adoptada por la mayoría. Puede decirse entonces que el desarrollo de las actuales investigaciones acerca de tipos aspectuales vinculados a la información lexical de los verbos tiene su origen directa o indirectamente en la filosofía del lenguaje, área en que el estudioso americano de origen húngaro se formó y desarrolló su trabajo.¹⁰ La gran influencia que ha tenido Vendler para las aproximaciones estrictamente lingüísticas hace necesario que consideremos algunos aspectos de su propuesta.

¹⁰ Vendler y Kenny recuperan de alguna manera el tratamiento del aspecto léxico, que había aparecido antes en Francia e Inglaterra con las clasificaciones elaboradas por lingüistas como Brunot (1922) o Poutsma (1926), quienes parecen haber observado ya algunos problemas con relación a este tipo de distinciones, aunque sus trabajos no tuvieran una continuidad en sus respectivas tradiciones lingüísticas.

En principio hay que decir que las propiedades aspectuales de las sentencias en las lenguas naturales permiten expresar la estructura temporal con relación a la cual pueden ser interpretadas. Las sentencias pueden pertenecer a estados, procesos o eventos; pueden expresar límite, duración, repetición, simultaneidad, frecuencia, hábito y otras tantas formas de temporalidad/aspectualidad.

Existe sin embargo un conflicto entre la información que aparece distribuida en los constituyentes estructurales de una sentencia y la propuesta de las clases aspectuales tal y como Vendler las plantea. Su clasificación cuatripartita, que distingue *estados* (“states last for a period of time”), *actividades* (procesos no delimitados, “going on in time”), *realizaciones* (procesos delimitados) y *logros* (eventos puntuales: “achievements occur at a single moment”)¹¹, tiene que ver con la distinción aristotélica que mencionamos más arriba, y es una clasificación no lingüística en tanto concierne tipos o categorías situacionales; aunque los criterios para distinguir cada clase de las otras son de naturaleza lingüística.

Los lingüistas que aceptan esta división piensan que, por más que los criterios específicamente lingüísticos puedan variar de una a otra, en cada lengua está la posibilidad de encontrar parámetros apropiados para darle a la clasificación de Vendler una base sólida como parte de una teoría aspectual. Frente a la generalizada aceptación de la tipología de Vendler, H. Verkuyl (1993: 4) opina que la clasificación se enreda, que se complica con la evidencia de la tradición lingüística de la primera parte del siglo XX, y que finalmente termina privilegiando la concepción del aspecto como una propiedad no lexical de la estructura de las sentencias.

Si la constitución del aspecto es un proceso a nivel estructural, ¿cómo se puede sostener una clasificación a nivel lexical (que es usada, además, por

¹¹ *States, activities, accomplishments* y *achievements* son los términos originales. Las citas corresponden a Vendler (1957: 147 y 155).

muchos semantistas)?¹². Verkuyl cree que Vendler no ha delimitado correctamente los planos del análisis y que, en consecuencia, no alcanza a distinguir suficientemente entre criterios relacionados con (alguna clase de) agentividad y criterios basados en propiedades puramente temporales de las situaciones, como pueden ser delimitación, unicidad, etc.

Albetuz señala oportunamente que, al no ser un lingüista, Vendler desconoce la tradición gramatical en el análisis del aspecto y no se somete a sus presupuestos teórico-metodológicos. Esto puede apreciarse en principio en las designaciones utilizadas tanto por él como por Kenny (1963), que no emplean el término “aspecto” sino que hablan de un elemento temporal específico (*time element*) para referirse a su objeto de estudio (Albetuz 1995: 289).

Según lo planteado por Vendler, este elemento aportado por los verbos responde a una acotada serie de esquemas básicos (*time schemata*) que se pueden establecer a partir de la diferencia lingüística existente entre los verbos que poseen tiempos continuos y los que no los poseen. Así pues, intenta poner de manifiesto esos esquemas mediante ejemplos de usos verbales típicos (del inglés), de manera que luego puedan ser puestos a prueba y utilizados como modelos de análisis.

Una vez establecida esa primera división mediante la prueba de compatibilidad con la forma progresiva, es decir, entre verbos que admiten formas *-ing* (i.e. expresan procesos que avanzan en el tiempo) y verbos que no las admiten (i.e. expresan procesos que no avanzan en el tiempo), Vendler procede a la subdivisión de cada clase, de lo cual resultan los cuatro *time*

¹² El hecho de que su clasificación se lleve a cabo en un nivel lexical abona la idea de que se trata de categorías ontológicas, cf. Dowty (1979).

schemata clásicos que podemos encontrar en cualquier estudio especializado y que reproducimos a continuación:¹³

ESTADOS	<i>saber, tener, pertenecer, ser inteligente</i>
ACTIVIDADES	<i>correr, trabajar, dormir, jugar</i>
REALIZACIONES	<i>matar, romper, correr cien metros</i>
LOGROS	<i>descubrir, alcanzar, llegar, empezar</i>

Probablemente lo primero que llama la atención es que algunos de los ejemplos no son verbos en sentido estricto, sino que incluyen un complemento, lo cual refuerza de alguna manera el carácter composicional de las distinciones aspectuales. Por eso es preferible hablar de sintagmas verbales, o directamente de predicados más que de unidades léxicas aisladas, ya que un mismo verbo puede expresar varios tipos de situación y ser clasificado entonces de diversas maneras de acuerdo con el contexto en que aparece (cf. *correr* frente a *correr cien metros*, etc.).

Cada clase puede describirse de la siguiente manera:

- ESTADOS

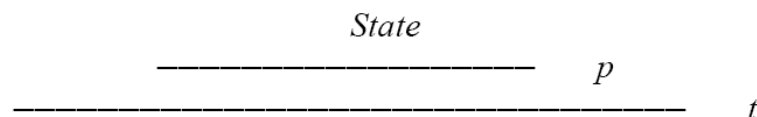
Se trata de situaciones carentes de dinamismo, es decir que no se extienden en el tiempo. Más allá de que un estado pueda surgir como resultado de algún cambio o ser susceptible de cambio, el cambio en sí no es un rasgo inherente al estado.

Las situaciones descritas por predicados de estado (por ej. *creer en Dios, tener una casa*) tienen más que ver con las propiedades, cualidades, disposiciones o habilidades del sujeto que no con actividades o procesos en

¹³ Hay una cierta variedad de traducciones propuestas para cada uno de los términos vendlerianos. Mientras que *activity* y *state* no ofrecen dificultades, para *accomplishment* se usan “cumplimiento” o “realización”, y *achievement* se traduce como “culminación”, “logro” o “consecución”.

los que pueda verse involucrado. Además, en tanto situaciones desprovistas de cambio, se oponen a los eventos, que son los que implican dinamismo y comprenden las tres restantes clases aspectuales (actividades, realizaciones y logros).

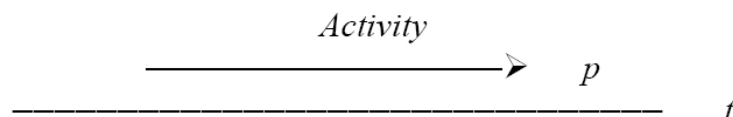
En el siguiente gráfico¹⁴, donde t es el decurso temporal y p el proceso, la ausencia de flecha en la línea del proceso indica que no hay progresión.



- ACTIVIDADES

Los verbos de actividad (por ej. *correr, cantar*) son eventos que, al igual que las realizaciones (como *preparar una tarta* o *construir una casa*), se extienden en el tiempo. Se diferencian de los logros en que estos últimos son eventos puntuales (por ej. *llegar a la meta, empezar a trabajar*), mientras que las actividades se caracterizan por su homogeneidad¹⁵, por tratarse de procesos y por carecer de un punto final o estado culminante, lo que implica que puedan ser abandonadas o interrumpidas pero no completadas ni concluidas en sentido estricto.

En el gráfico la flecha indica el proceso en curso.



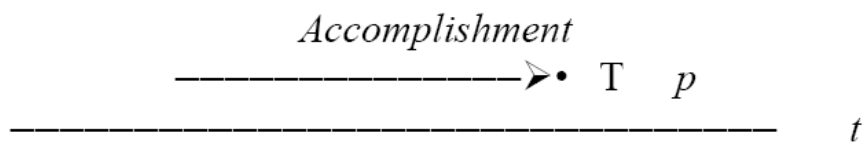
¹⁴ Los gráficos están tomados de Albertuz (1995).

¹⁵ A modo de ejemplo, si alguien corre durante un período de tiempo, se puede afirmar que en cualquier momento de ese período estuvo realizando la misma actividad.

- REALIZACIONES

Se trata de eventos extensos que tienen establecido un punto final o estado resultativo (por ej. *construir una casa, hacer una torta*), es decir que se desarrollan orientados hacia un fin determinado más allá del cual no pueden seguir avanzando. Puede decirse, entonces, que las realizaciones constan de dos estadios o fases: un proceso de desarrollo y un estado final que es la consecuencia de dicho proceso.

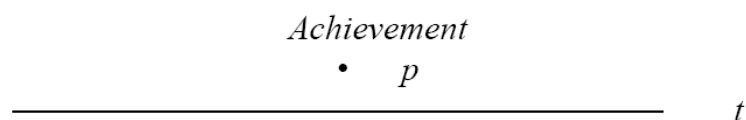
En el gráfico, T representa el punto culminante inherente a las realizaciones.



- LOGROS

Descubrir la fórmula, llegar a la cima, iniciar la sesión son ejemplos de logros, eventos puntuales que señalan el inicio o final de una situación y pueden estar situados temporalmente pero no extenderse a lo largo de un intervalo temporal. Ciertamente, en tanto indican un evento de transición, implican un punto límite o estado resultativo, como las realizaciones, pero la diferencia reside en que focalizan exclusivamente el momento en que se alcanza ese punto final o en que se inicia la nueva situación.

En este caso, el gráfico muestra la puntualidad y singularidad del evento.



Los criterios en que se fundamenta la distinción de estas cuatro clases aspectuales son los siguientes: en primer lugar, el de *estatividad* (cambio/ausencia de cambio), que nos permite distinguir los estados oponiéndolos a las actividades, realizaciones y logros, agrupados bajo la denominación común de situaciones dinámicas o eventos. Estos, a su vez, pueden dividirse en dos grupos de acuerdo con el criterio de la *delimitación*, según tengan o no un límite inicial o final determinado en su estructura temporal.¹⁶ De este modo, las realizaciones y los logros se consideran eventos delimitados debido a que incluyen dentro de su estructura temporal un límite definido. Las actividades, en cambio, al ser situaciones homogéneas, no tienen ese límite inherente y consecuentemente se consideran eventos no delimitados, asemejándose en esto a los estados, que al no tener desarrollo temporal tampoco suponen límite.

Finalmente, la distinción que puede establecerse entre los dos eventos delimitados (realizaciones y logros) tiene que ver con el criterio de la *puntualidad* o extensión temporal. Los logros son eventos puntuales carentes de duración, mientras que las realizaciones se extienden en el tiempo hasta alcanzar su límite.¹⁷

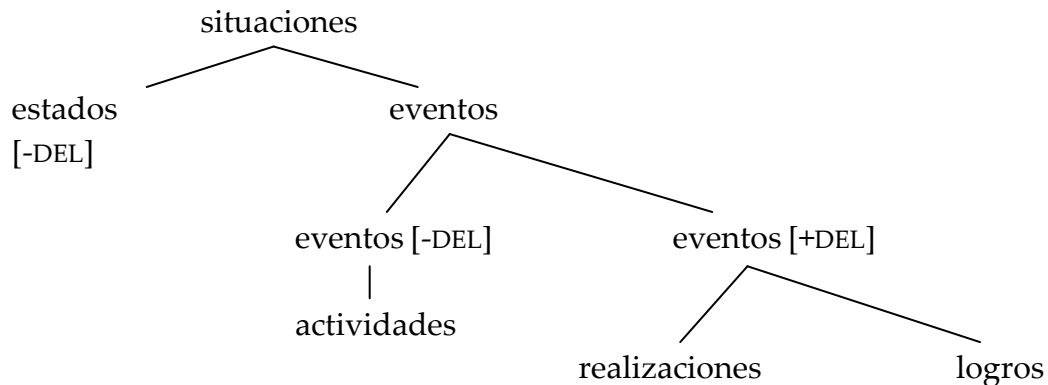
¹⁶ La noción de *delimitación* tiene una larga tradición histórica que puede llevarnos hasta Aristóteles, y aparece mencionada de diversas maneras según la perspectiva teórica de que se trate, mediante las siguientes oposiciones: *resultativo/no resultativo*, *terminativo/durativo*, *perfectivo/imperfectivo*, *transformativo/no transformativo*, *télico/atélico*, entre otras.

¹⁷ Los rasgos más relevantes de los cuatro *time schemata*, acompañados de las principales pruebas para su identificación según las plantea Vendler para el inglés, se pueden sintetizar de la siguiente manera (cf. Albertuz 1995: 292):

1. **Avanzan en el tiempo** (admiten *-ing*)

- *Activity terms*: No tienen límite inherente. Se realizan en un período indefinido de tiempo. Responden positivamente a la prueba de interrupción. No admiten contrucción con *take*. Se combinan con CCIRs introducidos por *for*. Responden positivamente a la prueba de verdad en cualquier segmento. Por ej.: *run, push a cart, walk, swim...*
- *Accomplishment terms*: Tienen límite inherente. Se realizan en un período determinado de tiempo. Responden negativamente a la prueba de interrupción. Admiten contrucción con *take*. Se combinan con CCIRs introducidos por *in*. Responden negativamente a la prueba de verdad en cualquier segmento. Por ej.: *run a mile, draw a circle, write a letter, make a chair...*

Podemos sintetizar la clasificación de Vendler en el siguiente esquema:



Napoli (2007: 130) propone el siguiente cuadro para organizar los *time schemata* según los criterios utilizados:

Clases verbales	Dinamicidad	Duratividad	Telicidad
Estados	-	+	-
Actividades	+	+	-
Realizaciones	+	+	+
Logros	+	-	+

En cuanto a las críticas y posibles ajustes que se han propuesto a partir de esta tipología, Verkuyl (1993: xi ss.) advierte que el estudio sistemático y formal de la temporalidad y su expresión por medio de sentencias en las lenguas naturales, debido a su complejidad, es algo relativamente nuevo, y se propone analizar la interacción entre verbo y argumentos desde un punto de vista fundamentalmente lingüístico, por más que emplea una gran

2. No avanzan en el tiempo (no admiten *-ing*)

- *State terms*: Designan periodos. Se combinan con CCIRs introducidos por *for*. Por ej.: *know, believe, love, dominate, like...*
- *Achievement terms*: Designan instantes. Se combinan con CCIRs introducidos por *at*. Por ej.: *reach the hilltop, win the race, recognize, find...*

cantidad de procedimientos e instrumentos conceptuales provenientes de la lógica.

En la primera parte destaca la utilidad de la clasificación aspectual de Vendler examinando las relaciones que pueden trazarse entre las cuatro clases aspectuales. Estados y procesos (= actividades + realizaciones) pertenecen a las entidades temporales no definidas y no singulares. Estados y logros pertenecen a las momentáneas (singulares). Actividades y realizaciones se conciben como procesos que se desarrollan en un lapso de tiempo. Logros y realizaciones involucran unidades temporales únicas y definidas.

	-Proceso	+Proceso
-Delimitación	Estados	Actividades
+Delimitación	Logros	Realizaciones

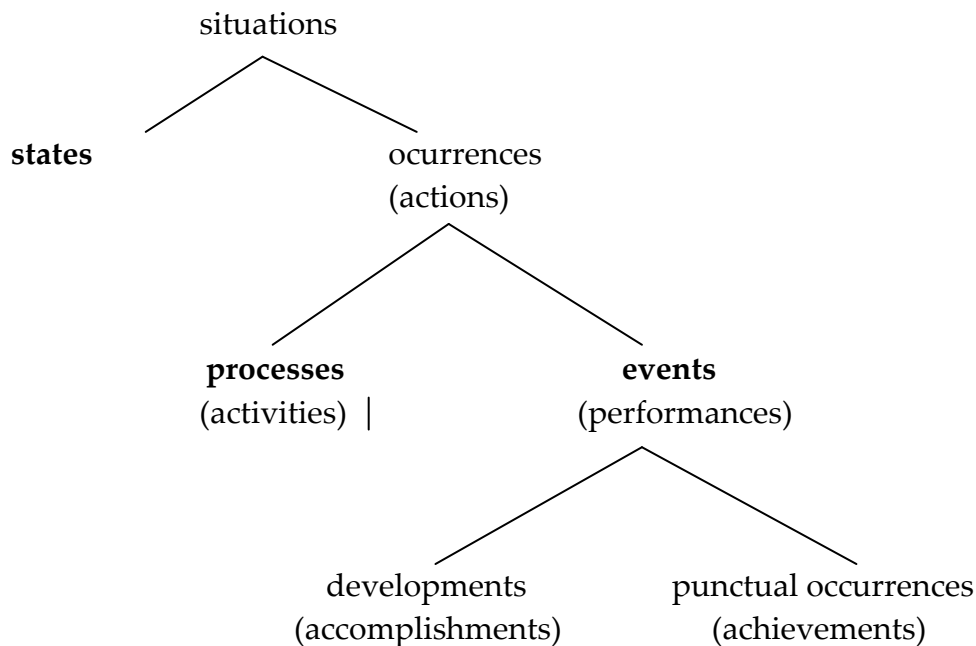
Los criterios involucrados aquí son, entonces, *continuidad* y *delimitación*. Teniendo en cuenta el primero de estos criterios, podemos decir que la forma progresiva está representada por los verbos de actividad y los de realización. Según ejemplos del mismo Vendler, “correr” o “escribir” son procesos que se desarrollan como fases sucesivas en el tiempo.

Resulta claro (y eso puede verse en los ejemplos utilizados en la presentación de las cuatro clases) que la forma progresiva se basa a su vez en otro criterio, que tiene que ver con la posibilidad de expresar o no algún tipo específico de agentividad, categoría que Vendler parece tomar de Ryle (1949), pero que en rigor de verdad se puede remontar hasta Aristóteles.

Es interesante en este sentido el aporte que hace Mourelatos (1978) en su revisión de las clasificaciones de Vendler y Kenny, proponiendo la designación de “desarrollos” (*developments*) como reemplazo de las

realizaciones vendlerianas, de suerte que allí queden comprendidos tanto los casos que implican la intervención de un agente como los que no.

El esquema alternativo que surge de la propuesta de Mourelatos es el siguiente:



Más allá de los detalles, críticas o cambios de designación de las tipologías, lo cierto es que la clasificación de Vendler ha gozado de una generalizada aceptación, en su integridad como modelo aplicado mecánicamente o como punto de partida para otras investigaciones.

Si pensamos en las posibles críticas a la propuesta de Vendler o en los problemas ocasionados por su clasificación, hay que tener en cuenta que él mismo aclara en el comienzo de su artículo que los verbos, e incluso los que se utilizan para ilustrar las clases aspectuales, pueden tener usos divergentes y pasar a pertenecer a otros *time schemata*.

I do not claim that they represent all possible ways in which verbs can be used correctly with respect to time determination nor that a verb exhibiting a use fairly covered by one schema cannot have divergent uses, which in turn may be described in terms of the other schemata. (Vendler 1957: 143-144).

Y esto sucede porque resulta bastante difícil determinar cuál es el tipo de referencia más habitual o frecuente de una entidad lingüística; de hecho, el criterio que más se usa para identificar y clasificar es, con todo lo que eso implica, la intuición. Además, hay que considerar la gran diversidad que suponen lenguas como el inglés o el español, habladas en grandes extensiones territoriales, con sus consecuentes variedades dialectales, estratificación social y registros.

En ese sentido, y a pesar de que en la presentación de su trabajo se propone delimitar y describir los *time schemata* más comunes implicados en el uso de los verbos ingleses, Vendler reconoce que difícilmente se puede establecer de manera unívoca una categoría a la que pertenecen los verbos.¹⁸ En consecuencia, la clasificación sólo tiene validez y funciona en la medida en que trabajemos con los verbos en sus usos más típicos.

Albertuz opina que, aunque tengamos en cuenta esos inconvenientes e intentemos salvar esa dificultad que supone la variedad propia y natural de las lenguas, la propuesta de Vendler resulta insostenible, puesto que lo que se anuncia como una clasificación de entidades lingüísticas (verbos) termina siendo una clasificación de entidades reales (tipos de procesos en tanto *denotata*). Algunos de los argumentos que esgrime el autor español son los siguientes:

Los *schemata* temporales no son valores lingüísticos sino tipos de referentes cuya obtención es previa al análisis del lenguaje. La tipología verbal es posterior al análisis ontológico-nocional y se encuentra supeditada a éste. Las consecuencias de este planteamiento son claras. Dado que en la realidad los tipos de situaciones constituyen un continuo en el que sólo se pueden establecer cortes arbitrarios entre núcleos conceptualmente reconocibles de forma clara, la consideración de las unidades lingüísticas en términos no de su valor de lengua sino de sus posibilidades referenciales impide, paralelamente, cualquier discretización. De manera más radical, las unidades verbales poseen unas amplias posibilidades designativas ajenas incluso a las distinciones conceptualmente presentadas como excluyentes: por ejemplo, aunque *run* es

¹⁸ Cf. Vendler (1957: 144ss.).

catalogado inicialmente como una *activity* (éste sería su uso dominante) existen casos (usos derivados) en los que su referencia se integra en el ámbito de otro *schema*, p.e. el de *state*. Lo mismo cabe decir de otras unidades, como *run a mile*, en principio -pero solo en principio, esto es, reductivamente-caracterizada como *accomplishment*. Y estamos ante casos aparentemente sencillos de clasificar, a juzgar por la frecuencia con que aparecen en las tipologías. En otros, los obstáculos para una clasificación se agudizan. (Albertuz 1995: 293-294)

Ciertamente, el hecho de que Vendler focalice su planteo en un plano extralingüístico supone un problema de base, relacionado con la falta de distinción entre lenguaje y realidad, algo que conlleva el riesgo de clasificar realidades en lugar de unidades lingüísticas. Cuando afirma que “*running, writing and the like are processes going on in time*” (Vendler 1957: 144), o “*while running or pushing a cart has no set of terminal point, running a mile and drawing a circle do have a ‘climax’, which has to be reached if the action is to be what it is claimed to be*” (Vendler 1957: 145), al menos no queda claro si se está refiriendo a unidades lingüísticas y designaciones o directamente a situaciones extralingüísticas.

Otro argumento que respalda esta crítica tiene que ver con la utilización sistemática e indistinta del término “verbo” para una variedad de ejemplos que comprenden tanto a la categoría en sí misma como a estructuras mayores (sintagmas verbales expandidos), en las que a menudo son los complementos los que juegan el papel determinante, y eso sucede justamente porque la distinción estructuralmente relevante entre una unidad verbal simple y una unidad expandida carece de pertinencia en el plano ontológico, donde no existen más que procesos.¹⁹

Verkuyl (1989) considera, de todos modos, que las distinciones propuestas por Vendler al menos intentan ofrecer criterios lingüísticos para su distinción, aunque finalmente no resulten válidas para la obtención de generalizaciones de tipo aspectual. En opinión de Albertuz, los criterios que

¹⁹ Cf. Albertuz (1995: 294).

presenta Vendler no pueden interpretarse como pruebas lingüísticas puesto que no están actuando en el plano del lenguaje y no pueden permitir, entonces, la identificación de entidades lingüísticas. La expresión lingüística o la intervención de unidades lingüísticas en tests como la prueba de la interrupción o el criterio de verdad en cualquier segmento no implica el carácter lingüístico de tales pruebas. Y agrega:

No hay otro medio de referirse a la realidad que el lenguaje. Sólo mediante el lenguaje se pueden expresar las inferencias obtenibles a partir de la constatación del acaecimiento de determinados fenómenos, en este caso tipos de situaciones como hechos reales, como modos de ser en el mundo. Por lo tanto, pruebas como las anteriormente mencionadas, empleadas para distinguir *activities* de *accomplishments*, no son pruebas lingüísticas sino caracterizaciones más precisas de los tipos ontológicos de procesos mediante la expresión lingüística de sus implicaciones reales. Son paráfrasis lingüísticas (Vendler no tiene más medio para expresar y dar a conocer que el lenguaje) de consideraciones sobre la realidad de los procesos; son descripciones de su naturaleza ontológica. (Albertuz 1995: 295)

El planteo de Vendler ha tenido una gran influencia en la lingüística; los cuatro *time schemata*, sus características y sus denominaciones gozan todavía de una gran difusión y aceptación, a punto tal que las pruebas de inferencia y de compatibilidad para la determinación de clases aspectuales, con algunas pocas precisiones y modificaciones, se aplican sin reparos respecto del ámbito disciplinar desde el cual ha sido formulada la propuesta, algo que debe alertarnos en cuanto a la utilización de marcos teóricos escasamente rigurosos en la señalización de las fronteras entre lenguaje y realidad, que pueden resultar comprometedores en cuanto a la concepción del lenguaje que suponen, como un calco de la realidad.

Para finalizar esta presentación que enmarca las discusiones acerca del aspecto como categoría formulada desde la lingüística moderna, conviene que intentemos reunir los datos más relevantes en una definición o caracterización del aspecto con la que podamos manejarnos en adelante.

Aunque se trata de una categoría diferente del tiempo, de todas maneras el aspecto es algo íntimamente ligado al tiempo e igualmente importante para la comprensión de las relaciones que se expresan en el lenguaje. Representa la forma lingüística en que concebimos y expresamos las situaciones extralingüísticas; nos permite caracterizar y discriminar tipos temporales de acuerdo con el modo en que un evento o situación tiene lugar, o según la perspectiva desde la cual se lo considera. En este sentido, la estructura interna de los eventos queda en primer plano, mostrando cómo se desarrollan o se distribuyen en el eje temporal.

Es amplio el espectro de datos relacionados con el aspecto que pueden aportar las distintas piezas léxicas (recordemos que no se trata de una propiedad privativa de los verbos). Delimitación, duración, momentaneidad, continuidad, intermitencia, repetición, fase, son algunas de esas formas que puede revestir un evento descrito por un predicado, independientemente de su ubicación con relación a otro evento o al momento del habla, información provista por el tiempo en tanto categoría deíctica.

El aspecto se manifiesta formalmente mediante diversos procedimientos que, naturalmente, varían de una lengua a otra: el uso de morfemas derivativos, perífrasis o la misma información contenida en la raíz verbal. En consecuencia, cuando hablamos de aspecto debemos tener en cuenta que se trata de una categoría compleja que involucra cuestiones de orden morfológico, sintáctico y léxico, y que estos distintos planos funcionan de forma articulada entre sí y con otros componentes del contexto.

Otra forma de explicación puede ser el recurso a la analogía. En la presentación de su estudio sobre la selección aspectual en la obra de Isócrates, Lorente Fernández (2003: 12) compara el aspecto verbal con la mejor de las cámaras cinematográficas, que ofrece al cineasta todo tipo de opciones para presentar la acción de determinada manera y dirigir la atención del espectador, provocando diversos efectos o poniendo de relieve

una escena, un personaje... Un valioso recurso lingüístico que, unido al genio del autor, puede crear sorprendentes efectos especiales.

HISTORIA DE LOS TIEMPOS

Si bien el término “aspecto” es de cuño reciente, hay que remontarse hasta la Grecia antigua para encontrar las primeras apreciaciones acerca de cuestiones como tiempo y lenguaje en Occidente, especialmente acerca de las relaciones temporales que se expresan en el lenguaje, cómo se organizan los tiempos gramaticales, qué formas o variedades pueden distinguirse más allá de la conocida tripartición (pasado, presente, futuro) y su vinculación con la morfología, la sintaxis y el léxico. Los griegos se interesaron por establecer la cantidad y diversidad de tiempos existentes en su lengua y observaron que junto con las diferencias temporales se expresaba también otro tipo de diferencias.

La distinción aristotélica que vimos en el capítulo anterior entre verbos de *kínesis* y de *enérgeia* es un claro ejemplo. En rigor, las filosofías nucleares de la época clásica postuladas por Platón y Aristóteles se interesaron por explicitar la función del lenguaje en el concierto de los fenómenos, así como también en su dimensión de instrumento para acceder a lo real. Esta dimensión no debe ser pasada por alto cuando se estudian las posiciones de estos autores frente al fenómeno de la lengua. Para entender el inicio y desarrollo de estos planteos antiguos que nos interesan, debemos considerarlos en el ámbito de problemas de su época; concretamente, en el terreno en que se va gestando lentamente la gramática como disciplina a partir de un sedimento en que el lenguaje está asociado con problemas metafísicos fundamentales. En este sentido, debemos considerar a la dialéctica y la retórica como campos preexistentes, en tanto práctica del diálogo e indagación de las técnicas orientadas a la discusión y a la

argumentación; debemos tener presente que en la antigua Grecia no hay textos incuestionables, plenamente autorizados, como pueden ser la Biblia o los himnos védicos en otras tradiciones.

La inestabilidad del enunciado desde el punto de vista veritativo vuelve incierta cualquier formulación e instaura el problema de la verdad en la filosofía griega, una situación que conduce tempranamente a la indagación de las relaciones entre realidad, pensamiento y lenguaje para determinar posibles rasgos de confiabilidad en el enunciado. En efecto, desde el inicio del pensamiento filosófico se declaró la inestabilidad del mundo circundante sujeto a cambios permanentes, pero no se denunció menos la incapacidad del lenguaje para reflejar sus correlatos extralingüísticos, sobre todo en manos de sujetos con capacidades cognitivas limitadas o alienadas.

Surgió tempranamente la necesidad de una permanente discusión sobre el discurso que ofreció motivos fructíferos para el desarrollo de modelos incipientes. A partir del siglo VI a. C. se evidencia el pasaje de una concepción global de la palabra-acción a una perspectiva más analítica, aunque se trata de indicaciones esporádicas pero que van a multiplicarse en el siguiente siglo. Este tipo de análisis puede haber recibido la influencia de modelos exteriores como la anatomía médica o sacrificial, ya que podemos observar algunas metáforas corporales en la descripción lingüística, por ej. la idea misma de *articulación* (*áarthron*). Los estudios de los físicos jonios, en su búsqueda de los elementos primordiales del universo, y su intento de concebir y expresar las relaciones del conjunto y sus partes constitutivas, avanzaron en el estudio de los alcances de ciertas nociones estructurales y propiciaron la discusión explícita de la capacidad del lenguaje para representar lo real que se observa en las filosofías de Heráclito y Parménides.

En el inicio hubo una tendencia a encuadrar la reflexión en términos semánticos, examinando qué relación existe entre un término y su correlato extralingüístico, como sucede en el enfoque de *orthótes onomáton*

característico de la reflexión lingüística del siglo V a. C. Posteriormente, ya en el siglo IV a. C. se gestaron algunos modelos que cifraron la adecuación entre lenguaje y realidad en el plano sintáctico y ya no en el semántico, como se observa especialmente a partir del giro platónico, tal como veremos seguidamente. De este modo, la adecuación debe buscarse en el plano de la frase. Esta variación desencadena una serie de estudios en el ámbito de la dialéctica clásica y helenística, especialmente la estoica, que fueron determinantes para el desarrollo de la gramática.¹ En ese contexto, el análisis del enunciado en unidades menores ocupa un lugar destacable en los textos de Platón, Aristóteles y los Estoicos (aunque ciertamente existe desde antes), y contribuye en el surgimiento de la *tékhne grammatiké* como disciplina autónoma.² En lo que sigue, nos concentraremos primero en la revisión de las coordenadas trazadas por la posición de Platón para pensar el fenómeno del lenguaje. A continuación, nos detendremos en el modo en que su discípulo más conocido se posiciona frente a esta cuestión, y avanzaremos finalmente, en el apartado final, hacia el territorio de la reflexión estoica, cuna de importantísimos desarrollos gramaticales y responsable de una influyente teorización sobre la relación entre tiempo y aspecto que resulta de inestimable interés para nuestro estudio.

¹ Puede obtenerse una visión general de este aspecto en el volumen *Théories de la phrase et de la proposition de Platon à Averroès*, editado por Philippe Büttgen, Stéphane Diebler y Marwan Rashed (1999), donde la primera parte examina la posición platónica en sus aspectos ontológicos y protolingüísticos, la segunda aborda el enfoque de Aristóteles y la tercera está dedicada enteramente a la teoría estoica.

² Considerada a veces como parte integrante de la *mousiké* dedicada al texto separado de la melodía y el ritmo, la *grammatiké* es primeramente el aprendizaje elemental de la lectura y la escritura, que se emancipa de alguna manera durante los siglos V y IV a. C. en la medida en que se extiende la enseñanza elemental y cambia la relación con los textos: ya no se trata de reconocer meramente y reproducir lo que se sabe de memoria sino de indagar esos registros en busca de sentido. Esto no implica, por cierto, un mundo griego completamente alfabetizado desde la aparición del alfabeto; de hecho, la escritura se introdujo como instrumento comercial y se utilizó durante mucho tiempo como una especie de ayuda-memoria, uso que en el siglo VI a. C. se extiende a la composición y conservación de textos en prosa. La alfabetización se vuelve más general recién en el siglo IV a. C. luego del surgimiento de la institución escolar (cf. Desbordes 1989: 160).

Platón: del refugio en los *lógoi* al estudio sintáctico de la frase

Platón pasa muchas veces no sólo como un filósofo de primera línea, sino también como un fundador de la reflexión gramatical. Se lo asocia a menudo con la atención al problema del origen del lenguaje en términos de naturalismo *vs.* convencionalismo, tal como se presenta en el *Crátilo*, pero también con el reconocimiento de los elementos que conforman la lengua y sus diferentes niveles de ensamblaje. En este sentido, para Desbordes (1989: 161) la originalidad de Platón no está tanto en haber producido el esquema letra-sílaba-palabra-enunciado (que responde precisamente a la manera en que se enseña a leer) como en haber introducido el par *ónoma / rhêma* entre la sílaba y el *lógos*. Y agrega:

Un *lógos* se compose de noms et de “choses dites”, parce qu’une combinaison suppose au moins deux espèces d’éléments. Revenant sur la question dans le *Sophiste*, Platon compare la composition du sens dans le *lógos* à la composition de la syllabe (153a ss.): de même que plusieurs sortes de lettres se combinent pour former une syllabe, de même un énoncé doit comporter au minimum un *ónoma* et un *rhêma*, lequel apparaît dans ce contexte comme un verbe (“Théétète *est assis*”; “Théétète *vole*”). Platon prolonge les analyses des poètes, des musiciens et des grammaticiens, mais il en change le sens. La parole n’est plus envisagée dans son rapport à la poésie, à l’écriture ou à la lecture, mais dans sa capacité de représenter, correctement ou non, le réel. L’analyse du *lógos* est une réponse aux questions soulevées par les Sophistes, avec lesquels la réflexion sur le langage a pris un nouveau départ.

Antes aun que en *Sofista*, al que nos referiremos enseguida, Platón realiza en *Crátilo* (424 ss.) una referencia al encadenamiento elemento-sílaba-ritmo y al de elemento-sílaba-*onómata* y *rhémata-lógos*. Así, en un momento en que Sócrates ha llevado a Hermógenes de su posición convencionalista inicial hacia el examen de aspectos naturales en el lenguaje, primero asociados con el significado de las palabras que se expresa convencionalmente en cada lengua de manera eventualmente diversa, y luego plasmados en la etimología, se presta atención a la dimensión constitutiva del lenguaje que

oficia en ese momento como objeto de estudio a los efectos de que sea dicha constitución la que guía el análisis (Pl. *Cra.* 424b7-c4).

{ΣΩ.} Εἰκὸς γάρ. ἀλλὰ τίς ἂν εἴη ὁ τρόπος τῆς διαιρέσεως ὅθεν ἄρχεται μιμεῖσθαι ὁ μιμούμενος; ἄρα οὐκ ἐπέιπερ συλλαβαῖς τε καὶ γράμμασιν ἢ μίμησις τυγχάνει οὕσα τῆς οὐσίας, ὀρθότατόν ἐστι διελέσθαι τὰ στοιχεῖα πρῶτον, ὡσπερ οἱ ἐπιχειροῦντες τοῖς ῥυθμοῖς τῶν στοιχείων πρῶτον τὰς δυνάμεις διείλοντο, ἔπειτα τῶν συλλαβῶν, καὶ οὕτως ἤδη ἔρχονται ἐπὶ τοὺς ῥυθμοὺς σκεψόμενοι, πρότερον δ' οὐ;

{EPM.} Ναί.

Sóc. –Seguramente. ¿Pero cuál sería el método de clasificación por el que el imitador comienza a imitar? Dado que la imitación de la esencia se hace por medio de sílabas y letras, ¿no sería lo más adecuado distinguir primero las letras, del mismo modo que los que se afanan en cuestiones de métrica identifican en primer lugar las propiedades de las letras, luego las de las sílabas, para finalmente –nunca antes– llegar al estudio de la métrica?

Her. –En efecto.

En efecto, la palabra, el habla, se compone de elementos que se combinan en sílabas, y que en adelante podemos dividir de dos formas: según el ritmo o según el sentido, las sílabas se agrupan en secuencias de breves y largas, en versos, en palabras de sentido parcial, o en discurso provisto de sentido completo. En la cita anterior asistimos al aspecto rítmico, que pasa a segundo plano frente al que se orientará a la identificación de las partes del enunciado y se presenta inmediatamente a continuación (Pl. *Cra.* 424c5-d4):

{ΣΩ.} Ἄρ' οὖν καὶ ἡμᾶς οὕτω δεῖ πρῶτον μὲν τὰ φωνήεντα διελέσθαι, ἔπειτα τῶν ἐτέρων κατὰ εἶδη τὰ τε ἄφωνα καὶ ἄφθογγα – οὕτωςι γάρ που λέγουσιν οἱ δεινοὶ περὶ τούτων –καὶ τὰ αὖ φωνήεντα μὲν οὐ, οὐ μέντοι γε ἄφθογγα; καὶ αὐτῶν τῶν φωνηέντων ὅσα διάφορα εἶδη ἔχει ἀλλήλων; καὶ ἐπειδὴν ταῦτα διελώμεθα [τὰ ὄντα] εὔ πάντα αὖ οἷς δεῖ ὀνόματα ἐπιθεῖναι, εἰ ἔστιν εἰς ἃ ἀναφέρεται πάντα ὡσπερ τὰ στοιχεῖα, ἐξ ὧν ἔστιν ἰδεῖν αὐτὰ τε καὶ εἰ ἐν αὐτοῖς ἔνεστιν εἶδη κατὰ τὸν αὐτὸν τρόπον ὡσπερ ἐν τοῖς στοιχείοις·

Sóc. –En consecuencia, ¿no deberíamos también nosotros identificar en primer lugar las vocales y, luego, entre los demás tipos de letra, las consonantes y mudas –como las llaman los expertos en la materia–, y, luego, a su vez,

aquellas que, sin ser vocales, sin embargo no son mudas? ¿Así como los tipos de vocales que son diferentes entre sí? Y una vez realizadas adecuadamente estas distinciones, será preciso, a su vez, proceder a la correcta clasificación de todos los seres a los que se ha de dar nombre, por ver si existe algo a lo que todos se remontan (como en el caso de las letras) y a partir de lo cual sea posible conocerlos, y ver, asimismo, si también entre ellos se da la división en grupos como ocurre con las letras.

Conviene notar, para evitar el diseño de un Platón excesivamente comprometido con la gramática, como si esta fuera su preocupación principal, que el inicio de este estudio sobre el lenguaje se realiza en el marco de la pregunta más vasta sobre la correlación entre lenguaje y realidad. Precisamente en este punto reside la objeción fundamental que se dirige contra quienes cifran en el análisis lingüístico la metodología filosófica. Se trate de sofistas deslumbrados por el poder del *lógos* y sus logros retóricos o de socráticos como Antístenes, que perfeccionaron el método de crítica homérica hasta convertirlo en el terreno principal de la técnica de *epískepsis onomáton*,³ en cualquier caso el problema aquí es que se debe conocer la estructura de la lengua y al mismo tiempo se debe conocer también la estructura de la realidad para decidir si hay o no coincidencia y adecuación entre sus partes constituyentes.

Evidentemente el problema aquí es que el lenguaje pierde su papel de instrumento privilegiado en la búsqueda de conocimiento si su manejo requiere, en un fatal círculo vicioso, que se conozca antes lo real para saber si las formulaciones lingüísticas son adecuadas. Este punto, que excede el problema al que nos referimos en relación con los alcances de los desarrollos platónicos en el terreno lingüístico-gramatical, se hunde en la cuestión del

³ Sobre el caso de los sofistas cabe notar especialmente el caso de Gorgias y sus planteos en el *Encomio de Helena*. Véase, a propósito de este punto, Cordero (1978), Consigny (2001), Mazzara (1999), McComiskey (2002), Porter (1993) y Wardy (1996). Sobre el caso de Antístenes, autor de un modelo que gira en torno de la potencia del lenguaje para revelar lo real, véase Brancacci (1990).

papel del lenguaje en los postulados gnoseológicos del más famoso discípulo de Sócrates.

Sí resulta importante para nuestro enfoque el modo en que el Sócrates de Platón sugiere encarar el tópico de la lógica de semejanza entre ontología y lenguaje, es decir, entre el plano de lo real y el de los constituyentes lingüísticos que pueden representarlo. Para bosquejar esta relación se alude al símil de los pintores, según el cual la nominación se asimila a una suerte de composición pictórica, de modo que así como los artistas mezclan colores para obtener imágenes que reflejen los objetos, los exégetas del lenguaje deben ver cómo se combinan distintos elementos portadores de sentido para construir una imagen fónica de las cosas. Así es que afirma (Pl. *Cra.* 424d4-e4):

ταῦτα πάντα καλῶς διαθεασαμένους ἐπίστασθαι ἐπιφέρειν ἕκαστον κατὰ τὴν ὁμοίτητα, ἅντε ἐν ἐνὶ δέῃ ἐπιφέρειν, ἅντε συγκεραννύντα πολλὰ [ἐνί], ὥσπερ οἱ ζωγράφοι βουλόμενοι ἀφομοιοῦν ἐνίστε μὲν ὄστρεον μόνον ἐπήνεγκαν, ἐνίστε δὲ ὀτιοῦν ἄλλο τῶν φαρμάκων, ἔστι δὲ ὅτε πολλὰ συγκεράσαντες, οἷον ὅταν ἀνδρείκελον σκευάζωσιν ἢ ἄλλο τι τῶν τοιούτων –ὡς ἂν οἶμαι δοκῆ ἑκάστη ἢ εἰκῶν δεῖσθαι ἑκάστου φαρμάκου–.

Una vez examinadas adecuadamente todas estas cuestiones, será preciso saber aplicar cada letra atendiendo a la semejanza, ya sea teniendo que aplicar una determinada letra a una determinada cosa, ya sea aplicando la combinación de varias a una sola cosa. Como los pintores, que, cuando quieren reproducir una imagen, unas veces emplean solamente el púrpura, y, otras, cualquier otra mixtura, llegando incluso a mezclar muchos colores, como cuando elaboran el retrato de una persona o alguna otra cosa por el estilo, en la idea, creo, de que cada imagen parece requerir su mixtura particular.

El símil de los pintores es especialmente útil en este contexto porque permite dar cuenta de distintos modos de representación, de modo directo o indirecto, podríamos decir, o de una iconicidad pura o mixta. En efecto, se utiliza como parangón el hecho de que en pintura puede suceder que un color puro se avenga perfectamente a la construcción de la imagen de la cosa en cuestión porque la pátina coincide completamente con el color de la cosa,

o puede suceder que esta coincidencia no exista y se deba ajustar el color de la pintura mediante la mezcla de tintes hasta dar con el tono adecuado. Del mismo modo, en el lenguaje hay casos de iconicidad pura, donde sucede que un sonido basta para manifestar un sentido, y hay casos de iconicidad mixta, donde se deben combinar varios sonidos hasta dar con un significante que se corresponda con el significado buscado.

En la economía del texto, este principio de doble iconicidad será de gran utilidad para llevar adelante la explicación etimológica de términos que constan de variados sonidos a los que se atribuyen sentidos diversos, de lo cual se sigue que el lenguaje descansa mayoritariamente en la iconicidad mixta en diversos niveles de complejidad. Esto permite que la misma lógica de correspondencia pueda actuar en el plano de los fonemas y que, ganando en complejidad, es decir, en *quantum* de combinación, emerjan de la argamasa de sonidos primero sílabas, luego clases léxicas y finalmente el “grande, hermoso y complejo” ensamblaje que corresponde al *lógos* y comprende tanto la dimensión del enunciado como la textual (Pl. *Cra.* 424e-425a5).

οὕτω δὴ καὶ ἡμεῖς τὰ στοιχεῖα ἐπὶ τὰ πράγματα ἐποίσομεν, καὶ ἓν ἐπὶ ἓν, οὐδ' ἂν δοκῆ δεῖν, καὶ σύμπολλα, ποιοῦντες ὃ δὴ συλλαβὰς καλοῦσιν, καὶ συλλαβὰς αὖ συντιθέντες, ἐξ ὧν τὰ τε ὀνόματα καὶ τὰ ῥήματα συντίθενται· καὶ πάλιν ἐκ τῶν ὀνομάτων καὶ ῥημάτων μέγα ἤδη τι καὶ καλὸν καὶ ὄλον συστήσομεν, ὥσπερ ἐκεῖ τὸ ζῶον τῇ γραφικῇ, ἐνταῦθα τὸν λόγον τῇ ὀνομαστικῇ ἢ ῥητορικῇ ἢ ἥτις ἐστὶν ἡ τέχνη.

De esta manera, también nosotros aplicaremos las letras a las cosas: bien una letra para una cosa, allí donde parezca necesario, o bien varias letras, formando así las llamadas sílabas. A su vez, las sílabas, combinadas entre sí, conformarán los sustantivos y los verbos. Y, una vez más, a partir de los sustantivos y los verbos conformaremos finalmente algo grande, hermoso y complejo. De este modo, lo que en el caso anterior suponía la representación de un ser vivo para la pintura, lo supondrá aquí el enunciado para el arte de nombrar, la retórica o como quiera que se llame tal arte.

De acuerdo con esta lógica de ensamblaje, el lenguaje es mimesis sujeta a los distintos niveles de complejidad de esta iconicidad mixta que hace de los nominadores “pintores sónicos”. La diferencia entre quienes impusieron los nombres y los hablantes que los usan en los tiempos subsiguientes abre una cuestión interesante en relación con los alcances del símil y su “temporalidad”.

La originalidad de los instauradores es clara en tanto llevan adelante la tarea “adánica” de cotejar el cúmulo de sonidos significativos con las cosas existentes, juntar los que son correlativos y, en los casos donde no hay coincidencia, proceder a la combinación sucesiva de sonidos hasta lograr un acoplamiento que alcance la representación adecuada. Los que llegan después se limitan a usar los nombres ya establecidos, como se dice enseguida, y se habilita el ámbito de reflexión teórica sobre el lenguaje, definida como la práctica de estudio de nombres primigenios y derivados en su relación con los criterios que guiaron la acción de los instauradores originarios de nombres.

Sin embargo, dado que poco antes se afirmó que la combinación icónica supera el plano de lo léxico para adentrarse en el plano del enunciado y el ámbito textual, como sugiere la mención de la retórica, que se ocupa no de oraciones aisladas sino de discursos enteros, cabe notar que los hablantes no son meros usuarios que reproducen lo instaurado por los nominadores originarios sino que en todo caso su “copia” se limita a los nombres, mientras que la creación de enunciados se inscribiría en un legítimo ejemplo de “pintura fónica” novedosa. Parece excesivo –y demasiado fuera de lo que efectivamente plantea el texto– suponer que haya aquí una referencia a algún tipo de mecanismo de producción de enunciados que haría de Platón un estructuralista muy *avant la lettre*.

La alusión se limita a la acción de correlacionar sonidos con cosas y debe colegirse que la prioridad incontestada de los nominadores se da

precisamente en el plano de los nombres, mientras que en el plano del enunciado –al que por cierto no se dedicará *Crátilo* en lo que sigue– deja viva una cuota de originalidad para todos los usuarios de la lengua que tienen siempre objetos novedosos que deben ser vertidos en su forma lingüística. La temporalidad del lenguaje como elemento de manifestación de lo real se mueve entre la instancia de instauración originaria, que hace de todo nombre un eco del ejercicio de apareamiento primero, y la creación de nuevos ensamblajes en los planos de alto nivel de mixtura icónica.

En cuanto a las clases léxicas, *ónoma* y *rhêma* aparecen aquí como sustantivo y verbo, unidades compuestas por sílabas que, a su vez, se combinan en la composición del *lógos* en tanto sujeto y predicado respectivamente. Un *rhêma* es una “cosa dicha”, “algo dicho”. Por su conexión con *rhéo*, “fluir”, *rhêma* es, podríamos decir, una porción de flujo lingüístico, entidad cuya brevedad habilita para designar máximas y proverbios, con la brevedad propia de aquello que es una parte de una unidad mayor. Los *rhémata*, que en las clasificaciones modernas aparecen como “palabras”, “locuciones”, “expresiones”, tienen como característica común únicamente la pertenencia a un *lógos*. Son los ancestros de las “partes del discurso”, palabras que se definen en el interior de un enunciado completo.

No hay en la tradición usos de *rhêma* asociados con las partes del discurso anteriores a esta mención de Platón. En *Apología* 17c, *Cármides* 161d, *Protágoras* 342e, entre otros, el término significa “expresión” en sentido amplio y no muestra rasgos opositivos con *ónoma* en tanto “nombre”, como sucederá a partir de *Crátilo*, legítimo iniciador de la tradición de discusión sobre partes del enunciado o *merismós*. Cuando esta oposición se entabla, *ónoma* refiere a entidades y *rhêma* atañe, como hemos dicho, a fórmulas y órdenes y a partir de allí al hecho mismo de “hablar” en tanto actividad distinta de la nominación. Esta oposición se abre con el pasaje de *Crátilo* 399a,

donde se asiste al análisis de la expresión *–rhêma– Dií philos* “amigo de Zeus”. De ella se dice que se puede convertir en el nombre *–ónoma– Díphilos*. Lo que se plantea en este caso es la oposición entre una expresión predicativa formadora de oraciones del tipo “x es *Dií philos*” y un nombre que expresa esa misma idea vista como entidad. Frente a esta conexión con el plano de las entidades que efectivamente tiene *ónoma*, *rhêma* no es verbo, sino predicación, lo que se dice del *ónoma*, o de aquello a que se refiere el *ónoma*.⁴ Lo mismo surge del análisis de las apariciones de *rhêma* en 421b, 421e, 425a, 426e y 431e.

En el final de *Sofista*, en efecto, el Extranjero da las primeras definiciones que conocemos del nombre y del verbo. En un contexto donde se discute la noción de ser y se resuelve la paradoja parmenídea sobre el no ser sosteniendo que se trata de una noción relativa que implica siempre “no ser algo”, Platón pasa a examinar la relación entre ontología y lenguaje teniendo en cuenta esta revisión sobre las nociones centrales del primero de estos ámbitos que implicó la postulación de géneros supremos que interactúan de modo que las Formas pasan de ser concebidas como perfecciones estáticas a inaugurar un modelo de intercomunicación que les aporta dinamismo.

Si hay combinación de Formas y la visión de iconicidad del lenguaje se mantiene al menos en parte, es esperable que la combinación se plasme igualmente en el plano del lenguaje, como efectivamente sucede: ya no se trata de análisis de *onómata* aislados del tipo de los heredados de los teóricos sofísticos de la *orthótes onomáton*, sino que Platón redefinirá este terreno explicitando la idea de una verdad aplicada ya no a los nombres sino a los enunciados que depende de la calidad combinatoria que se alcanza respecto

⁴ Sobre este punto, véase *infra* la consideración sobre el uso de *rhêma* en *Sofista* y las obras allí citadas que avalan esta lectura.

del modelo eidético.⁵ Para ello establece la estructura del lenguaje del siguiente modo (Pl. *Sof.* 261e 5-262e1):

Extr. –(...) Pues para nosotros el género de lo que permite mostrar el ser mediante la voz es de algún modo doble (τῶν τῆ φωνῆ περὶ τὴν οὐσίαν δηλωμάτων διττὸν γένος).

Teet. –¿Cómo?

Extr. –Por un lado el que llaman ‘nombres’ (*onómata*), por otro el que llaman ‘verbos’ (*rhémata*).

Teet. –Dí <qué es> cada uno.

Extr. –A lo que es una manifestación de las acciones (Τὸ μὲν ἐπὶ ταῖς πράξεσιν ὄν δήλωμα) llamamos de algún modo verbo.

Teet. –Sí.

Extr. –Y al signo de la voz colocado sobre aquellos que actúan aquellas <acciones> (Τὸ δὲ γ’ ἐπ’ αὐτοῖς τοῖς ἐκείνας πράττουσι σημεῖον τῆς φωνῆς ἐπιτεθέν) <llamamos> nombre.

Teet. –Ciertamente.

Extr. –Sin duda no existe jamás discurso a partir de nombres solos dichos en serie (ἔξ ὀνομάτων μὲν μόνων συνεχῶς λεγομένων), ni tampoco a su vez de verbos dichos aparte de los nombres (ῥημάτων χωρὶς ὀνομάτων).

(...)

Extr. –Pues muestra también de algún modo en este caso las cosas que son que fueron o que serán (Δηλοῖ γὰρ ἤδη που τότε περὶ τῶν ὄντων ἢ γιγνομένων ἢ γεγονότων ἢ μελλόντων), y no sólo nombra sino que refiere algo (καὶ οὐκ ὀνομάζει μόνον ἀλλὰ τι περαίνει), combinando los verbos con los nombres (συμπλέκων τὰ ῥήματα τοῖς ὀνόμασι). Por eso decimos que éste afirma y no sólo nombra (λέγειν τε αὐτὸν ἀλλ’ οὐ μόνον ὀνομάζειν), y en efecto a este complejo discursivo le dimos el nombre ‘oración’ (*lógos*).

Teet. –Correcto.

Extr. –En efecto, así como de las cosas, algunas cosas se combinaban mutuamente (ἀλλήλοις ἤρμοσταν), pero otras no, también a su vez respecto de los signos de la voz (περὶ τὰ τῆς φωνῆς αὖ σημεῖα), algunos no se combinan y otros combinándose produjeron el discurso.

Como puede observarse, las conclusiones que pueden colegirse del desarrollo de *Crátilo* se ven confirmadas por la presentación que se explicita en *Sofista*, donde *ónoma* y *rhêma* resultan dos géneros lingüísticos que permiten mostrar lo que existe. Mientras *rhêma* se orienta a las acciones, los

⁵ Sobre las modificaciones entre los enfoques de Platón, especialmente en *Crátilo* y *Sofista*, véase Idefonse (1997: 54ss.), que trata especialmente del paso de la atención del nombre que prevalece, aunque no exclusivamente, en *Crátilo* al examen del enunciado al que apunta el *Sofista*, así como el trabajo más abarcativo de Mié (2004).

onómata son definidos de manera derivada como aquello a que se refieren los *rhémata*, en un interesante rasgo de la inversión de perspectiva que propone Platón: ya no se trata de un análisis de meros *onómata*, sino que lo que se dice sobre algo, los *rhémata*, pasa a ser determinante y a ocupar el lugar de noción central de la estructura de la lengua. La interdependencia entre ambos es clara a partir de la declaración de ausencia veritativa si se consignan elementos aislados –sólo nombres o sólo verbos–. La combinación (*symploké*) pasa a ser de este modo un elemento imprescindible de la predicación, que ocupa en este nuevo escenario el protagonismo que durante mucho tiempo tuvo la nominación.

La porción final del pasaje citado contiene la nueva clave de evaluación de la calidad combinatoria: así como lo real se combina, es decir, así como las Formas han adquirido a partir de *Sofista* el rasgo combinatorio, del mismo modo el lenguaje se combina, y dado que las Formas admiten ciertas combinaciones y no otras, el lenguaje, para manifestarse mediante enunciados verdaderos, deberá limitarse a combinar aquello que en lo real está limitado, poniendo freno a la potencialidad de ensamblaje mayor que posee el lenguaje.

En este marco se inicia la tradición de reflexión sobre las partes del discurso que Aristóteles sistematizará y legará a la época helenística. La gramática se ocupará de inscribir sobre esta base buena parte de los desarrollos que signaron la instauración de la disciplina. Para nuestro interés concreto, cabe destacar que *rhêma* es en Platón un término que gana en fuerza teórica, aunque todavía, por su sentido prioritario asociado con la predicación, no provoca reflexiones ligadas con el sentido de verbo que adquirirá más tarde, cuando emerjan igualmente las consideraciones sobre sus accidentes, en donde el tiempo y el aspecto serán elementos centrales.

Aristóteles y la distinción de los tiempos

En *Tópicos* de Aristóteles se puede encontrar el primer repertorio metódico de argumentos orientado a la práctica del diálogo, a la técnica de la discusión y argumentación por medio de preguntas y respuestas, con el importante precedente del Eutidemo platónico y los desarrollos de la línea megárica que sirven de necesario antecedente a esta sistematización.⁶ La dialéctica aristotélica es una práctica, una suerte de gimnasia intelectual (Baratin 1989: 186) que incita a la reflexión filosófica. De allí proviene la indagación acerca de la estructura del argumento victorioso que culmina en la teoría del silogismo, de forma que en el seno de la práctica dialógica se va desarrollando el estudio del razonamiento.⁷ Se puede considerar entonces a la dialéctica como un modo específico de análisis del lenguaje, y particularmente de análisis de la predicación (etimológicamente, lo que se dice de algo, ligado generalmente con la noción de sujeto).⁸

En *Categorías* se precisa y se amplía este análisis con una presentación de las leyes que rigen la predicación con relación a cualquier sujeto. Pero es en *De interpretatione* donde Aristóteles analiza los elementos concretos que componen un enunciado (especialmente el enunciado asertivo). El comienzo de este tratado, con la definición global de la palabra (*tà en tê phoné*) como sistema simbólico, se inscribe en el debate sobre el origen natural o

⁶ Sobre estos aspectos en el *Eutidemo*, véase Canto (1987), Chance (1992), Jackson (1990), Michelini (2000), Sprague (1962), Weiss (2000) y Nehamas (1990). Sobre la línea megárica y su producción de argumentos erísticos, véase Muller (1988) y Mársico (2011). Sobre la conexión entre el *Eutidemo* y los desarrollos megáricos, véase Dorion (2000), Mársico & Inverso (2012) y Gardella (2013).

⁷ Esta progresión puede apreciarse en el *Órganon* a partir de la distinción de una escala de objetos lógicos: concepto, juicio, razonamiento (*Categorías, Peri hermeneías, Analíticos*), y de una descripción y clasificación del silogismo (*Primeros Analíticos, Segundos Analíticos, Tópicos, Refutaciones*).

⁸ Las relaciones entre sujeto y predicado son analizadas en los *Tópicos* y dan lugar a los cuatro predicables (accidente, género, propiedad o definición), los cuales permiten clasificar las proposiciones que se someten a la interrogación dialéctica y sus tipologías.

convencional del lenguaje. En buena medida el desarrollo de esta obra continúa y sistematiza los planteos germinales que hemos mencionado a propósito del viraje que Platón propone en *Sofista*. En efecto, Aristóteles se compromete con la idea de la verdad anclada en el plano proposicional, hasta el punto de que en el conocido pasaje de *Metafísica* 6, 1027b20ss. sostiene que es en la calidad del ensamblaje proposicional y en su adecuación a lo real donde debe buscarse lo verdadero y no directamente en las cosas.⁹

Más allá de los desarrollos, especialmente de cuño heideggeriano que han avivado el fuego de otros pasajes donde se apelaría a la llamada “verdad ontológica”, es claro que la sistematización de *De interpretatione* y el planteo aristotélico general continúan la senda abierta por Platón.¹⁰ Esta debía resultar en su momento un camino de vanguardia que permitía internarse en disquisiciones sobre la estructura del lenguaje que dan a la teoría del *merismós* su primera base firme. En esa línea, el tratado se abre afirmando que (Arist. *Int.* 16a1-2)

Πρῶτον δεῖ θέσθαι τί ὄνομα καὶ τί ῥῆμα, ἔπειτα τί ἔστιν ἀπόφασις καὶ κατάφασις καὶ ἀπόφανσις καὶ λόγος.

primero es necesario establecer qué es un nombre y qué es un predicado, luego qué es una negación y una afirmación y un enunciado.

⁹ “Pues lo falso y lo verdadero no se dan en las cosas, por ejemplo que lo bueno sea verdadero y lo malo directamente falso, sino en la razón discursiva” (*Metaph.* 6, 1027b20ss.). En el mismo sentido se dice también que “Decir que lo que es no es o que es lo que no es es falso y decir que lo que es es y lo que no es no es es verdadero, de modo que el que dice que algo es o no es dice la verdad o se equivoca” (*Metaph.* 4, 1011b26ss.). Sobre los orígenes de la noción de verdad en Aristóteles y los motivos por los cuales apela a la llamada “verdad ontológica” en el terreno del tratamiento de los simples, véase Inverso (2011). Para una lectura sobre el enfoque heideggeriano enfatizando los aspectos adecuacionistas, véase Wrathall (2004).

¹⁰ Sobre la discusión tradicional acerca de la sede de la verdad en Aristóteles, atendiendo a su asociación con el juicio y las alusiones simultáneas a lo antepredicativo, véanse los pasajes y las obras mencionadas en la nota previa, así como los trabajos de Brentano (1962), Aubenque (1974), Vigo (1994) y Pearson (2005).

Mucho se ha escrito sobre la falta de correspondencia entre la enumeración del comienzo y la progresión temática que finalmente se lleva a cabo. Sin embargo, prestando atención a la continuidad con el planteo platónico de *Sofista* se puede advertir sin problemas que asistimos a la descripción de los elementos que se ensamblan en un enunciado: el nombre (*ónoma*) y el predicado (*rhêma*) son elementos que dan lugar al plano de la afirmación y la negación, modos del enunciado (*lógos*), a los que se dirigirá buena parte del resto del trabajo. En rigor, se trata de los elementos que uno espera encontrar si tiene en mente el pasaje de *Sofista* 262, donde precisamente se instaure el modelo sintáctico predicativo constituido sobre *ónoma*, *rhêma* y *lógos*, como condición de posibilidad de la verdad.

En la caracterización de los primeros dos elementos, se dirá (Arist. *Int.* 16a19-21):

Ὄνομα μὲν οὖν ἐστὶ φωνὴ σημαντικὴ κατὰ συνθήκην ἄνευ χρόνου, ἣς μηδὲν μέρος ἐστὶ σημαντικὸν κεχωρισμένον·

Nombre es la voz con sentido por convención sin tiempo, de la cual ninguna parte separada es significativa.

Lo primero que se comenta inmediatamente es lo que se relaciona con la imposibilidad de significatividad independiente de las partes del nombre, apelando al ejemplo del nombre *Kállippos*, que incluye en su formulación las raíces de *kalós* (bello) y *híppos* (caballo), respecto de lo cual se dice que el compuesto *-ippos* no tiene allí ningún significado y estrictamente pierde conexión directa con el término *híppos* (caballo), dado que no está ensamblado manteniendo ese sentido sino que pasa a formar parte de un lexema orientado a oficiar de nombre propio para un ser humano, marco en el cual el significado “caballo” no tiene nada que hacer. Literalmente se dice (Arist. *Int.* 16a21-22):

ἐν γὰρ τῷ Κάλλιππος τὸ ἵππος οὐδὲν καθ' αὐτὸ σημαίνει, ὥσπερ ἐν τῷ λόγῳ τῷ καλὸς ἵππος.

En Calipo, *-ipo* no significa nada por sí mismo, como el enunciado “caballo bello”.

Si nos detenemos en el ejemplo es porque vale la pena comparar este juicio con el que aludimos en referencia a *Crátilo* 399a, donde se ofrecía el ejemplo de Dífilo como nombre propio, y la expresión que era caracterizada como *rhêma*, *Dií phílos*, “amigo de Zeus”, que presenta los mismos dos términos que se conjugan en Dífilo, pero sin que en este último caso puedan ser extractados conservando su sentido. Lo que allí servía para diferenciar a *ónoma* de *rhêma* le sirve a Aristóteles en el contexto de *De interpretatione* para deshacerse de la idea de niveles de iconicidad por debajo del nivel de *ónoma* y *rhêma*, al mismo tiempo que declara su adhesión al convencionalismo.

El tiempo es, pues, el elemento que distingue ambas categorías. La definición del verbo aparece a continuación de la definición del nombre y en paralelo con ella. Por una parte hay analogía: así como las diversas formas de los nombres son casos con respecto al nominativo, los demás tiempos son casos del verbo con relación al presente;¹¹ por otra, diferencia y contraste en virtud del tiempo en tanto elemento distintivo característico del verbo. Aristóteles está interesado en el problema de la significación de estos elementos, por lo cual se concentra en definirlos, delimitarlos y examinar las relaciones que mantienen con el conjunto en que figuran, o precisar el estatuto de las formas flexivas.

La caracterización de *ónoma*, entonces, implica un rasgo negativo, “sin tiempo”, que cobra sentido por oposición a la caracterización de *rhêma*, que

¹¹ Hay que tener cuidado, de todos modos, porque como *πτώσεις ῥήματος* se mencionan otras formas “derivadas” o “alternativas” de la tercera persona singular del presente de indicativo en tanto forma paradigmática o estándar del verbo, por ej. variaciones de número y persona, además de otros tiempos e incluso actitud del hablante (τὰ ὑποκριτικά).

comparte con el nombre el rasgo de ser significativo y se diferencia de él por el elemento de la cosignificación temporal (Arist. *Int.* 16b6-10).

Ῥῆμα δὲ ἐστὶ τὸ προσσημαῖνον χρόνον, οὗ μέρος οὐδὲν σημαίνει χωρὶς· ἔστι δὲ τῶν καθ' ἑτέρου λεγομένων σημειῶν. λέγω δ' ὅτι προσσημαίνει χρόνον, οἷον ὑγίεια μὲν ὄνομα, τὸ δ' ὑγιαίνει ῥῆμα· προσσημαίνει γὰρ τὸ νῦν ὑπάρχειν. καὶ ἀεὶ τῶν ὑπαρχόντων σημειῶν ἐστίν, οἷον τῶν καθ' ὑποκειμένου.

El verbo es <una palabra> que, además de su significado, indica una referencia al tiempo y de la que ninguna parte por sí designa algo. Es, pues, indicación de que algo se dice de otra cosa. Y voy a explicar eso de que <además de su significado, indica una referencia al tiempo>. Es algo así: “salud” es ciertamente un nombre, pero “él sana”, es un verbo. Éste, por tanto, lleva su propio significado y además indica que este significado se aplica actualmente (*tò nûn*). Es siempre, en efecto, indicación de que algo se predica, como cuando se predica de un sujeto.

El tiempo opera, entonces, como un epifenómeno que adviene en ciertos términos significativos. De hecho, en 16b18 se dirá que los *rhémata* son *onómata* en tanto significan algo, situación que se describe como aquella en la que el pensamiento de quien se expresa se detiene –debemos suponer que en un objeto noético– y el que escucha “descansa”, en una suerte de caracterización metafórica de la actitud receptiva que se limita a la decodificación lingüística y no a la actividad de ensamblaje que supone la producción de enunciados. El tiempo es elegido como elemento identificador especialmente porque Aristóteles evita explícitamente el compromiso ontológico asociado con este nivel de constituyentes. Por esa razón en 16b20 afirma que los *rhémata* no indican si algo existe o no, del mismo modo que en 16a15ss. respecto del nombre. En este sentido, debe aplicarse al *rhêma* lo mismo que se dijo antes respecto del nombre utilizando el ejemplo del término nominal *tragélaphos*, “ciervo cabrío”, nombre de un animal mitológico que evidentemente no existe y que, por lo tanto, es indicio de que,

en consecuencia con el carácter convencional del lenguaje, los nombres no impliquen la existencia de aquello que nombran.¹²

De esta ausencia de “cosignificación de ser” se deriva en ese contexto que un nombre no pueda ser verdadero ni falso sino hasta que se le agrega el ser o el no ser, es decir el *rhêma* que se ensamble al nombre en cuestión y constituya el enunciado con la complejidad suficiente como para ser puesto en correlación con lo real y proceder a evaluar su grado de adecuación. En el marco del tratamiento del verbo dirá, del mismo modo, que tampoco los *rhémata*, incluidos “es” y “no es”, dan indicios sobre la existencia de la cosa sino hasta que se habilita el plano proposicional. Incluso el verbo *eînai*, desde esta perspectiva, revela compromiso existencial sólo cuando se alcanza el nivel de la frase.¹³

El tiempo, como decíamos, adquiere el papel de instancia de contraposición de *ónoma* y *rhêma*, y esto propicia que se avance, aun en este contexto preocupado por los alcances dialécticos y veritativos del lenguaje, en el estudio de las variantes en que se da el tiempo lingüístico.¹⁴ Aristóteles postula lo siguiente (Arist. *Int.* 16b 16-17):

ὁμοίως δὲ καὶ τὸ ὑγίανεν ἢ τὸ ὑγιανεῖ οὐ ῥήμα, ἀλλὰ πτωσίς ῥήματος

E igualmente <que un verbo con negación>, las formas verbales “él sanó” y “él sanará” no son simplemente verbo, sino tiempos (*ptóseis*) del verbo.

Este tratamiento, donde se alude a lo que concebimos como accidente temporal del verbo en términos de una distinción entre el presente como modo puro y el pasado y futuro como desviaciones, es un indicio importante de que nos encontramos en un contexto marcadamente diferente del que primará en la gramática. Es claro que es la clase de propósito de tipo lógico la

¹² Sobre la historia del tratamiento de este ejemplo señero de la tradición, véase Silliti (1981).

¹³ Sobre los sentidos y usos de *eînai*, véase el trabajo tradicional de Kahn (1973) y su vuelta sobre este tema en Kahn (1986: 1-28) y la evaluación de De Rijk (2002: 24-29).

¹⁴ Sobre el sentido de *rhêma* en Aristóteles, véase Bieda (2005), así como Robins (1966: 3-19) y De Rijk (2002: 207-242).

que lleva a quebrar la unidad de pasado, presente y futuro en tanto expresión de modos temporales para priorizar el presente como la expresión absoluta frente a los tipos que enmarcan o envuelven al presente, es decir, que adquieren un sentido derivado por referencia al presente.

Esto no quiere decir que este enfoque haya sido de poca importancia para el desarrollo gramatical ulterior, cosa que sería difícil de sostener con sólo advertir que la categoría que se usa para ubicar a los tiempos que no son el presente es la de *ptôsis* del *rhêma*. La noción de *ptôsis* (de *píptein*, “caer”) es además la que dio lugar a la forma latina *casus*, “caída”, con la que actualmente nos referimos a los “casos” del nombre que no son el nominativo, para los cuales mantenemos el nombre de “oblicuos”, que surgió en el símil que dio origen a esta nomenclatura, según la cual existe un tipo “cero” que puede comprenderse como el de la caída (*ptôsis*) recta de un estilete –implemento que se usaba para escribir sobre papiro–, comparada con las caídas oblicuas, con distinto grado de inclinación, que representarían las distintas variantes morfológicas del nombre (acusativo, genitivo, dativo, vocativo). Del mismo modo, el presente es aquí “caso cero”, “caída recta”, mientras que los modos de la no presencia son proyectados al nivel de mera *ptôsis*.¹⁵

Aristóteles, entonces, hace una distinción entre partes del enunciado (*mére tou lógou*), que define en el tratado *De interpretatione*, pero también desarrolla un planteo sobre las partes de la expresión (*mére tês léxeos*), cuya lista completa aparece en la *Poética*.¹⁶ En el marco de *De interpretatione*, guiado por un enfoque lógico, sólo se presta atención a los elementos significativos, que se ven complementados luego, sin ese condicionamiento, con la alusión a otras partes. Así, se construye en *Poética* una progresión “elemento, sílaba,

¹⁵ Sobre este punto, y especialmente sobre la relación entre las nociones tratadas en *De interpretatione* y *Poética* en cuanto a similitudes y diferencias, véase Serrano (1990: 51-69).

¹⁶ Cf. Düring (1966: 149-150).

conjunción, nombre, verbo, articulación, caso, enunciado”, que complejiza y enriquece el planteo del *merismós*. Estos términos se incluyen en el capítulo XX de la *Poética*, en la enumeración de las partes de la *léxis*, que se refiere a la expresión lingüística del pensamiento, y que podría traducirse como “prosa”, “lengua” o “forma de expresión”, lo que habilita también traducirla por “dicción”.

En efecto, fuera del *Órganon*, la *Poética* y la *Retórica* amplían sus miras prestando atención a enunciados no asertivos y a clases léxicas que exceden los constituyentes básicos del ensamblaje lógico de sujeto y predicado. Concretamente, en *Poética* 1457a10-1457a18 aparece nuevamente la diferencia entre nombre y verbo de acuerdo con la significación suplementaria de tiempo que el verbo conlleva respecto del nombre. Una revisión de las primeras dos categorías de la *léxis*, *ónoma* y *rhêma*, no ofrece elementos desconcertantes (Arist. *Po.* 1457a10-14):

ὄνομα δέ ἐστι φωνὴ συνθετὴ σημαντικὴ ἄνευ χρόνου ἢς μέρος οὐδέν ἐστι καθ’ αὐτὸ σημαντικόν· ἐν γὰρ τοῖς διπλοῖς οὐ χρώμεθα ὡς καὶ αὐτὸ καθ’ αὐτὸ σημαῖνον, οἷον ἐν τῷ Θεόδωρος τὸ δωρος οὐ σημαίνει.

Nombre es voz significativa compuesta, sin idea de tiempo, ninguna de cuyas partes es por sí misma significativa; en efecto, en los nombres dobles no nos servimos de sus partes como si cada una tuviera un significado por sí misma y así en el nombre Teodoro, el “doro” no tiene ningún significado.

Como es claro, la composición apunta aquí al hecho de que sus constituyentes son las letras y sílabas a las que el texto se refiere inmediatamente antes. El eje de la temporalidad no presenta diferencias con el tratamiento de *De interpretatione*, así como tampoco la adopción de este nivel de complejidad lingüística como límite de la significatividad. La única variación está en el ejemplo, *Teodoro* (en *De interpretatione* era Calipo), para el que rigen las mismas consideraciones que antes presentamos. Para el verbo, la frase “lo mismo que en los nombres” es lo suficientemente explícita en cuanto al paralelismo de la caracterización (Arist. *Po.* 1457a14-a18):

ῥῆμα δὲ φωνὴ συνθετὴ σημαντικὴ μετὰ χρόνου ἧς οὐδὲν μέρος σημαίνει καθ' αὐτό, ὥσπερ καὶ ἐπὶ τῶν ὀνομάτων· τὸ μὲν γὰρ ἄνθρωπος ἢ λευκόν οὐ σημαίνει τὸ πότε, τὸ δὲ βαδίζει ἢ βεβάδικεν προσσημαίνει τὸ μὲν τὸν παρόντα χρόνον τὸ δὲ τὸν παρεληλυθότα.

Verbo es voz significativa compuesta con idea de tiempo, ninguna de cuyas partes es por sí significativa, lo mismo que en los nombres, pues “hombre” o “blanco” no indican el “cuándo”, pero “camina” y “ha caminado” añaden a su significado el uno el tiempo presente y el otro el pasado.

Son muy similares, entonces, las definiciones del nombre y del verbo que se encuentran en la *Poética* y en *De interpretatione*. *Rhêma* es una sucesión articulada y portadora de un significado que, además, expresa tiempo (precisamente tiempo gramatical), pero también supone la predicación, puesto que tanto el nombre como el verbo adquieren pleno significado en virtud de su correlación. *Ónoma* es entonces tanto el nombre como el sujeto, y *rhêma* el verbo, núcleo de la predicación y a la vez predicado, que añade el factor temporal a lo dicho sobre el sujeto.¹⁷

Si prestamos atención a las diferencias, no hay en esta comprimida mención una aclaración sobre la preeminencia del presente sobre pasado y futuro, apuntando a una estratificación jerárquica independiente de la cosignificación temporal misma. Esta homologación de las tres variantes temporales se identifica con la tendencia que regirá luego en terreno gramatical. Hay otro punto importante a notar como elemento diferenciador, a pesar de la similitud “climática” entre ambas caracterizaciones. El contexto es lo suficientemente diferente para impactar con cierta gravedad en el sentido de estas caracterizaciones, hasta el punto de variar aspectos que hacen de estos constituyentes algo distinto de lo que Aristóteles vertía en *De interpretatione*. En efecto, nombre y verbo no son sólo las partes que permiten hacer de la proposición un segmento fónico en condiciones de soportar la

¹⁷ No hay aquí una distinción clara entre lógica y lingüística o gramática. Cf. Ackrill (1967). Serrano (1990: 55) prefiere pensar que ambos son conceptos tanto lógicos como lingüísticos, con un claro contenido semántico.

carga veritativa, sino que se convierten aquí en clases léxicas, en el sentido de clases de palabras desprovistas de la impronta lógica y su carga de ensamblaje y correlato con lo real como rasgo prioritario. Al contrario, prima en este enfoque la relación con los constituyentes menores y la contraposición con otras dos clases léxicas que se caracterizan por lo no significativo, la conjunción y el artículo (Arist. *Po.* 1456b.38-1457a.10):

σύνδεσμος δέ ἐστιν φωνὴ ἄσημος ἢ οὔτε κωλύει οὔτε ποιεῖ φωνὴν μίαν σημαντικὴν ἐκ πλειόνων φωνῶν πεφυκυῖα συντίθεσθαι καὶ ἐπὶ τῶν ἄκρων καὶ ἐπὶ τοῦ μέσου ἢν μὴ ἀρμόττει ἐν ἀρχῇ λόγου τιθέναι καθ' αὐτήν, οἷον μὲν ἦτοι δέ. ἢ φωνὴ ἄσημος ἢ ἐκ πλειόνων μὲν φωνῶν μιᾶς σημαντικῶν δὲ ποιεῖν πέφυκεν μίαν σημαντικὴν φωνήν. ἄρθρον δ' ἐστὶ φωνὴ ἄσημος ἢ λόγου ἀρχὴν ἢ τέλος ἢ διορισμὸν δηλοῖ. οἷον τὸ ἀμφὶ καὶ τὸ περὶ καὶ τὰ ἄλλα. ἢ φωνὴ ἄσημος ἢ οὔτε κωλύει οὔτε ποιεῖ φωνὴν μίαν σημαντικὴν ἐκ πλειόνων φωνῶν πεφυκυῖα τίθεσθαι καὶ ἐπὶ τῶν ἄκρων καὶ ἐπὶ τοῦ μέσου.

Conjunción es el sonido no significativo que ni impide ni produce una única voz significativa a partir de la combinación de varios sonidos, tanto en los extremos como en el medio, que no armoniza colocar por sí mismos en el comienzo de la oración, por ejemplo *mén, étoi, dé*. O sonido no significativo que a partir de varios sonidos con significado produce un único sonido significativo.

Artículo es un sonido no significativo que marca el comienzo o el fin o el punto de división de un discurso y su lugar natural es en los extremos o en el medio, por ejemplo *amphí, perí* y el resto. O un sonido no significativo que no impide ni produce un único sonido significativo surgido de varios sonidos tanto en los extremos como en el medio.

En un pasaje lamentablemente aquejado de graves problemas de corrupción textual, Aristóteles presta atención al hecho de que el lenguaje se compone de partes que integran la lengua con una función desplazada del puro significar, esto es, que escapan al esquema de adecuación con lo ontológico que había guiado los análisis hasta ese momento. Esta ruptura nos muestra que estamos en un terreno de apertura a una exégesis propiamente lingüística, sin que esta esfera sea tributaria –casi un resto– de la lógica.

Apenas una lectura de estos pasajes basta para notar que *sýndesmos* y *áarthron* no se refieren exactamente a lo que la tradición posterior llamará

conjunción y artículo, a pesar de que ya son esas las nomenclaturas a las que apela el texto aristotélico. Los ejemplos de la conjunción parecen más bien casos de partículas, lo cual indicaría que se está pensando en términos de cohesión textual, mientras que los ejemplos de artículos muestran casos de preposiciones, vistas en este contexto como “articuladoras” del discurso, probablemente por la alta plasticidad de ensamblaje con nombres y verbos, así como de uso independiente encabezando términos.

Este breve texto, como sucede muchas veces con pasajes de Aristóteles, ha suscitado numerosas reacciones ya desde la antigüedad, y ha dado lugar a comentarios que complican su intelección, como sucede especialmente con aquellos que alteran la cantidad de partes, o sugieren la posibilidad de reducir unas partes a otras.¹⁸ No es nuestra preocupación central ahora, de modo que nos limitaremos a señalar que este tratamiento indica que una de las principales dificultades radica en que los conceptos de *ónoma* y *rhema* en Aristóteles no son unívocos, sino más bien polisémicos, es decir que aparecen tratados desde lo que para nosotros son diferentes puntos de vista (semántico, lógico, lingüístico), que no es posible deslindar tan fácilmente como algunos quisieran. Tampoco conviene simplificar el enfoque diciendo que el tratamiento del tiempo que hace Aristóteles procede del análisis filosófico al lingüístico, porque en el sentido lingüístico del tiempo hay una reelaboración del sentido físico-filosófico.

Aunque, como hemos mencionado, es lo más habitual y parece además bastante sencillo pensar en términos de tres tiempos (pasado, presente y futuro), lo cierto es que después de siglos de investigación en gramática, lógica, filosofía y lingüística, la noción de tiempo y su manifestación en el

¹⁸ En esta línea Pinborg (1975) y Bennekom (1975) suponen que la noción de *áρθρον* no es originariamente aristotélica. Antes que ellos Steinthal (1891) intentó mostrar que esta categoría podía ser parte de la de conjunción.

lenguaje siguen generando discusión.¹⁹ Detengámonos a propósito en la caracterización aristotélica respecto del tiempo. En rasgos generales y siguiendo los lineamientos del método diaporemático, que sugiere la conveniencia de comenzar los tratamientos teóricos estableciendo claramente los inconvenientes y oscuridades en torno del tema en cuestión, en el libro IV de la *Física* (217b3-218a39), Aristóteles revisa tres cuestiones problemáticas.

De acuerdo con la primera, se impondría la irrealidad del tiempo, dado el supuesto de que no es posible predicar el “es” respecto del pasado ni del futuro, sino sólo del presente, pero a la vez el tiempo se compone de pasado y futuro, ya que el ahora no tiene extensión y por tanto no existe, de lo cual surge la primera aporía –la más importante para el ámbito lingüístico por su referencia a la extensión de las series temporales–, que afirma que lo que se compone de partes inexistentes no existe. Volveremos a este punto un poco más adelante.

Sobre este marco de la relación todo-parte (*hólon-méros*) se entra en terreno de la segunda aporía. Partiendo de que la existencia de algo divisible supone la existencia de sus partes constitutivas, de que la parte debe poder ser medida del todo y de que el todo se compone de partes, emerge el problema de que el pasado y el futuro no cumplen con la primera condición, dado que son partes “no existentes”. El presente, por su parte, entendido como un instantáneo ahora, no cumple con la segunda, ya que la medida del tiempo es el movimiento, como se dirá en la definición de *Física* IV, 11.219b2, y no el ahora, que por su inextensión es incapaz de servir de medida, y tampoco cumple con la tercera, ya que la instantaneidad del ahora hace imposible que se lo considere una parte.

¹⁹ La distinción del tiempo como categoría gramatical de la categoría lógica es bastante reciente. En la antigüedad los tiempos gramaticales eran vistos como un reflejo de los extralingüísticos, algo que podría tener que ver con el hecho de que, como en muchas otras lenguas (con excepción del inglés por ej.), en griego no hay una designación diferenciada para distinguir la noción de tiempo físico de la de tiempo gramatical (Binnick 1991: 10).

Finalmente, en tercer lugar, hay otro problema en torno del ahora en relación con su modalidad de mismidad y diferencia. En este caso se plantea de modo disyuntivo que el ahora o es siempre el mismo o es diferente en cada caso, pero si es el mismo no habría cambio, pues se trataría del mismo ahora, mientras que si se opta por la alternativa opuesta y se declara que se trata de diferentes “ahoras”, no habría posibilidad de coexistencia. Así, las partes del tiempo no pueden existir en simultaneidad, salvo que haya entre ellas una relación de inclusión, sin embargo el ahora no es una parte que pueda ser incluida sino que es definida como límite, razón por la cual no puede haber relación de inclusión entre “ahoras”. La aporía resultante señala la imposibilidad de coexistencia entre instantes.²⁰

Sobre este bosquejo general del enfoque, volvamos al planteo inicial. Es posible representarse los tiempos como segmentos en una línea que pasa por el punto del presente.²¹ En ese sentido, el presente es el límite entre pasado y futuro. El mismo Aristóteles señala, sin embargo, que considerar al presente como un punto en el tiempo y sin duración resulta una paradoja, porque una parte de ese tiempo es pasado y ya no existe, mientras que el resto es futuro y tampoco existe, de modo que todo tiempo estaría hecho de lo que *ya no* y de lo que *no todavía*, como se aprecia en *Física IV, 10, 217b29-218a8*:

Ἐχόμενον δὲ τῶν εἰρημένων ἐστὶν ἐπελθεῖν περὶ χρόνον· πρῶτον δὲ καλῶς ἔχει διαπορῆσαι περὶ αὐτοῦ καὶ διὰ τῶν ἐξωτερικῶν λόγων, πότερον τῶν ὄντων ἐστὶν ἢ τῶν μὴ ὄντων, εἶτα τίς ἢ φύσις αὐτοῦ. ὅτι μὲν οὖν ἢ ὅλως οὐκ ἔστιν ἢ μόλις καὶ ἀμυδρῶς, ἐκ τῶνδὲ τις ἂν ὑποπτεύσειεν. τὸ μὲν γὰρ αὐτοῦ γέγονε καὶ οὐκ ἔστιν, τὸ δὲ μέλλει καὶ οὐπω ἔστιν. ἐκ δὲ τούτων καὶ ὁ ἄπειρος καὶ ὁ ἀεὶ λαμβανόμενος χρόνος σύγκειται. τὸ δ' ἐκ μὴ ὄντων συγκείμενον ἀδύνατον ἂν εἶναι δόξειε μετέχειν οὐσίας. πρὸς δὲ τούτοις παντὸς μεριστοῦ, ἀνπερ ἢ, ἀνάγκη, ὅτε ἔστιν, ἦτοι πάντα τὰ μέρη εἶναι ἢ

²⁰ Sobre este punto, véase Sorabji (2006) y Vigo (2006).

²¹ La idea de punto es ciertamente algo problemático debido a que, en general, el presente se puede concebir también con una cierta duración, y además existe una gran variedad de casos en numerosas lenguas en los cuales el uso del presente parece no corresponderse con el tiempo presente e indicar otras franjas temporales, como sucede en el caso del presente histórico.

ἐνια· τοῦ δὲ χρόνου τὰ μὲν γέγονε τὰ δὲ μέλλει, ἔστι δ' οὐδέν, ὄντος μεριστοῦ. τὸ δὲ νῦν οὐ μέρος· μετρῆι τε γὰρ τὸ μέρος, καὶ συγκεῖσθαι δεῖ τὸ ὅλον ἐκ τῶν μερῶν· ὁ δὲ χρόνος οὐ δοκεῖ συγκεῖσθαι ἐκ τῶν νῦν.

Después de lo dicho tenemos que pasar al estudio del tiempo. Conviene, primero, plantear correctamente las dificultades sobre el mismo, a fin de determinar, mediante una argumentación exotérica, si hay que incluirlo entre lo que es o entre lo que no es, y estudiar después cuál es su naturaleza. Que no es totalmente, o que es pero de manera oscura y difícil de captar, lo podemos sospechar de cuanto sigue. Pues una parte de él ha acontecido y ya no es, otra está por venir y no es todavía, y de ambas partes se compone tanto el tiempo infinito como el tiempo periódico. Pero parece imposible que lo que está compuesto de no ser tenga parte en el ser. Además de esto, si ha de existir algo divisible en partes, entonces será necesario que, cuando exista, existan también las partes, o todas o algunas. Pero, aunque el tiempo es divisible, algunas de sus partes ya han sido, otras están por venir, y ninguna «es». El ahora no es una parte, pues una parte es la medida del todo, y el todo tiene que estar compuesto de partes, pero no parece que el tiempo esté compuesto de horas.

En este pasaje aparece representada la aporía del tiempo, que no puede ser visto ni desde el pasado ni desde el futuro sino únicamente desde ese presente puntual y efímero que divide a ambos y les sirve de límite. Pasado y futuro no son (*ya no y no todavía*), pero el presente, el ahora, para ser parte del tiempo tendría que tener alguna duración, aunque en ese caso no sería estrictamente un ahora, porque al tener extensión tendría un antes y un después, es decir que comprendería porciones de pasado y de futuro.

Aristóteles considera entonces que realmente sólo existen dos tiempos, pasado y futuro, al tiempo que rechaza la idea de que el presente pueda ser un intervalo (*Física VI, 233b35-234a4*):

ἔστιν γὰρ ἔσχατόν τι τοῦ γεγονότος, οὗ ἐπὶ τὰδε οὐθέν ἐστι τοῦ μέλλοντος, καὶ πάλιν τοῦ μέλλοντος, οὗ ἐπὶ τὰδε οὐθέν ἐστι τοῦ γεγονότος· ὁ δὲ φάμεν ἀμφοῖν εἶναι πέρας. τοῦτο δὲ ἐὰν δειχθῆ ὅτι τοιοῦτόν ἐστιν [καθ' αὐτό] καὶ ταυτόν, ἅμα φανερόν ἐσται καὶ ὅτι ἀδιαίρετον.

Pues <el «ahora»> es de algún modo el límite extremo del pasado y en él no hay nada del futuro, y es también el límite extremo del futuro y en él no hay nada del pasado; justamente por eso decimos que es el límite de ambos.

Cuando se haya mostrado que es en sí tal como lo describimos, y que es uno y el mismo, quedará de manifiesto también que <el «ahora»> es indivisible.

En este contexto se plantean las dificultades que acarrea la concepción popular y cotidiana del tiempo con sus tres segmentos (pasado, presente y futuro), pues el pasado (*pareleluthós*) ya no es, el futuro (*méllon*) no todavía, y el presente, en tanto punto límite entre uno y otro, estrictamente no forma parte del tiempo.

Esto se apoya en *Física IV*, 10, 218a24, donde se dice que el tiempo es algo continuo, que se compone de partes y se puede medir, que permite medir el movimiento en la dimensión de lo sucesivo. Es movimiento y cambio de un antes a un después. El eje que hace posible tal distinción entre el antes y el después es el presente, el ahora puntual, momentáneo, que no puede ser parte del tiempo porque no tiene extensión. Es sólo el corte, el límite (*péras, hóros*) entre dos dimensiones, principio de lo que vendrá y final de lo acontecido.

El hecho de que en el “ahora” no haya movimiento ni cambio posible le confiere al presente un valor singular respecto de los demás tiempos, que son externos a él o periféricos. De este modo el presente adquiere preeminencia, de manera análoga a lo que sucede en el paradigma de la flexión nominal con el nominativo, que es para Aristóteles el nombre mismo y no un caso (*ptôsis*) de él. En esta aproximación entre la teoría de los tiempos y la de los casos, el presente adquiere un estatuto particular, referencial. Como ya vimos, para Aristóteles el verbo es el presente, mientras que los “casos” del verbo marcan el tiempo que rodea al presente (*De interpretatione* 3, 16b6 ss.). Puede decirse entonces que los demás tiempos se encuentran en la periferia del presente, que no sería estrictamente un tiempo; de la misma manera que los casos oblicuos son los únicos casos frente al nombre mismo (el caso recto), así el presente es el verbo mismo y no un tiempo, frente al cual las demás formas son los verdaderos tiempos.

Esto no quiere decir, sin embargo, que Aristóteles piense que los demás tiempos no son verbos, sino más bien que “los tiempos distintos del presente son contenidos, delimitados y fundados por aquél. De suerte que el verdadero tiempo lingüístico es el presente, es decir, el tiempo que está implícito en el verbo por el simple hecho de ser verbo, por el simple hecho de actualizar el contenido semántico” (Díaz Tejera 1985: 57)

Aunque no es parte del tiempo, el ahora existe y hace que el tiempo exista: lo distingue, lo constituye, y se vuelve paradigma. Aunque el contenido del ahora sea siempre diferente (un ahora puntual, incluso si se lo piensa en el pasado y en el futuro), su función distintiva es siempre la misma. El ahora presente es inherente al verbo. Aristóteles observa que el ahora se aplica también a los tiempos que están próximos al punto axial. En ejemplos como “llegará ahora” y “sucedió ahora” puede verse un presente extenso, de modo que la proximidad de un acontecimiento respecto del ahora puntual puede hacer que este se vuelva tiempo (los estoicos usaron el término *enestós* para referirse al presente, justamente por su aspecto extenso). *Ho paròn chrónos* alude al tiempo presente como punto de referencia, que está rodeado de pasado y futuro, y a partir del cual se instaura la categoría de tiempo. A esto se refiere Benveniste (1999: 70ss.) cuando afirma que la categoría del tiempo nace del presente que la enunciación instaura, de modo que el tiempo tiene su centro en el presente como fundamento de las oposiciones temporales. De este modo, el tiempo lingüístico se instaura en el discurso. Implica que un acontecimiento situado en el tiempo de la lengua queda ligado al ejercicio de la palabra y tiene su eje en el presente como instancia discursiva referencial que se va desplazando con el discurso y se actualiza cada vez que un hablante la emplea. A partir de este punto de referencia se pueden situar y ordenar los otros tiempos, los no presentes.

El presente extenso (*enestòs chrónos*) de Aristóteles se integra, pues, en el sistema temporal verbal de los estoicos. La distinción aristotélica entre verbo

y tiempo verbal que se puede ver en *De interpretatione* puede relacionarse con la que hace que los estoicos llamen “verbo” sólo al infinitivo. Si en la lógica y en la experiencia los tiempos son tres, de acuerdo con la teoría griega del significado, los tiempos verbales tendrían que ser también tres. Pero si hay una diversidad mayor en el verbo griego, debe ser que se trata de variedades de uno o más de esos tres.

El desarrollo de la concepción de las partes del discurso se manifiesta pues tempranamente en un ámbito común a la lógica y la gramática. La retórica aporta un estatuto diferente de la palabra y de su función social que influye en el desarrollo del saber lingüístico. De este modo, el dominio de los discursos retórico o poético y su adaptación a determinados fines pragmáticos, junto con la indagación filosófica sobre las relaciones entre *Ser* y *lógos*, dieron como resultado una teoría de las partes del discurso que ya aparece en Platón y Aristóteles, donde la distinción *ónoma/rhêma* (oposición tanto verbo-nominal como sujeto/predicado) conduce a la discusión acerca de la verdad del enunciado.

Más adelante, en los escritos que nos quedan de Apolonio (s. II) puede verse la adaptación definitiva de una teoría de las partes del discurso a la lengua natural integrando los rasgos morfológicos a su definición. Para entonces tenemos una estructura conceptual que permite la generalización y la formulación de reglas. Esta constitución racional es la que explica que las partes del discurso hayan sido durante siglos el núcleo duro de la tradición lingüística occidental (cf. Auroux 1989: 27).

Hacia la gramática: Dionisio Tracio y los estoicos

Los Estoicos pasan por ser los fundadores de la gramática, y si bien les debemos, entre otras cosas, nuestra terminología de los casos y de los tiempos, e incluso probablemente la primera consideración del aspecto verbal, lo cierto es que no hay testimonios para afirmar que hayan pensado o reconocido a la gramática como una disciplina autónoma. La dialéctica estoica, considerada como base para el desarrollo sistemático de la gramática, presenta dos diferencias fundamentales con respecto a Aristóteles: la relación entre dialéctica y filosofía, y la unidad de la teoría dialéctica (Baratin 1989: 192).²²

Lógica, física y ética son los tres núcleos de la filosofía estoica, donde lo primero que llama la atención es que la lógica no aparece subordinada a las otras a la manera de un instrumento, como sucede en Aristóteles, sino que alberga, en pie de igualdad con las demás, desarrollos medulares de la doctrina. En la división misma de la lógica (análisis del *lógos*) en retórica y dialéctica se puede apreciar cómo esta última aparece integrada desde el principio al sistema filosófico estoico. Esta teoría dialéctica explora la naturaleza y la forma de las representaciones mediante las cuales el hombre conoce los acontecimientos, y que aparecen incorporadas en enunciados, de modo que su estudio se identifica con el estudio del enunciado. Así, la dialéctica estoica tiene por objeto el *significante* (*semaînon*, “lo que significa”) y el *significado* (*semainómenon*, “lo que es significado”); se propone la descripción del conjunto de instrumentos y mecanismos que organizan el lenguaje y que rigen sus relaciones con el mundo que describe, es decir, el conjunto de instrumentos y reglas que permiten hablar con exactitud acerca

²² Para la descripción de esta teoría contamos con el resumen de Diocles de Magnesia (s. I a C.) según nos lo transmite Diógenes Laercio (DL, VII, 48-82). Para un análisis general apelando al resto de testimonios, véase Gourinat (2000).

de la realidad.²³ En este marco, la gnoseología estoica que se sitúa en la lógica combina y sintetiza de una manera novedosa las dos tradiciones de reflexión sobre la noción de verdad que jalonaron la discusión anterior sobre la relación entre realidad, pensamiento y lenguaje. Por un lado, la noción de verdad como corrección o adecuación del pensamiento a lo real enfatiza la relevancia de lo real, el cosmos, como punto de referencia de la actividad noética y su expresión y constituye, en última instancia, el parámetro decisorio sobre el proceso cognitivo que diferencia entre impresión cognitiva (*phantasia kataleptike*) –la que capta lo real– e impresión no cognitiva (*phantasia akataleptos*) –la que no lo capta–. Es por ello que puede sostenerse que la lógica estoica apela a la noción de verdad como correspondencia, siguiendo en esto a los objetivismos fundacionistas de Heráclito, Parménides, Platón, Aristóteles, y sobre todo Antístenes, a quien apelan como figura de conexión del estoicismo con Sócrates como pivote de la filosofía clásica.²⁴

Al mismo tiempo, sin embargo, la referencia a procesos del *hegemonikón*, la parte del alma que comanda, donde se opera a través del control de coherencia entre *lektá*, contenidos de enunciados, muestra que el estoicismo es igualmente un receptor activo de la tradición de verdad como coherencia de enunciados que se inicia con Gorgias. En este ensamblaje entre ambas nociones de verdad, el objetivismo queda asegurado por la presencia del correspondentismo, mientras que el coherentismo resulta un elemento de primera importancia para explicar el proceso de asentimiento respecto de las impresiones y, por ende, la teoría estoica del error y la descripción del funcionamiento mental del sabio. Para toda esta descripción, que cifra

²³ Sobre la articulación de la lógica con la física y la ética derivada de este enfoque, véase Gourinat (2000: 113 ss.) e Inwood (1985). Este encuadre enfatiza la articulación de este plano con la física y la ética, como conviene a todo tratamiento dentro de la doctrina estoica, preocupada por tejer lazos inextricables entre diversas dimensiones del examen filosófico. Sobre esta caracterización del signo, véase Brunschwig (1978: 8ss), Mates (1953: 28), Frede (1978), Hülser (1979) y Sluiter (1990).

²⁴ Sobre la figura de Antístenes en la conformación del pensamiento estoico, véase Brancacci (1990) y Martín García (2008).

especial interés en dar cuenta del origen de los enunciados que componen los contenidos de pensamiento, la dimensión lingüística resulta fundamental.

El *significante* tiene tres realizaciones posibles: *phoné*, *léxis* y *lógos*. La *phoné* no es articulada ni portadora de significación; es el conjunto de sonidos que pueden ser emitidos por un órgano vocal, humano o animal. La *léxis* es un conjunto más restringido, que comprende el sonido vocal humano articulado que puede presentarse escrito, pero que no es *a priori* portador de significación, lo que sí caracteriza al *lógos*: *significante* en tanto *enunciado*. Estas categorías fundamentales pueden ser divididas a su vez. No la *phoné*, que no es posible descomponer porque se trata de un *continuum*, pero sí la *léxis*, cuyas unidades son los sonidos articulados elementales de una lengua, clasificados en vocales y consonantes. Finalmente el *lógos* se descompone en los constituyentes del enunciado o “partes del discurso”: nombre común, nombre propio, verbo, conjunción, artículo, adverbio.²⁵

Ciertamente una descripción de este tipo presupone la corrección del enunciado, ciertas cualidades (claridad, concisión, justeza, elegancia) que se valoran positivamente y, por consiguiente, también defectos (barbarismos, solecismos) que se intenta controlar o erradicar.²⁶

En cuanto al *significado*, su análisis se remite a un estudio de los “contenidos de pensamiento”, aquello que es significado una vez que se incorpora en un *significante* en el marco de la lengua. Si los consideramos por separado, se trata de *lektá*, “enunciables”, es decir, el contenido virtual de los enunciados (“incorpóreos” con relación a los cuerpos del mundo físico). De este modo podemos observar tres niveles: el contenido de pensamiento (*prâgma*) considerado independientemente de su incorporación en un

²⁵ Véase DL, VII.57-58. Cabe notar que Dionisio de Halicarnaso, en *De compositione verborum*, 2.1ss. señala que entre los estoicos circularon dos listas de partes del enunciado, la primera con la división nombre, verbo, artículo conjunción y la segunda con el desmembramiento de la categoría nominal en nombre propio y apelativo.

²⁶ Véase DL, VII.59-62 y el comentario a los pasajes correspondientes en Gourinat (2000).

significante, es decir la cosa del mundo que ha de ser objeto de representación y codificación lingüística; el “enunciable” (*lektón*) como contenido virtual del enunciado, y finalmente el significado (*semainómenon*) en tanto incorporación en un significante y realización de ese contenido.

En este enfoque se cifra la mayor diferencia entre la lógica estoica y la lógica aristotélica, ya que mientras esta última se apoyaba en la conexión entre términos que coloca como eje la relación sujeto-predicado, la variante estoica constituye una lógica de proposiciones. Esta opción, sin embargo, no implica que los constituyentes del enunciado sean descuidados, sino que, por el contrario, reciben un estudio cuidadoso. Este análisis, entonces, se concentra en el enunciado y especialmente en el *predicado* como elemento central, ya que su realización por sí misma constituye, aunque de forma incompleta, un enunciado. El predicado se caracteriza a partir de categorías verbales tales como persona, valencia, diátesis, pero no se identifica únicamente con el verbo sino que abarca su diversidad morfológica y sintáctica. Luego aparecen las diferentes modalidades del enunciado, la distinción de aserciones y la teoría del silogismo, que constituyen el desarrollo de lógica proposicional que llamó la atención de los lógicos contemporáneos cuando este tipo de enfoque volvió a convertirse en una legítima opción de avance para esta disciplina.²⁷

Lo que en Aristóteles son elementos diseminados en varias obras aparece ensamblado en el sistema estoico. Es en el marco de esta teoría dialéctica que integra los niveles y etapas de análisis lingüístico donde puede encontrarse el origen de la descripción gramatical en su forma sistemática: la

²⁷ Sobre lógica proposicional estoica, véase Frede (1974a) y (1974b), Egli (1993) y Ax (1993).

descripción gramatical sería entonces una parte de la dialéctica estoica que se aísla y se vuelve autónoma (Baratin 1989: 196).²⁸

La gramática se desarrolla entonces como descripción del significante, al tiempo que la dialéctica va alejándose progresivamente de esta descripción para centrarse en el significado, lo que conduce a un reacomodamiento disciplinar que puede observarse posteriormente en la tripartición canónica del *trivium* en gramática, dialéctica y retórica.

Evidentemente, con esta progresión de la lógica estoica, las definiciones propuestas en la descripción del significante sirven de base y de constante referencia para los gramáticos; de hecho, la mayoría de los conceptos gramaticales que aparecen en las gramáticas (*téchnai* o *artes*) pueden entenderse a partir de la dialéctica estoica.

En este sentido importa detenerse en la *Téchne grammatiké* atribuida a Dioniso Tracio (s. II a C.) ya que, más allá del problema de su autenticidad, es una obra que ha servido de base para la enseñanza de la gramática en los primeros siglos de nuestra era, de referencia en el Renacimiento, y cuya terminología es utilizada en la gramática clásica y sus traducciones al latín y a las lenguas modernas.²⁹ La *Téchne grammatiké* presenta ya una definición de la gramática y su división en seis partes: la práctica de la lectura respetando

²⁸ Sobre este punto, véase Long (1971), C. Mársico (2001a) y (2013), M. Baratin (1996), G. Lesses (1998), Ildefonse (1997). Véase asimismo los trabajos de Frede (1977) y (1978) y Lallot (1988).

²⁹ Los escolios antiguos sembraron la duda sobre la autenticidad del tratado. Uno de ellos señala una contradicción entre el tratado y un testimonio independiente que le atribuye haber separado el apelativo del nombre y unido artículo y pronombre, cosas que no suceden en la *Téchne grammatiké* (GG, I/III, 124,7 Hilgard), y otro indica, en el mismo sentido que ha llegado otra definición de verbo que tampoco es la del tratado (GG, I/III, 160,24 Hilgard). En este espíritu Di Benedetto (1958 y 1959) desarrolló contemporáneamente la impugnación de la autenticidad proponiendo que sólo los primeros cinco párrafos son antiguos y el resto constituye un texto del s. IV. Este planteo provocó una disputa que hoy continúa, como muestran los trabajos de los defensores (Pecorella (1962: 9ss.), Pfeiffer (1968: 271), Traglia (1970), Wouters (1979), Erbse (1980), Belardi (1985: 165ss.), Taylor (1987), Wouters (1998) y Swiggers & Wouters (2002)) y detractores (Pinborg (1975), Lallot (1989), Schenkeveld (1995), Law & Sluiter (1998)) de la autenticidad de la *Téchne*.

la prosodia, la interpretación de los giros poéticos del texto, la explicación de los términos raros, la etimología, la analogía, la crítica de poemas, todo lo cual tiene que ver con una perspectiva de análisis filológico, especialmente orientada a los textos poéticos.³⁰

De las primeras *artes* latinas, que se desarrollan a partir del siglo I d. C., sólo quedan testimonios indirectos, de modo que nuestra principal fuente son las grandes *artes* de los siglos IV y V (Donato, Carisio, Consencio).

Para determinar en qué consiste este tipo de descripción propia de las *artes* (calco del griego *téchnai*), su vinculación con el Estoicismo y su evolución, Barwick (1957) parte de la organización del texto de Donato en tres partes:

- definición de la voz y descripción de los elementos (letras y sílabas)
- partes del discurso y sus accidentes
- cualidades y defectos del enunciado

Como esta última no figura en la obra de Dionisio Tracio pero sí tenemos en el resumen de Diógenes Laercio una presentación de *aretaì lógoi* y *kakíai* en el marco de la dialéctica estoica, puede suponerse que los gramáticos latinos han conservado los rasgos originales de la doctrina estoica más fielmente que los alejandrinos.

Además, quienes componen las artes siguen una progresión letra-sílaba-palabra-enunciado que no puede provenir del esquema estoico *phoné-léxis-lógos* sino seguramente de la misma práctica de la lectura y de su enseñanza que vimos ya en Platón. La tarea de un profesor de gramática en la antigüedad reposa sobre el comentario de los textos a partir de los cuales se enseña, es decir, los textos homéricos. A comienzos del s. III a. C. con la fundación de la Biblioteca de Alejandría (adonde llegaban permanentemente manuscritos que muchas veces transmitían tradiciones diferentes de los

³⁰ Sobre la estructura de la *Téchne*, véase Lallot (1989), donde se comenta pormenorizadamente la obra, y Mársico (2007: 151-154).

mismos textos), se hizo necesario clasificar estos manuscritos, establecer los textos y comentarlos para justificar las soluciones críticas adoptadas y para que fueran accesibles al público. Fueron los *filólogos* alejandrinos quienes emprendieron esta tarea, de manera que la enseñanza elemental y la actividad filológica terminaron reuniéndose como dos formas de una misma especialidad. Así, la gramática en tanto práctica pedagógica se enriquece primeramente con el trabajo de los filólogos alejandrinos, para pasar a finales del siglo I a C. de la pura competencia en materia de textos a la consideración sistemática del lenguaje, surgida de la necesidad de establecer reglas generales para explicar, justificar u objetar los empleos particulares de tal o cual autor, reglas que implican, por cierto, una norma de corrección como criterio. A partir de aquí, entonces, la gramática delimita su campo con relación a la retórica puesto que la corrección comienza a ser entendida como una cuestión de lengua y ya no de discurso. El estudio de la corrección del enunciado se vuelve independiente de la retórica, es decir, de su contenido o sus intenciones.

En pocas palabras, se puede decir que la descripción gramatical tiene su origen en el desarrollo del estudio de las cualidades del discurso en el marco de la retórica, con unidades que proceden de los gramáticos alejandrinos y de las definiciones propuestas por los Estoicos en su dialéctica.

Teorías sobre los tiempos

Si nos concentramos en el tratamiento del verbo, la caracterización misma de esta categoría léxica en la *Téchne grammatiké* es problemática, ya que, como notamos hace poco, este punto constituye uno de los aspectos que los escolios señalan como indicios de problemas ligados con la inautenticidad

o alteración del material dionisiano originario. En efecto, el escolio 160,24 contrasta el texto del párrafo 13, dedicado precisamente al verbo, que lo define como “palabra sin casos que admite tiempos, personas y números y expresa lo activo y lo pasivo”, con la que ofrece Apolonio Díscolo, para quien Dionisio sostenía que el verbo era la “palabra que significa un predicado”. Como alternativa a la tesis de inautenticidad del texto conservado se puede considerar que en el ámbito estoico, del cual evidentemente, por lo que llevamos dicho, Dionisio es deudor, también se conservan ejemplos de definiciones variadas, tal vez derivadas de tratamientos más extensos en los cuales la caracterización de un fenómeno abarcaba distintas perspectivas. Esto se desprende del pasaje de Diógenes Laercio VII.58, que ofrece dos caracterizaciones del verbo, como “parte del discurso que significa un predicado” y como “elemento indeclinable del discurso que significa lo que puede construirse con uno o varios casos”. La primera definición es ciertamente muy similar a la que el escoliasta asocia con el testimonio de Apolonio Díscolo, que mostraría, además, que este enfoque responde a una línea previa a los desarrollos dionisianos, que tal vez era contemplada por una versión más amplia de la *Téchne grammatiké*, si es que la hubo, o por Dionisio en algún otro de sus trabajos.³¹

Dionisio Tracio reconoce a su vez los tres tiempos y habla de cuatro subespecies del pasado: imperfecto, perfecto, pluscuamperfecto y aoristo (*TG*, # 13):³²

ῥῆμά ἐστι λέξις ἄπτωτος, ἐπιδεικτικὴ χρόνων τε καὶ προσώπων καὶ ἀριθμῶν, ἐνέργειαν ἢ πάθος παριστᾶσα. παρέπεται δὲ τῷ ῥήματι ὀκτώ, ἐγκλίσεις, διαθέσεις, εἶδη, σχήματα, ἀριθμοί, πρόσωπα, χρόνοι, συζυγία. (...) χρόνοι τρεῖς, ἐνεστώς, παρεληλυθώς, μέλλον. τούτων ὁ παρεληλυθώς

³¹ Sobre esta cuestión, véase Mársico (2007: 147-148). Para una explicación en términos de cambio de opinión del autor, véase Pfeiffer (1968: 476 ss.).

³² De modo similar, Prisciano considera que hay tres tiempos (*tempora*): presente, pasado y futuro, pero el pasado se divide a su vez en tres: imperfecto, perfecto y pluscuamperfecto (el aoristo no existe en latín).

ἔχει διαφορὰς τέσσαρας, παρατατικόν, παρακειμένον, ὑπερσυντέλικον, ἀορίστον: ὧν συγγένειαι τρεῖς, ἐνεστῶτος πρὸς παρατατικόν, παρακειμένου πρὸς ὑπερσυντέλικον, ἀορίστου πρὸς μέλλοντα.

El verbo es la palabra no casual que admite tiempos, personas y números, significando la actividad y la afección. Y los accidentes del verbo son ocho: modos, voces, especies, figuras, números, personas, tiempos y conjugaciones. (...) Los tiempos son tres: presente, pasado, futuro. De ellos el pasado tiene cuatro distinciones: extensivo, adyacente, pluscuamperfecto, aoristo. De ellos los parentescos son tres: del presente con el extensivo, del adyacente con el pluscuamperfecto, del aoristo con el futuro.

Pero no se ha conservado, si la hubo, alguna parte de su obra en donde se indique la diferencia entre estas variedades del pasado. De todos modos, los términos que utiliza parecen reflejar una teoría que se puede advertir en los comentarios marginales de Esteban de Bizancio (siglo VII) y en la obra del gramático latino Prisciano.³³

Dionisio agrega que los tiempos se relacionan de la siguiente manera: el presente con el imperfecto; el perfecto con el pluscuamperfecto; el aoristo con el futuro. Puede interpretarse que el presente y el imperfecto representan acciones incompletas; el perfecto y el pluscuamperfecto, acciones completas; el futuro y el aoristo, cualquiera de las dos. Esta teoría alternativa está mucho más conectada o arraigada en la morfología y sintaxis del verbo griego que la de las cuatro subespecies del pasado, porque la interpretación de los tiempos ciertamente no deriva de un planteo primario de tres términos, ya que no hay una relación temporal constante o equivalente entre los miembros de los tres pares: el presente y el imperfecto difieren en tiempo, pero no del mismo modo que el futuro y el aoristo, mientras que el perfecto y el pluscuamperfecto son ambos pasados. La relación entre estos pares tiene que ver además con la forma, ya que el presente y el imperfecto se construyen

³³ Dionisio llama al perfecto *parakeímenos* (“que yace cerca”) y al pluscuamperfecto *hupersyntelikós*, que los romanos tradujeron como *plusquamperfectus*, (“más que perfecto”). El perfecto (presente perfecto) representa un pasado relativamente reciente frente al pluscuamperfecto, que indica un pasado más distante.

sobre el tema de presente; el perfecto y el pluscuamperfecto, sobre el de perfecto, y el aoristo y el futuro con temas sigmáticos. Es cierto que en este último par, la relación es de otra índole que en los dos primeros casos, en los cuales uno es anterior respecto del otro. También podemos observar que, de los dos primeros pares, el primer miembro (presente y perfecto) pertenece a lo que en las gramáticas se conoce como tiempo primario, mientras que el segundo (imperfecto y pluscuamperfecto) es un tiempo secundario. Esta diferencia aparece marcada morfológicamente con la presencia del aumento y la distinción de desinencias personales (primarias o secundarias), y también en el plano sintáctico los tipos temporales pueden admitir o rechazar determinadas construcciones.³⁴

Una mirada rápida al inicio del párrafo 13 de la *Téchne grammatiké* revela numerosos puntos de contacto con tópicos estoicos que indican que nos encontramos frente a un clima común, por lo cual debe prestarse especial atención a los desarrollos sobre el verbo que se dan en contexto estoico y que serán de alto impacto para la gramática como disciplina constituida. Por lo general se considera a los estoicos (siglo III a. C. en adelante) como los iniciadores de la “teoría de los tiempos” a partir de los planteos de Aristóteles, lo que, sumado a ciertas consideraciones acerca de los casos, les ha valido la reputación de “gramáticos sin gramática”.³⁵ Lamentablemente sólo nos han llegado fragmentos de sus escritos y prácticamente nada sobre sus concepciones gramaticales. Las únicas fuentes de que disponemos son los breves comentarios de escoliastas como Esteban de Bizancio (s. VII) y las obras de Prisciano (s. VI), Diógenes Laercio (s. III) y Sexto Empírico (s. II).

³⁴ Por ejemplo las cláusulas con *hóti* precedidas de un tiempo primario normalmente llevan indicativo, mientras que las que están precedidas por un tiempo secundario llevan optativo, fenómeno conocido como “optativo oblicuo”.

³⁵ Los principales representantes de esta escuela helenística fueron Zenón, Cleantes y Crisipo. La condición fragmentaria de los textos de los estoicos es uno de los principales escollos a la hora de reconstruir sus posiciones. Cf. Mársico (2003)

Las obras de Apolonio (s. II) y Varrón (s. II-I a.C.) también son aportes destacables, aunque de nuevo, en distinto nivel, fragmentarios.

En uno de sus comentarios a la obra de Aristóteles, el filósofo alejandrino Amonio (s. V) establece cómo los estoicos y quienes practicaban el arte de la gramática se oponían a Aristóteles y a los peripatéticos respecto del estatuto del caso recto. Estos negaban el carácter casual del caso recto y lo identificaban directamente con el nombre, mientras que aquellos lo pensaban como un caso más. De este modo, la doctrina estoica presenta a los casos como variantes del concepto, las que descartan, en consecuencia, la posibilidad de un caso genérico. Allí donde Aristóteles concebía a los casos como caídas del nombre (del nominativo), los estoicos los pensaban como casos del concepto o noción (*prâgma*). Es posible proceder de forma similar para esclarecer la teoría de los tiempos. En este sentido, los estoicos fueron quienes, a diferencia del uso aristotélico, reservaron el término “caso” (*ptôsis*) para las formas nominales, incorporando el de “inflexión” (*égklisis*) para los accidentes del verbo. El tiempo se inscribe de este modo entre las modificaciones o flexiones específicas del infinitivo, que sería en la teoría de los tiempos el análogo genérico del concepto en la teoría de los casos.³⁶

Para el estudio de la doctrina estoica de los tiempos verbales contamos con dos grupos de fuentes provenientes de los primeros siglos de nuestra era: por un lado, algunos pasajes de autores como Simplicio (s. VI), Estobeo (s. V), Plutarco (s. II), Sexto Empírico (s. II), Alejandro de Afrodisia (s. III) y Filón (s. I a.C.); por otro, testimonios ligados al ámbito lingüístico como la *Téchne grammatiké* de Dionisio Tracio, sus escolios bizantinos y algunos pasajes de Prisciano y Varrón.

³⁶ La importancia que tiene el presente para los estoicos, como un privilegio de la actualidad, debe comprenderse de manera análoga al privilegio del caso recto frente a los casos oblicuos. Además, existe una discusión acerca de la inexistencia física del presente en esta doctrina, ya que no es algo que pueda aprehenderse como un punto, sino más bien como una extensión dinámica entre dos posiciones temporales, una pasada y la otra futura: es un presente de tensión (Berrettoni 1989a: 52).

Mientras que el primer grupo examina la noción estoica de tiempo desde una perspectiva física, el segundo, aunque presupone en mayor o menor medida las tesis del ámbito de la física, desarrolla también aspectos lingüísticos que obligan a reformular o modificar los conceptos. En este segundo grupo se encuentra el que se considera el principal testimonio acerca de la teoría estoica de los tiempos: el escolio 250, 26 ss., atribuido al gramático Esteban de Bizancio. El texto, que conviene citar *in extenso*, plantea lo siguiente:

Τὸν ἐνεστῶτα οἱ <Στωϊκοὶ> ἐνεστῶτα παρατατικὸν ὀρίζονται, ὅτι παρατείνεται καὶ εἰς <παρεληλυθότα καὶ εἰς> μέλλοντα· ὁ γὰρ λέγων «ποιῶ» καὶ ὅτι ἐποίησέ τι ἐμφαίνει καὶ ὅτι ποιήσει·

τὸν δὲ παρατατικὸν παρωχημένον παρατατικόν· ὁ γὰρ <λέγων> «ἐποίουν» ὅτι τὸ πλεόν ἐποίησεν ἐμφαίνει, οὐπω δὲ πεπλήρωκεν, ἀλλὰ ποιήσει μὲν, ἐν ὀλίγῳ δὲ χρόνῳ· εἰ γὰρ τὸ παρωχημένον πλεόν, τὸ λείπον ὀλίγον· ὁ καὶ προσληφθὲν ποιήσει τέλειον παρωχηκότα, τὸν γέγραφα, ὃς καλεῖται παρακειμένος διὰ τὸ πλησίον ἔχειν τὴν συντέλειαν τῆς ἐνεργείας·

ὁ τοίνυν ἐνεστῶς καὶ παρατατικὸς ὡς ἀτελεῖς ἄμφω συγγενεῖς, διὸ καὶ τοῖς αὐτοῖς συμφώνοις χρῶνται, οἷον τύπτω ἔτυπτον.

Ὁ δὲ παρακειμένος καλεῖται ἐνεστῶς συντελικός, τούτου δὲ παρωχημένος ὁ ὑπερσυντελικός· ἐπεὶ οὖν ἐκάτερος τελείως παρώχηται, συγγενεῖς καὶ τοῖς χαρακτηριστικοῖς στοιχείοις χρώμενοι τοῖς αὐτοῖς φαίνονται, οἷον τέτυφα ἔτετύφειν· ὥσπερ δὲ ὁ ἐποίουν πλεόν ἔχει [τὸ παρωχημένον] πρὸς τὸν ποιῶ, οὕτω καὶ ὁ ἐπεποιήκειν πρὸς τὸν πεποίηκα.

Ὁ δὲ ἀόριστος κατὰ τὴν ἀοριστίαν τῷ μέλλοντι συγγενής· ὡς γὰρ τοῦ ποιήσω τὸ ποσὸν τοῦ μέλλοντος ἀόριστον, οὕτω τοῦ ἐποίησα τὸ τοῦ παρωχημένου.

Τοῦ ἄρτι τοίνυν τῷ ἀορίστῳ διδομένου γίνεται παρακειμένος, οἷον ἐποίησα ἄρτι – πεποίηκα, τοῦ δὲ πάλαι προσνεμομένου ὁ ὑπερσυντελικός γίνεται, οἷον ἐποίησα πάλαι – ἐπεποιήκειν· ἀλλ' ἐπεὶ καὶ τοῦτο τὸ πάλαι ἀόριστον, δεῖ προσνέμειν αὐτῷ τὸν διορισμὸν τοῦ ποσοῦ, οἷον πρὸ δύο ἐτῶν, πρὸ πέντε, πρὸ δέκα, καὶ ἐπαναβεβηκότα·

τῷ δὲ μέλλοντι διασάφῃς τοῦ ποσοῦ τῆς μελλήσεως ὁ παρὰ τοῖς Ἀττικοῖς μετ' ὀλίγον μέλλων, οἷον βεβρώσεται εὐρήσεται πεπράξεται.

Ἀόριστος δὲ ἐκλήθη πρὸς ἀντιδιαστολήν τοῦ παρακειμένου καὶ ὑπερσυντελικῶν ὀριζόντων τοῦ χρόνου τμήμα, τοῦ μὲν τὸ ἄρτι συννοούμενον ἔχοντος, οὐ λεγόμενον, τοῦ δὲ ὑπερσυντελικῶν τὸ πάλαι.

Εἰ δὲ τις ἀπορήσειε, πῶς ὁ μέλλων <τῆν> τοῦ μέλλοντος ἀοριστίαν ἔχων οὐ καλεῖται μέλλων ἀόριστος, ἴστω παρὰ πόδας ἔχων τὴν λύσιν· ὁ ἀόριστος ἐπ' ἀναίρεσει τῶν ὀριζόντων εἴρηται, τοῦ δὲ μέλλοντος ὡς μέλλοντος

οὐδὲν τέθειται πῶς οὖν τὸ μὴ τεθὲν ἔμελλεν ἀναιρεῖσθαι διὰ τῆς ἀοριστίας;

Los estoicos definen al presente (ἐνεστῶτα) como “presente imperfecto” (ἐνεστῶτα παρατατικόν), porque se extiende tanto hacia el pasado como hacia el futuro; pues el que dice “hago” manifiesta tanto que hizo algo como que hará.

<Definen> por su parte al imperfecto (παρατατικόν) como pasado imperfecto (παρωχημένον παρατατικόν), pues el que dice “hacía” (ἐποίουν) manifiesta que hizo la mayor parte, pero aún no ha terminado, sino que lo hará, por cierto, en poco tiempo; pues si lo pasado es la mayor parte, lo que resta es poco, lo cual al ser conquistado hará un pasado perfecto (τέλειον παρωχηκότα): “he escrito”, que es llamado adyacente (παρακείμενος) por tener cerca el cumplimiento de la acción (συντέλειαν τῆς ἐνεργείας).

Además el presente y el imperfecto, en tanto inacabados, son ambos semejantes (συγγενεῖς); de aquí también que usen las mismas consonantes, como τύπτω y ἔτυπτον (“golpeo” y “golpeaba”).

El adyacente (παρακείμενος), por su parte, es llamado presente perfecto (ἐνεστῶς συντελικός), y pasado de éste, el pluscuamperfecto (ὑπερσυντέλικος); entonces, puesto que uno y otro son completamente pasados, se muestran semejantes (συγγενεῖς) y usando las mismas letras características, como τέτυφα y ἐτετύφειν (“he golpeado” y “había golpeado”); y como “hacía” tiene más [pasado] respecto de “hago”, así también “había hecho” respecto de “he hecho”.

El aoristo (ἀόριστος), conforme a la indefinición, es semejante al futuro (μέλλων), pues como la cantidad de futuro de “haré” es indefinida, así <también es indefinida> la <cantidad> de pasado de “hice”.

Así pues al agregar “recientemente” al aoristo resulta un adyacente, como “hice recientemente” – “he hecho”, y al asignar “hace tiempo” <resulta> el pluscuamperfecto, como “hice hace tiempo”- “había hecho”, pero puesto que este “hace tiempo” es también indefinido, es necesario asignarle la precisión de la cantidad, como “hace dos años”, “hace cinco”, “hace diez”, etc.

Para el futuro (μέλλων), la precisión de la cantidad de futuro es el futuro próximo (μετ’ ὀλίγον μέλλων) <tal como se da> en el ático, como “habrá sido comido”, “habrá sido encontrado”, “habrá sido hecho”.

El aoristo fue <así> denominado por oposición al adyacente y al pluscuamperfecto, que definen un fragmento de tiempo, teniendo el primero la connotación de “recientemente”, mientras el pluscuamperfecto <la de> “hace tiempo”.

Y si alguien pregunta por qué el futuro, teniendo la indefinición del futuro no se llama futuro indefinido (μέλλων ἀόριστος), se debe saber que la solución está a la vista: el aoristo fue establecido con motivo de la anulación de las cosas que definen, mientras que del futuro, en tanto que futuro, nada fue sugerido. ¿Por qué, entonces, lo no sugerido iba a anularse por causa de la indefinición?

La intención del escoliasta apunta principalmente a reproducir las designaciones o definiciones que los estoicos daban a los diversos tiempos y compararlas con las de los gramáticos. Las diversas lecturas que se han intentado del texto dejan al descubierto una controversia: tradicionalmente se destaca la supuesta mención de la oposición entre tiempo y aspecto, cuando en realidad las categorías en cuestión parecen ser cuatro en lugar de dos.

- El tiempo, que puede manifestarse como pasado (*παρωχημένος*), presente (*ἐνεστώς*) y futuro (*μέλλων*).³⁷
- El aspecto, que expresa la oposición extensivo (*παρατατικός*) frente a perfectivo (*συντελικός*).
- La definición (*ὀρισμένος/ἀόριστος*), que se refiere a la cantidad temporal, la mayor o menor determinación que suponen los diversos tiempos y, en consecuencia, la posibilidad de precisarlos mediante adverbios;
- Las semejanzas o parentescos entre los tiempos (*συγγένεια*), que explican las relaciones (marcadas en la morfología) del presente con el imperfecto, el perfecto con el pluscuamperfecto y el futuro con el aoristo.

Como se puede observar, se trata de un panorama bastante complejo, al que hay que sumarle, además, la dificultad que supone la distinción o delimitación de las nociones mismas de tiempo y aspecto, ya que las categorías antiguas no coinciden exactamente con las modernas y, por cierto, el estudio del aspecto en general ha tenido su mayor desarrollo en el último siglo. De todas maneras, como el comentario de Esteban de Bizancio parece sugerir la incidencia de esta noción en las discusiones antiguas, es allí donde

³⁷ La tripartición del tiempo que aparece en Esteban, adoptada por los gramáticos, ya era tradicional en la filosofía desde antes de la época estoica, en Platón y en Aristóteles por ej. Cf. Caujolle-Zaslavsky 1985: 25, n. 12.

queremos dirigir la atención, repasando algunas de las interpretaciones posibles que los especialistas han propuesto.

En 1957, Barwick analiza el escolio y pone de relieve el componente temporal por sobre el aspectual en virtud del orden en que aparece mentado cada uno en la secuencia de los nombres de los tiempos. De este modo, entonces, como la consideración de las variedades temporales precede a la de las aspectuales en el escolio, el sistema quedaría organizado de la siguiente manera:

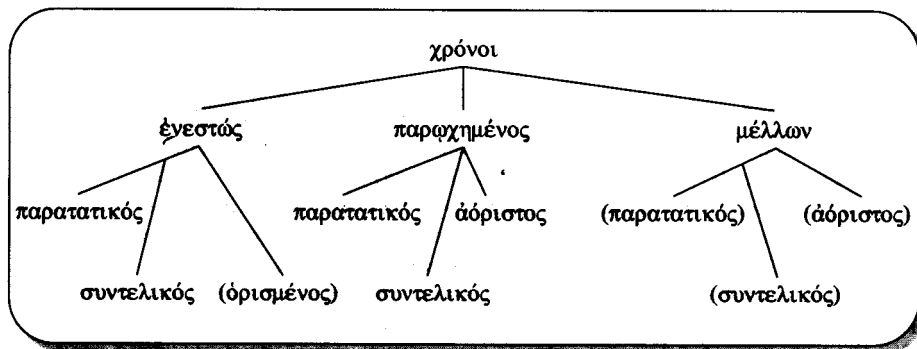


FIGURA 1

Χρόνοι: tiempos

ἐνεστώς: presente; παρωχημένος: pasado; μέλλον: futuro; παρατατικός: extensivo; συντελικός: perfectivo; ὀρισμένος: determinado; ἀόριστος: indeterminado

A esta interpretación se le critica fundamentalmente que la categoría de la indefinición aparece ubicada como una tercera variedad aspectual cuando no se trata de nociones asimilables; por otro lado, no se advierte en el esquema una consideración de las συγγένειαι o parentescos mencionados en el escolio.

En un estudio de 1939, Pohlenz planteaba como base la oposición ὀρισμένος / ἀόριστος, a la que también considera de tipo aspectual, algo que no se ajusta a lo que dice el texto, y que en realidad termina por resaltar los componentes ligados al tiempo y no al aspecto, que es supuestamente lo que Pohlenz quiere destacar. Su esquema sería el siguiente:

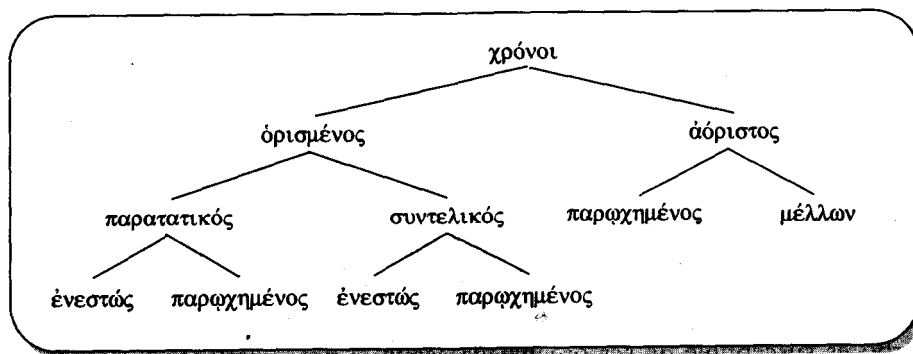


FIGURA 2

Χρόνοι: tiempos

όρισμένος: determinado; άόριστος: indeterminado; παρατατικός: extensivo; συντελικός: perfectivo; ένεστώς: presente; παρωχημένος: pasado; μέλλον: futuro

En 1980, Versteegh, inspirándose en Prisciano y Varrón, propuso una alternativa basada en la oposición entre *tempora infecta* y *tempora perfecta* (cf. *De Lingua Latina* X, 47-48), en la cual el aoristo se considera como una variedad de los *tempora perfecta*. Esta esfera corresponde en todos los casos para Versteegh a tiempos pasados, incluso en lo que concierne al ένεστώς συντελικός (el perfecto), algo que no se condice con la designación de este tiempo en el escolio, donde claramente se lo denomina presente perfectivo.³⁸ El esquema se organiza para Versteegh de la siguiente manera:

³⁸ Además, la simetría del paradigma latino puede inducir a error. Algo similar sucede cuando se quiere pensar el sistema verbal castellano frente al latino debido a la ausencia de una forma aorística propia, que el español sí tiene y aprovecha mucho más que otras lenguas romances.

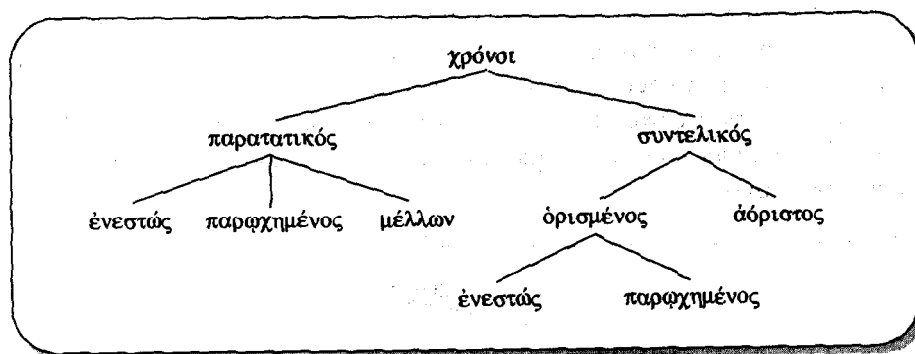


FIGURA 3

Χρόνοι: tiempos

παρατατικός: extensivo; συντελικός: perfectivo; ένεστώς: presente; παρωχημένος: pasado; μέλλον: futuro; όρισμένος: determinado; άόριστος: indeterminado

En 1989, y dentro de la línea tradicional que supone la organización de la doctrina de los tiempos de acuerdo con el procedimiento lógico de la división (*diáiresis*), Berrettoni esboza algunas consideraciones que permiten reconstruir un esquema. El primer corte es temporal, pero aquí el autor italiano incorpora una consideración adicional: los estoicos habrían llegado a la tripartición a través de la *antidiaíresis* –división por oposición o contradivisión binaria– a la que a su vez se le aplican subdivisiones. De este modo, la primera división no sería pasado, presente, futuro, sino la oposición pasado-no pasado (el segundo término se divide a su vez en futuro y presente). La ventaja de esta organización es que pone al descubierto una trama de oposiciones que no se perciben en el esquema tripartito y, además, permite apreciar la composición del presente, que incluye porciones de pasado y de futuro. El esquema, con los tiempos correspondientes, sería el siguiente:

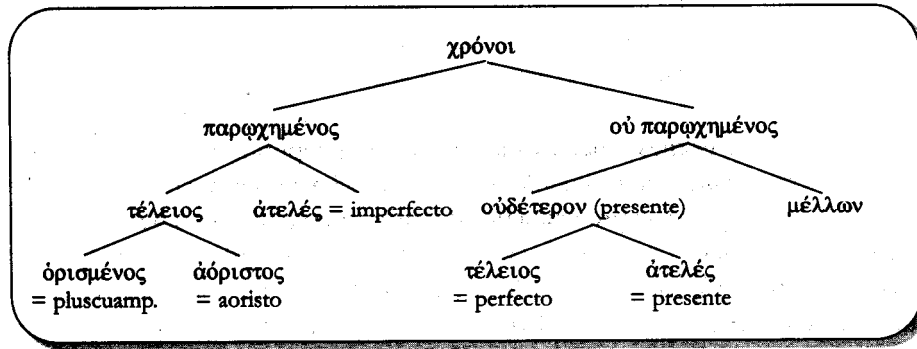


FIGURA 4

Χρόνοι: tiempos

παρωχημένος: pasado; οὐ παρωχημένος: no pasado; τέλειος: terminado; άτελής: no terminado; όρισμένος: determinado; άόριστος: indeterminado; οὐδέτερον: ninguno de los dos; μέλλον: futuro

Entre las objeciones que se le pueden hacer a esta interpretación está el planteo de subcategorías que representan unidades inexistentes, es decir, sin estatuto empírico en la lengua, además del riesgo de arbitrariedad que supone el agrupamiento de los términos (por qué no podría ser presente/no presente en lugar de pasado/no pasado). Por otra parte, se le cuestiona la falta de atención a la categoría de las συγγένεια. Para salvar esta dificultad, Mársico (2013) propone un esquema alternativo donde quedarían reflejadas las cuatro categorías que presenta el escolio. De este modo, también se soluciona el problema que supone la consideración de la díada όρισμένος / άόριστος como una oposición de tipo aspectual.

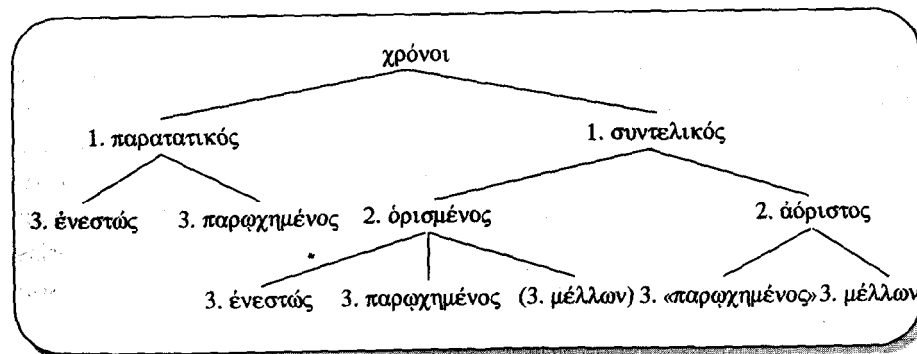


FIGURA 5

Χρόνοι: tiempos

παρατατικός: extensivo; συντελικός: perfectivo; όρισμένος: determinado; άόριστος: indeterminado; ένεστώς: presente; παρωχημένος: pasado; μέλλον: futuro

Como puede observarse en este recorrido por los intentos exegéticos de las últimas décadas sobre este punto, la carga conceptual del bagaje estoico es considerable y llama la atención de una manera sutil sobre las tensiones entre tiempo y aspecto en el concierto del esquema verbal con elementos que siguen siendo de primordial importancia en las discusiones lingüísticas contemporáneas.

Por otra parte, este enfoque sobre los estoicos y su teoría de los tiempos puede ampliarse si, como aconsejan los especialistas, se revisa la conexión que necesariamente tiene que haber entre física, lógica y ética en esta doctrina; concretamente, entre la noción de tiempo de la física y la que corresponde a la lógica –y por ende a la gramática–, pero teniendo en cuenta que en esa antigua noción no hay una clara distinción entre tiempo físico y tiempo gramatical, sino más bien una unidad compleja y multiforme. En cualquier caso, el énfasis en los desarrollos sobre este terreno basta para ilustrar la importancia de esta etapa histórica en la configuración de la perspectiva tradicional acerca de la noción de verbo y del tiempo como uno de sus accidentes principales. En cuanto a la posibilidad de una formulación originaria del aspecto en esta época, se puede acordar que los estoicos no hayan llegado a aislar formalmente la categoría, pero en sus reflexiones acerca del verbo se advierte que manejaban una noción similar a la nuestra.

Múltiples son los aspectos en que los objetos de estudio del pasado muestran su actualidad y se van abriendo a nuevas perspectivas alumbradas a lo largo de la historia. Lejos están aquellos viejos problemas de haber sido resueltos definitivamente o de haber perdido su encanto.

EL HORIZONTE DEL AORISTO

Una vez planteada la cuestión del aspecto como categoría, su problemática moderna y las primeras aproximaciones en la antigüedad, nos detendremos en los problemas que se suscitan en torno del aoristo, para asomarnos a los cuales tenemos que ubicarnos primero en el sistema verbal griego.

Tradicionalmente se considera que tiempo y aspecto son las categorías que estructuran el sistema, y que funcionan de manera integrada desde el momento en que no hay una marca morfológica que las diferencie.¹ A su vez, según vimos, dentro del aspecto caben distintas posibilidades que se articulan: en todos los verbos se observan oposiciones gramaticales junto con las diferentes accionalidades que el léxico provee, de manera que conviene pensar en la relación entre tiempo, aspecto y accionalidad.

En la red de oposiciones que constituyen el sistema se configura el significado de las diferentes formas, cada una determinada temporalmente, de acuerdo con el lugar en que se ubica un evento en el tiempo (como categoría deíctica que sitúa los eventos con relación al momento de la enunciación), y aspectualmente, según la forma en que puede considerarse un evento, cómo se distribuye o se constituye internamente.

En principio, entonces, es claro que en los llamados “temas temporales” (presente, futuro, aoristo y perfecto) no sólo se expresa tiempo sino también

¹ Otros autores, como Rijksbaron (1994) y Ruijgh (1985) consideran el sistema verbal griego como puramente temporal, lo que significa un problema para el tratamiento de los modos diferentes del indicativo, en los que no hay señalamiento temporal. De hecho, muchas veces no se aprecia una clara diferencia entre los valores del presente y el aoristo fuera del modo indicativo, lo que puede explicarse como un caso de neutralización (Ruipérez 1954: 103 ss.).

aspecto, puesto que la variedad de tiempos que se nos presentan en el sistema se puede organizar de acuerdo con oposiciones de tipo aspectual, como son los tipos *extensivo* (*paratatikós*) y *perfectivo* (*syntelikós*) que vimos en el análisis del escolio de Esteban de Bizancio. Esta distinción se combina a su vez con las distintas accionalidades, que señalan otros detalles de la constitución de un evento o situación, como puede ser su continuidad o delimitación, cuantificación, frecuencia, fase, etc., subcategorías que en nuestra lengua (y en el sistema románico en general²) se expresan habitualmente mediante el empleo de perífrasis pero que en griego no dejan de ser posibilidades de sentido de esos mismos temas “temporales”.³

Ciertamente, no resulta sencillo trazar un marco conceptual que consiga dar cuenta de la diversidad de fenómenos relacionados con el tiempo y el aspecto o establecer distinciones generales aplicables a distintas lenguas. En ese sentido el estructuralismo ha contribuido señalando la necesidad de comparar sistemas antes que elementos aislados o casos particulares, como sucede por ejemplo cuando se equipara el aoristo griego con los perfectivos eslavos, identificando prematuramente ambas unidades sin un previo examen de la estructura de cada lengua.⁴

En todo caso, para evitar una impresión enmarañada de la cuestión, y para conseguir una perspectiva que reúna lo que vinimos viendo en los capítulos anteriores, puede resultar útil hacer una primera precisión general, siguiendo a Duhoux (2000) entre las categorías lingüísticas que estructuran el

² Cf. Coseriu (1996).

³ Basta recordar que el imperfecto puede expresar repetición o que el aoristo señala algunas veces el inicio o el final de un evento.

⁴ Al respecto puede verse Holt (1943: 31) y Ruipérez (1954: 3). Desde Curtius en adelante se ha considerado que en griego antiguo el aspecto juega un papel crucial, y se le ha prestado atención especialmente a la oposición de los temas de presente y aoristo en busca de paralelos con el eslavo. Propuestas más recientes se centran en el estudio de las categorías de aspecto y accionalidad, como puede verse en los trabajos de Botne (2003), Bybee & Dahl (1989), Bybee, Perkins & Pagliuca (1994), Dahl (1985; 2000), Johanson (2000), Tatevosov (2002), Thieroff (2000).

sistema verbal (modalidad, temporalidad, aspectualidad, diátesis) y sus manifestaciones diversas en cada lengua (modo, tiempo, aspecto, voz). De este modo queda claro que las variedades aspectuales que son objeto de controversia (aspecto gramatical y aspecto léxico o accionalidad) son manifestaciones de la aspectualidad que se verifican en los distintos planos de la lengua (morfosintaxis y léxico). Conviene no perder de vista, además, que esos planos o niveles se articulan, de manera que el contenido semántico de los verbos afecta la distribución de las marcas aspectuales en todo el contexto, con los consecuentes efectos de sentido en cada contexto determinado.

Si, una vez hechas estas consideraciones, volvemos a situarnos en el sistema griego siguiendo el esquema de Mársico, podemos observar la organización de los tiempos de acuerdo con las categorías que se infieren a partir de la lectura del escolio de Esteban de Bizancio (tiempo, aspecto, definición y parentesco).

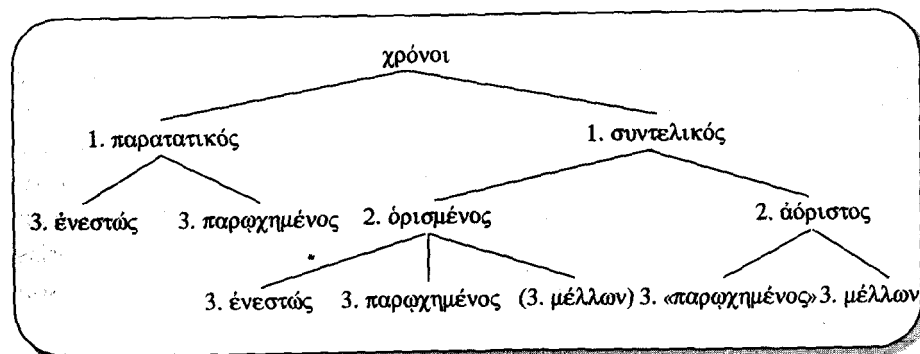


FIGURA 5

Χρόνοι: tiempos

παρατατικός: extensivo; συντελικός: perfectivo; ὀρισμένος: determinado; ἀόριστος: indeterminado; ἐνεστώς: presente; παραχρημένος: pasado; μέλλων: futuro

Desde la perspectiva de los gramáticos, el aoristo se concibe como un pasado pleno, de suerte que podemos describirlo con relación a los otros de su clase: por su carácter perfectivo (*syntelikós*) se opone al imperfecto, que es

el pasado extensivo (*paratatikós*); con el pluscuamperfecto, en cambio, son ambos *syntelikoí*, pero la diferencia aquí radica en la indefinición, ya que el aoristo (*aoristos* = indefinido) no delimita ningún segmento temporal, como sí sucede con el pluscuamperfecto o con el perfecto (el adyacente, *parakeímenos*⁵), como se deduce del escolio:

Ἀόριστος δὲ ἐκλήθη πρὸς ἀντιδιαστολήν τοῦ παρακειμένου καὶ ὑπερσυντελικού ὀριζόντων τοῦ χρόνου τμήμα, τοῦ μὲν τὸ ἄρτι συννοούμενον ἔχοντος, οὐ λεγόμενον, τοῦ δὲ ὑπερσυντελικού τὸ πάλαι.

El aoristo fue <así> denominado por oposición al adyacente y al pluscuamperfecto, que definen un segmento de tiempo, teniendo el primero la connotación de “recientemente”, mientras el pluscuamperfecto <la de> “hace tiempo”.

Como puede verse, la descripción parte de la designación misma del aoristo en su oposición frente al perfecto y el pluscuamperfecto en tanto formas que definen un segmento temporal (τοῦ χρόνου τμήμα).⁶ Muestra, además, cómo esa distinción se codifica en los “parentescos”: así como las formas extensivas (presente e imperfecto) comparten marcas formales, puede observarse la misma vinculación en los perfectivos definidos y, por su parte, la que relaciona al aoristo con el futuro (los perfectivos no definidos que pueden ser reconvertidos en formas definidas mediante la adición de operadores temporales). De este modo, futuro y aoristo aparecen vinculados formalmente por más que la relación entre ambos no sea análoga a la que se observa en las otras series de parentescos.

Desde la perspectiva estoica, sin embargo, el aoristo no es un pasado pleno, y esto se puede advertir en su relación con el perfecto concebido como

⁵ Para nosotros el perfecto tiene habitualmente un valor de pretérito pleno que muchas veces riñe con este sentido de zona cronológica determinada con relación al presente que tiene en griego (*enestòs syntelikós*). En nuestra lengua está desdibujada esa relación con el presente, y afectada al menos diatópicamente, además.

⁶ El escolio no hace en este caso una distinción entre la designación estoica y la de los gramáticos, lo que sugiere que aoristo (y futuro) ya existían como tales en la doctrina de aquellos; cf. Mársico (2003: 53).

un tipo de presente (*enestòs syntelikós*) ya que, si el aoristo se reconvierte en perfecto, entonces puede tener también su parte de presente. Es decir que la indefinición del aoristo o, mejor dicho, las distintas interpretaciones acerca de su indefinición, están estrechamente ligadas a la noción que se tenga del perfecto, puesto que para los estoicos se trata de un presente completo, mientras que para los gramáticos esta forma aparece designada como presente pero funciona como pretérito, lo que resulta problemático y conduce a una reorganización del sistema que sustrae al perfecto de las formas de presente y lo coloca entre los pasados. Una vez que ingresa al grupo de los pretéritos, el perfecto se redefine como *parakeímenos* (adyacente),⁷ es decir, como el pretérito más cercano al presente, con lo cual el aoristo podrá ser reconvertido solamente en otras formas de pretérito. Como puede verse, esto afecta claramente al espectro temporal que abarcará el aoristo, ya que con el reacomodamiento del sistema queda limitado a la zona de los pretéritos y de alguna manera se reduce su potencial de significado anterior.⁸

Cabe preguntarse hasta qué punto esto influye en nuestra concepción de los tiempos y sus relaciones, pero fundamentalmente en los problemas que solemos tener cuando nos encontramos con aoristos que no parecen indicar eventos pretéritos.

Podemos decir hasta aquí que el aoristo es una variante temporal neutra, un indefinido en cuanto a lo temporal de las formas perfectivas; no

⁷ Al dejar de ser un presente, la designación de *enestòs syntelikós* se vuelve incompatible con su nuevo *status*. La nueva organización del sistema supone también una simplificación terminológica; cf. Mársico (2001c: 88, n. 16).

⁸ La lingüística moderna no desconoce este valor del perfecto como un tipo de presente que señala los efectos de un evento que se ha completado, en el sentido de estado alcanzado, una caracterización que se remonta a la noción estoica de *enestòs syntelikós*. Cabe aclarar, con todo, que los estoicos no objetan la posibilidad de que el perfecto exprese pasado.

un neutro de los pasados⁹ sino un perfectivo cuya indefinición afecta únicamente al tiempo. En definitiva, no se trata de un pasado sin carga aspectual sino un perfecto sin carga temporal.¹⁰

Definir el indefinido

No es una tarea sencilla intentar describir al aoristo, una de las formas más complejas del paradigma, ubicarlo en un lugar claramente determinado, ni siquiera contando con los planteos modernos sobre el aspecto, debido a la diversidad de usos y matices que presenta. A esto hay que sumarle el hecho de que la ya tradicional distinción aspectual *imperfectivo/perfectivo* (representada paradigmáticamente en la oposición de los temas de presente y aoristo) alberga también una cierta complejidad que no conviene descuidar. El problema se plantea a la hora de explicitar la noción misma de perfectividad ya que, frente a la forma imperfectiva, que pone la atención en la estructura interna de un evento o situación, en su desarrollo, la perfectividad se puede entender como totalidad¹¹ en la que no se distinguen fases constitutivas ni proceso alguno, pero también como delimitación,¹² si se considera el evento completo, con su término. Se puede decir que ambas nociones no son incompatibles, puesto que la idea de totalidad supone la consideración de un punto límite o término; sin embargo, la forma perfectiva no sólo indica totalidad o delimitación sino que también puede tener un

⁹ Como lo entiende Versteegh (1980: 342 s.), para quien la oposición *horisménos/aoristos* es de tipo aspectual. Ya Holt (1943) considera la indeterminación del aoristo con relación al aspecto.

¹⁰ Como señala Mársico (2003: 53) en un comentario al escolio Σ^m 405, 15 ss., donde se dice claramente que el aoristo es lo que no manifiesta tiempo definido ni extensión en la actividad.

¹¹ *A single whole*; cf. Comrie (1976: 16).

¹² *Boundedness*; cf. Dahl (1985, 74 s.)

valor *ingresivo*, es decir, focalizar en la fase inicial del evento o situación, como sucede algunas veces con el aoristo.¹³

Como designación alternativa para la oposición encontramos a menudo el par *durativo/puntual*¹⁴ pero aquí la distinción que se plantea es de naturaleza semántica, lo que no asegura un criterio general porque no depende de marcas morfológicas que den cuenta de las oposiciones gramaticales.¹⁵

Otras veces se recurre a la definición que da Meillet (1908: 167; Chantraine 1981: 183; Ruipérez 1954: 89; Duhoux 2000: 140 s.) del aoristo como acción *pura y simple*, según la cual el aoristo denota un proceso sin indicación de su desarrollo¹⁶. Esta definición fue seguida de cerca por Goodwin al elaborar un esquema en que el aoristo aparece como un pasado con este rasgo de acción pura y simple. En su estudio de los tiempos griegos de 1894, el autor norteamericano elabora una clasificación que tiene en cuenta la designación del tiempo (presente, pasado o futuro) junto con la distinción aspectual de acción en curso, terminada o pura y simple (*simply taking place*). En el esquema podemos ver cómo quedan ubicados los tiempos en esta propuesta:

	<i>Tiempo presente</i>	<i>Tiempo pasado</i>	<i>Tiempo futuro</i>
<i>Acción en curso</i>	Presente	Imperfecto	Futuro

¹³ Cf. Napoli (2006: 128, n. 10). Lo mismo puede decirse del imperfectivo, que denota situaciones no delimitadas, en las que no se tiene en cuenta un término o finalización, y puede por ello adquirir el sentido *progresivo* o *habitual*, valores que el griego codifica habitualmente en el presente e imperfecto.

¹⁴ Términos de Brugmann (1885) y Delbrück (1897).

¹⁵ Más recientemente aparecen otras propuestas que intentan describir y explicar la alternancia entre el presente y el aoristo mediante factores pragmáticos en el marco de los estudios del discurso, como por ej. Sicking (1996). Además, decir que el presente es durativo y el aoristo puntual no explica la función de estas formas en todos los contextos en que se usan.

¹⁶ Aunque esto pueda parecer un tanto contradictorio, ya que la noción de proceso supone de alguna manera un desarrollo (Ruipe rez 1954: 68-69).

<i>Acción simple</i>		Aoristo	Futuro
<i>Acción terminada</i>	Perfecto	pluscuamperfecto	futuro perfecto

Esta propuesta tiene en cuenta que el aoristo no es simplemente una variante opcional frente al imperfecto o al pluscuamperfecto, sino que se usa de una manera *positiva* para indicar la ocurrencia de un evento o cambio de estado precisamente sin consideración de su término, sin detalles, como simple ocurrencia de un hecho en el pasado, sin ningún otro detalle; de allí su nombre (aóristos = *indefinido, no delimitado*).

Frente a estos y otros problemas, se suele aludir al carácter neutro o la vaguedad semántica del “indefinido”, aunque –como observa Napoli (2006: 127)– no se está dando una verdadera explicación cuando se le atribuye al aoristo un significado tan evasivo o cuando se le niega un contenido semántico inclusive.¹⁷

Entre los estudios especializados que interpretan la oposición de los temas de presente y aoristo en términos de *duratividad/puntualidad* está el trabajo de Ruipérez, que describe el funcionamiento de la oposición tomando el modelo de análisis desarrollado en el ámbito de la fonología y aplicado ya por N. Troubetzkoy, A. Martinet y R. Jakobson al estudio de la sintaxis. Este análisis de las oposiciones se emplea en el establecimiento de diferencias entre los componentes de la lengua sobre la base de que cada elemento significativo formal tiene su correlato en el plano del significado. Jakobson había utilizado este método en 1932 en su propuesta de organización del sistema verbal ruso en un complejo de oposiciones binarias privativas.¹⁸

¹⁷ Cf. Friedrich (1974).

¹⁸ Son privativas las oposiciones en que uno de los términos carece de una cualidad o rasgo distintivo que el otro (término marcado) posee. Trubetzkoy clasificó las oposiciones según la naturaleza de la relación entre sus términos, en privativas, graduales y equipolentes.

Siguiendo algunos de sus postulados, Ruipérez (1954: 17 ss.) describe la oposición presente/aoristo como una oposición privativa, constituida por un término marcado o caracterizado, el presente, miembro semánticamente más específico, en el cual se expresa el contenido verbal en su duración, y un término no marcado, el menos específico, en el cual ese contenido está ausente, el aoristo. Así como el término marcado expresa positivamente la noción básica de la oposición, el término no marcado posee una doble función, ya que puede comportarse como contrario al primero, negando la noción expresada por ese término marcado, pero también puede aparecer como indiferente a la distinción. En el caso del aoristo, podemos decir entonces que expresa la noción opuesta a la duración, es decir, la momentaneidad o puntualidad (valor negativo) y, a su vez, la indiferencia respecto de la idea de duración (valor neutro).¹⁹

Frente al sistema ternario propuesto por Holt, en el cual el aoristo aparece como término neutro o cero y el presente es el término negativo en oposición directa con el perfecto, Ruipérez adhiere a la interpretación del sistema ya esbozada por Meillet (1908: 167) y explicitada por Adrados (1950, 1954): el tema de perfecto es, en efecto, el término positivo de la oposición, pero el negativo está constituido por el conjunto del presente y el aoristo (los que, a su vez, se oponen entre sí, como hemos visto). En el capítulo IV, dedicado a examinar esta última oposición, resume las definiciones tradicionales acerca del significado aspectual del tema de aoristo, reuniéndolas en tres grandes grupos, a saber:

- El aoristo se considera “puntual”, puntualidad que puede referirse a una acción momentánea, a su punto inicial o final, dando lugar a la distinción de los valores “ingresivo” o “inceptivo” y “efectivo” o

¹⁹ Actualmente se discute hasta qué punto la categoría del aspecto se puede interpretar como una oposición de este tipo. Algunos estudios han mostrado una cierta fluctuación en el comportamiento de los verbos, ya que el establecimiento de los términos de la oposición depende de la clase aspectual a que pertenece cada verbo (cf. Bybee 1985: 147).

“terminativo”. Aquí se incluye asimismo el “complexivo” (cf. Delbrück 1897: 230 ss. y Brugmann 1904: 562), también denominado “factivo” o “constantivo”, que expresa la acción en su totalidad como si estuviese concentrada en un punto, y puede admitir complementos que indican duración (como en el clásico ej. *ebasíleuse triákonta éte*). De todos modos, hay quienes consideran irreconciliables ambos tipos.

- El aoristo es simplemente “confectivo”, “perfectivo” o “terminativo” y expresa la acción como sucedida o acabada, un sentido ligado probablemente con su pertenencia al pasado. Incluso los usos ingresivo y terminativo pueden subsumirse aquí si se acepta la propuesta de Schwyzer (1950: 261, retomada en Duhoux 2000: 388s.) de reemplazar las numerosas denominaciones por una sola, la de aoristo “metaptótico”, que designa el paso de la ausencia de acción a su ejecución.
- El aoristo indica pura y simplemente el proceso sin aludir a su desarrollo. Esta es la postura de Meillet (1908: 167, 218), que también puede verse en Humbert (1954: 111) y Chantraine (1983: 167).

El trabajo de Ruipérez es valorado actualmente inclusive, no tanto por su rigurosidad como por combinar el método filológico y el estructural, “superando al tiempo el empirismo del primero y el apriorismo tan común en el segundo”,²⁰ y por ser la primera exposición sistemática del estudio sincrónico de las categorías sintácticas, concebidas como sistemas de oposiciones sobre la base del modelo desarrollado por la fonología. La descripción muestra, además, su atención a la incidencia del léxico en las

²⁰ Cf. Adrados (1954: 258 s.), donde queda claro que los fundamentos estructurales a que se refiere toman distancia de algunas líneas teóricas como las de Hjelmslev y Guillaume, que parten de una base justa pero en su abstracción terminan por divorciarse de los hechos reales de la lengua.

diferencias aspectuales al tomar en cuenta la clasificación de los verbos de acuerdo con su contenido semántico en *transformativos* y *no transformativos*, que a su vez pueden ser momentáneos o durativos, lo que le permite identificar y explicar una serie de valores de los temas que dan cuenta de sus diversos usos. Hay que advertir, con todo, que la lengua no siempre se comporta en los hechos con tanta regularidad; si así fuera, no tendríamos mayores dificultades para comprender, traducir e interpretar ciertos casos problemáticos que parecen entrar en conflicto con el valor fundamental atribuido a cada tema.

En esta línea estructuralista²¹ se encuentra también F. R. Adrados, que comparte gran parte de los planteos de su colega español, si bien discrepa en algunos puntos, señalando por ejemplo la necesidad de no desconocer la perspectiva histórica en el análisis del sistema, puesto que la sincronía se explica en la diacronía y ayuda a comprender mejor los hechos como son, antes de cómo deberían ser, es decir que permite entender las anomalías como parte de un proceso dinámico que nunca tendrá como resultado un sistema perfecto y estable, puesto que cada momento dado de una lengua no se ve sustituido de repente por otro, sino que está en constante evolución.

Incorporando la accionalidad y la incidencia del contexto como factores determinantes para explicar las fluctuaciones del sistema, Adrados (1990) presenta los cuatro temas verbales tradicionales como un sistema irregular, que unas veces indica tiempo (en el caso del futuro), otras aspecto (en el

²¹ Adrados (1990: 487 ss.) distingue tres períodos en la historia de las interpretaciones de la sintaxis de tiempo y aspecto. Uno antiguo, donde encontramos a los estoicos, anticipando los debates modernos con sus definiciones y denominaciones de los tiempos, y a los gramáticos latinos, que trasladan los términos griegos a su lengua. Luego un período preestructural, en el que se redescubre la doctrina antigua, se formula la categoría y se sistematiza en eslavo hasta que Curtius (1846) la aplica a la lengua griega. Aquí se pueden situar los estudios de Kühner-Gerth, Gildersleeve, Wackernagel, Schwytzer, Chantraine, Blass-Debrunner e incluso la sintaxis funcional de tradición holandesa, con Rijksbaron. El tercer período es el estructural, que se inicia con Holt (1943) y es continuado por Ruipérez y Adrados, donde lo filológico, la accionalidad y el contexto se articulan para explicar las fluctuaciones del sistema. En esta línea también puede ubicarse a Duhoux.

presente, aoristo y perfecto), otras tiempo y aspecto juntos (los tres últimos combinados con las marcas temporales de presente o de pretérito),²² y que permite identificar las siguientes posibilidades:

	MODO INDICATIVO (tiempo)			Otros modos (no tiempo)
	<i>Presente</i>	<i>Pretérito</i>	<i>Futuro</i>	
Aspecto				
<i>Imperfectivo</i>	λύω	ἔλυον	λύσω	λύε
<i>Perfectivo</i>		ἔλυσα		λύσον
<i>De perfecto</i> ²³	λέλυκα	ἔλελύκειν	λελυκώς ἔσομαι	λελυκώς ἴσθι

A diferencia de Ruipérez, Adrados considera que el aoristo es el término positivo en oposición al tema de presente porque expresa fundamentalmente una acción con su término, sin tomar en cuenta su duración. La diferencia radica en la identificación de la noción fundamental sobre la cual reposa la oposición, que para aquel consiste en la consideración del “contenido verbal en su duración”, mientras que para este reposa en la de acción concebida con su término. Esta diferencia de criterio entraña un problema al que deberemos prestarle atención en adelante, puesto que del establecimiento de los términos de la oposición depende la posibilidad de determinar cuál de los dos es el que sustituye al otro. En otras palabras, si el presente es el término negativo, este será entonces el que pueda neutralizar

²² El autor aclara que el sistema de tiempos sólo existe en indicativo (con excepción de las formas de futuro): el tema de presente tiene un presente (con desinencias primarias) y un pretérito (con desinencias secundarias y eventualmente aumento), de igual modo que el perfecto tiene su presente (perfecto) y su pretérito (pluscuamperfecto), a diferencia del aoristo, que sólo puede tener desinencias secundarias (y eventualmente aumento), lo que lo ubica entre los pretéritos.

²³ Duhoux (2000) los denomina *progresivo, puntual y de estado*.

la oposición y sustituir ocasionalmente al aoristo (lo que podría ejemplificarse con el uso histórico del presente); en cambio, si es el aoristo el negativo, podremos explicar algunos casos anómalos, como los usos llamados gnómicos, en virtud de su función como término no marcado. La cuestión es delicada, pero conviene recordar que al describir la oposición presente/aoristo, Ruipérez señala que el término marcado o positivo es precisamente el que lleva las marcas morfológicas correspondientes a la forma más específica, de modo que la otra viene a ser la no caracterizada y, por lo tanto, la que puede subsumir ambas funciones. En ese sentido, si comparamos los temas de presente y aoristo, es evidente que el más marcado de los dos es el presente.²⁴

Al explicar la noción fundamental de cada uno de los tres aspectos, Adrados observa que, si hay más de una forma de entender el presente, como *paratatikós* (*extensivo*, que indica acción durativa), o como *atelés* (acción sin su término), eso implica una manera diversa de entender el aoristo, ya como acción puntual, ya como acción con su término. Pero que ambos valores son reductibles a la noción de perfectividad como consideración del término de la acción (cf. Adrados 1990: 393 ss.). Otros valores posibles, como el complexivo, initivo, finitivo, etc. no son aspectos independientes sino interpretaciones (a partir de la semántica y/o el contexto) del perfectivo; interpretaciones nuestras que muchas veces “exprimen” los textos. “En definitiva –afirma el autor español– el aoristo señala el fin de un proceso. Éste puede, en el tiempo físico, ser puntual o durativo, pero la gramática no lo señala: sólo la semántica y el contexto, en ocasiones.” (Idem, p. 396)

²⁴ Por otra parte, se puede cuestionar también la designación de acuerdo con la observación de Napoli que antes mencionamos, ya que la *duratividad* es uno de los criterios según los cuales se pueden distinguir clases semánticas de verbos, como vimos en el primer capítulo cuando nos referimos a la clasificación vendleriana. Más aún, en varios contextos el aoristo admite un complemento de duración (como en el conocido ejemplo *ebasíleuse triákonta éte*), es decir que esta noción se verifica en sentencias cuyo punto de vista es puntual, como ha observado Smith (1997: 72).

El aoristo indicativo se ubica entonces como un pretérito, aunque sin localización temporal precisa, la cual es proporcionada por el contexto. Adrados lo describe frente al imperfecto en virtud de la selección que puede hacerse de uno u otro pretérito a partir de la distinción aspectual *imperfectivo/perfectivo*, que reside en la posibilidad de describir el evento como extensivo o completivo. En ese sentido se habla también de aspecto “aorístico”.

Por otra parte, Adrados permanentemente llama la atención sobre la importancia del contexto en la determinación del aspecto, y reconoce el hecho de que los tipos verbales que pueden distinguirse teniendo en cuenta la accionalidad no son estables, es decir que un mismo verbo puede, en contextos diversos, pasar de uno a otro tipo o ser indiferente y reposar completamente en el contexto para definir sus matices. Qué efectos se puedan lograr a partir de la combinación de tiempo, aspecto y accionalidad es en todo caso lo que importará cuando tengamos casos problemáticos que explicar e interpretar.

Desde el punto de vista aspectual, Duhoux afirma que la función del aoristo es expresar una acción considerada en sí misma, de modo casi abstracto, concentrando en un solo punto su inicio, desarrollo y final. Es el aspecto puntual, por el cual el aoristo presenta un hecho como percibido del exterior. Dice Duhoux que la ausencia de consideración dada por el aoristo a las diferentes etapas del proceso explica el calificativo de *aoristos* que le fue otorgado por los antiguos gramáticos griegos.

Usos gnómicos

Entre las cuestiones problemáticas que se plantean en torno del aoristo existen algunos usos, no poco frecuentes, que parecen entrar en conflicto con el valor fundamental atribuido al tema. El empleo de ciertas formas verbales griegas más de una vez nos desconcierta porque parecen no seguir los parámetros normales o no ajustarse a los lineamientos establecidos y motivan una gran variedad de especulaciones que, en su intento de aclarar o sistematizar el problema suelen contribuir a la confusión y hacer su aporte a la inflación terminológica sobre el tema.²⁵

Entre los casos “especiales” del uso de los tiempos, el aoristo provee algunos de los más representativos, intimidantes y sugestivos, cuando se emplea con un sentido general que parece prescindir del tiempo. Menos problemático resulta acaso el uso del presente en lugar del pasado; tal vez estamos más acostumbrados al efecto que tiene el presente histórico de traer el pasado ante nuestros ojos, acercarlo y de alguna manera revivirlo, actualizarlo. En cambio, utilizar una forma de pasado para referir eventos que no son necesariamente pretéritos suele provocar confusión, y no siempre reparamos en ciertos empleos similares de nuestra propia lengua en que el indefinido (también llamado perfecto simple) también cobra un sentido particular.

En efecto, el indefinido indica en ocasiones una acción general, válida para cualquier tiempo, que conviene traducir generalmente por el presente en la mayoría de las lenguas modernas. En estos casos se suele hablar de

²⁵ Una parte del problema que no siempre se contempla y que Duhoux (2000) considera en el prólogo de la primera edición como una consecuencia de la aplicación del término “aspecto” a fenómenos diversos, a punto tal que cada autor lo toma en un sentido diferente.

“aoristo gnómico”, dado que sirve para la expresión de sentencias (*gnómai*)²⁶ o verdades de carácter general, aunque no deja de ser una designación un tanto estrecha si se tienen en cuenta los numerosos ejemplos de este tipo que no se registran precisamente en contextos gnómicos. Algunas veces incluso da la impresión de que al ponerles esa etiqueta eludimos el problema y evitamos tener que pronunciarnos al respecto.

Numerosos son los estudios que han indagado este valor general con el objeto de esclarecer su naturaleza. En lo que sigue presentaremos un panorama que proporciona un importante repertorio de propuestas. Nos interesa especialmente saber dónde pone el foco cada estudio y qué detalles o aspectos se destacan como pertinentes para la definición o la explicación de estos usos conflictivos.

Cuando se historiza la cuestión, lo que aparece en primer término es la propuesta de Musič (1892), que siguiendo la distinción de H. Paul entre frases concretas y abstractas, según su acción sea temporal o intemporal respectivamente, afirma que en las formas gnómicas tanto del presente como del aoristo la acción se considera desde dos puntos de vista simultáneos, en una perspectiva doble: con relación al tiempo en que se habla y con relación al tiempo en que tiene lugar la acción. De este modo se explica el hecho de que ambas formas temporales, un presente y un pasado, indican, en la frase abstracta, una acción sin consideración del tiempo y se remiten entonces a su valor aspectual.

En un artículo de 1940 y luego en la *Sintaxis*, Humbert explora el problema temporal del aoristo, la posibilidad de que no indique necesariamente tiempo pasado, como sugieren algunos ejemplos en que los hechos no se presentan como pretéritos. El llamado “aoristo trágico”, por

²⁶ Por *gnóme* se entiende un pensamiento formulado de manera general, que no se limita a un caso particular, si bien no se lo puede pensar alejado de su contexto comunicativo, con vistas a un determinado propósito, cf. Stenger (2004: 26ss).

ejemplo, que indica reacciones súbitas o explosión de los sentimientos,²⁷ o el gnómico, que parece despojarse de su carácter de pasado para indicar hechos permanentes o verdades eternas. Se ha sugerido que en el origen del uso gnómico está el aoristo de experiencia, que habría permitido pasar de una constatación en el pasado a una ley permanente (1940: 190). No resulta sencillo, de todos modos, explicar el paso de la constatación en el pasado a la ley general válida para todos los tiempos.²⁸ Hay que admitir, entonces, que el aoristo no tiene valor temporal en ese caso. Humbert cree que el verdadero principio de explicación es el de Musič, basado en la proximidad del aoristo gnómico con los proverbios, en los que se verifica únicamente el aspecto, excluyendo el tiempo. Observa que, incluso en indicativo, con aumento y desinencias secundarias, el tema de aoristo es capaz de expresar el aspecto puro. En la *Sintaxis* (1954: 145ss.) distingue aoristo gnómico de aoristo de experiencia, afirmando que este es un pasado pleno, que confirma que se produce un fenómeno y va acompañado de un adverbio que le confiere el valor generalizante de verdad de experiencia, mientras que el aoristo gnómico se basta a sí mismo para expresar una verdad reconocida. En este caso sólo hay aspecto; se prescinde del tiempo porque el tema de aoristo es capaz de expresar el aspecto puro, la acción despegada de toda contingencia subjetiva y temporal. Se comprende mejor el carácter de este aoristo que se sustrae al pasado si se admite, pues, que el aoristo indicativo no necesariamente expresa el tiempo.

²⁷ Un aoristo es más preciso para expresar el carácter repentino de tales afecciones del ánimo; haciendo abstracción del tiempo pasado que supone (por ser un indicativo) se aprovecha su valor aspectual de acción desprovista de duración que el presente no puede representar. Cf. Lloyd (1999), Duhoux (2000: 393), Bary (2009).

²⁸ Algunos piensan que el uso empírico cobra un sentido general, de suerte que el aoristo, válido en principio sólo para el pasado, estaría modificado implícitamente por los adverbios “siempre” o “nunca”. Cf. Humbert (1954: 145s). Salmon (1960: 403s.) propone, sin embargo, una génesis inversa fundamentada en la antigüedad de los testimonios del uso intemporal, que se habría ido debilitando y haciendo necesario el agregado de los adverbios.

Más adelante, M. Kravar (1967) destacó la importante aunque tardía recepción de los planteos de Musič que puede verse en Wackernagel (1926), Humbert (1954) y Chantraine (1981), como así también en el trabajo de Péristerakis (1962), quien a la manera del estudioso croata, observó ejemplos paralelos en griego moderno y estableció un detallado repertorio de empleos²⁹ contribuyendo principalmente a evitar la designación tan estrecha de “aoristo gnómico” y sustituirla por la de aoristo intemporal. Además, Kravar advierte el riesgo que se corre al explicar el carácter intemporal de este aoristo, especialmente si se tiene en cuenta su oposición con el presente, apelando a rasgos que le son propios en tanto forma aspectual, cuando la principal dificultad radica en el hecho de que, siendo un pretérito en su clase aspectual, se verifican usos supuestamente desprovisto de su valor temporal. Esta cuestión, que ha sido debatida por más de un siglo,³⁰ se presenta aquí como una serie de dilemas que señalan los nudos problemáticos fundamentales: principalmente, si se trata de un pretérito o de una forma intemporal y, en tal caso, si el valor intemporal lo tiene en sí mismo o lo adquiere en contexto.

Kravar adhiere al planteo de Musič, afirmando que en el uso gnómico hay una doble perspectiva, que permite considerar la acción como intemporal, temporalmente indeterminable (desde el punto de vista absoluto), y al mismo tiempo como pasada (desde el punto de vista relativo), aunque el valor intemporal es el que prevalece. Otras formas de pretérito poseen un valor similar, inclusive en otras lenguas.³¹ En ese sentido, la

²⁹ La clasificación comprende tres casos principales: (1) en comparaciones, sentencias o exposición de costumbres, donde designa el hecho puro y simple (el uso más frecuente); (2) como expresión de un hecho real y objetivo en oposición a uno irreal; (3) expresando un hecho concreto y particular en oposición a una ley general. Otra clasificación de empleos intemporales puede verse también en Schwyzer (1950).

³⁰ Cita algunos primeros estudios generales, como los de Moller (1853), Francke (1854). Para otras referencias, cf. Schwyzer (1950: 286).

³¹ Es el caso de algunos usos del perfecto en latín, que se habrían desarrollado por influencia griega. Cf. Salmon (1960: 418ss).

preferencia por los pretéritos en el empleo general puede explicarse por el hecho de que el contenido de las ideas generales proviene la mayoría de las veces de la experiencia, es decir, del pasado. Con todo, admite que el contexto es un factor determinante a la hora de identificar estas formas intemporales, ya que, si el principal criterio reside en la distinción entre frases concretas y abstractas, el aoristo no tiene entonces ese valor intemporal por sí mismo, aisladamente. En definitiva, el aoristo intemporal es para Kravar una cuestión de sintaxis, de modo que no es correcto asignarle ese valor expresivo *a priori*.

Una explicación un tanto diferente aporta O. Jespersen (1924), para quien no es correcto hablar de acción fuera de tiempo. El lingüista danés piensa que se trata de una forma genérica del tiempo, así como hay una para el número y la persona. Del mismo modo en que la tercera persona se usa para indicar impersonalidad por ser la forma que se desliga de la posición de *enunciador/enunciatario* (la “no-persona” de Benveniste), puede haber formas temporales que indiquen, en determinados casos, que se prescinde del tiempo o que no interesa su consideración. La preferencia por el presente en ciertas aseveraciones se debe a que afirman algo válido en la actualidad; el caso del aoristo gnómico sería una suerte de truco estilístico para hacer que el receptor saque la conclusión de que lo que ha sido verdad hasta ahora sigue siéndolo y lo será hasta el final de los tiempos.³²

Una postura similar desarrolla B. van Groningen (1953: 18ss.) cuando explica que las lenguas clásicas, como así también muchas lenguas modernas, expresan habitualmente la idea de atemporalidad en una forma que esencialmente se desliga del tiempo: el uso del presente con un valor de generalidad. Pero lo curioso es que a menudo el griego expresa eso mismo con un tiempo histórico, que normalmente refiere el pasado (el aumento y las

³² Cf. Jespersen (1924: 259).

desinencias del aoristo de indicativo son características indiscutibles del pretérito), pero que en la mayoría de los casos sólo es posible traducir en presente. Su aspecto verbal indica en principio la acción sin ninguna apreciación subjetiva de su duración o finalización (valor negativo en que se origina el llamado aoristo instantáneo,³³ que puede ser incoativo o terminativo, pero la acción queda siempre situada en el pasado). Van Groningen se pregunta cómo es que una forma de pasado puede usarse al mismo nivel que un presente, y si es posible que el carácter pretérito desaparezca completamente, como parece suceder con el uso gnómico, en el cual se verificaría una total objetividad para expresar una verdad general, prescindiendo absolutamente del tiempo. Para esclarecer la cuestión compara el aoristo con el presente y el imperfecto. Dejando de lado el uso histórico y el atemporal, el presente no parece mostrar diferencias esenciales e indica eventos que se desarrollan en el intervalo de tiempo que corresponde al “ahora”, expresando lo que podemos observar y percibir con los sentidos. De este modo, el presente concierne únicamente a las experiencias sensoriales directas en la cuales nos vemos envueltos, mientras que el pasado, al referir algo posterior al evento, no se vincula con la observación directa sino con la memoria, y así de alguna manera nos apropiamos del presente una vez que queda adosado al pasado, lo recuperamos recordando. El aoristo expresa entonces lo que se recuerda y se conoce; en ese sentido está menos vinculado a la realidad pasada y, por eso, es más abstracto pero a la vez más sólido y concentrado (de ahí que sirva en la narración para marcar los momentos decisivos de la historia). De este modo, así como el presente es una transición inestable que sólo puede fijarse sumándose al pasado, y el futuro es pura expectación o suposición, el aoristo

³³ Cf. Colvin (2010).

es el tiempo de la certeza objetiva e incuestionable.³⁴ A partir de esto puede explicarse el uso gnómico del aoristo como la posibilidad de expresar un conocimiento definitivo, que queda fuera del tiempo, al igual que el uso simétrico del presente, pero que en pasado se desliga justamente de las influencias cambiantes del presente y presenta los hechos generales y fundamentales de forma indubitable. En suma, el aoristo gnómico establece una verdad general no a pesar de su carácter de pasado, sino como una consecuencia de él.

En el estudio de Ruipérez (1954) el aoristo general (gnómico en sentido amplio), entendido como uno de los medios con que el griego antiguo cuenta para la expresión del contenido verbal de un modo general, presenta problemas con relación al tiempo y al aspecto. En cuanto al tiempo, para determinar si este tipo general es resultado de un valor puramente preterital o si se trata de un uso neutro de indiferencia al tiempo, se inclina por esta última posibilidad, la consideración de un valor intemporal en el aoristo general (tanto en las *gnómai* como en los símiles y en la descripción de hechos o situaciones típicas).

Ruipérez afirma que la indiferencia respecto del tiempo expresada por el aoristo general es propia del valor del pretérito en el sistema de la lengua y no una mera realización de su valor de pasado. En efecto, en la oposición temporal constituida por presente/pretérito es este último el término no caracterizado, de modo que expresa el tiempo pasado como negación del presente y también la indiferencia a esta distinción, pero a su vez toda la oposición presente/pretérito funciona como término no marcado frente al futuro, de suerte que el valor neutro estaría ampliando sus posibilidades. El

³⁴ La diferencia con el imperfecto radica en que este considera la acción en su duración y por eso está más próximo al presente (de hecho, no es otra cosa que un presente con aumento y desinencias de pretérito). Ofrece además una serie de ejemplos en diversos autores y formas dialectales para dar cuenta de que no se trata de un uso restringido sino de una posibilidad de la lengua griega en general.

autor español revisa además la casuística de aoristos generales de Schwyzer, observando que prácticamente todos los ejemplos (97%) pertenecen a semantemas transformativos. De este modo, la formación de aoristos generales sobre verbos transformativos no permite asegurar la existencia de un valor puntual (en ninguno de los numerosos ejemplos estudiados se advierte una insistencia clara en la momentaneidad del proceso ni en su punto final), sino que más bien respalda el valor neutro. A partir de esto establece que el aoristo general es fundamentalmente neutro también en cuanto al aspecto. Y concluye (p. 165): “cuando se considera un contenido verbal en abstracto, en general, interesa la noción verbal en sí, pura, desprovista de calificaciones aspectuales”.

El mismo principio de explicación se encuentra también en Adrados (1990), cuando señala que el aoristo general o atemporal tiene su marca temporal neutralizada, lo que lo habilita a indicar una acción situada fuera del tiempo y reducida al aspecto puro.³⁵ Luego del cotejo con el uso simétrico que puede hacerse del presente, postula que el condicionante de la neutralización temporal es, en ambos casos, el aspecto verbal, ya que la sustitución de un tiempo por otro, que queda neutralizado temporalmente, tiene por función las más de las veces expresar un aspecto que el tema sustituido era incapaz de expresar. El tiempo –explica– es una categoría obligatoria, que no admite defectividad, como ocurre con las formas *tantum* del género y el número y con la voz en el verbo, pero puede ir acompañada de hechos de neutralización, que permiten prescindir de ella cuando se la desconoce o no interesa al hablante. Así, ciertas verdades generales se expresan ya en presente, ya en aoristo, dependiendo de la intención o el efecto buscado.

³⁵ Adrados (1990: 426) establece cuatro tipos de aoristos atemporales, que pueden verificarse: (1) en máximas o afirmaciones de validez general, (2) en simples descripciones de hechos o situaciones que se suponen sin límites temporales, (3) en Herodoto y Epicarmo para sucesos típicos, (4) en Homero y más raramente en otra poesía o en prosa para las comparaciones.

Más recientemente, Y. Duhoux (2000) describe los usos más frecuentes del aspecto puntual y se detiene especialmente en los casos en que se suscitan problemas con la temporalidad del aoristo indicativo. En la mayoría de sus empleos –explica el autor francés–, el aoristo indicativo sitúa la acción verbal en la zona cronológica anterior al momento de la enunciación, es decir, en el pasado. Desde el punto de vista temporal tiene, pues, el mismo valor que el imperfecto, de modo que la distinción fundamental entre ambas formas de pretérito es de naturaleza puramente aspectual. Otras veces, sin embargo, el aoristo puede utilizarse para la presentación de hechos que se localizan fuera de su zona cronológica propia, expresando con un marcado efecto de concisión acciones constatables en cualquier tiempo y lugar.³⁶ En estos casos, Duhoux prefiere hablar de usos generales, porque rechaza la idea de que el aoristo indicativo prescindiera de su temporalidad y se reduzca al aspecto puro. En su opinión, el fenómeno se explica de la misma manera que los empleos simétricos de los demás tiempos del indicativo: pueden presentar un hecho como observable en todos los tiempos, en cualquier tiempo, porque la modalidad de lo *factual* que expresa el modo indicativo (exceptuando el futuro) es el término no marcado de la oposición y, por lo tanto, puede sustituir al otro (*l'attente*, modalidad que expresa el subjuntivo, a la cual pertenecerían estos casos. Pero Duhoux muestra, además, otro aspecto de la cuestión cuando se pregunta si el rechazo del carácter de tiempo pasado del aoristo no surge en realidad de la imposibilidad de traducir estos aoristos mediante un tiempo pasado en la mayoría de las lenguas modernas, lo que sería entonces un error de método.

³⁶ Para estos casos propone la siguiente clasificación: (1) aoristos gnómicos, utilizados en sentencias o proverbios; (2) aoristos de verdades generales, empleados en textos más extensos; (3) aoristos de comparaciones homéricas. Esta distinción, de suma utilidad para estudios literarios o estilísticos que toman en cuenta la selección aspectual operada por quien habla o escribe, no se justifica sin embargo desde un punto de vista lingüístico estricto, puesto que el valor del aoristo es el mismo en los tres casos. Cf. Duhoux (2000: 390ss.).

Podríamos seguir refiriendo otros tantos estudios que abordan la cuestión, teniendo en cuenta que la controversia ha llegado hasta nuestros días, pero conviene recapitular lo expuesto hasta aquí para aprovechar ciertos puntos que nos parecen fundamentales en las distintas propuestas que intentan explicar el aoristo gnómico, general o atemporal.

Las opciones que hemos presentado son varias y diversas: sentido resultante de una perspectiva doble, forma genérica del tiempo, neutralización de la categoría temporal, resultado de la incidencia del contexto, articulación del fenómeno con la categoría del aspecto. Todas tienen, sin embargo, su parte de razón cuando abordan el problema temporal del aoristo (si es o no un pasado, si tiene o no un valor temporal), colocándose de un lado o del otro (o de ambos). Y es muy significativo que sea eso lo que está en el centro de la discusión ya que el carácter de pasado pleno del aoristo no es algo dado sin más desde siempre.

Es posible ofrecer, entonces, una nueva explicación, que en principio no intenta rebatir las anteriores sino en todo caso reunir las en torno de una justificación histórica de la cuestión, deteniéndonos especialmente en lo que plantean algunos textos que están en el origen de la descripción gramatical.

Como adelantamos en el comienzo de este capítulo, en la organización de los tiempos en la antigüedad, el lugar que le cabe al aoristo depende de la perspectiva desde la cual se lo interprete: en la *Gramática* de Dionisio Tracio está ubicado claramente como una de las cuatro especies del pasado, y puede caracterizarse, por lo tanto, teniendo en cuenta las similitudes y diferencias que presenta respecto de las otras formas de pretérito (imperfecto, perfecto y pluscuamperfecto) en cuanto a las categorías del aspecto y la definición. Desde la perspectiva estoica, en cambio, no es acertado tratar al aoristo como un pasado pleno, y esto puede entenderse, como apuntamos, a partir de su relación con los otros pretéritos, pero especialmente con el perfecto, aun

cuando el párrafo 4 del escolio afirme que ambos (perfecto y pluscuamperfecto) son completamente pasados.³⁷

En lo que concierne a la transmisión de la doctrina, las lecturas críticas del escolio ponen en duda que Esteban de Bizancio haya sido lo suficientemente cuidadoso en el análisis de las fuentes estoicas de que se sirve. En efecto, las doctrinas pertenecientes al ámbito de la física generan algunos problemas en su transposición al contexto lingüístico, como sucede con la incoherencia que implica la propuesta de dos categorías de presente (cf. Caujolle-Zaslavsky 1985: 23).³⁸ En el intento de presentar las definiciones estoicas de los tiempos frente a las de los gramáticos, la terminología se superpone y el texto se torna complejo, porque manifiesta el choque de ambas perspectivas no sólo en la diferencia de las denominaciones sino también en la concepción que de los tiempos tienen unos y otros. A

³⁷ Ὁ δὲ παρακείμενος καλεῖται ἐνεστῶς συντελικός, τούτου δὲ παρωχημένος ὁ ὑπερσυντέλικος· ἐπεὶ οὖν ἑκάτερος τελείως παρωχῆται, συγγενεῖς καὶ τοῖς χαρακτηριστικοῖς στοιχείοις χρώμενοι τοῖς αὐτοῖς φαίνονται, οἷον τέτυφα ἐτετύφειν ὥσπερ δὲ ὁ ἐποιοῦν πλέον ἔχει [τὸ παρωχημένον] πρὸς τὸν ποιῶ, οὕτω καὶ ὁ ἐπεποιήκειν πρὸς τὸν πεποιήκα.

El adyacente, por su parte, es llamado presente perfecto, y pasado de éste, el pluscuamperfecto; entonces, puesto que uno y otro son completamente pasados, se muestran semejantes y usando las mismas letras características, como τέτυφα y ἐτετύφειν ("he golpeado" y "había golpeado"); y como "hacia" tiene más [pasado] respecto de "hago", así también "había hecho" respecto de "he hecho".

³⁸ Desde el punto de vista de la física, el presente no es sino el límite entre pasado y futuro. ¿Cómo entonces podría ser *parataticós*? De acuerdo con los testimonios, la noción de presente no es unívoca; según Estobeo (*Ecl.* I p. 106, 5W = *FDS* 808 = *SVF* II 509) los estoicos decían que no hay tiempo presente sino que se lo llama así en sentido amplio (*katà plátos*). Esta posibilidad de entender el presente en sentido estricto (simple punto divisorio entre pasado y futuro) o en sentido lato (aplicable a extensiones variables que incluyen el momento mentado por el presente en sentido estricto) permite operar con la noción tanto en el ámbito de la física como en el de la gramática. Así pues, el presente redefinido en sentido lingüístico, *katà plátos*, se extiende más allá de la noción física, hacia los polos temporales abarcando porciones de pasado y de futuro, de modo que "la categoría de extensivo no estaría aplicada al tiempo presente sino a la forma en que la reflexión gramatical entiende este presente, alterando su caracterización de fugacidad y 'extendiendo' su duración." (cf. Mársico 2001c: 86).

Conviene tener en cuenta, además, que en los estoicos y en la tradición gramatical posterior el término *enestós* como denominación del presente sustituye a *parón*, lo que revela una cierta aspectualidad en la concepción misma del presente y muestra la complejidad de la noción de tiempo gramatical en la antigüedad.

propósito, Mársico (2001c: 75) ha observado que “el caso más flagrante es el del perfecto: para los gramáticos es *parakeímenos* (adyacente), del cual se dice que entre los estoicos se llamaba *enestòs syntelikós* (presente perfecto), sólo para agregar inmediatamente que se trata, no de un presente, sino de un pasado”.

Actualmente se considera que el perfecto señala una acción cumplida cuyos efectos se extienden en el presente, caracterización que se remonta por cierto a la noción estoica de *enestòs syntelikós*, ya que, como dijimos al comienzo, los gramáticos ubicaron al perfecto entre los pasados para salvar la contradicción que suponía una forma que se denominaba “presente” pero funcionaba como pretérito.³⁹ Probablemente el parágrafo 4 del escolio coloca al adyacente entre los pasados adoptando aquí una perspectiva estrictamente gramatical.

Si tenemos en cuenta, entonces, la concepción del perfecto como estado resultante de un evento, que se extiende en el presente indicando los alcances y efectos de una acción que se ha completado, habrá que reconocer que los tiempos perfectivos no son todos estrictamente pasados.⁴⁰ Así pues, si el aoristo, por su capacidad transformativa, puede reconvertirse en perfecto, podemos dudar de que sea un pasado pleno.

En ese sentido, es crucial la noción de indefinición que define al aoristo en el plexo de los tiempos. La oposición con el imperfecto, según hemos visto, consiste en la distinción aspectual *paratatikós/syntelikós*; pero con el perfecto y el pluscuamperfecto, siendo ambos *syntelikói*, la diferencia está en la noción misma que identifica al aoristo como tal: la indefinición. El escolio habla de esta característica que comparte con el futuro y aclara que el aoristo

³⁹ Berretoni (1989a) propuso que ya los estoicos habrían ubicado el perfecto entre los pretéritos.

⁴⁰ En este sentido conviene recordar que la tripartición aspectual propuesta actualmente (aspecto *imperfectivo*, *perfectivo* y *de perfecto*) deja en claro precisamente el hecho de que el perfecto no puede asimilarse con los demás pretéritos.

fue así denominado por no definir la cantidad de pasado, a diferencia del adyacente y el pluscuamperfecto:

Si tenemos en cuenta las precisiones que acabamos de hacer con relación al perfecto, entonces no debemos suponer que esa cantidad de pasado no definida implique que el aoristo es un neto pasado. Cabe recordar, asimismo, que la indefinición algunas veces se interpreta como una propiedad de naturaleza aspectual. Si así fuera, entonces el aoristo tendría que poder reconvertirse también en imperfecto, forma que claramente queda fuera de sus variantes transformacionales (cf. Mársico 2001c: 76s.), ya que el aoristo se nos presenta como un neutro temporal (esto es, un indefinido en cuanto al tiempo) de las formas perfectivas. Esto quiere decir que no es un neutro de los pasados sino un perfectivo cuya indefinición afecta únicamente al tiempo. En suma, no se trata de un pasado sin carga aspectual sino un perfecto sin carga temporal.

La indefinición temporal del aoristo es, en definitiva, lo que le permite funcionar como forma genérica del tiempo; lo despega de las circunstancias, que el contexto podrá explicitar más o menos (*árti, pálai*). La ausencia de la determinación o precisión temporal que las otras formas tienen, que acaso a primera vista parece una carencia, es en realidad una ventaja, porque lo habilita a expresar cosas que los otros tiempos, por ser más precisos, no pueden expresar.

Como vimos, la zona cronológica que puede cubrir el aoristo, en tanto variante transformacional del perfecto, no es únicamente el pasado, sino también parte del presente, donde se aprecian los alcances de un evento que ha llegado a completarse, el estado resultante. Una vez que se interpreta como pasado pleno, el aoristo incorpora el valor de lo definitivo e irrevocable que el pretérito conlleva.

En el marco de la diversidad de formas de pretérito de que dispone el griego, esto revela también que el pasado no se presenta como algo acabado

e inerte, ya que determina en cierto modo al presente. Así como el imperfecto demuestra que la duración y el desarrollo son posibles en el pasado, el aoristo no sólo comunica hechos sino que además se presta especialmente a la expresión de certezas generales y verdades inalterables. En este sentido, puede decirse que el pasado en la lengua griega tiene un significado pleno y decisivo.

El hecho de que se ubique en el sistema como término no marcado no deja de ser importante si pensamos una vez más en la utilidad que comporta la imprecisión, pero hay quienes no acuerdan con Ruipérez en este punto, en particular Adrados (1954: 267s.), que pondera el estudio de los valores del aoristo hecho por su colega, pero no cree que el presente sea el término caracterizado y que tenga un valor durativo unitario cuando “hay infinidad de ejemplos de uso no durativo y valor aspectual indefinible, es decir, neutro”. La solución que propone es que la oposición presente/aoristo carece de término positivo y negativo por ser una oposición no implantada totalmente. A menudo el aoristo y el presente son indiferentes al aspecto y no se comportan de forma regular, de modo que si se quiere calificar la oposición presente/aoristo de privativa, habrá que aceptar que en las oposiciones privativas no siempre ha de haber un término positivo y uno negativo; o, si se prefiere, puede calificarse a esta oposición de equipolente.

Son atendibles estos reparos, y entonces, si tenemos una especie de paridad entre presente y aoristo de suerte que en numerosos casos no puede determinarse cómo se constituye la oposición, la pregunta sería cuál es la razón por la que se seleccionaría uno o el otro. En este punto el componente aspectual es decisivo, porque si ambas formas pueden emplearse en contextos en los que se refieren eventos desligados del tiempo y las circunstancias, entonces lo que prima es lo que los hace diferentes, o sea, sus rasgos aspectuales. Se elige el presente cuando se quiere presentar eventos

que se caracterizan por su extensión, por su duratividad; el aoristo cuando lo que interesa es precisamente lo contrario.

Después de todas estas apreciaciones, queda claro que el significado de cada una de las formas en el sistema verbal se define en principio con relación a las otras. Si sólo vemos en el aoristo un pretérito más, nuestras dificultades en la lectura y traducción de textos se irán multiplicando, puesto que, como hemos visto, considerarlo como un pasado pleno afecta directamente al espectro temporal que el indefinido es capaz de abarcar y reduce su potencial de significado, con lo cual nuestra concepción de los tiempos y sus relaciones se distorsiona, al tiempo que se incrementan los problemas para comprender e interpretar.

El indefinido, como su nombre lo indica, no delimita un segmento temporal ni aporta indicaciones acerca de la localización del evento al que se refiere. Este rasgo distintivo permite codificar allí una cierta variedad de nociones que por determinados motivos riñen con una identificación temporal clara y precisa. Es el lugar que se ha reservado en el sistema para la expresión de esos sentidos en los que se necesita prescindir de la determinación temporal, del anclaje que los otros tiempos tienen de por sí, al ser siempre más definidos en algún aspecto. Teniendo en cuenta la naturaleza de la indefinición, la relación con las demás formas del paradigma y los diversos intentos de explicación y clasificación de los usos gnómicos o no estrictamente temporales, puede decirse que estamos en condiciones de probar lo que acabamos de ver, abordando el aoristo y sus posibilidades expresivas en contextos diversos.

Con vistas al trabajo con el corpus, conviene señalar que en las gramáticas y estudios especializados que abordan estas formas problemáticas, los ejemplos provienen por lo general del ámbito "literario". La mayoría de los pasajes citados pertenecen a la épica, la lírica, el drama; a

lo sumo las obras de Platón –cuyas características literarias no hace falta fundamentar– o Jenofonte. Es natural pensar, sin embargo, que este uso del aoristo no fuera algo restringido a determinados contextos que nosotros asociamos con la literatura, sino obviamente una posibilidad de realización de la lengua griega en general. Por lo tanto, es necesario comprobar la validez de tales afirmaciones en contextos diversos, no estrictamente literarios, si se quiere, puesto que no es correcto pensar en una distinción de géneros en el sentido moderno ni en una necesidad de procedimientos o formas de expresión propios y exclusivos para cada variedad. Es particularmente interesante el caso de los textos que están en el origen de la filosofía, en los que se observan procedimientos expresivos compartidos con la literatura.

El trabajo con este corpus significa, pues, una contribución en dos aspectos fundamentales: en principio, como apertura de las investigaciones que se realizan sobre el tema en otras variedades textuales que reposan en distinciones de género impuestas en la modernidad. El análisis de contextos filosóficos excede la recopilación de una importante colección de ejemplos del uso general o atemporal del aoristo para avanzar como propuesta metodológica de lectura de textos filosóficos antiguos a la luz de nuevos datos aportados desde una perspectiva lingüística. Asimismo, el trabajo pretende mostrar que el uso “gnómico” del aoristo es un recurso de la lengua griega en general y no algo privativo de algunos géneros; en todo caso puede hablarse de mecanismos y formas de expresión comunes orientados según intereses diversos. Finalmente, plantea la posibilidad de discutir la validez de los datos lingüísticos como instrumento hermenéutico a la hora de analizar e interpretar textos filosóficos antiguos.

En este sentido pretendemos explorar la validez de una perspectiva poco desarrollada en el ámbito de los estudios clásicos de estas latitudes: por una parte, incorporar definitivamente la investigación lingüística dándole un

papel central en el análisis e interpretación de los textos antiguos; por otra, que el corpus se componga de textos filosóficos antiguos, dado que en general son objeto de análisis de especialistas en filosofía, cuyo interés está orientado las más de las veces al análisis de las doctrinas y no a la constitución de los textos como tales. En efecto, en la lectura e interpretación de la filosofía presocrática son numerosos los fenómenos que requieren de una explicación lingüística que exceda la mera mención en una nota a pie de página. Las investigaciones modernas y actuales acerca del lenguaje han mostrado algunos desarrollos que pueden enriquecer las discusiones suscitadas por los textos antiguos y eventualmente generar nuevos planteos.

PRESOCRÁTICOS

Dirigir la mirada hacia un mundo tan remoto, como es el de los filósofos presocráticos, y querer entender su pensamiento, puede parecer hoy una pretensión insólita y sin sentido. De ellos nos separan ya más de dos mil quinientos años y sus palabras –las pocas que han cruzado el vasto mar del tiempo transcurrido– suenan, tal vez, como anticuadas o perimidas a nuestros oídos contemporáneos.

A partir de esta reflexión inicial, el prof. Cornavaca abre su edición de presocráticos agregando que, por más que las explicaciones de la ciencia contemporánea puedan abolir muchas de aquellas propuestas de explicación del universo, el mundo de los presocráticos ha sido y sigue siendo atractivo como indagación en los orígenes del pensamiento occidental.

El término “presocráticos”, difundido por Diels y empleado habitualmente para referirse a los primeros filósofos griegos, entraña algunas cuestiones que conviene aclarar. En primer lugar, la ambigüedad planteada en el prefijo, que hace pensar en filósofos anteriores a Sócrates, algo que W. Kranz advirtió cuando trabajó en las modificaciones sobre la obra de Diels que incluían la incorporación de autores contemporáneos de Sócrates. Con el término se puede aludir a una filosofía que es previa al desarrollo de los socráticos como escuela y no únicamente a la figura de Sócrates, aunque no se cuestione su importancia en la historia de la filosofía. En este sentido, hablar de presocráticos aporta una cierta unidad a este conjunto de pensadores antiguos de diferentes procedencias. Más allá de las reservas que puedan expresarse respecto del término y la categoría historiográfica que designa, la búsqueda de un reemplazo no ha arrojado resultados aceptables hasta ahora.

Pero no sólo se ha cuestionado la designación de “presocráticos”, sino incluso la de “filósofos”. En efecto, Havelock (1986) entiende que en nuestro imaginario este término provee un concepto anacrónico y demasiado teórico concerniente a la actividad de los autores que así se designan.

Los presocráticos intentaron explicar de manera sistemática los fenómenos naturales y el universo en su conjunto (la *physis*; de allí que se los conozca también como “los físicos” o “filósofos de la naturaleza”). Además, los temas de los que hablan en sus textos no son patrimonio de la filosofía sino en todo caso preocupaciones comunes de la época que afloran también en la lírica arcaica o en la épica, puesto que la misma lengua supone una cosmovisión compartida, determinadas formas de composición y géneros ya establecidos en la tradición, que cada autor podrá adaptar a sus intereses.¹ Sin embargo, a menudo se considera la producción literaria y la filosófica como si realmente fueran algo fácil de distinguir y pudieran ubicarse en compartimientos separados. Lo más grave de esta tendencia está en que se privilegia en cada caso un tipo particular de exégesis: en el primero, el estudio de concepciones estéticas, aportes a la creación de recursos expresivos, tratamiento del mito; en el segundo, el examen de las distintas doctrinas o su valor en el desarrollo de la historia del pensamiento.

No es habitual en el ejercicio de la docencia y la investigación sobre el mundo antiguo que se preste suficiente atención a la complejidad del material con que trabajamos, complejidad que tiene que ver esencialmente con la naturaleza de las fuentes, como acabamos de ver, pero que también incluye las traducciones, interpretaciones y discusiones al respecto. Si no reparamos en esto, nos quedamos con una visión parcial o fragmentada, que

¹ Así como en la poesía se trasluce una reflexión que apela permanentemente al mito, así también algunas de sus formas y contenidos perviven en los textos filosóficos antiguos: nombres y atributos de los dioses se deslizan en esas primeras explicaciones del mundo, en cuyo origen o configuración no hay para los griegos creación *ex nihilo* sino un proceso de organización, un *kósmos*.

de alguna manera desestima la multiplicidad de sujetos intervinientes² a punto tal que perdemos de vista a esos intermediarios y tal vez aceptamos con demasiada confianza su palabra. Lo que se dice de otros textos, el comentario, la referencia, la cita, son una parte fundamental en el estudio de estas obras multiestratificadas (Baltussen 2005: 2), que configuran un espacio complejo en el que van entrecruzándose a lo largo de la historia palabras y sujetos, en una suerte de continuidad polifónica que puede orientar la discusión acerca de los actores que toman parte en la creación, difusión e historización de las filosofías del pasado.³

La distancia espacio-temporal y la transmisión fragmentaria de las obras son factores que predisponen a pensar en un pasado concluido, en una lejanía que parece constitutiva del mundo presocrático. Con todo, esa distancia no excluye una proximidad que nace probablemente de la afinidad de búsquedas, de la compatibilidad de los planteos, contempladas desde una perspectiva que puede tomar conciencia de su propia dimensión histórica, sin por ello privilegiar nuestras formas actuales de conocer y analizar por sobre las de otras épocas. Pensar esa distancia en su continuidad histórica trae aparejadas algunas otras dificultades, especialmente si nuestra representación es demasiado lineal y unidireccional, si pone el acento en las rupturas que terminan propiciando una visión de esquemas sucesorios en que algunas figuras preponderantes se van superando unas a otras, o un

² El problema de la delimitación de las instancias (producción-texto-recepción) es un detalle que no deberíamos pasar por alto desde el momento en que el objeto de nuestro análisis es la obra de un autor determinado, pero presentada, seleccionada, citada, traducida y comentada por otro(s). En este sentido puede ser de utilidad lo planteado por Kerbrat-Orecchioni (1993: 31) acerca de los intermediarios.

³ Tradicionalmente se opta por sistematizar la historia de las ideas mediante un esquema de tipo evolutivo, donde los pensadores se influyen y se suceden unos a otros. Este enfoque desdibuja el hecho de que “los sistemas filosóficos, mucho más que el resultado de una serie limitada de influencias, son el producto emergente de una zona de tensión dialógica en la que toma parte el ambiente intelectual en su conjunto” (cf. Mársico 2010: 37).

panorama condicionado inexorablemente por la fragmentariedad, que pareciera quedar condenado a la descripción parcelada.

Tal vez debamos pensar la continuidad en otro sentido, como un espacio de interacción discursiva capaz de contener o mantener los textos en una dinámica de permanente diálogo (lectura, reescritura, cita, traducción, interpretación) con otros. Un enfoque de este tipo es pensable especialmente aquí porque los textos de los presocráticos pertenecen a una época en que las distinciones de géneros y disciplinas están en ciernes. En consecuencia, decir sin más que se trata de textos filosóficos acarrea el mismo problema que etiquetar a sus autores como filósofos: funda allí un preconcepto de lectura, una determinada postura de respuesta o de análisis, y condiciona severamente un material que se nos aparece naturalmente diverso, múltiple, hasta esquivo.

En una conferencia sobre el tema,⁴ F. Lisi se refirió al papel fundamental que ha desempeñado la traducción, especialmente la de textos filosóficos, como contribución al conocimiento del mundo antiguo, más que los mismos originales inclusive, puesto que en la actualidad no son tantos los filósofos que manejan las lenguas clásicas con la suficiente competencia como para enfrentarse a un texto original sin la ayuda, por lo menos, de una edición bilingüe. En tanto imitación, la traducción se lleva a cabo con un material que no se adecua sino de forma imperfecta a la finalidad para la que es utilizado, pero al mismo tiempo revela la perspectiva del traductor y sus intereses. De allí que la traducción más adecuada sea la que se hace cuestionando a cada instante el texto original, de donde debe partir la interpretación. Esta observación supone una dimensión ética del trabajo de análisis textual en general, pero especialmente el de textos antiguos: la posición del intermediario, sus capacidades y competencias, la responsabilidad que

⁴ Lisi (2011).

implica la interpretación en tanto acto productivo, necesariamente nos incluye y nos interpela como intérpretes inscriptos en el marco de una tradición, de una historia de la lectura. En tales condiciones, y con la distancia temporal como principal obstáculo para la comprensión, debemos cuidarnos de dar a entender que cualquier interpretación es aceptable, pues ninguna mirada puede ser completamente objetiva, inocua o incuestionable. Detrás de las palabras hay sujetos e ideologías. Con esto queremos decir que no es gratuito, en el ejercicio de la docencia y la investigación, lo que hacemos o dejamos de hacer, lo que leemos y hacemos leer, lo que permitimos y nos permitimos conocer.

En definitiva, si tenemos en cuenta los aspectos problemáticos que hemos ido señalando, la singular complejidad a la que nos enfrentamos hace de la lectura e interpretación de los presocráticos un desafío que requiere mucha cautela en el tratamiento del material. Con vistas a un examen más sólido y responsable de las fuentes, será necesario revisar también, como dijimos al principio, las limitaciones y desafíos del método filológico, que creemos tienen que ver principalmente con la necesidad de actualización en cuanto a herramientas de abordaje. No hace falta una gran perspicacia para advertir que los procedimientos de análisis textual que se vienen utilizando en nuestro círculo más cercano pocas veces aprovechan los múltiples aportes que se han hecho en las últimas décadas desde los “modernos” estudios del discurso, como si el uso de categorías surgidas en la modernidad fuese algo ajeno, anacrónico o menos pertinente para el trabajo con textos antiguos.

Es preciso alentar la búsqueda de nuevos modos de leer en el pasado, lo que por cierto exige habilidades filológicas que permitan acceder a los textos con rigor, pero también herramientas filosóficas y literarias que ayuden a detectar y desentrañar los significados que puedan estar ocultos aún en esos textos. Es muy probable que el interés que todavía despiertan después de tantos siglos tenga que ver con una actitud ante la explicación del mundo

que, pese al tiempo transcurrido, sigue siendo básicamente la misma, y nos ubica en una tradición de certezas errantes, en una época que experimenta de algún modo la misma inestabilidad y se pregunta por la conformación histórica de esa constante.

Sobre la base de estas consideraciones, nos proponemos analizar, traducir y comentar algunos fragmentos o pasajes especialmente problemáticos con el objeto de explorar la validez de una perspectiva centrada en datos lingüísticos relativos a la constitución temporal y aspectual de algunos eventos que se vuelven relevantes para la comprensión de estos textos. Esto no significa en modo alguno que vayamos a descuidar las discusiones especializadas que atañen a cuestiones puramente filosóficas, pero es necesario aclarar que nuestro interés en este corpus reside precisamente en abordar estos textos que por lo general se examinan desde otras perspectivas y en los cuales los problemas lingüísticos suelen tener el estatuto de notas a pie de página o comentarios adicionales. Haciendo foco en esas apreciaciones, o aportando otras inclusive, trataremos de revisar las discusiones que se han suscitado y eventualmente generar nuevos planteos.

Si bien los autores y textos seleccionados no constituyen un amplio corpus, se trata de un repertorio suficiente –considerando los límites de este trabajo– como para mostrar lo significativo que puede resultar un abordaje de este tipo y para medir, a su vez, el impacto de un punto de vista diferente en la dinámica propia de estas investigaciones. Puede haber, entonces, un aporte efectivo de la lingüística a la filosofía (desde nuestras fronteras disciplinares) en el hecho de sacar la discusión de sus cauces habituales; pero al mismo tiempo los estudios lingüísticos podrán beneficiarse con la aparición de nuevos ejemplos que vengán a reclamar su lugar en la casuística típica de la mayoría de los estudios de gramática, que abundan en pasajes

estrictamente “literarios” y nos hacen echar de menos a estos primeros “filósofos”.

Aunque hay numerosos estudios dedicados a examinar el estilo o la forma poética, se ha explorado poco la constitución temporal en estas explicaciones del mundo y su funcionamiento. Ambos están atravesados de elementos asociados con la tradición gnómica, la poesía épica o el relato cosmogónico. En ese sentido, elegimos a Heráclito, Empédocles y Anaxágoras. Estos tres autores conforman una lista que abre el acceso a múltiples aspectos del variado horizonte de las filosofías presocráticas. En primer lugar, cada uno es ejemplo de una zona distinta del escenario geográfico del pensamiento griego. Heráclito despunta en la cuna jónica, emergiendo desde Éfeso con un tipo de problemas novedoso, en los albores mismos de lo que suele considerarse el inicio del ejercicio filosófico. Empédocles, por su parte, se asoma desde Occidente, desde la Magna Grecia que se despliega desde el sur de Italia con su impronta de marcada religiosidad y un desborde literario que caracteriza estas derivas del mundo presocrático. Anaxágoras, en tercer lugar, por un lado nos devuelve a Jonia, a través de Clazomene, pero la destrucción de su ciudad natal en el marco del enfrentamiento con Persia, en el que las ciudades de la liga jónica se vieron especialmente dañadas, lo convirtió en un exiliado y, entonces, en un personaje que representa la producción de lo que sería en la época clásica la sede principal de la actividad cultural. En efecto, Anaxágoras se instaló en Atenas y fue allí que trabó relaciones con personajes históricos importantes del período.

En segundo lugar, cada uno de estos tres autores encarna un tipo textual distinto, de manera que en su variación constituyen un muestreo de la amplitud literaria del pensamiento de este período previo a la constitución formal de la filosofía como disciplina autónoma, es decir como discurso

autoconsciente de su identidad y sus variantes de alteridad. En este horizonte, Heráclito es protagonista de un estilo aforístico que extrema las resonancias semánticas de un vocabulario filosófico en conformación. Un estudio de los textos que nos han llegado permite sumergirse en los procedimientos primitivos de definición teórica primordial para un sistema que se encuentra, en este mismo movimiento, inventando las categorías para describir el entramado de los problemas metafísicos, ontológicos, gnoseológicos y prácticos básicos que acompañaron luego a la filosofía durante siglos y permanecen activos en nuestra época.

Al trasladarnos a Empédocles encontramos un modelo bien distinto de tipo textual, donde pervive la herencia parmenídea que elige concatenar el ejercicio filosófico con la tradición previa y adopta, por tanto, el formato del poema cuidadoso de la métrica que active las semejanzas con los poemas homéricos como autoridad fundamental y guía que codifica el saber que se transmite de generación en generación. Al optar por el formato poético se propicia, como en las obras básicas de la tradición, el ejercicio de memoria que los conserve, porque se dice en este mismo movimiento que como esas obras primigenias estas nuevas obras guardan mensajes valiosos que deben ser transmitidos. Los textos que conservamos de Anaxágoras, frente a los previos, se internan en el territorio de una prosa menos necesitada de artificios y que, apoyada en el ciclópeo trabajo previo de forja de conceptos básicos, puede dedicarse ahora a llevar adelante construcciones teóricas de una manera más autónoma.

Estos tres autores son, entonces, representativos de “lo presocrático” y ofrecen un corpus adecuado para officiar de base del estudio que emprenderemos en esta segunda parte del presente trabajo. En efecto, el acceso al mundo que conforma la prehistoria de la época clásica sólo es accesible a través de un estudio filológico moroso que permita arribar a la traducción. Este es el punto donde cobran importancia las consideraciones de

nuestra primera parte respecto de fenómenos asociados con el ámbito verbal que, de no ser tenidos en cuenta, pueden oscurecer la adecuada comprensión de rasgos vitales de estas primeras propuestas filosóficas.

Habiendo desplegado los puntos más relevantes de la discusión moderna acerca del aspecto, habiendo revisado los planteos relacionados con el tema en nuestro recorrido por los albores de la gramática, y habiendo desarrollado la compleja problemática que rodea al aoristo, arriesgando una propuesta de explicación al respecto, podremos abocarnos al corpus seleccionado para indagar en qué medida las consideraciones de orden lingüístico que pueden hacerse sobre el uso de aoristos problemáticos, usuales en la épica, la lírica y el drama, son pertinentes también para el estudio de textos filosóficos antiguos y de gran utilidad en su exégesis, traducción e interpretación. Así estaremos en mejores condiciones para evaluar esos textos, sus traducciones e interpretaciones., como puerta de entrada a una comprensión más amplia de los orígenes de la tradición .

HERÁCLITO Y LA ARMONÍA EN LA PARADOJA

Heráclito, pensador de la convulsionada Jonia de la transición entre los s. VI y V a.C., introdujo llamativas novedades que le confieren un sitio de privilegio en la conformación del canon tradicional. Cabe advertir que las características de su estilo, que le valieron en la antigüedad el mote de “Oscuro” no han dejado de suscitar interés, hasta el punto de que cualquier abordaje actual debe advertir que se trata de un terreno en “estado de flujo”, debido especialmente a la multiplicación de estudios y a los intentos de revisar la base textual sobre la que se apoya la exégesis de la doctrina. En este sentido, se están llevando a cabo dos tipos de trabajo que pueden entrañar revisiones: por un lado, trabajos sobre las fuentes que ofician de transmisoras de nuestro conocimiento del pensamiento de Heráclito, como por ejemplo los de J. Mansfeld (1992) respecto de las obras de Hipólito, que amplían la base de material utilizable; por otro, la magna obra de S. Mouraviev, los *Heraclitea*,¹ que subraya el riesgo de la descontextualización de los pasajes y ofrece, para subsanarlo, una recopilación en veinte volúmenes de los cuales se han publicado hasta ahora once. Las ambiciosas expectativas del trabajo, que incluyen aminorar la falta de acuerdo entre los intérpretes, serán evaluadas en unos años.

De todos modos, esto no nos impide contar con una base firme para medir el impacto de la figura de Heráclito y de sus planteos en los albores de la tradición filosófica. En lo que sigue trazaremos un horizonte que haga comprensible el problema que pudo entrever este pensador, para poder

¹ Sankt Augustin, Akademie Verlag, 2002 ss.

sopesar el valor de los datos lingüísticos en la identificación de claves de análisis generales.

No podemos perder de vista que la producción teórica griega se caracteriza por dos rasgos fundamentales que no pueden ser menospreciados y que marcan de manera indeleble el horizonte sobre el cual se desarrolla el pensamiento griego. En principio, se apoya en una religiosidad sin dogmas, donde no existen ni libros con la palabra de Zeus ni sacerdotes que resguarden verdades garantizadas. Al contrario, sin dogmas ni garantías de autoridad, la verdad tiene en Occidente el *status* de problema, ya que cualquier enunciado puede ser tanto falso como verdadero. En este marco, los hombres necesitan explicar para proyectar sentidos, y a esa necesidad responden las explicaciones cambiantes y variadas de carácter narrativo que están en manos de poetas y pueden ser discutidas y recreadas por cualquier integrante de la comunidad.² Sobre esta base, y como efecto de procesos a los que no aludiremos aquí, se desarrollan paulatinamente sistemas explicativos no narrativos sino de tipo argumentativo, que no vienen a sustituir al mito pero ofician de sistema explicativo alternativo, con dinámica y reglas propias.

Los primeros sistemas argumentativos, podríamos decir, se concentran en lo que Moravcsik (1991: 551ss.) ha llamado “análisis constitutivo”, en el sentido de que apuntan a determinar los rasgos de los elementos que conforman el *kósmos* y los procesos básicos que los caracterizan. Se trata de la actitud por la cual Aristóteles los llamó *physikoi*.³ Ahora bien, un enfoque como este dio por resultado una multiplicación de sistemas inconmensurables que se agregaron a los narrativos. ¿Por qué se debía elegir, por ejemplo, la propuesta teórica de Tales y no la de Anaxímenes? El papel

² Véase, por ejemplo, las caracterizaciones del mito en Bremmer (1994: 57-58) y Burkert (1987: 95-98). Asimismo, Bruit Zaidman & Schmitt Pantel (1992) y Mikalson (2005: 160-180). Sobre la función del poeta, Havelock (1976), (1982) y (1986), y Wade-Gery (1952: 11ss.).

³ Sobre la irrupción y rasgos de los primeros sistemas argumentativos, cf. Mársico (2011).

de Heráclito puede sintetizarse como el de aquel que llamó la atención sobre una falla constitutiva de todos estos modelos en boga, que consiste precisamente en la producción indiscriminada de explicaciones que no incluían un análisis de los criterios por los cuales eran preferibles a otras. Es decir, no se preguntaban por los criterios de verdad de un planteo. El resultado quedaba plasmado en *lógoi*, discursos aislados que se acumulaban y que insistían en el rasgo más desconcertante del lenguaje en la tradición occidental, que es su capacidad para generar constructos teóricos ilusorios: el *lógos* puede reflejar lo real, pero también sumirnos en el error. ¿Qué orientación adoptar, entonces? A eso pretende contestar el *lógos* en Heráclito.

En efecto, las primeras palabras del texto del efesio, que según dicen Aristóteles y Sexto abría la obra, nos enfrentan a la noción de *lógos* y a una áspera polémica sobre su sentido:

[B1] Sexto Empírico, *adv. Math.*, VII.132: τοῦ δὲ λόγου τοῦδ' ἐόντος ἀεὶ ἀξύνετοι γίνονται ἄνθρωποι καὶ πρόσθεν ἢ ἀκοῦσαι καὶ ἀκούσαντες τὸ πρῶτον γινομένων γὰρ πάντων κατὰ τὸν λόγον τόνδε ἀπείροισιν εἰκόσιν, πειρώμενοι καὶ ἐπέων καὶ ἔργων τοιούτων, ὁκοίων ἐγὼ διηγεῦμαι κατὰ φύσιν διαιρέων ἕκαστον καὶ φράζων ὅκως ἔχει. τοὺς δὲ ἄλλους ἀνθρώπους λαμβάνει ὁκόσα ἐγεροθέντες ποιοῦσιν, ὅκωσπερ ὁκόσα εὐδοντες ἐπιλαμβάνονται.

Y aunque **el *lógos* este** es real siempre los hombres se vuelven incapaces de entenderlo tanto desde antes de escucharlo como al ya haberlo escuchado. Pues aunque todas las cosas suceden **según el *lógos* este** parecen inexpertos, al experimentar palabras y obras tales como las que yo explico dividiendo cada una según su naturaleza y **mostrando** cómo es. A los demás hombres se les ocultan cuantas cosas hacen despiertos, como cuantas se les ocultan mientras duermen.

Sin ninguna duda, el sentido nuclear del término *lógos* es “discurso” o “lenguaje”. Los sentidos primigenios, que se atisban en las obras homéricas en relación con “recolectar” y “contar” numéricamente han dado paso a

rasgos ligados con el habla y su capacidad argumentativa.⁴ El fragmento 1 comienza planteando de dos modos diversos la misma idea de que existe un *lógos* que los hombres no captan. Respecto de la referencia de este *lógos*, las alternativas tradicionales, ambas con argumentos atendibles, oponen una lectura lingüística y una ontológica: *lógos* se refiere al discurso que está presentando Heráclito, su propio discurso, como sostienen por ejemplo Barnes (1992: 73ss.), West (1971), Diano & Serra (1980) y Robinson (1983: 65-72), o *lógos* tiene desde el inicio un sentido trascendente de estructura de la realidad, de legalidad ordenadora, rasgo que emerge de la indicación de entenderlo antes de escucharlo y de que todas las cosas suceden de acuerdo con los parámetros allí indicados, como lo entienden Kirk (1954), Marcovich (1967), Curd (1991: 531-550).

Este rasgo puede confrontarse con provecho, apelando a los fenómenos de densidad lingüística y resonancia planteados por C. Kahn (1979: 89ss). El primero es descrito como aquello por lo cual una multiplicidad de ideas puede expresarse en una única palabra o frase. El segundo, la resonancia, es la relación entre fragmentos por la cual un tema o imagen verbal simple es retomada de un texto a otro de modo tal que el significado de cada uno se enriquece cuando son comprendidos juntos.⁵ En efecto, el *lógos* “resuena” en B50, B108 y B87:

[B50] Tras escuchar no a mí sino al *lógos* (οὐκ ἐμοῦ, ἀλλὰ τοῦ λόγου ἀκούσαντας) es sabio convenir que todas las cosas son una.

⁴ En Miller (1981) se analizan los diversos sentidos del término, incluso los que le dan los distintos especialistas contemporáneos en sus estudios.

⁵ Fränkel (1962: 422ss.) sostiene que, aun aislados, los fragmentos se hallan entre sí unidos por una íntima afinidad, de manera que, cualquiera sea el orden en que se dispongan, cada uno está lleno de relaciones significativas con otros que recogen y amplían su movimiento. Esto demuestra la sólida conexión de la doctrina, merced a la cual, aun cuando no sea posible reconstruir la disposición de la obra, perdida para nosotros, pueden, sin embargo, restablecerse los rasgos fundamentales.

[B108] De cuantos escuché *lógoi* (όκόσων λόγους ἤκουσα), ninguno llega al punto de reconocer lo que es sabio, separado de todo.

[B87] El hombre estúpido suele excitarse con cualquier *lógos* (βλάξ ἄνθρωπος ἐπὶ παντὶ λόγῳ ἐπτοῆσθαι φιλεῖ.).

En los tres primeros casos hay una actividad de escucha, que sin duda puede proyectarse también al cuarto: como es esperable, el *lógos* se escucha. A la vez, la oposición más significativa entre estos cuatro fragmentos se da en el plano del número: mientras en los dos primeros encontramos formas singulares, el tercero es un plural, asimilable al cuarto, donde la formulación *παντὶ λόγῳ* presupone una multiplicidad indiscriminada. A esto se agrega un rasgo sintáctico: la presencia de artículo en B1 y B50, más el demostrativo en las dos ocurrencias de B1. Precisamente, en este registro de lengua, el artículo conserva el sentido deíctico originario que subraya que el discurso aludido tiene una identidad específica que no debe ser confundida con el resto de los *lógoi*.

Quienes optan por la lectura lingüística suelen aducir la comparación con los usos de la época, básicamente en Hecateo y Heródoto, que indica que este tipo de comienzos eran usuales. Lo que no suele decirse, sin embargo, es que para referirse a sus obras estos autores preferían plurales.⁶ Si Heráclito usa un singular dos veces seguidas, hay que prestar especial atención a ese dato, precisamente porque el singular está contrapuesto a usos plurales asociados con rasgos negativos. A nuestro juicio, se apunta con esto a diferenciar un discurso específico de otros que serán censurados porque presentan fallas, como las que arrastran al descrédito a Hesíodo, Pitágoras, Hecateo y Jenófanes en B40, B81, B106 y B57.

Frente a la multiplicidad indiscriminada, a la *polimatía*, Heráclito yergue la noción de un discurso único y objetivo. Esta objetividad se desprende de la

⁶ Por ejemplo, γράφω τάδε, en Hecateo. Cf. Lausdei (1983).

indicación de que todo sucede según este *lógos*, es decir, manifiesta una función ordenadora que surge de su carácter explicativo: este *lógos* explica cada cosa y muestra cómo es. Vale la pena notar que φράζειν implica un señalamiento, una mostración de aquello que mienta, dado que tiene un sentido de declaración y atención sobre algo determinado. Es impensable, por ejemplo, el equivalente de una expresión como οὐδέν λέγειν, en el sentido de “no decir nada”, “quedarse en silencio”, con el verbo φράζειν. En este sentido, esta forma es más funcional para subrayar el hecho de que la verdad supone un pensamiento y un lenguaje con un objeto *existente* que pueda ser efectivamente señalado. Lo mismo sucederá en Parménides B2 respecto de lo que no se puede mostrar en la segunda vía.

Hemos dicho, entonces, que Heráclito señala un discurso específico cuyo correlato es real. ¿Por qué no lo plantea en estos términos? Buena parte de la polémica sobre la naturaleza del *lógos* surge del hecho de que Heráclito no afecta un nombre para el plano de lo real y se vale del *procedimiento metonímico* de referirse a él mediante el *lógos* que lo expresa. Esto nos causa desconcierto, dado que a partir de Parménides la tradición ha estructurado el problema de la verdad como la relación entre realidad, pensamiento y lenguaje, esto es, una tríada con dos versiones: una donde el lenguaje y pensamiento se orientan a lo real, y una donde la garantía de lo real está ausente y el pensamiento y el lenguaje que lo expresa se comportan como variantes libres, sin correlato real.

La complejidad de la noción de *lógos* surge, entonces, de la especificidad que le confiere el hecho de integrarla en algo que estructuralmente es una tríada entre realidad, pensamiento y lenguaje, pero que, sin embargo, está planteada como una díada donde ser y lenguaje –o al menos un tipo de lenguaje– aparecen unificados en un polo único frente al pensamiento.

Este procedimiento metonímico está habilitado por el hecho de que, como se desprende de B1, lo real es *directamente expresable*. Existe un plano de

permanencia que rige todas las cosas y puede ser estructurado en lenguaje y por lo tanto es potencialmente comprensible. El *lógos* de Heráclito está ahí para quien quiera y sepa escucharlo. El *eînai* está siempre disponible, y en rigor se muestra a los hombres todo el tiempo (cf. B1). Por eso el rasgo más recurrente en los fragmentos conservados es el de *ξυνός*, “común”, que aparece en 5 fragmentos (B2, B80, B103, B113, B114). Esta combinación basta para justificar las lecturas inclusivas como la de Kahn, que conjugan la referencia a la estructura de lo real con la referencia al propio discurso de Heráclito,⁷ pero no porque exista una densidad lingüística específica en el término *lógos*, como sostiene este autor, sino en virtud de un procedimiento metonímico que proyecta el nombre de este *lógos* singular, unívoco y objetivo, a su objeto.

¿Por qué no es captado, entonces, y los hombres se pierden en los *lógoi* plurales? La explicación reside en el *φρονεῖν* y en si optará por la unidad real o se perderá en la multiplicidad. Esto es posible porque la fusión entre *εἶναι* y *λέγειν* a que hemos hecho referencia es *inestable*. Existe un único *lógos* que tiene por objeto lo real. Pero existen también *lógoi* que son el resultado del pensar solipsista mentado en B2. En este sentido, lo real es omniabarcante, pero no fuerza la cognición del sujeto, dado que a pesar de que el *lógos* está siempre disponible, hay hombres que no lo reconocen. Las categorías que instaaura Heráclito para dar cuenta de esta situación son las de hombres despiertos (*ἐγερθέντες*) y dormidos (*εὔδοντες*), entre las cuales el punto de inflexión resulta ser el *φρονεῖν*. Esta oposición entre *ἐγερθέντες* y *εὔδοντες* es prioritaria, ya que representa el modo y la orientación que toma el pensamiento: hacia la realidad, como en el hombre despierto que mira el mundo, o bien hacia dominios sustraídos de lo real, como en B89. Dado que

⁷ Cf. la interpretación de Burnet (1957: 133, n.1), Snell (1926: 365), Gigon (1945: 4ss.) que define al *lógos* como “la verdad en las cosas tal como es revelada por mi libro” y Kahn (1979: 98) que lo presenta como “contenido objetivo de mi discurso”.

los dormidos se aíslan en un φρονεῖν desligado de lo común, lo compartido, no pueden captar lo real y por ende tampoco pueden decirlo. Lo que producen es, por el contrario, *lógoi* como los de los fragmentos B108 y B87.

Ahora bien, ¿qué dice este *lógos*? B50 es taxativo al marcar que, tras escucharlo, como conclusión surge que es sabio coincidir, es decir, plegarse al mismo *lógos*, decir también, que ἐν πάντα εἶναι, todas las cosas son una unidad". La dinámica de esta unidad se refleja en lo que suele llamarse la armonía de opuestos.

Y porque no todos saben ni convienen esto, se queja del siguiente modo:

[B51] no entienden cómo al divergir converge consigo mismo. Armonía de sentidos opuestos, como la del arco y la lira.

[B10] Conexiones: cosas íntegras y no íntegras, convergente divergente, consonante disonante, de todas las cosas una sola y de una sola todas.

[B54] La armonía invisible es mejor que la visible.

El mundo cambiante, que impacta nuestros sentidos como una masa caótica, se plantea como un todo integrado por elementos en tensión, una *palíntropos harmoníe*. Esta tensión entre opuestos se manifiesta de diversos modos, ya sea como en el ejemplo del arco o la lira de B51, ambos en un equilibrio que depende de la resistencia que oponen entre sí las partes, o el de vivo – muerto, despierto – dormido, del fragmento B26, donde se trata de una secuencia, o en B60, donde el camino que sube y baja es el mismo, pues se trata de una diferencia de perspectiva.

En todos los casos esta tensión configura una conexión íntima, tal como expresa B10, que hace de lo real una unidad armónica subyacente e invisible, como reza B54. Su invisibilidad está en relación con el hecho de que la naturaleza ama ocultarse (B123). Es captable, pero es equívoca y requiere de hombres conscientes de esa equivocidad y preparados para subsanarla.

Este discurso indica que el correlato de este *lógos* objetivo es una armonía de contrarios. Pero además Heráclito le asocia otros rasgos, mediante la construcción de una red de significantes que Kahn atribuye a una resonancia entre nociones. Por ejemplo, los fragmentos B2 y B80 presentan pasajes paralelos donde se plantea “lo común” como rasgo aplicable a la vez al *lógos* y a la guerra. Así, B2 afirma literalmente que “siendo el *lógos* común (τοῦ λόγου δ’ ἑόντος ξυνοῦ)”, y B80 dice que “siendo la guerra común (τὸν πόλεμον ἑόντα ξυνόν)”. De este modo se despliega un haz de sentidos que muestran aspectos de un plano que, aunque único, no tiene un solo nombre sino muchos.

Los rasgos presentados pueden dividirse en dos categorías: los que subrayan la tensión entre contrarios (guerra, lucha, necesidad, en B80) y los que insisten en un elemento ordenador único (dios en B67, Zeus en B32, *gnóme* en B41, lo sabio en B41 y B32, *nómos* en B114), que en su aspecto material está asociado con la *phýsis* en B112 y con el fuego (fuego en B30 y B67; rayo en B64).

Estos rasgos, entonces, sustituyen la falta de un término que refiera a lo real. El *lógos* unívoco y objetivo del que tratamos dice que lo real es un todo dinámico, orgánico y ordenado sobre la base de contrarios en tensión.

Hasta aquí, según hemos dicho, Heráclito entra en el *agón* teórico postulando una necesaria jerarquización de discursos que crearía una diferencia tajante entre el discurso que representa lo real y el resto, que sólo lleva a la *polimatía*. Esto equivale a exigir un criterio veritativo que dé autoridad a un discurso. En esta torsión asistimos a la primera conformación de la noción de verdad como adecuación del pensamiento a lo real. Revisemos dos pasajes que ubican el *lógos* en el ámbito de las relaciones entre realidad, pensamiento y lenguaje. El primer pasaje está constituido por B114:

Es necesario que los que hablan con inteligencia (ξὺν νόωι λέγοντας) confíen en lo común a todos (τῶι ξυνῶι πάντων), como un estado en su ley, y con

más confianza. Pues todas las leyes humanas se alimentan de una, la divina. Pues gobierna tanto como quiere y alcanza todo y es superior.

En el comienzo de esta sentencia encontramos los tres elementos requeridos: hay hombres que hablan (λέγοντας), es decir que ejercen el *lógos*; hay además una referencia al pensamiento, al νοεῖν, bajo la forma de νοῦς, y hay finalmente una identificación del contenido del λέγειν: lo común (τῷ ξυνῶι), uno de los principales rasgos de lo real, de acuerdo con lo que hemos visto. El juego fónico de resonancia entre ξὺν νόωι –con inteligencia– y ξυνῶι –común– apunta a subrayar la relevancia de la orientación del pensamiento en la conformación de una tríada integrada por los tres elementos que asegure la verdad. Esto puede parafrasearse, entonces, diciendo: es necesario que, si hay un νοεῖν efectivo, inteligente, el discurso exprese lo real, *i.e.* la legalidad que anima lo existente.

El segundo pasaje donde esta estructura se repite es B112:

La mayor excelencia es comprender, y la sabiduría es decir cosas verdaderas y obrar de acuerdo con la naturaleza, escuchando (σωφρονεῖν ἀρετὴ μέγιστη, καὶ σοφίη ἀληθέα λέγειν καὶ ποιεῖν κατὰ φύσιν ἐπαῖοντας).

En el inicio encontramos el infinitivo σωφρονεῖν calificado como la máxima *areté*. Este término implica la noción de φρονεῖν en un compuesto con el término σῶς, que tiene el sentido de “sólido”, “seguro”, “cierto”.⁸ Esta certeza le viene dada por la efectiva captación de su objeto, de modo que el σωφρονεῖν refiere no a cualquier pensar sino al pensamiento del ser, que es el único elemento que puede darle al pensar solidez, seguridad y certeza, y en este sentido excluye totalmente los pensamientos solipsistas –las ἰδίαι φρονέσεις– de los dormidos. La mayor *areté*, entonces, reside en que el pensar se oriente al ser, a lo que existe.

⁸ Esta raíz da lugar también al verbo σώζω (salvar) y genera derivados como σωτηρία (salvación), σωτήρ (salvador) y el compuesto σωφροσύνη (templanza).

Además, Heráclito se pronuncia acerca de la σοφία, respecto de la cual subraya dos rasgos, ligados a dos acciones que, debemos suponer, realiza el sabio que la posee. Con respecto a la primera encontramos el λόγος. En efecto, la σοφία reside en decir cosas verdaderas, que no pueden ser otras que las captadas por el pensamiento seguro y cierto que se dirige a lo real. A partir de la segunda acción prescripta surge un nuevo rasgo del ser, el que lo identifica con la φύσις, ya que la sabiduría consiste igualmente en obrar κατὰ φύσιν, “según la naturaleza”. La φύσις puede ser considerada, entonces, como uno de los nombres del ser que se condice con varios otros, como el de “común” en tanto la naturaleza es un ámbito compartido y asequible para cualquiera, aun cuando ame ocultarse. La visión integral del sistema heraclíteo se revela en el hecho de que la φύσις, el elemento que oficia de potencial nombre de lo real, se escucha, con lo cual se confirma el procedimiento metonímico del discurso hacia lo real.

En síntesis, ante la proliferación de discursos, Heráclito plantea la necesaria identificación de un criterio veritativo que identifique un discurso objetivo con adecuación real, y ofrece, además, rasgos de su contenido. La colocación en el principio de la obra indica que, a diferencia de las prácticas desarrolladas hasta el momento, la consideración de los criterios de verdad es una condición a la que debe responder todo sistema. Haber adoptado el motor de la escritura permite establecer requisitos de este tipo.

Esta vuelta a los inicios de la noción de verdad como correspondencia no es ociosa y va mucho más allá de una vocación arqueológica. Actualmente se han multiplicado los estudios que, tomando la vía de las interpretaciones de Nietzsche y Heidegger, han hecho de Heráclito un filósofo posmoderno *avant la lettre*. Como ejemplo puede verse el trabajo de Waugh, que propicia una lectura en la que el solipsismo de los dormidos se convierte en una descripción optimista de subjetivismo epistemológico, el λόγος carece de todo correlato ontológico y Heráclito filosofa con el martillo contra todo

esencialismo.⁹ El problema es que en ese momento no había nada así para deconstruir. Lejos de eso, Heráclito, en los albores, traza las condiciones para pensar en un conocimiento objetivo.

La síntesis de este enfoque pretende resaltar el hecho de que, en terreno griego, teniendo en cuenta la proliferación de sistemas argumentativos inconmensurables, esta es una actitud mucho más arrojada que cualquier antiobjetivismo. La tradición occidental inicia con esta línea una exégesis de los límites y posibilidades del *lógos* que hace que ser griegos y herederos de los griegos sea en cierto sentido asumir el destino de lidiar con el lenguaje.

Coincidentia oppositorum

El mundo cambiante se plantea entonces como un todo integrado por elementos en tensión cuya íntima conexión hace de lo real una unidad armónica, oculta pero no imposible de conocer. Para Heráclito lo invisible, es decir, la presencia de tensiones opuestas en toda realidad, condiciona y explica la aparición de lo visible, el tránsito de un estado a su contrario.¹⁰ Graham (2006: 129ss.) explica que los opuestos son lo mismo en el sentido de

⁹ Cf. Waugh (1991). Por su impacto en la filosofía contemporánea merece mencionarse la línea interpretativa de Heidegger (1994: 179-199), y el recientemente traducido al español *Heráclito* (2012).

¹⁰ En estas diferentes explicaciones se hace evidente una oscilación entre entender la identidad de los opuestos como una sucesión y conversión recíproca, y entenderla como su coexistencia y simultaneidad. Podemos sostener que, en rigor, a pesar de la aparente contradicción entre estos enunciados, ambos encuentran reflejo en el sistema de Heráclito, dado que los modelos de opuestos que se aducen no corresponden todos al mismo tipo. En efecto, el caso del arco y la lira del fr. 51 presenta un caso de oposición constitutiva bien distinto, por ejemplo, del que ofrece el fr. 61, donde el mar tiene un rasgo para los hombres y otro para los peces. En este sentido, la acumulación de casos de contrariedad subraya que por distintas aristas este mecanismo es el que representa la dinámica básica de lo real. Esta condición permite incluso pensar que el programa filosófico de un pensador "heraclíteo" consistiría en el estudio sistemático de los distintos tipos de contrariedad que constituyen el mundo, plasmando una suerte de mapa de relaciones de oposición, reductibles todas a la lógica estructural del *lógos*.

que las cosas opuestas se vuelven una en la otra; una desaparece mientras aparece la otra, de modo que no hay identidad continua sino una conexión causal en una serie cósmica de transformaciones. Por lo tanto, al decir que los opuestos son lo mismo lo que se plantea es en realidad su equivalencia. Esta propuesta intenta conciliar posiciones muchas veces polarizadas de la crítica sobre la doctrina de Heráclito, o en todo caso ofrecer una alternativa a las lecturas encontradas que ven en el efesio un partidario ya del cambio continuo, ya de la estabilidad en el cambio, y entonces tienden a restarle importancia al problema del flujo, un punto esencial para entender su teoría. Graham nos muestra a un teórico revolucionario que va más allá de una teoría de la materia, hacia una teoría del proceso, donde el flujo permanente no implica desorden del mundo puesto que hay una profunda unidad subyacente, la ley de transformación en sí misma, el *logos*. Esa unidad es cognoscible y sus efectos producen patrones estables en la naturaleza a un nivel que está por encima de lo material. Heráclito aparece aquí como heredero de la filosofía jonia y como su intérprete más sofisticado, según lo caracteriza Graham (2006: 145):

Using metaphors of birth and death implicit in talk of one substance coming to be from another, he reveals its hidden commitment to radical change. Using the theory of serial transformations of basic substances, he reveals its commitment to flux. Exploring the implications of material flux, he shows how it leads to the unity of opposites, whose essence is Transformational Equivalence. In short, he spells out what other theorists leave fuzzy and unexplained and problematic.

Se aparta de la tradición jonia y su primacía de una sustancia generadora originaria instalada en un caos primordial. Irónicamente, su fuego es la sustancia fundamental porque es la menos sustancial, la que está en constante cambio. Propone una ley general, un sistema de cambios que explica el paso de un estadio a otros sucesivos, un proceso de transformaciones cuya razón gobierna por igual a todas las cosas por encima

de todas. De allí que el problema del origen del mundo no necesite respuesta porque el mundo mismo manifiesta este sistema de cambios como lo único invariable frente a la inestabilidad de la materia. Heráclito fue el primer filósofo en usar el término *kósmos* para referir el orden del mundo, puesto que lo que hace al mundo no es su materia sino la forma en que esta se organiza; por eso el cosmos de Heráclito siempre fue, es y será.

De manera similar, R. Mondolfo (1966: 111-112) observa que la unidad de tensiones opuestas inherente a todo ser se manifiesta en una sucesión de desequilibrios que continuamente se invierten; por eso el incesante tránsito de uno al otro de los opuestos constituye el proceso universal de la realidad (devenir), cuya dinámica no sería posible de mantenerse un equilibrio constante. En este sentido, todo ser es siempre divergente-convergente, porque las dos fuerzas o tensiones opuestas son inseparables: son una sola y la misma.

En ese orden del mundo que es posible conocer, en ese *lógos* que está ahí para quien quiera y sepa escucharlo, se revela lo decisivo de la experiencia humana en el descubrimiento de la unidad de los opuestos, en la percepción de sus manifestaciones cotidianas. La relación entre los opuestos y la experiencia humana se trasluce en diversos fragmentos, entre los cuales nos interesa detenernos en lo que B111 ha planteado a los analistas.

[B111] Estobeo, *Flor.* I.177: νοῦσος ὑγιείην ἐποίησεν ἤδὲ καὶ ἀγαθόν, λιμὸς κόρον, κάματος ἀνάπαυσιν

la enfermedad hace a la salud algo agradable y bueno, el hambre a la saciedad, el cansancio al reposo.

M. Conche (1998: 394-5) se detiene en el rol desigual de los contrarios de acuerdo con la manera en que se perciben o se experimentan (y, en consecuencia, se valoran) la salud, la saciedad, el reposo. Son buenos y deseables porque producen bienestar, y como la sensibilidad humana es

parte de la naturaleza gobernada por la ley de los contrarios, quien nunca ha tenido hambre ni ha estado enfermo o cansado no puede sentir ese bienestar, ya que no hay sensibilidad absoluta de un estado sino por contraste con el estado contrario (que no es puramente negativo, no es simple privación). Si bien enfermedad y salud, hambre y saciedad, cansancio y reposo son contrarios, en tanto no hay reciprocidad entre ellos, i. e. no hay algo así como una sensación de malestar provocada por la salud, la saciedad o el reposo, lo que queda claro a partir de estos casos es que ciertos rasgos elementales de los fenómenos son revelados por la estructura de contrariedad y en otro caso permanecerían inadvertidos. Si no conociéramos otra cosa que la enfermedad, esta sería un estado normal, que no podría considerarse malo ni desagradable. Podemos decir que lo es porque la salud hace que así lo juzguemos, pero en realidad la salud es lo bueno y lo deseable porque existe la enfermedad.¹¹

C. J. Emilyn-Jones (1976: 105) nota una deliberada intención paradójica en la idea de que el placer que producen la salud, la saciedad y el reposo se explique por medio de sus opuestos, pero señala, además, que estos de alguna manera aparecen como realidades independientes del sujeto que percibe, ocupando el lugar de agentes:

It is not man, but νοῦσος which has the capacity (ἐποίησεν =gnomic aorist) to produce an effect with which, one would suppose, it is normally in conflict. The opposites do not exist, therefore, primarily in the "sphere of human judgement", but, in the words of Rivier, "sont envisagées par Héraclite aussi objectivement que s'il s'agissait d'animaux ou de plantes. Nous sommes

¹¹ Sobre este punto deliberará una vertiente importante de la discusión del siglo IV. Así, el hedonismo cirenaico propondrá como base estructuradora de su posición que las afecciones (*páthe*) se dividen en placenteras y dolorosas y forman un entramado del cual derivan todas las demás percepciones. Esta deriva está presente en el *locus* clásico del inicio del *Fedón* (57a-60b), donde Platón hace reflexionar a Sócrates sobre la sensación de placer al liberarse de las cadenas derivada del estado previo de inmovilidad obligada. En un contexto diferente, el libro IX de *República* retomará la cuestión enfatizando la necesidad de pensar el dolor y el placer en términos de grados, a los efectos de colocar en la cima de este último al placer intelectual. En cualquier caso, se trata de versiones de época clásica de los planteos sobre contrarios de los albores del pensamiento presocrático.

devant l'expérience humaine la plus pratique et la plus familière, mais en tant qu'elle s'impose comme un fait". (1976: 105)

De este modo, la realidad de los opuestos queda alejada del entorno de la pura percepción subjetiva. Es muy significativo el empleo del aoristo en este caso; podríamos decir que está en consonancia con esa experiencia que se impone como un hecho. En efecto, como vimos en el capítulo referido al aoristo, el valor de generalidad de un evento no se reduce al uso del presente sino que puede expresarse también con un tiempo histórico. Y no es algo trivial ni contradictorio que existan las dos posibilidades, porque, aunque en la mayoría de los casos tengamos que traducir en presente (anulando inevitablemente la diferencia), la elección de uno u otro en la lengua griega es posible y está motivada por su distinción en cuanto al aspecto: mientras que el presente señala eventos que se desarrollan en el "ahora" y que por lo general se vinculan directamente con la observación o percepción por medio de los sentidos, en el aoristo la referencia es posterior al evento, lo que en cierto modo lo distancia de lo referido y, por lo tanto, lo vuelve más abstracto, menos cuestionable.

A la luz de estos datos se advierte la relevancia que entraña el aoristo, temporal y aspectualmente, para la interpretación de este fragmento. Si articulamos las apreciaciones de Conche y Emilyn-Jones con la información lingüística, queda claro que la valoración positiva de la salud, la saciedad y el reposo no aparece ligada a un sujeto que percibe sino que se atribuye a la existencia de sus opuestos. La expresión por medio de un pasado evita lo inestable que hay en el presente y se liga directamente con la memoria de lo ya sucedido, con lo que se conoce o se sabe porque se recuerda. En este sentido se puede hablar del aoristo como el tiempo del conocimiento definitivo, que expresa lo general, la verdad incuestionable, lo que se impone como un hecho, y esto se debe a que el pasado, lejos de ser algo acabado e

inerte, tiene en griego un significado pleno y decisivo que determina o condiciona al presente.

El mundo de Heráclito se presenta como un todo orgánico en el que los opuestos son entidades concretas cuya naturaleza y dinámica se traslucen en la permanente paradoja de sus textos, un recurso que, como señala Emilyn-Jones (1976: 110-111), no es una mera cuestión retórica o estilística sino que expresa un modo de pensamiento cuya forma lingüística es especialmente significativa. En ese sentido manifiesta Graham que en Heráclito, más que en ningún otro presocrático, “the medium is the message” (1988: 303). Entre los rasgos de este *lógos* objetivo están –como apuntamos más arriba– los que subrayan la tensión entre contrarios. “Guerra” es uno de los nombres para esta oposición, que aparece en B80 asociado con “discordia” y “necesidad”. La guerra, al igual que el *lógos*, es común porque subyace a todo; expresa el dominio del cambio en el mundo y es responsable de las condiciones diferentes y opuestas de los hombres, como se aprecia en B53:

[B53] Hipólito, IX.9: Πόλεμος πάντων μὲν πατήρ ἐστι, πάντων δὲ βασιλεύς, καὶ τοὺς μὲν θεοὺς ἔδειξε τοὺς δὲ ἀνθρώπους, τοὺς μὲν δούλους ἐποίησε τοὺς δὲ ἐλευθέρους.

Guerra es padre de todos, rey de todos; a unos los reveló hombres y a otros, dioses; a unos los hizo esclavos, a otros, libres.

En este fragmento, la doctrina de los opuestos se replantea en una forma más dramática y desconcertante: la guerra, causa típica de la muerte y la destrucción, se describe en términos míticos como padre universal, aprovechando la ambigüedad del término “guerra” como conflicto armado y como principio de oposición equiparable al Zeus homérico, *padre de los dioses y de los hombres* (cf. Kahn 1979: 208). Para Marcovich (1967: 143 ss.), se trata de una ilustración social de la universalidad de la guerra, además de una continuación de la polémica con Homero y la opinión tradicional (que aparece implicada también en B80). La división el mundo en hombres y

dioses, libres y esclavos supone para la cosmovisión griega un orden social fundamental, de suerte que lo universal de la guerra puede verse en las categorías sociales que produce.

Existe alguna disidencia en la interpretación del texto con relación al género del término πάντων, que Gigon, Kirk, Marcovich y Robinson entienden como una forma animada, mientras que Kahn lo considera un neutro plural que, en consecuencia, hace de la guerra el padre no sólo de dioses y hombres sino de todas las cosas existentes. En la misma línea, Conche piensa que la ambigüedad no es casual, ya que si Heráclito hubiera querido que se entendiera de forma particular, lo hubiera determinado con un sustantivo. Pero además de ser el padre de todo, se nos dice que es el rey de todo, es decir que esa lucha constitutiva de todas las cosas mantiene su poder sobre ellas más allá de generarlas. Conche (1998: 442) observa críticamente las traducciones de ἔδειξε por “revela” o “devela” porque, siendo la guerra el padre de todo, engendrar no puede ser revelar o mostrar algo que ya está dado de antemano. Aconseja tomar δείκνυμι en el sentido de “hacer nacer” que tiene en Eurípides (*Tr.*, 802).¹² Por su parte, Kahn (1979: 208, n. 277) acepta traducirlo como sinónimo de ποιέω, al igual que Marcovich, pero insiste en que Heráclito está usando dos verbos distintos.

Δείκνυμι define la condición humana mediante un doble juego de oposiciones: una antítesis interna entre libres y esclavos (el contraste más radical de la sociedad antigua) y una externa entre dioses y hombres, lo que sugiere que libertad y esclavitud son condiciones o estados alternativos o sucesivos, como en B62 (cf. Kahn 1979: 209). Los dioses se definen como tales por oposición a los hombres y viceversa, como correlato los unos de los otros. En cuanto a la estructura del fragmento, S. Benardete (2000: 628 s.) subraya

¹² Cf. LSJ: *bring to light, show forth* (con el pasaje de Eurípides), *render, show, point out, make known, display, exhibit* (estos dos en Píndaro, *P.* VI, 46)

que se trata de otra sentencia en tres partes,¹³ cada una de las cuales se divide a su vez en dos secciones delimitadas por $\mu\grave{\epsilon}\nu\dots\delta\grave{\epsilon}$, con tres verbos –*War is, War shows, War makes*– ubicados en la misma posición. Cada cláusula podría ser una sentencia en sí misma, pero aquí están vinculadas de forma tal que la primera, con su verbo en presente, parece contener o englobar a las otras dos, en las que las formas verbales son aoristos (aoristos instantáneos para Benardete). Marcovich, que también ha notado la estructura bipartita del fragmento, los señala poniéndolos en relación con el uso gnómico de $\pi\omicron\iota\acute{\epsilon}\omega$ en B111 y añade que $\acute{\epsilon}\sigma\tau\grave{\iota}$ es un presente atemporal coincidente con estos aoristos, que tendrían entonces un sentido general referido a la continuidad de la condición humana o divina.

Si revisamos las versiones españolas de B53, hay alguna diferencia que conviene mencionar en relación con los detalles que venimos comentando:

Guerra es padre de todos, rey de todos: a unos ha acreditado como dioses, a otros como hombres, a unos ha hecho esclavos, a otros libres. (C. Eggers Lan & V. Juliá 1981)

La guerra de todos es padre, de todos rey; a los unos los designa como dioses, a los otros, como hombres; a los unos los hace esclavos, a los otros, libres. (A. Bernabé 2001)

Guerra es el padre de todos y el rey de todos; y a unos los muestra como dioses y a otros como hombres, a unos los hace esclavos, a otros libres. (R. Cornavaca 2008)

En principio vemos que en los tres casos $\pi\acute{\alpha}\nu\tau\omega\nu$ se traduce como forma animada (siguiendo la interpretación de Gigon, Kirk, Marcovich y Robinson). En lo que concierne a las formas verbales, Eggers Lan & Juliá han elegido el pasado para trasladar los aoristos (al igual que Kahn: *has shown... has made*), pero no precisamente el pretérito perfecto simple o indefinido –que sería el que corresponde en nuestra lengua al aoristo griego– sino el perfecto, que señala el estado resultante de una acción completa. Seguramente lo que se

¹³ Como ya ha puesto de relieve en B1, B51, B67, B88, B114 y B119.

quiere destacar en esta versión es la condición de dioses y hombres, libres y esclavos en tanto estado que resulta de la acción de la guerra, de la tensión entre contrarios que, como apuntamos más arriba, expresa el dominio del cambio en el mundo y es responsable de las condiciones diferentes y opuestas de los hombres entre sí y con los dioses en ese doble juego de oposiciones al que alude Kahn.

El perfecto es indiferente a la expresión de la duración, es decir que no hay allí una oposición entre un significado durativo y otro momentáneo, sino únicamente un estado resultante que puede o no durar. Esto puede verse como una objeción al sentido de continuidad de ambos aoristos que plantea Marcovich, aunque también se puede alegar que es esa indiferencia del perfecto lo que permite equiparar en cierta forma los tres eventos, dando a entender que la condición de libres o esclavos es algo que se mantiene en el tiempo en virtud del valor del perfecto como un pasado que se extiende hasta el presente. En cualquier caso, esta es una discusión sobre las versiones españolas, puesto que en el original la diferencia es bien clara. No parece posible equiparar completamente el presente con los aoristos, aun cuando estemos convencidos de que todas son formas generales o gnómicas, incluso si adujéramos que el carácter defectivo de εἰμί no permite poner un aoristo. Bien podría haber prescindido Heráclito del verbo, por ejemplo, como se observa en otros fragmentos, si ese fuera el caso. Lo cierto es que, además de las oposiciones que señalamos en la estructura y en los nombres, tenemos aquí también una oposición en los verbos.

En las otras dos versiones españolas, los tres verbos se han traducido en presente, lo que ciertamente elimina la diferencia que se expresa en el original, donde presente y aoristo muestran el ser y el hacer de la guerra como dos dimensiones que se corresponden con la estructura de la sentencia. El ser de la primera cláusula efectivamente engloba a las otras dos, y al mismo tiempo se muestra o se despliega en el hacer que se representa en

ambas. Además, sería pertinente señalar en la oposición temporal y aspectual la incidencia del aspecto léxico, que distingue a los estados (εἶμι) de las acciones o eventos (δείκνυμι – ποιέω). En consecuencia, nuestra traducción ha intentado reflejar esa diferencia conservando la oposición temporal y aspectual.¹⁴

A la vera del río

Con el tiempo, el río de Heráclito ha llegado a ser ejemplo y símbolo del flujo universal, de la inconsistencia humana, de lo perecedero. Y sin embargo aquel río revela tanto devenir como estabilidad, unidad y diversidad, mismidad y alteridad. La paradoja del río consiste en que es siempre el mismo (tiene siempre el mismo nombre) pero a la vez distinto (sus aguas son continuamente otras). De aquí que se lo vea como afirmación de la condición paradójica del ser humano, que, al igual que el río, mantiene su nombre pero se encuentra en permanente cambio.

En lo que sigue, nos detendremos en algunos de los comentarios que han suscitado los “fragmentos del río” (B12, B49a y B91), examinando la cuestión de su autenticidad, estrechamente relacionada con la transmisión. En efecto, diferentes propuestas intentan explicar las variantes que aparecen en el transcurso de la transmisión y su incidencia a la hora de considerar si son auténticos los tres o sólo uno, del cual procederían los otros (y en este caso, cuál de los tres sería el original). Nuestro interés recae sobre ciertos detalles poco explorados del texto, problemas concretos que se desprenden de la constitución temporal y aspectual de las formas verbales y de su

¹⁴ En la versión de B111 preferimos trasladar el aoristo en un presente, dado que en ese caso el texto no manifiesta una oposición como la que aquí se observa. De todas formas, podría justificarse también en ese caso la traducción mediante el indefinido español.

combinatoria en contexto, datos que nos permiten evaluar desde una perspectiva más amplia no sólo los textos sino también los argumentos que se han esgrimido en medio de la controversia antes mencionada y en distintas propuestas de lectura, traducción e interpretación.

Comencemos entonces presentando los fragmentos:

[B91] Plutarco, *De E.*, 18 p.392 ποταμῶι γὰρ οὐκ ἔστιν ἐμβῆναι δις τῶι αὐτῶι... σκίδνησι καὶ πάλιν συνάγει... καὶ πρόσεισι καὶ ἄπεισι.

No es posible... entrar dos veces en el mismo río... se dispersa y de nuevo se reúne... se acerca y se aleja.

[B49a] Pseudo Heráclito, *Quaest. Hom.* 24 ποταμοῖς τοῖς αὐτοῖς ἐμβαίνομέν τε καὶ οὐκ ἐμβαίνομεν, εἶμέν τε καὶ οὐκ εἶμεν.

En los mismos ríos entramos y no entramos, estamos y no estamos.

[B12] Ario Dídimos. *Ap. Eus.* P.E. XV 20 ποταμοῖσι τοῖσιν αὐτοῖσιν ἐμβαίνουσιν ἕτερα καὶ ἕτερα ὕδατα ἐπιρρεῖ.

Sobre quienes ingresan en los mismos ríos fluyen aguas cada vez distintas.

Tal vez uno de los puntos más debatidos con relación a estos fragmentos es la cuestión de su autenticidad, y en ese sentido es B12 el que goza de mayor aceptación. Kirk (1954: 375) intentó demostrar cómo de allí derivan los testimonios de Platón, Aristóteles y las versiones posteriores de Cleantes, Heráclito homérico, Séneca, Plutarco, Ario Dídimos, Eusebio.

El primero (B91), que Gigon y Kirk directamente descartan por considerarlo dudoso, es una de las más famosas sentencias que se atribuyen a Heráclito desde la época de Platón, quien lo cita en *Crat.* 402a con una variante en segunda persona del singular, οὐκ ἄν ἐμβαίης, que llama la atención frente al infinitivo de DK οὐκ ἔστιν ἐμβῆναι, tomado de Aristóteles *Metaph.* 1010a14 y de Plutarco *De E.*, 392b. G. Vlastos (1955: 338 ss.) cree que la forma transmitida por Platón es más aceptable como original porque entiende que la segunda persona es más propia de Heráclito. Después de

examinar una tercera cita de Plutarco: ποταμοῖς γὰρ δις τοῖς αὐτοῖς οὐκ ἂν ἐμβαίης, ὡς φησιν Ἡράκλειτος, ἕτερα γὰρ ἐπιρρεῖ ὕδατα (*quaest. nat.* 912a), llega a la conclusión de que esta es la forma más cercana al original y que de allí se han derivado B12 y B91a. Vlastos sostiene que no se pueden conservar los tres fragmentos dado que, si bien Heráclito puede haber usado la imagen del río más de una vez, es poco probable que lo haya hecho sin alguna variación significativa en la expresión o el contenido. Le parece que hay que sacrificar B12 por ser el más llano, que puede explicarse como una versión suavizada de los otros.

Para Marcovich (1966: 20ss.), en cambio, B12 es el único original de los fragmentos del río, mientras que B49a y B91a son sólo ecos. Luego de un análisis exhaustivo de los verbos del final de B91 basado en detalles como la transitividad, los argumentos con que se construyen, el tipo de movimiento que describen, el uso frecuente en Plutarco, cuál sería el sujeto, etc., concluye que ninguno es de Heráclito. Siguiendo la línea de Kirk (1954: 374) y Reinhardt (1916: 207 y 1942: 18), sostiene que se puede explicar la génesis de las otras versiones a partir de los usos de ἐμβαίνω en presente o aoristo que allí aparecen y que más adelante comentaremos.

También Graham (2006: 129 ss.) examina esta cuestión en busca de una visión más moderada de la tesis del flujo universal en Heráclito, y acepta como prácticamente demostrado que B12 es genuino porque, según explica, lo concentrado de la expresión (algo típico de Heráclito) perdería necesariamente parte de su significado al ser trasladado en una paráfrasis.¹⁵ Además, señala otras características determinantes, a saber: la ambigüedad sintáctica plenamente significativa que se produce a partir de la posición y la doble concordancia de τοῖσιν αὐτοῖσιν (los mismos) tanto con los ríos (ποταμοῖσι) como con los sujetos que entran (ἐμβαίνουσιν), algo que no es

¹⁵ Kirk, Raven & Schofield (1983) destacan la forma Jonia natural y nada forzada de B12, que mantiene el ritmo característico de la prosa arcaica.

exclusivo de este fragmento sino que Heráclito aprovecha también en otras sentencias; o el final casi idéntico de los cuatro primeros términos, que sugiere el sonido del río y se suma a la aliteración de ἕτερα καὶ ἕτερα ὕδατα en la que Kirk (1954: 378) advierte la regularidad del paso del agua. Finalmente, los nueve términos del fragmento están cargados de significación y constituyen un conjunto de sentido elaborado a partir del par de opuestos ἀντοῖσιν/ἕτερα, de suerte que si removiésemos o cambiásemos alguno, todo el conjunto se vería afectado. Como este tipo de características son propias del repertorio de Heráclito, y en ningún otro filósofo encontraríamos tanta densidad expresiva e intensidad de pensamiento, Graham concluye que se trata de una genuina cita literal. Ninguno de los otros fragmentos del grupo presenta semejante condensación lingüística, aunque B49a y B91 comienzan como B12, con la palabra “río(s)” en dativo, y utilizan alguna forma de ἐμβάινω para referirse a los que entran, al igual que Platón, lo que hace pensar que se trata de paráfrasis formuladas a partir de un reordenamiento de los mismos términos en una forma de expresión menos compleja y más apropiada para la cita.

Pero Graham va más allá, e intenta demostrar por qué en el conjunto de los fragmentos del río aparecen algunas disidencias: concretamente, por qué en algunos se considera posible entrar dos veces en el mismo río y en otros no. Por una parte, B12 destaca el contraste entre lo mismo (los ríos) y lo diferente (las aguas) pero no deja lugar a dudas: el reconocimiento de la identidad y la diferencia se da en el contacto con el río; por otra, B91 (al igual que el pasaje platónico de *Crátilo* 402a) niega esta posibilidad, mientras que B49a afirma que entramos pero al mismo tiempo no entramos. Graham se pregunta por qué los textos no coinciden y muestra lo que supone que sucedió a partir de la cita de Plutarco *quaest. nat* 912a, que retoma las tres

primeras palabras de B12 agregando δις y poniendo el participio en una forma finita.¹⁶

La alteración introducida por Platón radica entonces en que asimila el río y su contenido (las aguas). Desde esta perspectiva, B91 y A6 serían paráfrasis problemáticas de B12, que no conviene aceptar como testimonios de lo que Heráclito realmente quiso decir. En cuanto a B49a, sus tesis opuestas pueden sonar originales porque reproducen el orden de los términos de B12, pero en realidad lo contradicen desde el momento en que una de ellas afirma que *no* entramos en los mismos ríos, algo que claramente B12 no está diciendo.

Mondolfo, por su parte, defiende la autenticidad de los tres fragmentos sobre la base de que en cada uno se muestran aspectos diferentes de la doctrina heraclítica. En efecto, los testimonios de Ario Dídimo, Plutarco, Aristóteles y Simplicio se refieren a la imposibilidad de ingresar dos veces en el mismo río, un motivo que en B12 no aparece pero que está explícitamente expresado en B91.¹⁷ Mondolfo sostiene que se pueden “distinguir diversos aspectos bajo los cuales Heráclito parece haber proyectado la representación simbólica del río, poniendo el acento sobre motivos cada vez diferentes, de modo que podían resultar múltiples sentencias no perfectamente coincidentes o reducibles una a la otra” (1966: 193). De este modo, B12 estaría insistiendo en el flujo incesante de aguas siempre distintas y comparando lo dinámico del río con la vida (el alma, considerada inmediatamente después). Curiosamente, la diversidad dinámica y permanente que se expresa en ἕτερα καὶ ἕτερα pone de relieve la alteridad mediante la reiteración de lo mismo. Lo idéntico y lo diverso confluyen de forma paradójica en la constitución de

¹⁶ “Clearly he has in mind B12, and he regards the claim that you cannot step twice in the same river as a paraphrase of the first half. This is as close as we can get to an admission by an ancient source who knew Heraclitus’s text better than we can, that Plato’s expression in A6 is a paraphrase of B12.” (Graham 2006: 131)

¹⁷ E incluso en B49a si se acepta la enmienda de Schleiermacher (1808), que propone restituir un δις que se habría perdido en la transmisión manuscrita delante de ἐμβάινομεν.

la realidad humana y cósmica. En cuanto a B41a, puede decirse que atiende a la situación de los hombres en su relación con el río, que en su cambio continuo no les permite mantener con él una relación unívoca. Finalmente B91, al expresar la imposibilidad de entrar dos veces en el mismo río, podría estar mostrando el paralelismo que se observa entre la alternancia y simultaneidad de momentos opuestos en las aguas fluviales y el que relaciona los elementos constitutivos de los seres mortales (un concepto análogo al de lo divergente-convergente). En definitiva, se trataría de motivos y sentencias diversas, cuya diversidad múltiple se confirma para Mondolfo por la variedad de los ecos y reflejos que se encuentran en los testimonios y en las imitaciones.

El autor italiano se detiene especialmente en la relación entre ríos y sujetos, haciendo notar que la identidad de aquellos se reconoce a partir de estos. B12 alude asimismo a la condición, exterior e interior, tanto de los ríos como de los sujetos, cuyo continuo cambio interior se corresponde externamente con las aguas siempre diversas que reciben. Así, la estabilidad de todas las cosas es, a su vez, permanente devenir, porque son los mismos no sólo los ríos con sus aguas que corren incesantemente sino también los hombres cuyas vidas se modifican sin cesar. De forma similar, observa con agudeza la ambivalencia de afirmación y negación, que se muestran igualmente verdaderas, legítimas y necesarias en B49a,¹⁸ y agrega:

Este reconocimiento de la igual verdad y legitimidad de las dos aseveraciones opuestas (afirmación y negación) es muy distinto de la pura negación de Cratilo, que desconoce todo derecho a la afirmación. (...) Este es el significado esencial de B49a, que nada tiene que hacer ni con “una vez” ni con “dos veces”, pero que sirve para todos los casos, cualquiera sea el número, incluyendo siempre en todos la coincidencia de las dos posiciones opuestas, afirmativa y negativa. (1966: 198)

¹⁸ Como puede verse también en B32.

Mondolfo señala, además, que si se comprende correctamente lo que Heráclito está queriendo expresar, εἰμὲν τε καὶ οὐκ εἶμεν no debería interpretarse ni traducirse en un sentido existencial (“existimos y no existimos”), porque en ese caso se estaría desconociendo precisamente la relación entre hombres y ríos, cortando ese vínculo que ya se establece firmemente con la expresión “entramos y no entramos” y que debe ser mantenido, entonces, con la expresión “estamos y no estamos” para que la sentencia no pierda su unidad. Para Robinson (1987: 113), en cambio, resulta fácil interpretar el verbo εἶναι en su sentido predicativo (“somos y no somos”) o locativo (“estamos y no estamos”), pero ambos deben tomarse con precaución, ya que la parataxis de la segunda parte del fragmento indica una puntuación fuerte, que desvincula a εἰμί del dativo y lo convierte en un verbo independiente. De aquí que Robinson se incline precisamente por la acepción existencial, que en su opinión podría cobrar un sentido paradójico mayor, acentuando la naturaleza cambiante de quienes entran en los ríos más que la de los ríos.

De acuerdo con estos planteos, en las versiones españolas que estamos manejando, tanto Eggers Lan & Juliá como Cornavaca optan por el sentido predicativo.¹⁹

En los mismos ríos nos bañamos y no nos bañamos, tanto somos como no somos (C. Eggers Lan & V. Juliá 1981)

En los mismos ríos entramos y no entramos, somos y no somos (R. Cornavaca 2008).

Aun cuando en nuestra lengua, y en otras también, el verbo “ser” conserva algo de su valor histórico de “existir”, es este un buen ejemplo de las dificultades con que habitualmente tenemos que lidiar a la hora de la traducción: no sólo no es posible conservar todos los sentidos que están

¹⁹ Bernabé no lo considera auténtico y no lo incluye en su edición.

cifrados aquí en el original sino que, además, esos significados que conviven en el verbo griego (cuya unidad y diversidad se aprovecha en esta sentencia) entran en conflicto en las traducciones, puesto que en las lenguas modernas están distribuidos de modos distintos y divergentes: en algunas, como el inglés, el alemán o el francés, *to be*, *sein* y *être* condensan el sentido predicativo y el locativo (incluso la forma impersonal se construye en inglés con *to be*; no así en alemán ni en francés), mientras que el español o el italiano los despliegan y separan aún más (*essere* –que sirve para la forma impersonal–, *stare*, *esistere*; *ser*, *estar*, *existir*). En este breve comentario se vislumbra acaso otra dimensión de lo opresivo que hay en toda lengua, al decir de Barthes,²⁰ puesto que según el idioma al que tengamos que traducir, podremos decir algunas cosas pero también nos veremos obligados a decir otras. O impedidos, como en este caso, de trasladar en la versión toda la densidad del original. Cada lengua, a su modo, nos obliga a optar por algunos sentidos y a dejar otros de lado.²¹

Y al mismo tiempo esa divergencia histórica de las lenguas abre nuevas vertientes en la discusión de un texto que, como tantos otros, es y no es el mismo.

Dejando de lado por un momento las reflexiones acerca de la traducción, todavía falta examinar lo planteado por Marcovich respecto de la posibilidad de explicar la génesis de las versiones surgidas de B12 a partir de los usos de ἐμβαίνω.

Marcovich sostiene que Heráclito usó ἐμβαίνουσιν como acción en curso o progresiva: *upon those who are (in the process of) stepping into the same rivers*, es decir, con el sentido de “a quienes están entrando” o “mientras van

²⁰ Barthes (2008: 89-116).

²¹ Un problema similar respecto de la traducción de εἰμί en el fr. 30 puede verse en Eggers Lan & Juliá (1981: 337-338 n. 36).

entrando”,²² y que la interpretación de Crátilo y Platón se origina en la lectura de ese presente en un sentido iterativo (*repeatedly step in*), lo que tiene su correlato en la interpretación de toda la sentencia (*upon those who several times step into the same rivers...*). Desde esta perspectiva, ese es el motivo por el cual, a partir de Platón encontramos la forma con $\delta\iota\varsigma$ con aoristo.²³ Esto equivale a decir que la manera en que se interpreta el presente motiva la aparición de $\delta\iota\varsigma$ y el “cambio de tiempo”. Graham (2006: 116 n. 20) acuerda con esta línea y agrega que en la cita de Plutarco 912b se puede ver que el adverbio $\delta\iota\varsigma$ fue simplemente insertado en B12. De todas maneras, y ante lo exiguo de ambos comentarios, cabe preguntarse si no es posible determinar con más precisión a qué se debe el cambio de sentido y la aparición del adverbio, indagando con más detalle en la génesis de esta “distorsión”, ya que la alteración puede deberse a una necesidad surgida del contexto más que a la interpretación de una única pieza léxica. Concretamente, creemos que el cambio puede explicarse más acabadamente si examinamos las características temporales y aspectuales de los eventos en cuestión.

En principio, entonces, es necesario reparar en los otros términos que constituyen la sentencia, en el entorno lingüístico en que se encuentra inserto ese presente, ya que su sentido no puede darse ni percibirse de forma aislada o desarticulada. Baste recordar los planteos en torno de la clasificación vendleriana de los verbos, que dejan en claro el carácter composicional de las distinciones propuestas desde el momento en que muchos de los ejemplos no son verbos *stricto sensu* sino más bien sintagmas verbales en los cuales el complemento juega un rol determinante a la hora de decidir en cuál de los *time schemata* ubicarlos. En consecuencia, es más razonable pensar que el

²² Kahn (1979: 166) traduce precisamente con este sentido de simultaneidad: “As they step into the same rivers, other and still other waters flow upon them”.

²³ Pl. *Cra.* 402a: $\delta\iota\varsigma$ ἐς τὸν αὐτὸν ποταμὸν οὐκ ἄν ἐμβαίης (Plut. *qu. nat.* 912a; *Simplic. in phys.* 1313,11 Diels); Arist. *Metaph.* Γ 5, 1010a14: $\delta\iota\varsigma$ τῷ αὐτῷ ποταμῷ οὐκ ἔστιν ἐμβῆναι (Plut. *de E* 392b; *de sera num.* 559c; *Simpl. in phys.* 77,32; Olympiod. *in cat.* 4,33 Stüve; Philopon. *in cat.* 2,7 ss. Busse).

desplazamiento hacia un sentido iterativo esté motivado por la interacción de los términos que atribuírselo sin más al presente. No hay duda de que su aspecto durativo de acción en curso puede incidir en la constitución temporal de la sentencia colocando los dos eventos en simultaneidad (lo que justifica una traducción como la de Kahn, por ej.), pero esto no parece suficiente respaldo para un cambio de sentido que, además, habilita la aparición de un elemento cuantificador.

Ahora bien, basta una rápida mirada al contexto para identificar los elementos que coadyuvan en la aparición del sentido iterativo en las versiones surgidas de B12. Es esa unidad léxica (ἐμβάινουσιν) en ese contexto, con esos complementos: αὐτοῖσιν, por una parte, que señala la mismidad, la identidad –sea de los ríos o de los sujetos– con relación a otra instancia u ocasión; ἕτερα καὶ ἕτερα, por otra, que además de justificarse por razones estilísticas en una sentencia rítmica y balanceada,²⁴ remarca gráficamente esta recurrencia de lo diverso mediante la repetición.²⁵ Este es seguramente el origen de δις, el terreno apto para el cuantificador, que viene a determinar y a explicitar lo que hasta el momento era solamente una posibilidad.

A partir de allí, una vez que se inserta el adverbio, el contexto ya es otro, se desambigua y se modifica, con el consecuente ajuste de las características eventivas a la nueva situación. La forma progresiva y durativa del presente ya no es viable, porque ahora lo que ahora interesa no es el ingreso en sí, como proceso en desarrollo (*the process of stepping into the same rivers*), sino que la nueva versión enfoca el evento en su aspecto plural, en su posibilidad de multiplicarse, para lo cual no es pertinente la consideración de

²⁴ Marcovich (1967: xii) divide algunos frr. de acuerdo con el ritmo de la prosa heracliteana (*to emphasize the semantic units or clauses within the rhythmical prose of Heraclitus*), si bien no intenta un análisis métrico al estilo de Deichgräber (1938-1939).

²⁵ Según Kirk (1954: 378) esta repetición sugiere marcadamente la *regularidad* del paso del agua en un río, y el pasaje de Aristóteles *Mete.* b3, p. 357b30 ἀεὶ γὰρ ἄλλο καὶ ἄλλο γίγνεται τούτων ἕκαστον sería una reminiscencia de B12.

lo extensivo o durativo de la acción; antes bien, lo que se considera es la acción puntual, despojada del valor durativo y tomada como un todo (en aoristo), como acción pura y simple que puede darse reiteradas veces. Es más, el rasgo durativo del presente significaría un problema. Una lectura como “estar entrando dos veces en el mismo río” entrañaría en sí misma una contradicción: no puede darse dos veces lo que está en proceso de desarrollo. En todo caso, si lo que se quisiera marcar es acción durativa en una segunda instancia, algo así como “estar entrando *por segunda vez* en el mismo río”, el texto griego ya no diría δῖς, sino δεύτερον, δεύτερον ο ἐκ δευτέρου.

En definitiva, y en lo que a transmisión se refiere, creemos que es aceptable la propuesta de Marcovich y que, de hecho, encuentra una mayor justificación a partir de estas precisiones, que evitan el efecto de desgranamiento que produce la consideración de términos aislados al tiempo que profundizan aspectos muy poco explorados en estos textos.

En cuanto a la traducción de B12, conviene hacer también algunos comentarios. Las versiones españolas son las siguientes:

A quienes penetran en los mismos ríos aguas diferentes y diferentes les corren por encima (A. Bernabé 2001)

Sobre quienes se bañan en los mismos ríos afluyen aguas distintas y otras distintas (C. Eggers Lan & V. Juliá 1981)

Sobre aquellos que entran en los mismos ríos fluyen aguas cada vez distintas (R. Cornavaca 2008)

En general, se puede decir que el texto no plantea serias dificultades, si bien en el original el orden de palabras y la doble concordancia permiten interpretar que tanto los ríos como los sujetos que ingresan son los mismos, pero eso es algo que lamentablemente no podemos conservar. En lo que concierne a la elección de los términos, en cambio, sí se puede hacer una objeción, ya que la versión de Eggers Lan & Juliá difiere de las otras en la accionalidad de la forma elegida. En efecto, si seguimos la clasificación

vendleriana, ἐμβαίω (*mettre le pied dans*, cf. Chantraine *s.v.*) corresponde a un logro (*achievement*), mientras que “bañarse” se presenta más bien como una actividad (*activity*) que, en todo caso, se desarrolla una vez que se está dentro del río. Recordemos que los logros son eventos puntuales que señalan el inicio o final de una situación y focalizan exclusivamente el momento en que se alcanza ese punto, pero no se extienden a lo largo de un intervalo temporal, como sí se infiere de “bañarse en el río”.

En tanto verbo de movimiento, “entrar” supone algún desplazamiento pero especialmente un punto de contacto que señala el paso al interior (*mettre le pied dans*). No hay que descuidar, en este sentido, la diferencia en el valor aspectual que puede haber entre un verbo simple y uno compuesto con preverbio, como es el caso de ἐμβαίω. Los preverbios afectan la semántica de los verbos; son un recurso secundario y marginal para introducir matices que muchas veces tienen que ver con la limitación local o temporal de la acción, un concepto afín a la perfectividad.

Habrá que ver, entonces, cómo se combinan estos elementos con los valores propios de cada tema; por ej. en este caso con el aspecto imperfectivo del presente. En el verbo simple (βαίω) tenemos una acción abierta y durativa (imperfectiva), una continuidad que cuando se compone, de alguna forma queda limitada o se perfectiviza; de aquí que corresponda a un logro, puesto que sin el preverbio sería indudablemente una actividad. Por consiguiente, en la traducción de Eggers Lan & Juliá el foco está desplazado y el evento se aprecia de manera diferente que en el original o en las otras dos versiones: se traslada la situación y la acción se desarrolla dentro del río; el detalle que significa el contacto, el momento en que se alcanza ese punto, se pierde de vista.

Es preciso preguntarse, finalmente, cómo repercute esto en la interpretación, si realmente importa tanto que elijamos una u otra forma, o más bien, por qué deberíamos tratar de conservar los rasgos accionales de

ἐμβαίνω, qué tanto se juega en la orilla del río. Para ello, conviene tener en cuenta lo que advierte Kahn (1979: 167-168) en el comentario a B12:

Hence the point here concerns neither the irreversibility of the flow of time, the uniqueness of an individual event or experience, nor the general instability of things. What is emphasized is that the structure and hence the identity of a given river remains fixed, despite or even because its substance is constantly changing. And if the parallel mentioned above is pressed, something similar is indicated about the structure and identity of individual human beings. Taken generally, the thought expressed by the river image reinforces that of the flame: the preservation of structure within a process of flux, where a unitary form is maintained while its material embodiment or 'filling' is constantly lost and replaced.

El énfasis está puesto, indudablemente, en lo que permanece a pesar del cambio e incluso como consecuencia de él. La imagen del río presenta la paradoja de un fluir continuo que asegura la conservación, contradicción aparente que emerge y resuena en otros fragmentos donde los opuestos seuxtaponen y se condicionan recíprocamente. Marcovich también propone interpretar el tópico del río como otro ejemplo de *coincidentia oppositorum*, en que lo mismo y lo otro, lo diferente, son partes inseparables del todo. Acaso cambio y estabilidad, en el fondo, no son otra cosa que opuestos omniabarcantes.

En esa armonía paradójica que determina el devenir permanente de todas las cosas está la clave para comprender este fragmento. El tránsito de un opuesto al otro presupone una contigüidad; nos sitúa en la orilla del río, el lugar donde confluyen lo idéntico y lo diverso, donde se juntan y conviven el cambio y la estabilidad: la identidad constante del río junto al flujo eterno de sus aguas.

La forma oracular y fragmentaria que eligió Heráclito, deliberadamente discontinua aunque profundamente unitaria, coloca al receptor en una suerte

de encrucijada, lo descoloca. Busca mostrar miméticamente la unidad de lo diverso ofreciéndose a la manera de los enigmas, que admiten diversas interpretaciones. En ese sentido, este texto no construye un relato donde hay un antes y un después o una secuencia de eventos que permita reconstruir una cierta historia, sino que se impone al receptor por su carácter gnómico en una multiplicidad de enunciados que suponen alguna dificultad para ser comprendidos y conectados. Sin embargo, el *lógos* que les da cohesión está disponible para los que sepan y quieran escucharlo, aunque no fuerza la cognición del sujeto; de hecho, a la mayoría de los hombres se les oculta y no pueden entender sus señales.

La clave de nuestro aporte en este caso tiene que ver con la posibilidad de encontrar otros argumentos para evaluar la autenticidad de los fragmentos y testimonios, proveer nuevos datos para discutir y objetar, para inclinarse por alguna de las lecturas e interpretaciones, o para entender las derivas de la transmisión observando el papel activo de los receptores e intermediarios que pueden afectar el enunciado y su sentido. Puesto al servicio del trabajo filológico, todo esto nos permite leer los textos desde una posición distinta, con una actitud menos mecánica y previsible; nos muestra algunos sectores donde todavía se puede escarbar, y que no necesariamente son los de las grandes excavaciones de la tradición; nos hace sospechar críticamente de las traducciones –de las propias inclusive– evaluándolas y ajustándolas en lo posible; nos pone también a escrutar en los límites de la semántica, en la accionalidad de los grupos verbales y en la sintaxis del aspecto, pero al menos partimos del ejemplo, de la frase concreta, que es donde mejor se pueden ver los hechos para la elaboración de una futura casuística que venga a sustentar, ampliar o cuestionar los incipientes planteos teóricos existentes.

EMPÉDOCLES Y EL CICLO CÓSMICO

Agrigento, en la zona de Sicilia, fue cuna de Empédocles, pensador en el que se concentra un llamativo haz de relaciones con otras figuras relevantes de la época. Anaxágoras, Parménides, integrantes del círculo pitagórico, así como el orador Gorgias, que habría sido su discípulo se cuentan en las fuentes entre sus conocidos,¹ a la vez que los grupos que lo recibieron en sus viajes al Peloponeso, Atenas, la recién fundada Turios y el reino de Persia.² Nacido alrededor del 490 a.C., fue testigo y protagonista de la intensa transformación intelectual del s. V a.C.

En este clima, desde criterios de locación, Empédocles representa el aporte itálico frente al ámbito jónico de Heráclito y Anaxágoras, y desde el estilo literario encarna, en la tradición de Parménides, la composición en verso con rasgos de estilo oral. Junto con un nutrido anecdótico que incluye la atribución de poderes sobrenaturales y dotes sobresalientes para la oratoria,³ Empédocles legó aportes fundamentales para el pensamiento antiguo sobre la *phýsis*.

Su propuesta de reducción material de todo lo existente a cuatro "raíces", precursora de la teoría de los cuatro elementos que adoptaría la tradición posterior, lo coloca en un sitio de privilegio dentro de la tradición intelectual. Más aún, esta idea se entrelaza con una cosmogonía compleja con corolarios psicológicos y éticos que hacen del pensamiento de Empédocles

¹ Sud., *s.v.* Ἐμπεδοκλής; DL, VIII. 55, 56, VIII. 58.

² DL, VIII. 71, 67; Ath., XIV; Sud., *s.v.* Ἀκρων; DL, VIII. 52; Plin., *H. N.* XXX. 1.

³ Sátiro, *ap.* DL, VIII. 58, 60, 67, 69, 70; Timeo, *ap.* Plu., *de Curios. Princ., adv. Colotes*; Plin., *H. N.* XXXVI. 27.

una filosofía integral con elementos y estrategias para dar cuenta de variados ámbitos de la realidad.

Dentro de los múltiples interrogantes que han suscitado las tesis de Empédocles, tomaremos solamente algunos aspectos que nos interesan para ilustrar la relevancia de una atención a las formas verbales en la comprensión de la filosofía presocrática. Estrictamente, nos limitaremos a tres fragmentos que se conectan con la explicitación del ciclo cósmico, B17, B35 y B115, enfocando determinados pasajes problemáticos, de manera que lograremos a la vez ejemplificar el tipo de discusiones con las que nos enfrenta el pensamiento de Empédocles y brindar una versión exegética de esos pasajes. Los tres fragmentos ofrecen no sólo una concatenación temática, sino que proceden de ámbitos distintos en lo que concierne a las obras atribuidas al agrigentino: concretamente, B17 y B35 se asocian por lo general con el tratado *Peri phýseos*, dedicado a la exposición de su filosofía natural, mientras que B115 evoca su doctrina religiosa y por ello correspondería al contexto de *Katharmói*.

Más allá de la atribución a una u otra obra, que como veremos es uno de los puntos más discutidos de la exégesis tradicional, esta amplitud temática nos permitirá acercarnos con un mayor grado de representatividad al pensamiento de este presocrático y mostrar por esta vía que los fenómenos donde la interpretación lingüística resulta crucial son numerosos y ameritan el énfasis que ponemos en la importancia de abordar los textos transmitidos con un claro andamiaje de los sentidos de la estructura verbal de la lengua griega, a los efectos de evitar lecturas desviadas y propuestas hermenéuticas alejadas de lo que puede haber sido el modo en que los receptores primarios de la obra de Empédocles la entendieron.

Cabe notar, además, que si el tipo textual elegido por Heráclito dispone una serie de desafíos para la interpretación, el formato adoptado por Empédocles, último ejemplo presocrático de la composición filosófica en

verso, resulta igualmente un reto. Por esa razón nos detendremos primero en el relevamiento de algunas cuestiones de estructura y estilo de las obras (punto 1), para avanzar luego en el análisis de los fragmentos mencionados y los problemas lingüísticos que nos ocupan (punto 2).

Los versos de Empédocles en el contexto de la oralidad

Cuando hacía ya varias décadas estaba sedimentado el recurso a la edición de Diels-Kranz de los textos de Empédocles, los estudios especializados se vieron alterados desde los cimientos ante la aparición en 1999 de la edición de Alain Martin y Oliver Primavesi, quienes trabajaron con el material proveniente de un rollo de papiro encontrado en una corona fúnebre en Egipto y adquirido en 1904 por el arqueólogo Otto Rubensohn, del Instituto de Papirología de la Universidad de Berlín. Los 52 fragmentos recuperados se destinaron en 1905 a la Biblioteca de Estrasburgo, donde luego de casi 90 años el papiroólogo Alain Martin reconoció que el texto contenía material de Empédocles gracias a la correspondencia con un fragmento transmitido por Simplicio, y trabajó en la edición del texto junto a Oliver Primavesi, especialista en historia de la filosofía griega.

La copia es de finales del siglo I d.C. y de reconocida calidad, pero su verdadera importancia radica en que es el primer caso de transmisión directa de un filósofo presocrático y contiene elementos fundamentales para el establecimiento del texto y para el estudio de su transmisión e interpretación, como así también para la discusión sobre la relación entre el poema acerca de la naturaleza y el de corte religioso, las dos obras que se supone que Empédocles compuso. Si bien los nuevos datos que ofrece el papiro no han venido a alterar radicalmente la historia de la interpretación de Empédocles,

puede decirse que aportan importantes detalles e indicaciones con relación a las dos cuestiones centrales de su estudio: la estructura del ciclo y la relación entre “física” y “demonología”.⁴

De acuerdo con la opinión de los editores, el papiro contenía los dos libros del poema acerca de la naturaleza (Cf. Martin & Primavesi 1999: 99 ss.). Los fragmentos recuperados, de variada dimensión, fueron reunidos en cuatro grupos principales (*ensembles*) designados con las letras **a**, **b**, **c**, **d** (hay otros dos sumamente lacunosos y seis que no es posible vincular), lo que implica una secuencia de 67 ó 68 versos.⁵

El *ensemble a* consta de 39 versos, 5 de los cuales corresponden al final del fr. 17 DK, de manera que los 34 restantes son nuevos. La indicación esticométrica que aparece en el margen del último señala que se trata del tricentésimo verso del texto copiado, de suerte que estaríamos en presencia de los versos 233-300 del poema *Perì phýseos* (para considerar algunos reparos, cf. Laks 2001: 119). El desarrollo tiene que ver con los principios del devenir y la fase inicial del proceso cosmogónico,⁶ lo que obviamente lleva a los estudiosos a preguntarse por el contenido de los 232 primeros versos.⁷

Ciertamente, el papiro de Estrasburgo ha venido a suscitar más problemas de lo esperado e incluso desilusión, si se tiene en cuenta que permite ampliar algunos fragmentos ya conocidos pero no proporciona ninguno completamente nuevo.

⁴ Sobre el contenido y repercusiones del Empédocles de Estrasburgo, acerca de lo cual no podemos extendernos aquí, véase van der Ben (1999), Inwood (2000), Osborne (2000), Bollack (2001), Algra & Mansfeld (2001), Curd (2001), Laks (1999 y 2002c).

⁵ Se discute si debe agregarse un verso luego de B17, 8.

⁶ Antes del v. 300, en que aparece el término διάττυξις, citado por Simplicio (*Phys.* 161, 20) pero cuestionado y rechazado por Diels, y que los editores traducen como “despliegue” (cf. Martin & Primavesi 1999: 243 ss.).

⁷ Si se toma en cuenta la introducción de Plutarco al fr. 115 en *De exilio*, que habitualmente se atribuye al poema *Katharmoi*, según la cual Empédocles decía algo al respecto en forma de preludio en el comienzo de su obra, se puede pensar con van der Ben (1984) y D. Sedley (1998), que en el proemio de “Acerca de la naturaleza” estaba el relato acerca de la caída de los *daimones*.

En cuanto al texto en sí, la mayoría de los estudios se centran en problemas de orden filosófico que surgen de la lectura de los fragmentos, descuidando algunas veces o prestándole poca atención al estilo y a la forma de la composición. En ese sentido, Hershbell (1968: 351) advierte que, no siendo la forma poética el medio usual para el discurso filosófico,⁸ hay por lo menos dos interrogantes que no han sido tratados de manera satisfactoria: (1) por qué Empédocles elige el metro y el lenguaje de la tradición épica, (2) cómo se explican las tan frecuentes repeticiones de versos, partes de versos o términos que aparecen en el corpus.

La relación con la tradición oral ha sido señalada de diversas maneras, teniendo en cuenta la memoria como un factor determinante para la composición y la transmisión.⁹ Esto implica que las obras eran aprendidas por vía auditiva, ya que un texto en verso, ciertamente, más fácil de retener que uno en prosa. Se ha observado también que el hexámetro fluye naturalmente en Empédocles como el mejor vehículo para su pensamiento (cf. Guthrie 1965: 135), aunque cabe preguntarse inmediatamente por qué el metro de la épica le resulta natural o por qué sería el mejor vehículo para su expresión.

Se puede pensar que Empédocles escribe en verso porque se ha criado en la tradición épica. Las supuestamente innecesarias y numerosas repeticiones suscitan otros interrogantes: Hershbell (1968: 352) arriesga que probablemente el estilo del agrigentino fuera deliberadamente oscuro y reiterativo, o que acaso no le era posible expresarse de forma clara y económica en verso, pero entonces ¿por qué no elige la prosa?

Si concebimos a Empédocles como un poeta oral, esta supuesta falta de claridad y las mismas repeticiones pueden atribuirse a su estilo.

⁸ Empédocles es el último de los pensadores griegos más destacados en utilizarla. Cf. Millerd (1908) y Burnet (1957).

⁹ Cf. Cornford (1957: 255).

Sistematicidad, claridad y concisión son en todo caso requisitos para la prosa, pero no para un poeta que se inscribe en la tradición oral, por poco habitual que esta forma nos parezca para la expresión filosófica (especialmente a nosotros). Así pues, tomando en cuenta la contribución de Milman Parry a los estudios homéricos, Hershbell ve en Empédocles un poeta oral, que componía y transmitía su poesía sin necesidad de la escritura (por más que esta pueda haberle servido como ayuda). De este modo, la regularidad métrica y las repeticiones cobran sentido como elementos esenciales en la creación poética. Si bien es cierto que la mayoría de los poetas posteriores a Homero fueron escritores, hay que notar que la tradición oral se mantiene vigente y puede observarse claramente todavía en la época de Platón.

En los fragmentos que conservamos hay suficiente evidencia de que la obra de Empédocles era al menos transmitida oralmente. El poeta apela permanentemente al receptor demandando su atención o disposición a la escucha, lo que puede advertirse en numerosas marcas verbales a lo largo del texto y sugiere que, si no fue compuesto oralmente, por lo menos fue pensado para la recitación, porque este tipo de presentación en que el yo-enunciador asume explícitamente una relación con su audiencia es un rasgo esencial de la oralidad y no de los textos escritos, dirigidos a lectores.¹⁰

Con relación a las repeticiones, puede decirse en principio que son un elemento necesario en la tradición oral para la retención de los poemas tanto en la memoria del poeta como en la de su audiencia. En general, se trata de expresiones formularias, que suelen tener la misma estructura métrica y expresar las mismas ideas, y muchas de las cuales son herencia directa de la épica homérica.¹¹

¹⁰ Véase, por ejemplo, el imperativo κλῦθι en B17, 14 y B62, 3 y el infinitivo correspondiente en B112, 11, así como el imperativo ἄκουε en B6, 1 y B17, 26, verbo que aparece en otras formas en B3, 4 y B23, 11. Para otros ejemplos, véase Hershbell (1968: 353-354).

¹¹ Por ejemplo, νηλεὲς ἦμαρ (B139, 1) se encuentra en *Il.* 11, 484; πῦρ ἀϊδηλον (B109, 2), en *Il.* 2, 455; ὄστέα λευκά (B96, 3), en *Od.* 1, 161. También parece tomar algunas otras de

En su tesis, publicada en 2006, Rosenfeld-Löffler profundiza acerca de la poética de Empédocles y señala en las primeras páginas que, desde la edición de los fragmentos de los presocráticos por parte de Diels y Kranz, la obra de este y de otros autores tempranos ha tendido a considerarse como parte integrante de la historia de la filosofía, sustrayéndola al mismo tiempo de la historia de la literatura. Esta disposición de lectura, que hemos naturalizado frente a estos textos que datan de una época en que no es pensable una distinción entre filosofía y literatura, alienta todavía numerosos estudios que abordan la doctrina de los primeros filósofos sin tomar en consideración ni la expresión poética ni las circunstancias comunicativas relativas a su producción. En el caso de Empédocles, los problemas que concitan toda la atención apuntan a esclarecer si el conjunto de los fragmentos que poseemos proviene de uno o de dos poemas, o bien a determinar los aspectos cosmogónicos de la doctrina. Según sostiene la autora, estos problemas, que no han sido resueltos con el aporte del papiro de Estrasburgo, podrían llegar a explicarse si se le prestara la suficiente atención a la forma poética de la obra y sus implicaciones.¹²

El interés principal del trabajo de Rosenfeld-Löffler consiste en explorar el contexto de una performance oral en Empédocles, que se enmarca necesariamente en la producción poética griega arcaica, fuertemente ligada a circunstancias rituales que son esenciales para su significación. La autora encuentra una dimensión suplementaria de la argumentación en la presencia de numerosos vínculos significativos entre dicción y doctrina, que se ponen de manifiesto en el acto de la comunicación de los versos.¹³

Parménides, como por ej. ἀλλότριον φῶς (B45) que se corresponde directamente con el fr. B14 del eléata, aunque remite de todas maneras a *Il.* 5, 214. Hershbell proporciona además una clasificación de estas repeticiones en cuatro tipos (1968: 355).

¹² Algunos trabajos anteriores relacionados con la cuestión aparecen citados por Rosenfeld-Löffler (2006: p. 3 n. 6), entre ellos el artículo de Hershbell (1968) al que ya nos hemos referido.

¹³ Véase además Graham (1988: 297-312).

En la misma senda, R. Janko nota la importancia de recuperar la impresión que habría creado la poesía filosófica de Empédocles, tomando en cuenta que Lucrecio lo adoptaría más tarde como su modelo,¹⁴ y advierte además que, lejos de la compartimentación temática que se proyectó durante largo tiempo, escindiendo la figura de Empédocles en aras de alejar los tratamientos físico-cosmológicos de aquellos con aires religiosos, los aportes recientes llaman a pensar en un *Perì phýseos* donde ambos aspectos aparecen interrelacionados, más allá de que *Katharmoi* pueda haber sido un poema independiente.

Este horizonte está presente en los problemas que trataremos a continuación, con el objetivo de recorrer puntos problemáticos de la interpretación de Empédocles en los cuales el modo de comprender el uso de formas de aoristo resulta fundamental.

Algunos problemas sobre el ciclo cósmico

Para intentar una propuesta acerca de los aoristos que aparecen en el texto de Empédocles integrando los datos lingüísticos de los primeros capítulos, conviene que primero nos ubiquemos en la discusión específica de su doctrina, en medio de la cual hay algunas consideraciones que nos servirán como punto de partida.

Entre los diversos ejes que pueden tomarse para examinar, uno de los más atractivos que aparece postulado en los fragmentos de Empédocles es la conformación de un ciclo cósmico, tema que se ha vuelto un punto de referencia prácticamente obligado, a pesar de algunos intentos de relegarlo

14 Véase Janko (2004). Sobre la relación modélica de Lucrecio con la poesía de Empédocles, véase Sedley (1998: cap. 1).

como una cuestión menor.¹⁵ De acuerdo con lo que anunciamos en la introducción de este capítulo, abordaremos ahora el estudio de tres problemas textuales cuya contextualización nos permitirá aclarar puntos oscuros sobre la cuestión más debatida de la interpretación de Empédocles en relación con el llamado “ciclo cósmico”. El primero de estos textos está constituido por la primera parte de B17, pasaje que A. Long (1974: 405) caracterizó como “a key ... difficult to turn”. En efecto, los versos 3-5 de B17 han sido reclamados a menudo como una suerte de piedra de Rosetta que debiera ofrecer una clave para decidir sobre puntos oscuros de otros textos. Ciertamente se trata de una clave cuyo código ha sido difícil de descifrar o, peor aún, con innumerables *passwords* que a primera vista funcionan de forma diversa y a menudo resultan abiertamente incompatibles entre sí. Lo que nos interesa, como hemos dicho, es que precisamente allí buena parte del problema reside en el modo de interpretar el sentido de ciertos usos de aoristo.

Sobre esta base y tomando la sugerencia de Long de prestar la mayor atención al texto de los fragmentos,¹⁶ se puede proponer un análisis que ponga en primer plano los fragmentos B17, B35 y B115. Esta selección, como dijimos, responde a que los dos primeros ofrecen elementos importantes para la reconstrucción del ciclo y corresponden al ámbito que se atribuyó al tratado acerca de la naturaleza, mientras que B115, aunque comparte rasgos con los dos primeros, corresponde a la otra obra atribuida a Empédocles, y las diferencias que mantiene con los fragmentos 17 y 35 ha sido tradicionalmente un argumento para sostener que el agrigentino escribió dos poemas con diferencias conceptuales bien marcadas. Más allá de que los hallazgos del Empédocles de Estrasburgo llevados adelante por Martin y Primavesi sugieren una integración mucho mayor que la que proponían los

¹⁵ Cf. Osborne (1987) y Wright (1981).

¹⁶ Long (1974: 399).

divisionistas, una lectura conjunta apoyada en la revisión de problemas lingüísticos comunes otorga cohesión al relevamiento. Precisamente, desde el punto de vista lingüístico, en ambos contextos emergen formas de aoristo problemáticas que han llevado incluso a alguna propuesta de corrección textual.

Procedamos primero a una caracterización general del problema y de los modelos exegéticos propuestos. El ciclo aparece regido por dos fuerzas antagónicas, *Filótes* y *Neíkos*.¹⁷ *Neíkos* actúa disgregando todas las cosas hasta alcanzar, en su momento de mayor poderío, un punto límite que deja completamente separadas y dispuestas en círculos concéntricos las cuatro raíces de la naturaleza (aire, agua, fuego y tierra), mientras que *Filótes* produce la mezcla de estos elementos y arrastra las cosas hacia la fusión, de forma que, en su momento culminante, todo lo existente queda unido de manera indiferenciada conformando el Esfero. El ciclo consiste en la alternancia permanente entre estos dos polos, que obedece a la relación inversamente proporcional entre ambas fuerzas, porque del estadio del Esfero se sale a consecuencia de la acción creciente de *Neíkos*, al igual que de la completa desintegración por la fuerza creciente de *Filótes*. Los cambios progresivos que se producen al pasar de un extremo al otro pueden reconstruirse a partir del siguiente pasaje de Aecio (DK 31 A 72):

Ἐ. τὰς πρῶτας γενέσεις τῶν ζώων καὶ φυτῶν μηδαμῶς ὀλοκλήρους γενέσθαι, ἀσυμφυέσι δὲ τοῖς μορίοις διεζευγμένας, τὰς δὲ δευτέρας συμφυομένων τῶν μερῶν εἰδωλοφανεῖς, τὰς δὲ τρίτας τῶν ὀλοφυῶν, τὰς δὲ τετάρτας οὐκέτι ἐκ τῶν ὁμοίων [?] οἷον ἐκ γῆς καὶ ὕδατος, ἀλλὰ δι' ἀλλήλων ἤδη, τοῖς μὲν πυκνωθείσης [τοῖς δὲ καὶ τοῖς ζώοις] τῆς τροφῆς,

¹⁷ Se han propuesto distintas traducciones para estos términos. Φιλότης suele entenderse como Amor o Amistad, mientras que Νεῖκος aparece con el sentido de Odio o Disputa. Es de notar que en el texto original estas fuerzas son nombradas mediante una cierta variedad de designaciones (Φιλότης: Φιλία, Ἀφροδίτη, Γηθοσύνη, entre otros; Νεῖκος: Ἔρις, Κότος, etc.), lo que sucede también con las cuatro raíces. Nosotros utilizaremos los términos transliterados (*Filótes* y *Neíkos*) para mantener en principio un criterio unificado en lo que a los nombres respecta a lo largo de todo el trabajo con el corpus, puesto que no entraremos en una discusión sobre las implicaciones de cada designación.

τοῖς δὲ καὶ τῆς εὐμορφίας τῶν γυναικῶν ἐπερθεῖσθαι τὸ σπερματικὸν κινήματος ἐμποησάσης·

Dice Empédocles que las primeras generaciones de animales y vegetales no nacieron completas, sino desunidas en partes incompatibles; las segundas, cuyas partes estaban combinadas, eran como los seres de fantasía; las terceras eran de seres de naturaleza completa; las cuartas no procedían ya de los semejantes como la tierra y el agua, sino unas de otras, en algunos por ser sobreabundante la alimentación, en otros porque la belleza de las mujeres produjo la excitación del movimiento seminal (...)

A partir de este testimonio pueden establecerse cuatro estadios dentro del ciclo:

- miembros o partes dispersas de animales y plantas.
- seres de fantasía, combinados casi al azar.
- seres de naturaleza completa.
- mundo actual, con los seres que conocemos.

El primero conforma una constitución zoogónica por demás anómala, mientras la segunda sugiere figuras como las de los centauros y las sirenas, casos de los cuales la mitología proporcionaba numerosos ejemplos. Los seres de naturaleza completa están compuestos seguramente de mujer y varón y tienen en equilibrio las partes femeninas y masculinas, y probablemente hay que proyectar al resto de la zoogonía una tendencia a la unidad de tono similar, donde aparece combinado lo que en el cuarto estadio, el mundo actual o mundo que conocemos, está separado.

A lo largo de la historia de la interpretación de la filosofía de Empédocles han existido sucesivas exégesis acerca de cómo hay que concebir este ciclo. La explicación tradicional del ciclo cósmico supone dos generaciones de animales y plantas, que se desarrollan durante el dominio de *Filótes* y *Neíkos* respectivamente. En el momento en que prevalece *Neíkos*, los elementos están completamente separados y no es posible un mundo biológico; pero tampoco lo es bajo el dominio absoluto de *Filótes*, puesto que

en este caso los elementos se encuentran integrados en una mezcla perfectamente homogénea.¹⁸

En ambos momentos se producen seres que progresivamente se separan o se unen, dando lugar a una zoogonía peculiar. Esta interpretación se impuso a partir de los trabajos de F. Panzerbieter (1844) y E. Zeller (1856), y fue cuestionada posteriormente por P. Tannery (1887) y H. von Arnim (1902), aunque ninguna de estas críticas tomó la forma de una interpretación alternativa integral. Luego de varios años se publicaron, en 1965, tres trabajos independientes, los de J. Bollack, U. Hölscher y F. Solmsen, que significaron un importante desafío, pero en 1969 D. O'Brien reanimó la discusión argumentando en favor de una versión modificada de la visión tradicional.

En efecto, después de muchos años de dominar el panorama de los estudios sobre la doctrina de Empédocles, la teoría del ciclo cósmico de cuatro períodos simétricos que contienen dos mundos distintos encontró fuertes cuestionamientos, pero no se trató de críticas que compartieran perspectivas sino, por el contrario, de una apertura a nuevas disidencias de lectura. Por un lado, se estableció una discrepancia en cuanto a la estructura del ciclo: a la visión tradicional de progresión Esfero – *Neîkos* creciente – *Neîkos* total – *Filótes* creciente, se le opuso una estructura sin hemiciclos, donde la instancia del Esfero se destruye por una acción radical de *Neîkos*, de modo tal que el resto del ciclo corresponde al proceso de restauración operado por *Filótes* hasta culminar nuevamente en el Esfero. Esta impronta está claramente expuesta en los trabajos de Solmsen y Bollack. Este último invierte las lecturas previas sobre la información doxográfica, que habían servido a autores como Cherniss (1935: 352) para señalar la inexactitud de los datos transmitidos por Aristóteles, y sostiene que no hay mala transmisión de los lectores antiguos sino interpretaciones erróneas entre los modernos,

¹⁸ Cf. Graham (1988: 297). Otras interpretaciones son reacias a entender el Esfero como mezcla. Véase, por ejemplo, la nota 56 a la traducción de La Croce (1979: 161-162).

que proyectaron una estructura cíclica de dos hemicícllos donde habría que pensar solamente en un proceso único que resulta de la operación conjunta de *Filótes* y *Neĩkos* y configura un circuito donde se parte del Esfero y se vuelve a él (1965: *passim*). En términos de Solmsen (1965: 140), no hay que entender el camino hacia la unidad únicamente como formación, sino también como destrucción de los compuestos que advienen en las diferentes instancias del ciclo. Los seres mortales, tanto los más primitivos, como los similares al mundo actual, como también los seres de naturaleza completa, estrictamente son destruidos en el avance de la unificación, que llega a su fin cuando ya no hay entidades distintas del Esfero.

Por otro lado, se estableció una disidencia en cuanto a la referencia de B17: a la visión tradicional que supuso una alusión al ciclo cósmico, donde, como veremos, la duplicidad de generación y destrucción referiría a los elementos, se opuso una lectura que asocia el contenido de este fragmento con las criaturas que habitan las distintas instancias del ciclo. En efecto, entre las nuevas lecturas surgidas, Solmsen enfatizó una perspectiva que tendría luego una vasta influencia, al sugerir que en la tarea de analizar B17 el acento debía ser puesto en los aspectos ontológicos, de manera que Empédocles estaría interesado en el *status* de los elementos, de cuya combinación o separación, mutuamente dependientes, resultan el nacimiento y la muerte de los seres. En la vereda opuesta, Hölscher confrontó la lectura tradicional sometiénola a una revisión completa y analizando la teoría desde diversos puntos de vista, como su lógica interna, la doxografía y las propias palabras de Empédocles, lo que dio lugar a su propuesta alternativa del ciclo vital (*life cycle*). De acuerdo con esta línea, B17 no trata primariamente sobre un ciclo cósmico. De nuevo en plan de revisión del legado aristotélico, Hölscher atribuye la idea de un ciclo cósmico a los desatinos del discípulo de Aristóteles y afirma que todos los textos pueden interpretarse pensando solamente en los ciclos ordinarios de la naturaleza mortal: por combinación

de los elementos nacen entidades finitas, que al morir producen partículas elementales que formarán luego parte de otras entidades (1965: 7-33).

En 1972, J. Mansfeld desacreditó la teoría de los dos mundos de seres mortales mostrando su preocupación por el hecho de que el único apoyo textual consista en tres versos de toda la obra conservada de Empédocles (B17, 3-5). En consecuencia, intentó trazar una línea alternativa retomando lo planteado por Karsten (1838), Stein (1852) y Von Arnim (1902), y luego defendido por Hölscher, Solmsen y Bollack, partiendo de que las premisas básicas de los trabajos del giro de 1965 son correctas, aunque estuviera pendiente una interpretación satisfactoria de los pasajes que fundamentan la posición.

Volveremos luego sobre los detalles de esta lectura, pero cabe mencionar ahora que Mansfeld presta suma atención a la intertextualidad de los pasajes de Empédocles respecto del poema de Parménides, del cual tomaría elementos para construir una filosofía bien distinta, donde generación y destrucción son una manifestación de la vida eterna de los elementos y fuerzas de atracción y repulsión, como surge también de B16. En este clima, nacimiento y muerte resultan, con ecos parmenídeos, sólo nombres a los que hay que redefinir para captar su efectivo sentido (1972: 34-37).

A partir de entonces han aparecido otros estudios, como por ejemplo el influyente trabajo de A. Long publicado en 1974, que propone interesantes argumentos distanciándose de las lecturas previas. Ciertamente la línea tradicional cuenta aún con apoyo entre los investigadores (J. Barnes y M. Wright, por ejemplo) y, aunque se ha producido un marcado cambio a favor de las visiones revisionistas, ninguna de ellas ha venido a refutarla definitivamente. Basta notar, a propósito, que Martin y Primavesi sugieren que el nuevo texto presenta la descripción de un mundo desintegrado por *Neíkos*, antes de que *Filótes* retome su tarea y todo marche nuevamente hacia

la unificación (v. 288). Si aceptamos este comentario, el papiro de Estrasburgo podría confirmar la existencia de una doble zoogonía en Empédocles.¹⁹

La interpretación del ciclo como una doble zoogonía regular que se corresponde con dos hemicyclos fue defendida por O'Brien en su trabajo de 1969. Esta lectura postula una disociación creciente que se origina en la disrupción del Esfero, una ruptura que no es radical para O'Brien sino que comprende el restablecimiento de un principio de disgregación que rompe la unidad del Esfero y sienta las bases del hemicyclo en el cual surgen primero seres de naturaleza completa, en tanto manifestación inicial de la pérdida de la unidad. Estos seres de naturaleza completa se dividen dando lugar a las criaturas del mundo actual, las que se disgregan a su vez en seres de fantasía y finalmente en miembros disyectos que se desintegran en las cuatro raíces cuando *Neîkos* ha alcanzado su punto culminante.

La configuración de separación de los elementos constituye el momento de dominio total de *Neîkos*, que es interrumpido por la acción de *Filótes*, dando paso al proceso de unificación de lo disperso e inaugurando con esto el hemicyclo de paulatina unificación que terminará nuevamente en el Esfero. El orden de este hemicyclo es inverso al anterior y contempla la conformación de miembros disyectos, seguida de su combinación en seres de fantasía,

¹⁹ “Le papyrus, en dépit des mutilations dont il est victime, offre en ce cas une surprise de taille: quelques lignes à peine après le fr. 17 D, un traitement détaillé est consacré au règne de la Haine, et ce traitement inclut l'évocation de l'apparition et du développement de formes de vie. Aristote aurait donc eu raison de placer une zoogonie pendant cette période...” (Martin & Primavesi 1999: 187). Laks (2001: 122-123) sugiere que ni el pasaje de Aristóteles ni el papiro dicen lo que los editores creen, y que no se puede deducir que existan dos generaciones distintas, una comandada por *Neîkos* y otra por *Filótes*, sino que la enumeración que aparece en los vv. 269-272 habla más bien de las consecuencias de la recuperación, por parte de *Filótes*, del terreno ocupado por *Neîkos* y su fuerza destructiva, “aboutissant à une totale ‘acosmie’”. Según este autor francés, cuando Aristóteles (*Metafísica* B 1000a26-29) se refiere a *Neîkos* como principio de corrupción, no está diciendo que este produzca otro mundo distinto del que está regido por *Filótes*, sino que ambas fuerzas cumplen la misma función en la producción de los seres, puesto que estos se forman a partir de los elementos disociados.

luego el diseño del mundo actual y finalmente los seres de naturaleza completa. Cabe notar que en esta progresión reside una de las novedades de la reconstrucción de O'Brien, ya que altera el orden de los estadios mencionados en el pasaje de Aecio que citamos más arriba, donde son las especies del mundo actual las más próximas al Esfero, y no los seres de naturaleza completa, que sin embargo están más cercanos a la unidad.

En síntesis, los anuncios de infertilidad de la lectura tradicional han mostrado estar abiertamente errados, lo cual se advierte claramente en la persistente tendencia a apelar a esas lecturas para las presentaciones generales del pensamiento de Empédocles.²⁰ En el mismo sentido, siguen repitiéndose los trabajos académicos especializados orientados a impugnar la lectura tradicional, lo cual prueba que se trata, en términos de la teoría de la argumentación, de la *doxa* vigente que los nuevos discursos deben desafiar.

Después de este estado de la cuestión general sobre la estructura del ciclo, avanzaremos en una revisión más cuidadosa sobre el problema que se plantea en los primeros versos de B17, el fragmento más extenso que se conserva gracias a la aparición del papiro de Estrasburgo y que algunos proponen ubicar cerca del comienzo del primer libro del tratado acerca de la naturaleza. En este fragmento se insiste sobre la alternancia del accionar de *Filótes* y *Neíkos* en el ciclo cósmico, que va de lo uno a lo múltiple y viceversa, algo que se aprecia claramente desde los primeros versos, una de las

²⁰ Véanse, por ejemplo, los trabajos de Guthrie (1965) y Mársico (2002). En este último texto se plantea, a propósito de los paralelos del desarrollo de Empédocles con el discurso de Aristófanes en el *Banquete* de Platón, que la involución en el orden lógico del ciclo puede atribuirse a "las concepciones de los intérpretes antiguos que podrían haber creído que la realidad actual, marco de la existencia humana, debe ser el estadio más perfecto y por lo tanto el que se encontrará más próximo al Esfero, lo cual no tiene por qué haber sido necesariamente la perspectiva empedóclea".

secciones que más problemas ha acarreado a los especialistas, intérpretes y traductores.

Los versos en cuestión están constituidos como sigue:

Simplicio, *in Phys.* 158

δίπλ' ἐρέω· τοτὲ μὲν γὰρ ἐν ηὐξήθη μόνον εἶναι
ἐκ πλεόνων, τοτὲ δ' αὖ διέφυ πλέον' ἐξ ἑνὸς εἶναι.
δοιὴ δὲ θνητῶν γένεσις, δοιὴ δ' ἀπόλειψις·
τὴν μὲν γὰρ πάντων σύνοδος τίκτει τ' ὀλέκει τε,
ἢ δὲ πάλιν διαφυομένων θρεφθεῖσα διέπτει.
καὶ ταῦτ' ἀλλάσσοντα διαμπερὲς οὐδαμὰ λήγει,
ἄλλοτε μὲν Φιλότητι συνερχόμεν' εἰς ἕν ἅπαντα,
ἄλλοτε δ' αὖ δίχ' ἕκαστα φορεύμενα Νείκεος ἔχθει.

Dos cosas diré: pues unas veces crece para ser una sola cosa
a partir de muchas, y otra, en cambio, se divide para ser muchas

[a partir de una.

Doble es la generación de las cosas mortales, doble su destrucción;
pues a una la hace surgir y perecer la reunión de todas las cosas,
y la otra, una vez formada se disipa al disociarse (las cosas) nuevamente.
Y estas cosas nunca dejan de cambiar incesantemente,
unas veces por causa de *Filótes* concurriendo hacia lo uno todas ellas;
otras, en cambio, llevadas cada una de un lado a otro por la hostilidad
[de *Neikos*.

Para avanzar en la cuestión del ordenamiento verbal de este pasaje, reparando especialmente en las formas de aoristo señaladas, conviene que nos ubiquemos primero en los problemas que este contexto sintáctico ha suscitado. En ese sentido, se ha discutido bastante acerca de la referencia de τὴν μὲν y ἢ δέ (vv. 4-5), que evidentemente se vinculan con los sustantivos γένεσις y ἀπόλειψις (v. 3), pero que teniendo en cuenta la concordancia, es posible interpretar de diversas maneras.

Entre esas propuestas, Bollack (1969: 49ss.) considera que τὴν μὲν debe referirse únicamente a γένεσις (v. 3), en tanto que ἢ δέ (v. 5) a ἀπόλειψις (v.

3).²¹ Esta línea interpretativa, con la que coincide Solmsen, plantea que la generación de las cosas mortales es doble en tanto “provisoria”, es decir, como soporte de generaciones futuras, y así es posible entender que la reunión de todas las cosas hace perecer (ὀλέκει) en tanto favorece la unión a un nivel más alto. Frente a esto, Mansfeld opina que no hay evidencia suficiente en el texto como para pensar que sea la atracción o reunión en sí misma la que anula las condiciones de posibilidad de los compuestos, y que es más aceptable –y compatible con el resto de los fragmentos– pensar que la atracción puede comenzar a operar si y sólo si la acción de *Neîkos* ha hecho lo suyo.

Hölscher (1965: 202) propone que τὴν μὲν debe referirse tanto a γένεσις como a ἀπόλειψις, de modo que al desplegar la construcción tendríamos la siguiente estructura: τὴν μὲν (γένεσιν) σύνοδος τίκτει y ἡ σύνοδος (τὴν ἀπόλειψιν como acusativo interno) ὀλέκει. Lo mismo sucede con el v. 5, en que el otro devenir implica, a su vez, tanto una γένεσις como una ἀπόλειψις. Aparentemente, para Hölscher la generación es “doble” en el sentido de que tanto la combinación como la separación implican un llegar a ser y un dejar de ser, puesto que los elementos se vuelven de alguna manera mortales o desaparecen cada vez que los compuestos individuales se han producido.²²

²¹ Siguiendo esta línea, Mansfeld (1972: 21ss.) entiende que θνητῶν (v.3) designa a los compuestos, pero no así πάντων (v. 4), que más bien le parece referido a los elementos que a los compuestos (como proponía Bollack). Y en este sentido considera inconsistente también que διαφθομένων (v. 5) quede ligado a θνητῶν y no a πάντων, siendo que, a partir de la evidencia de los versos siguientes (6-13), πάντων debería entenderse relacionado con διαφθομένων.

²² Mansfeld (1972: 23) ha señalado, además, un problema de contradicción en el argumento de Hölscher, porque si θνητῶν queda ligado a los compuestos, τὴν μὲν (γένεσιν sc. θνητῶν) σύνοδος τίκτει y ἡ σύνοδος τὴν ἀπόλειψιν (θνητῶν) ὀλέκει debería referirse a la γένεσις y ἀπόλειψις de los compuestos, y no a la γένεσις de los compuestos y ἀπόλειψις de los elementos. Mansfeld piensa que sería más adecuado pensar que los elementos se vuelven mortales cuando se ven envueltos en la composición y de alguna manera desaparecen en los compuestos.

Por lo general, quienes adhieren a la idea de un ciclo cósmico que consiste en la formación y destrucción de dos mundos distintos toman *δοιός* (v. 3) en un sentido puramente numérico, mientras que otros parecen interpretarlo como “en un doble sentido”. Para Bollack, como vimos, cada nacimiento es doble o ambivalente en cuanto a su carácter temporario en función de generaciones futuras. Así entonces, cada *γένεσις* conlleva una futura *ἀπόλειψις* y, a su vez, cada *ἀπόλειψις* supone una futura *γένεσις*, lo que garantiza la continuidad del ciclo. De forma similar, para Hölscher cada *γένεσις* significa una *ἀπολειψις* temporaria de los elementos. Mansfeld (1972: 25) no está de acuerdo con estas explicaciones acerca de la naturaleza ambivalente de *γένεσις* y *ἀπόλειψις*, y propone entender este “doble” como “en dos sentidos” o “ambiguo”. Sobre esta base, sostiene que los términos *γένεσις* y *ἀπόλειψις* están desprovistos de su significado ordinario y usados como simples rótulos, para lo cual es de destacar la atención que les presta a las formas verbales, especialmente a los verbos *τίκτει*, *ὀλέκει* y *θρεφθεῖσα* *διέπτη*, afirmando que no se trata de eventos sucesivos sino simultáneos, y para ello es necesario que los aoristos de la línea 5 sean interpretados como gnómicos, puesto que el carácter pasado de estas formas sería incompatible con la descripción de un ciclo cósmico infinito. O’Brien (1969: 168 n. 2) sostiene que *διέπτη*, al igual que *ἠύξθη* (v. 1), puede tomarse tanto en sentido gnómico como histórico –si bien se inclina por la primera opción–, puesto que estaríamos frente a una descripción de fases anteriores del ciclo, y por lo general se ubica el período de creciente unidad en el pasado, lo que se corresponde entonces con *ἠύξθη*, mientras que *διέπτη* estaría describiendo el mundo de disgregación creciente en su culminación.

Si tomamos en cambio la lectura propuesta por Bollack sobre la base de algunas variantes textuales,²³ tendremos un aoristo gnómico (*δρουφθεῖσα*) junto a un presente que, ciertamente, puede considerarse atemporal

²³ La conjetura de Panzerbieter (*θρεφθεῖσα*).

(ἀποδρῦπτει), pero que afecta el paralelo que se establece entre los dos pares de formas verbales del pasaje. Esta conjunción de aoristo y presente es una de las razones por las que Mansfeld (1972: 25) ha rechazado la enmienda de Bollack, señalando además que la doble naturaleza de γένεσις y de ἀπόλειψις puede verse reflejada en la combinación paradójica de términos antitéticos que se aprecia en ambos pares, τίκτει τ'ὀλέκει τε y θρεφθεῖσα διέπτη. Esta suerte de simetría de los eventos no debe descuidarse porque claramente se corresponde con el estilo del texto, con sus paralelos y oposiciones.

En cuanto al problema de la referencia de τὴν μὲν, Mansfeld cree que la construcción más simple tiene más sentido, es decir, que el τὴν del verso 4 es objeto tanto de τίκτει como de ὀλέκει (y no objeto de ὀλέκει y acusativo interno de τίκτει), de modo que se pliega a la interpretación de Solmsen y Bollack.

En 1984, N. van der Ben intenta una nueva lectura de este pasaje para aclarar la cuestión de la naturaleza del ciclo en Empédocles, concentrándose en las propuestas de Guthrie y Hölscher (*cosmic cycle* y *life cycle* respectivamente) por su calidad y su amplia difusión. Primero comenta las líneas de acuerdo con ambas hipótesis para luego comparar las interpretaciones teniendo en cuenta las implicaciones de cada alternativa frente a la otra.

La discusión vuelve sobre la necesidad de explicar tanto la referencia como la función del τὴν del verso 4, que Guthrie (al igual que Hölscher) entiende como un acusativo interno al tiempo que toma como antecedente de τὴν μὲν y ἡ δὲ tanto a γένεσις como a ἀπόλειψις. Guthrie propone un ciclo de cuatro estadios, el segundo de los cuales estaría representado en el verso 5 y el cuarto en el verso 4. Los estadios 1 y 3 se completan en función de un movimiento circular que puede apreciarse en el esquema siguiente:

ESTADIO 1: Esfero, los elementos están completamente unidos.

Por acción de *Filótes*, todas las cosas se han reunido en una, el Esfero, que está penetrado enteramente por esta fuerza; mientras que *Neíkos* ha sido confinado a sus límites más remotos.

ESTADIO 2: De *Filótes* a *Neíkos*, los elementos se están separando.

Neíkos ingresa al Esfero e irrumpe en él, lo interrumpe iniciando de ese modo el movimiento cosmogónico (que es giratorio o arremolinado, δίνη). A partir de los elementos que se separan, *Filótes* produce una zoogonía.

ESTADIO 3: Triunfa *Neíkos*, los elementos están completamente separados.

Todas las cosas han sido completamente separadas por *Neíkos*. Los elementos disgregados se disponen en círculos concéntricos con tierra en el medio. *Filótes* es relegada y comprimida en el centro mismo.

ESTADIO 4: De *Neíkos* a *Filótes*, los elementos se están uniendo.

Filótes vuelve a emerger y avanza sobre *Neíkos*. En ese proceso *Filótes* crea un mundo natural, tanto el cosmos como los seres vivos.

Guthrie entiende, además, que el estadio 3 no es más que un instante, mientras que los otros tres períodos tienen igual duración. Existe un mundo natural tanto en 2, donde estaríamos nosotros ahora, como en 4, y el proceso mediante el cual se desarrolla el mundo natural de 2 es el reverso de 4. Resumiendo, Guthrie supone entonces una doble cosmogonía y zoogonía en un ciclo. Las dos zoogonías se atribuyen a *Filótes*, mientras que la cosmogonía, por el contrario, se atribuye a *Neíkos* en el estadio (2) pero a *Filótes* en el estadio (4).

En la lectura de B17, 3-5 a partir de este esquema, δούη implica *dos* γενέσεις y *dos* ἀπολείψεις, cuatro referentes en total, para repartir entre τήν y ή; tanto τήν como ή refieren a γένεσις y a ἀπόλειψις: τήν a la primera γένεσις y a la primera ἀπόλειψις, ή a la segunda γένεσις y a la segunda ἀπόλειψις. Siguiendo el paralelo, θρεφθεῖσα διέπτη sería un equivalente, sobre el modelo de τίκτει τ'ὀλέκει τε, de ἐθρέφθη τε διέπτη τε, entendiendo el aoristo como atemporal o gnómico. Si se sustituye y se reordena el texto en función de estas observaciones, la explicación se puede desplegar del siguiente modo:

- (1) πάντων σύνοδος τίκτει τήν τε πρώτην γένεσιν καὶ τὴν πρώτην ἀπόλειψιν
- (2) πάντων σύνοδος ὀλέκει τήν τε πρώτην γένεσιν καὶ τὴν πρώτην ἀπόλειψιν
- (3) ἢ τε δευτέρη γένεσις καὶ ἡ δευτέρη ἀπόλειψις ἐθρέφθη
- (4) ἢ τε δευτέρη γένεσις καὶ ἡ δευτέρη ἀπόλειψις διέπτη.

Las consecuencias para el universo y los seres vivos que acarrea traducir este pasaje con la sustitución son las siguientes (van der Ben 1984: 285):

- (1) "The coming-together of all elements brings forth both the first coming-to-be and the first passing-away."

El cosmos se mueve de un estado de total separación a un estado en el que los elementos se están juntando.

El nacer y morir de los seres vivos viene a la existencia.

- (2) "The coming-together of all elements destroys both the first coming-to-be and the first passing-away."

Como los elementos cada vez se juntan más, el cosmos se mueve hacia un estado de total unificación.

El nacer y morir de los seres vivos es finalmente destruido.

- (3) "Both the second coming-to-be and the second passing-away grow up."

El cosmos se mueve de un estado de total unificación a un estado en el cual los elementos se están separando.

El nacer y morir de los seres vivos viene a la existencia.

- (4) "Both the second coming-to-be and the second passing-away vanish."

Como los elementos están cada vez más separados, el cosmos se mueve hacia un estado de separación total.

El nacer y morir de los seres vivos es finalmente destruido.

La característica principal en este análisis es que 1, 2, 3 y 4 están tomados como *períodos* sucesivos que, en su conjunto, constituyen un ciclo que continúa indefinidamente y afecta al universo al igual que a los seres que viven en él. Hölscher cree que los versos en cuestión no pueden tomarse como referidos a períodos cósmicos, y elabora su propia propuesta tomando, al igual que Guthrie, a τήν como un acusativo interno tanto de τίκτει como de ὀλέκει, pero no explica suficientemente cómo hay que entender τήν con ὀλέκει, ni cómo esto se condice con su traducción. De todos modos, parece

claro que ὀλέκει se aplica a los elementos, y si comparamos esto con B35, 14-15, esta problemática “destrucción de los elementos” puede estar refiriéndose a que estos se vuelven “mortales” cuando desaparecen en el compuesto en cuya composición participan. Así, la γένεσις de los compuestos mortales sería “doble” (δοιή) en el sentido de que es al mismo tiempo una ἀπόλειψις de elementos inmortales.

Como ya vimos, Mansfeld objetó la asociación de γένεσις con los compuestos y ἀπόλειψις con los elementos, y van der Ben piensa que esta crítica compromete seriamente el análisis de Hölscher, aunque no cree que por esa razón se deba rechazar toda su interpretación, sino que en todo caso debería ser aclarada en este punto. En consecuencia, presenta las condiciones necesarias para un análisis correcto:

1. ἀπόλειψις en v. 3 debería significar θνητῶν ἀπόλειψις.
2. θνητῶν γένεσις debería ser δοιή en el sentido en que también es θνητῶν ἀπόλειψις.
3. θνητῶν ἀπόλειψις debería ser δοιή en el sentido que también es θνητῶν γένεσις.
4. τήν en v. 4 debería referirse a θνητῶν γένεσις
5. τήν debería tener la misma relación gramatical con τίκτει y con ὀλέκει
6. ή en v. 5 debería referirse a θνητῶν ἀπόλειψις

Sobre la base de lo apuntado, trata de interpretar de acuerdo con estas condiciones y se pregunta si Empédocles no está forzando el lenguaje en la formulación paralela de τίκτει τ'ὀλέκει τε, sobre todo por la correferencialidad de ambos verbos. Se apoya en las observaciones de Lyons (1977 II, 490-493) acerca de tipos semánticos de verbos para explicar el esquema de valencias del verbo ὀλέκει y llega a la conclusión de que Empédocles lo coloca a la par de τίκτει, ambos con el mismo objeto y en tanto verbos factitivos o causativos, es decir, eventos cuyo sujeto gramatical en realidad hace ejecutar la acción a otro, de manera que no sería directamente la reunión de todas las cosas la que destruye, sino la que hace posible tanto la generación como la destrucción.

Del mismo modo es interpretada desde esta perspectiva la accionalidad de las formas verbales del verso 5, y especialmente interesante resulta el comentario respecto de διέπτη:

The aorist is gnomic, i. e. refers to a sudden or culminating event occurring in a series of actions which are described in the (omnitemporal) present indicative (ὀλέκει and διαφθομένων). (van der Ben 1984: 290)

De forma similar a lo indicado por Mansfeld, van der Ben señala que las acciones denotadas por los dos aoristos del v. 5 son co-incidentales, es decir que refieren a un único evento que sugiere además el paralelo con los dos presentes del verso anterior²⁴ y, en consecuencia, ambas deben ser consideradas gnómicas.

Ante estos problemas que plantean los aoristos del v. 5 deberíamos reconsiderar también las otras formas que aparecen en los primeros versos del pasaje: ηὐξήθη (v. 1) y διέφθ (v.2). Si, como antes vimos, no queda del todo claro que pueda tratarse de simples pretéritos por ser infinito el ciclo, entonces tenemos la posibilidad de explicarlos como aoristos empíricos o de experiencia, es decir, como formas que no pierden totalmente su carácter de pasado, pero que adquieren un valor de generalidad que los diferencia, si bien es cierto que en este caso los aoristos no están acompañados del adverbio temporal que habitualmente les confiere ese valor característico de verdad generalizable.²⁵

Frente a estos inconvenientes, el uso gnómico parece representar una opción concreta para resolver –o acaso eludir– el problema temporal del pasaje, pero también se esgrimen importantes argumentos para sustentar la lectura gnómica. D. Graham (1988: 299) ha objetado la interpretación de

²⁴ Para la posibilidad de establecer una correspondencia exacta entre creación destructiva y destrucción creativa, cf. Aristóteles, *Metaph.* 985a22 y 1000b9; GC 318b33 y 319a6; puede pensarse inclusive en la identificación de vida y muerte de Heráclito B62 DK; en los frr. 638 N de Eurípides y 855,1-3 de Sófocles o el mismo Empédocles 124,2 y 125 DK.

²⁵ Cf. Humbert (1940).

διέπτῃ (que muchos optan por traducir en presente²⁶) como un pasado temporal, criticando en particular la propuesta de Long, de acuerdo con la cual el proceso que se describe en el verso 5 es anterior al del verso 4. A partir de los datos que emergen de la composición de la obra, con sus numerosas reiteraciones, oposiciones y paralelismos, Graham sostiene que Empédocles sugiere mediante lo formal una conexión entre sus objetivos filosóficos y su poesía (“his poetic medium”), un detalle que los analistas en su mayoría pasan por alto por tratarse de algo muy diferente del resto de la evidencia, que de este modo ha llegado a ocupar un lugar de privilegio en los estudios sobre Empédocles y sobre los presocráticos en general. Conviene entonces preguntarse por el significado complementario que está impreso en la forma de estos textos. Graham sostiene que en la estructura literaria y retórica de algunos fragmentos hay más evidencia significativa que en la lógica de su argumento. En ese sentido, advierte sobre el prejuicio de la crítica tradicional ante la consideración de la arquitectura poética de una obra que fue concebida deliberadamente en una forma literaria, surgido acaso de un comentario de Aristóteles (*Poética* 1.1447b17-20) según el cual Homero y Empédocles no tienen otra cosa en común que el metro, y que deberíamos llamar poeta a aquel y filósofo natural a este.

A la luz de estas afirmaciones, Graham considera las recurrencias que se aprecian en B17: el v. 1 presenta un proceso de unificación; el v. 2, un proceso de separación; el v. 4, unificación; el v. 5, separación, un patrón que ha de reiterarse en los vv. 7-8, 9-10 y 16-17 (= 1-2), incrementando la fuerza poética por sobre el contenido cognitivo. Así entonces, para Graham, este pasaje debería entenderse como algo más que un argumento, porque se trata

²⁶ Algunas de las versiones castellanas de B17, 5 son:

Y otra es criada y se volatiliza a su vez al separarse éstas... (E. La Croce 1979).

y el otro, al disociarse éstas de nuevo, echa a volar, una vez criado. (A. Bernabé 2001).

y de nuevo la otra, habiéndose separado aquéllas, después de nutrirse, se desvanece. (R. Cornavaca 2011).

de una estructura mimética que representa la condición o adopta la forma del mundo que describe. De ahí sus reparos para con la lectura de Long, dado que el orden lógico de los vv. 4-5 quedaría invertido a consecuencia de la interpretación de διέπτη como un pasado temporal. Long (1974: 405) aduce que el aoristo estaría usado en un sentido genérico más que temporal, con un significado más bien de presente general que de pasado, pero de todos modos supone que los eventos del v. 5 preceden (y a su vez suceden, lo que puede deducirse de πάλιν) a los del v. 4. Para Graham, esta es una lectura forzada que, además, anula el paralelismo antes mencionado en el contexto de B17 con los pares de versos anteriores (1-2) y posteriores (7-8, 9-10, 16-17) que le dan continuidad al motivo.²⁷

Como puede verse en los comentarios que hemos ido mencionando hasta ahora, la discusión en torno de estas formas verbales problemáticas apunta a explicar cómo deben entenderse sobre todo los aoristos, porque el ordenamiento de los eventos se ve afectado a partir de su interpretación ya como pasados, ya como formas generales o gnómicas. Puede decirse que los argumentos a favor de la segunda opción son atendibles, pero harían falta algunas precisiones más para explicar la diferencia y fundamentar la elección.

En principio, podríamos considerar como eventos simultáneos los hechos referidos tanto por los aoristos como por los presentes en esa correlación de términos antitéticos que destaca Mansfeld, pero en ese caso deberíamos atender a la observación de van der Ben sobre διέπτη, porque en lugar de buscar una coincidencia temporal entre los eventos de cada par,

²⁷ “In every other case the order of events obviously shows itself in the order of lines. Thus on Long's interpretation, although Empedocles five times represents the cyclical order as AB, he means us to learn from his use of a single aorist verb in line 5 that the real order is BA. But since the use of the aorist is ambiguous anyway, the evidence for a sudden *hysteron-proteron* is slight at best. The balance of evidence from the structure of Empedocles' exposition in B17 is against Long's view.” Graham (1988: 307)

señala una oposición que no ha sido suficientemente aprovechada por la crítica, y que tiene que ver con la posibilidad del aoristo de referirse a eventos súbitos o culminantes que se destacan justamente en la oposición con las formas de presente.

Para indagar en este detalle resulta pertinente el comentario de Martin & Primavesi (1999: 160-161) acerca de este pasaje, porque apunta precisamente a la divergencia temporal entre *όλέκει* y *διέπτη*, que para ellos se explica por un cambio de perspectiva que enfoca el ciclo en su doble aspecto temporal: los presentes del v. 4 lo describen como continuidad de un proceso que se repite, mientras que el aoristo del v. 5 representa la culminación de cada revolución o período completo.²⁸

Si esto es así, deberíamos preguntarnos nuevamente por la doble posibilidad que ofrece O'Brien de entender los aoristos de B17, si da lo mismo tomarlos como gnómicos que explicarlos en un sentido temporal, o si habría que decidirse por una u otra interpretación. En principio, conviene aclarar que, si los indicativos presentes también están usados atemporalmente, a la par de los aoristos, tampoco importaría el tiempo en esos casos y, en consecuencia, el juego de oposiciones y simetrías podría ser más una cuestión de aspectos que de tiempos.

El nudo del problema está en conciliar los aoristos con los presentes, es decir, en la forma en que se entiende la relación entre ambas formas. Pero justamente, el problema deviene de lidiar con la temporalidad de estas formas, especialmente las del aoristo, porque el presente resulta siempre más estable, menos inquietante. No debe descuidarse este dato cuando se pretende ordenar los eventos en un contexto plagado de formas verbales problemáticas que aparentemente pueden referirse al pasado y, al mismo tiempo, tener un significado atemporal que las equipara con los igualmente abundantes presentes. Es probable que, en el afán de iluminar estas zonas

²⁸ Para otros casos de "glissement de temps", cf. Martin & Primavesi (1999: 182 y 209).

oscuras, terminemos perdiendo de vista ciertos efectos buscados o desvirtuando incluso la función de los claroscuros del texto.

Sobre esa base es crucial que nos preguntemos por qué habría esta alternancia de presentes y aoristos si finalmente unas y otras formas van a estar desprovistas de temporalidad y quedarán equiparadas. Creemos que la razón de esa diferencia reside puntualmente en el aspecto. Teniendo en cuenta la oposición que constituyen el presente y el aoristo en el sistema verbal griego, este pasaje tan complejo cobra un sentido bien distinto. A la luz de las observaciones, de una eventual homogeneidad o indistinción temporal producto de la posibilidad de seguir encontrando formas gnómicas o atemporales emergen ahora otros matices que invitan a pensar desde otros lugares.

Al equiparar *θρεφθεῖσα* y *διέπτῃ* como formas pertenecientes a una misma clase aspectual, se ve cómo funcionan en sintonía y establecen un paralelo en correlación con los dos presentes del verso anterior. A partir de aquí es posible reconsiderar la discusión acerca de la referencia de *τὴν μὲν* y *ἢ δέ* que presentamos al principio como problema, porque en la serie de posibilidades que expusimos podría haber aquí un recurso para decidirse por alguna de esas alternativas. En efecto, si *τὴν μὲν* es sólo *γένεσις* y *ἢ δέ* sólo *ἀπόλειψις*, entonces las oposiciones aspectuales que el texto presenta quedan desbalanceadas, ya que se estaría asociando *γένεσις* con los presentes (*τίκτει* y *ὀλέκει*), mientras que *ἀπόλειψις* se relacionaría con eventos puntuales (*θρεφθεῖσα* y *διέπτῃ*). ¿Por qué únicamente la generación de las cosas sería un proceso o evento de tipo extensivo, mientras la destrucción, en el otro polo de la oposición, se asociaría sólo con lo puntual, súbito o directamente ajeno a la duración? Si, en cambio, tomamos *τὴν μὲν* y *ἢ δέ* como referidos en cada caso a ambos sustantivos (*γένεσις-ἀπόλειψις*), en la construcción en paralelo, los dos presentes podrían estar representando la generación y destrucción, el surgimiento y desaparición de las cosas como

procesos, en su devenir, mientras que los aoristos pondrían el acento en la culminación de tales procesos, dándole a la estructura eventiva del ciclo su condición de recurrencia permanente.

En este sentido decimos que Empédocles representa un desafío para la interpretación, por el fuerte compromiso que hay entre forma y contenido. Conociendo el peso que tienen los aspectos formales, es necesario preguntarse hasta qué punto la estructura o la selección de las formas verbales son pertinentes, porque probablemente somos nosotros (en nuestras condiciones de recepción tan diferentes) los que no percibimos eso como algo usual en el análisis de los textos filosóficos. Hay que ver en qué medida el texto es deliberadamente oscuro y reiterativo; si esto es parte de la dimensión suplementaria de la argumentación que Rosenfeld-Löffler encuentra en el estrecho vínculo entre dicción y doctrina, una evidencia significativa que puede observarse en la arquitectura poética de la obra.

A estas apreciaciones sobre la conformación del ciclo desde el punto de vista de la constitución temporal y aspectual que analizamos en los primeros versos de B17 queremos sumarles algunos detalles que aportan B35 y B115 en lo que atañe a la selección de las formas verbales.

En esa sucesión infinita que constituye el ciclo, que va de lo uno a lo múltiple y viceversa, pueden distinguirse dos polos o momentos culminantes que corresponden al dominio total de cada una de las fuerzas naturales. Por una parte, *Filótes* alcanza su apogeo con la conformación del Esfero; por otra, *Neîkos* consigue separar completamente las cuatro raíces. El fr. B35 nos ubica precisamente en la instancia en que se produce la inversión desde la fase cósmica de dominio total de *Neîkos* hacia un nuevo período de creciente unidad, es decir, el momento en que *Filótes* comienza a recuperar terreno. Este punto de inflexión en el movimiento de alternancia que muestra la continuidad del ciclo se aprecia en el siguiente pasaje:

αὐτὰρ ἐγὼ παλίνορσος ἐλεύσομαι ἐς πόρον ὕμνων,
τὸν πρότερον κατέλεξα, λόγου λόγον ἐξοχετεύων,
κεῖνον· ἐπεὶ Νεῖκος μὲν ἐνέρτατον ἴκετο βένθος
δίνης, ἐν δὲ μέσῃ Φιλότης στροφάλιγγι γένηται,
ἐν τῇ δὴ τάδε πάντα συνέρχεται ἐν μόνον εἶναι,
οὐκ ἄφαρ, ἀλλὰ θελημὰ συνιστάμεν' ἄλλοθεν ἄλλα.
τῶν δέ τε μισγομένων χειτ' ἔθνεα μυρία θνητῶν·
πολλὰ δ' ἄμεικτ' ἔστηκε κεραιομένοισιν ἐναλλάξ,
ὅσς' ἔτι Νεῖκος ἔρκε μετάρσιον· οὐ γὰρ ἀμεμφέως
τῶν πᾶν ἐξέστηκεν ἐπ' ἔσχατα τέρματα κύκλου,
ἀλλὰ τὰ μὲν τ' ἐνέμιμνε μελέων τὰ δέ τ' ἐξεβεβήκει.
ὅσσον δ' αἰὲν ὑπεκπροθέοι, τόσον αἰὲν ἐπήγει
ἠπιόφρων Φιλότητος ἀμεμφέος ἄμβροτος ὀρμή·
αἶψα δὲ θνήτ' ἐφύοντο, τὰ πρὶν μάθον ἀθάνατ' εἶναι,
ζωρὰ τε τὰ πρὶν ἄκρητα διαλλάξαντα κελεύθους.

Pero yo volveré hacia la senda de los himnos
que antes recité, derivando del discurso este discurso:
cuando *Neikos* alcanzó el abismo más profundo
del torbellino, y *Filotes* llega a estar en medio del vórtice,
allí precisamente concurren todas las cosas para ser una sola,
no de inmediato, sino reuniéndose voluntariamente desde todas partes,
y mezclándose estas se derramaban innumerables especies de mortales.
Pero muchas (cosas) han quedado sin mezclarse, alternando con las que
[se combinan,
cuantas aún retenía *Neikos* en suspenso; pues irreprochablemente
no se ha apartado de ellas por entero a los confines últimos del ciclo,
sino que en parte permanecía, y en parte se había alejado de los miembros.
Y cuanto más iba cediendo cada vez, tanto más llegaba cada vez
el benévolo impulso inmortal de *Filotes* irreprochable.
Y en seguida nacían mortales las cosas que antes aprendieron a ser inmortales,
y mezcladas las que antes eran puras, habiendo invertido sus rumbos.

Empédocles retoma aquí los argumentos de los fr. 17 y 26 para describir, a partir del tercer verso, cómo *Filotes* reinicia su expansión resurgiendo progresivamente desde el centro del torbellino donde la fuerza creciente de *Neikos* la ha recluido. Se trata del paso del estadio 3 al 4 en el ciclo propuesto por Guthrie que comentamos más arriba, una instancia que

en general se interpreta como una transición inmediata hacia el nuevo proceso de combinación gradual (οὐκ ἄφαρ) de los elementos.²⁹

En ese sentido es importante examinar el problema que ha sido señalado en estos primeros versos con relación a las formas verbales y, por consiguiente, a la secuencia de eventos que intenta describir este pasaje (cf. Guthrie 1965: 184). Cabe aclarar, en principio, que la diferencia no es únicamente de orden temporal (formas de presente funcionando a la par de formas de aoristo) sino que tiene que ver además con la modalidad de la acción (indicativo-subjuntivo en los dos aoristos de la cláusula que comprende los vv. 3 y 4). Para el tratamiento de este punto, Guthrie se remite al análisis que propone O'Brien, según el cual la combinación del indicativo ἴκετο y el subjuntivo γένηται no sería imposible,³⁰ sino que hace a la distinción entre una situación que se produce en un solo período (ἴκετο) y un fenómeno que va a reiterarse en cada período del ciclo (γένηται). O'Brien (1967: 34-35) explica que el cambio de modo de ἴκετο a γένηται, de lo particular a lo general, se asemeja al paso de lo general a lo particular en algunos símiles homéricos que Goodwin pone como ejemplo en su estudio de los modos y tiempos, lo que implica que, una vez que *Neĩkos* alcanzó lo más profundo del torbellino, y cada vez que *Filotes* llega a estar³¹ en el centro, entonces, a partir de allí todas las cosas se juntan para ser una, reuniéndose gradualmente. Bollack (1969: 197) rechaza este valor iterativo argumentando que la combinación de los modos le da un sentido de consecuencia a γένηται, que de esta forma cobra mayor importancia que la primera parte de la coordinación (ἐπεὶ... μὲν..., ... δὲ...), y señala además la lentitud que el presente conlleva frente a la puntualidad de los aoristos, como una

²⁹ Para una descripción más detallada de las lecturas de estos primeros versos, cf. La Croce (1979: 196-197 n. 108).

³⁰ Como opina Solmsen (1965: 111 ss.); "impensable" para Wilamowitz (1930: 248-249).

³¹ La traducción de O'Brien dice: "and whenever Love has come to be in the centre of the whirl"; y aclara que el aoristo subjuntivo seguido de un presente indicativo tiene por lo general el sentido del perfecto inglés. Cf. O'Brien (1967: 35, n. 4).

representación de todas las formaciones que orientan el mundo hacia la unión final. Así, el fr. 35 podría venir a completar nuestra comprensión de la estructura temporal del ciclo cósmico: entre ἵκετο-γένηται y συνέρχεται no parece haber más que una mínima fracción de tiempo, pues el período de creciente unidad sigue prácticamente de inmediato a la llegada de *Neîkos* a lo más profundo en su momento de mayor poderío.³²

Si lo pensamos de esta forma, probablemente no sea necesario suponer un uso gnómico en ἵκετο, como propone Graham (1988: 307 n. 36) para evitar lo extremo del giro hacia una sentencia en presente general, ya que la secuencia de eventos se aprecia sin mayores dificultades: ἵκετο señala una acción que se completa antes de συνέρχεται, más allá de que el ciclo sea infinito y sepamos que no se trata de un simple pasado. En todo caso, más que la atemporalidad, lo que se destaca aquí es la incidencia que el aspecto de los aoristos tiene en la descripción de estas instancias del ciclo, porque pone en primer plano el término de un proceso y al mismo tiempo señala lo momentáneo de ese polo que marca el dominio culminante de *Neîkos*. El carácter determinante del componente aspectual para la interpretación de este pasaje radica en la posibilidad que el aoristo tiene de enfocar un evento internamente, suponiendo su despliegue en una sucesión de fases diversas, entre las cuales le presta especial atención al final.

³² Si hay una simetría entre ese tiempo en que *Filótes* y *Neîkos* se acrecientan, tendremos entonces una doble alternancia en el ciclo, como explica O'Brien (1967: 35): "There is first the major alternation between one and many or rest and movement. Then there is the minor alternation within the period of movement and separation between becoming many and becoming one, with only a short while when the elements are fully separated. Each alternation is composed of equal parts, of halves. This is probably in part the answer, in so far as there was an answer, to Aristotle's demand for a cause of alternation. 'Equal times' probably seemed to Empedocles the obvious and natural result of the broad oath of fr. 30 and of the broad oaths and necessity of fr. 115. In this way equality, equal times, will in Empedocles' eyes probably have helped to explain how the world alternates between being one and being many, the major alternation, and between becoming one and becoming many, the minor alternation."

Por otra parte, a la noción de fase, tan esclarecedora en este contexto, habría que sumarle la accionalidad o aspecto léxico de los términos seleccionados, un factor que también contribuye a crear ese efecto de punto límite, ya que ἰκνέομαι se corresponde con el tipo vendleriano de los logros (lo que Ruipérez llama semantemas transformativos momentáneos), eventos de por sí puntuales, que en aoristo enfatizan la ausencia de duración, señalando el inicio o final de una situación, y que pueden estar situados temporalmente pero no extenderse a lo largo de un intervalo temporal, porque implican un punto cúlmine o estado resultativo que focaliza exclusivamente el momento en que se alcanza el límite a partir del cual se iniciará una nueva situación.

Con precisiones de este tipo es posible entender mejor lo que el texto codifica en la secuencia ἵκετο-γένηται/συνέρχεται. En esa sucesión aoristo/presente está representada la fase final de un período y el consecuente comienzo de otro que se vislumbra como un proceso. En este sentido, un factor que no hay que descuidar es el contexto, es decir, la composición de toda la frase u oración en la que están insertas estas formas verbales. Puede verse claramente cómo el complemento οὐκ ἄφαρ, que acompaña el valor extensivo del presente insistiendo en su duración y su carácter procesual, se corresponde con la presencia del superlativo ἐνέργατον, que marca una suerte de polo en la primera cláusula, poniendo de relieve la diferencia que se establece entre los eventos de la secuencia. De este modo, lo que en una primera mirada puede parecer un giro extremo de aoristo a presente, en realidad se vuelve sumamente significativo.

Este panorama que se plantea en la discusión sobre la función de los aoristos se abre a la consideración de otras formas temporales con las que tales formas se articulan en el contexto de los versos siguientes. En efecto, la secuencia que se inicia en el v. 7 muestra en principio una mayor variedad temporal y un notable predominio de los imperfectos, un detalle que no pasa

desapercibido a la hora de interpretar y traducir. El comentario de Bollack (1969: 203) destaca la oposición que se establece con las formas de perfecto, como un recurso que permite enfocar la acción de *Neĩkos* desde ángulos diferentes, antes o después de su término. A la luz de estas consideraciones, es interesante examinar algunas versiones castellanas del v. 14, donde el imperfecto ἐφύοντο se registra junto al aoristo μάθον, para ver cómo se ha resuelto en cada caso la correlación.

- “En seguida surgieron las cosas mortales, las que antes habían aprendido a ser inmortales” (R. Cornavaca 2011)
- “En seguida se hicieron mortales aquellos que antes conocieron la inmortalidad” (La Croce 1979)
- “Al punto tornan a nacer como mortales los que antes aprendieron a ser inmortales”(A. Bernabé 2001)

En las dos primeras, el imperfecto se traslada en nuestro pretérito perfecto simple (el equivalente del aoristo). En la versión de Cornavaca, a su vez, el aoristo aparece como pluscuamperfecto, lo que prioriza el orden de los eventos en cuanto a su temporalidad, pero no toma en cuenta el componente aspectual. En la de La Croce, la alteración es mayor porque la asimilación total de ambas formas limita la distinción temporal únicamente al adverbio y no permite apreciar la diferencia de aspecto del original. En ese sentido puede decirse que la traducción de Bernabé es más ajustada, ya que atiende a la distinción temporal pero al mismo tiempo intenta trasladar la información aspectual del imperfecto, interpretándolo como un evento que se reitera, lo cual se corresponde de alguna manera con la idea del ciclo.

A los ojos de muchos lectores, la decisión de preservar la distinción de ambas formas puede pasar por una cuestión de literalidad en la traducción, pero hay que tener en cuenta que la presencia del imperfecto realza la naturaleza gradual del proceso que se inicia, como apunta Guthrie (1965: 179), mientras que el aoristo vuelve a señalar lo que antes observamos: una

fase final o punto de inflexión a partir del cual se invierte el rumbo de las cosas (θνήτ'... ἀθάνατ'..., ζωρά... ἄκρητα...).

Nos detendremos a continuación en el fr. 115, uno de los más comentados, un texto donde se unen las perspectivas física y religiosa, que se supone que se debe ubicar al comienzo de alguna de las obras de Empédocles, aunque las opiniones difieren.³³

En 2008, M. Rashed afirma que de la ubicación e interpretación de este fragmento depende en buena parte nuestra comprensión de la filosofía de Empédocles, y que ningún estudio ha tratado el conjunto de problemas de orden filológico que plantea.

El texto se reconstituye esencialmente a partir de dos citas, de Plutarco e Hipólito. Los vv. 3 y 4 provienen de testimonios únicos (el 3 sólo lo cita Plutarco y el 4 sólo Hipólito), y además está la dificultad de que son reconstrucciones modernas a partir de manuscritos bizantinos problemáticos, que tampoco garantizan que ese sea el orden original de los versos.

Plutarco, *De exilio* 607c-d; Hipólito, *Haer.* VII.29

ἔστιν Ἀνάγκης χρῆμα, θεῶν ψήφισμα παλαιόν,
αἰδίων, πλατέεσσι κατεσφρηγισμένον ὄρκοις·
εὐτέ τις ἀμπλακίησι φόνωι φίλα γυῖα μίηνη,
<νεϊκεῖ θ'> ὅς κ(ε) ἐπίορκον ἀμαρτήσας ἐπομόσσηι,
δαίμονες οἶτε μακροαίωνος λελάχασι βίοιο,
τρῖς μιν μυρίας ὥρας ἀπὸ μακάρων ἀλάλησθαι,
φυομένους παντοῖα διὰ χρόνου εἶδεα θνητῶν
ἀργαλέας βίοτιο μεταλλάσσοντα κελεύθους.
αἰθέριον μὲν γάρ σφε μένος πόντονδε διώκει,
πόντος δ' ἐς χθονὸς οὐδας ἀπέπτυσσε, γαῖα δ' ἐς αὐγὰς
ἡελίου φαέθοντος, ὁ δ' αἰθέρος ἔμβαλε δίναις·
ἄλλος δ' ἐξ ἄλλου δέχεται, στυγέουσι δὲ πάντες.
τῶν καὶ ἐγὼ νῦν εἶμι, φυγὰς θεόθεν καὶ ἀλήτης,
νεϊκεῖ μαινομένωι πίσυνος.

³³ Para historizar esta cuestión, se pueden ver los trabajos de O'Brien (1981: esp. 14-20 y 2001: 79-179). Véase también Primavesi (2001) y Bollack (2003: 60-69).

Hay un oráculo de Necesidad, un antiguo decreto de los dioses,
eterno, sellado con amplios juramentos:
cuando alguien por error mancha sus miembros con un crimen,
y por discordia equivocado jura en vano,
daimones que tienen asignada una vida perdurable,
anda errante por treinta mil estaciones, lejos de los bienaventurados,
naciendo a lo largo del tiempo como formas diversas de mortales,
que alternan los penosos rumbos de la vida,
pues la fuerza del éter lo empuja hacia el mar,
el mar lo escupe a la superficie del suelo, y la tierra a los rayos
del sol resplandeciente, y este lo arroja en los vórtices del éter;
cada uno lo recibe de otro, pero todos lo aborrecen.
Yo también soy ahora uno de ellos, desterrado de los dioses, vagabundo,
confiado en la discordia que enloquece.

Este es el texto de Diels, pero los manuscritos de Plutarco transmiten el verso 3 de la siguiente manera: εὐτέ τις ἀμπλακίησι φόβωι φίλα γυῖα μιν, donde aparentemente el acusativo φίλα γυῖα debe ser objeto de algún verbo que falta o que se encuentra más adelante. Por su parte, μιν debería ser otro acusativo de ese mismo verbo faltante (o de otro más), pero a esta dificultad en la sintaxis, se le suman las razones métricas, puesto que no es posible que μιν se adecue al esquema del hexámetro. De allí que la enmienda de la edición de Plutarco de H. Estienne (1572) haya sido ampliamente aceptada por los editores y comentaristas que se interesaron en este pasaje. Efectivamente, teniendo en cuenta el contexto y la mención de las faltas (ἀμπλακίησι), es posible que el verbo perdido sea μιαίνω, y especialmente el aoristo subjuntivo, que se corresponde con la construcción temporal encabezada por εὐτέ (cf. LSJ s.v. I, 2b; también Chantraine 1981: 254). A propósito, Picot señala un ejemplo del uso de esta misma forma verbal en final de verso en Homero (*Il.* IV, 141) y explica que la corrección se adecua sin dificultad al sentido del pasaje, tomando a φίλα γυῖα como objeto al

tiempo que evoca los avatares de los *daimones* y el repudio del poeta frente al asesinato, a los sacrificios sangrientos y a la ingesta de carne.³⁴

Laks (2005) sugiere que en los fragmentos de Empédocles se nos presentan dos historias distintas aunque relacionadas:³⁵ la del cosmos en su conjunto y la del destino de algunas divinidades (*cosmic story* y *demonic story*)³⁶ e intenta poner el acento en las correspondencias considerándolas como un modelo de expresión arcaico y preconceptual (que luego se volverá típicamente filosófico) que consiste en diferenciar y articular distintas esferas de la realidad, como la física y la ética, y para ello se concentra en un rasgo específico de ambas historias: su carácter cíclico. Laks (2005: 2) observa la ciclicidad del mundo físico que se describe paradójicamente en el continuo intercambiarse de las cuatro raíces frente a su permanente inmovilidad (*ἀκίνητοι κατὰ κύκλον*). Esta referencia al ciclo sugiere un desplegarse del universo que, a su debido tiempo, retorna al punto de partida y restaura el estado inicial en el Esfero, que sería el verdadero *telos* del proceso de alternancia.³⁷ Pese a que no tenemos una referencia concreta al ciclo con relación a la historia de los *daimones*, Laks infiere su ciclicidad a partir de lo

³⁴ Cf. Plutarco, *De defectu oraculorum*, 418e; *De esu carniū*, 996b-c. También O'Brien (1981: 97-98). De Estienne proviene también el reemplazo de φόβωι por φόνωι en el v. 3, aunque en este caso puede tratarse de una conjetura engañosa surgida de este repudio por el derramamiento de sangre que mencionamos y que se encuentra en otros fragmentos. No nos detendremos precisamente en el análisis de esta variante textual y sus implicaciones, pero Picot (2007: 57 ss.) ofrece importantes argumentos en favor de la lectura original, señalando que aquí φόβος no significa "miedo" sino "huida" frente a un peligro.

³⁵ Sobre la cuestión de si se trata de dos obras o solamente de una, no le parece algo trivial pero sí de menor importancia frente a la posibilidad de establecer diferencias, si las hay, entre ambas historias.

³⁶ Primavesi (2007) hace un comentario extendido de esta propuesta de Laks a la luz de los resultados que arrojan investigaciones recientes a partir de nuevos documentos, como escolios bizantinos a la *Física* de Aristóteles, publicados por M. Rashed en 2001, o el Papiro Herculano 1012 y manuscritos de la *Suda*.

³⁷ Esto puede inferirse también a partir de la mención de Aristóteles en *Ph.* XI, 6, 1072a9ss., donde utiliza el término *períodos* para designar el lapso de tiempo que insume la restauración del estado inicial. Y "restauración" (*ἀποκατάστασις*) es justamente el término que aparece junto con *períodos* en la introducción a la cita de B17 que hace Simplicio en su comentario a la *Física* (157, 25 ss.)

que se plantea precisamente en B115, 6, donde se explicita el lapso de tiempo que le lleva a la divinidad la recuperación de su estado primitivo.

Nos interesa detenernos en este punto para examinar específicamente el rol de las formas verbales, especialmente de los aoristos, en tanto puedan aportar a la consideración de la ciclicidad de lo que el texto plantea. El fragmento 115 nos ofrece, además del aoristo proveniente de la enmienda del verso 3 (μῆνηι), otros en los versos 4 (ἀμαρτήσας ἐπομόσσηι), 10 (ἀπέπτυσε) y 11 (ἔμβαλε). El componente aspectual de estas formas colabora indudablemente en la descripción de esos eventos en los cuales, de una u otra manera, no es pertinente la noción de duración. Si vinculamos este dato con la observación de Laks, podemos colegir que en los vv. 3-4 se aprovecha el carácter concentrado y definitivo del aoristo para marcar la ruptura del estado primitivo, la instancia que se erige en factor desencadenante del exilio. En ese sentido resulta pertinente el comentario que Rashed (2008: 19) hace del v. 5, al interpretarlo como un vocativo dirigido al auditorio y a todos los *daimones*, cuya ubicación entre prótasis y apódosis lo convierte en una suerte de compás de espera solemne antes de la mención del destierro. El perfecto λελάχασι es clave para entender los dos momentos como estados y el quiebre que se produce entre ambos con los eventos en aoristo.

La situación que se inicia de allí en más sí supone una duración, un lapso de tiempo definido (τρὶς μυριάς ὥρας) que corresponde a la descripción del exilio, y se manifiesta por ende mediante una mayor variedad de formas. En principio, como otro estado prácticamente yuxtapuesto con el anterior, porque el perfecto ἀλάλησθαι resume en su valor resultativo la nueva condición, la que además queda demarcada en su extensión mediante el complemento en acusativo, mientras que los versos siguientes la despliegan en su devenir temporal mediante la sucesión de presentes y aoristos que van presentando los avatares de los *daimones* por las

distintas regiones que configuran un escenario de la diversidad. Frente a la transición inestable pero lenta de los presentes, los aoristos de los vv. 10-11 son movimientos bruscos que aceleran la descripción de los penosos vaivenes de la vida.

Estas apreciaciones revelan una tensión que subyace en la estructura verbal, y que le da al texto una suerte de dinámica o movimiento general que se corresponde con la idea del ciclo: los presentes despliegan o enfatizan el desarrollo de los eventos mientras los aoristos condensan o marcan límite y final de proceso. Solmsen (1965: 139 n. 86) observó la yuxtaposición de presentes y aoristos como un recurso frecuente en Empédocles, interpretando que se trata de aoristos empíricos. ¿Es posible entonces sostener que se conserva el carácter pretérito de los aoristos, o se puede pensar en empleos atemporales en los que se prescinde completamente del tiempo?

Tradicionalmente, las discusiones especializadas tienden a plantear la cuestión en esos términos (i. e. si hay tiempo o no en estas formas problemáticas), pero es necesario recordar, en primer lugar, que el problema no sólo tiene que ver con la temporalidad, sino también con el aspecto como factor decisivo en la selección de aoristos en lugar de otros perfectos o presentes. Revisar la discusión en torno del ciclo es fundamental para dimensionar el papel central que cumplen las distintas formas verbales en la construcción del sentido. Un enfoque limitado estrictamente al tiempo pierde de vista detalles centrales para el comentario filológico y, en definitiva, para la interpretación y traducción de los textos, puesto que no da lo mismo un presente que un aoristo, aun cuando ambos puedan usarse en circunstancias similares para expresar verdades generales o eventos que se suponen sin límites temporales.

Además, nuestros ejemplos han mostrado la posibilidad de establecer un ordenamiento secuencial de los eventos, de modo que no parece

adecuado tratarlos como contextos completamente desprovistos de temporalidad (hasta qué punto sería pensable un ciclo sin tiempo, siendo que la noción de ciclo se define sobre la base de las ideas de orden y repetición). Convendría tener en cuenta aquí el concepto de “passé fondateur” que desliza Rashed (2011: 45) para referirse al orden cósmico de Empédocles, e incluso la tesis de Duhoux según la cual el aoristo marca una zona cronológica diferente del pasado, aunque en este caso yo creo que más bien se trata de una franja temporal *no restringida al pasado*.

ANAXÁGORAS

Y LA DIVERSIDAD A PARTIR DE LO MISMO

Clazómenas, colonia jonia de Asia Menor, fue la cuna de Anaxágoras, en el seno de una familia adinerada hacia el año 500 a. C., y habiendo renunciado a su herencia llevado por la afición a la filosofía. Su llegada a Atenas se sitúa alrededor del 460 a. C., donde se integra al círculo ilustrado de Pericles y entra en contacto con la doctrina pitagórica, el pensamiento de los eléatas y las primeras manifestaciones de la sofística. Su estrecha relación con el estadista ateniense le granjeó enemistades que derivaron en acusaciones de impiedad (*asébeia*) por haber afirmado, entre otras cosas, que el sol era una piedra incandescente. Desterrado en Lámpsaco, desarrolló su actividad tratado con aprecio por sus nuevos conciudadanos hasta su muerte, ocurrida alrededor del año 428 a. C. De otras obras que se le atribuyen –acerca de la cuadratura del círculo o del escenario teatral y la perspectiva– nada conservamos, pero sí sabemos con certeza que escribió un tratado acerca de la naturaleza, donde se expone su visión sobre el origen del mundo y se examinan una serie de problemas cosmológicos y meteorológicos, una obra que, según Sócrates, se vendía en el mercado de Atenas por un dracma¹ y que Simplicio en el siglo VI cita reiteradas veces, aunque centrando su interés fundamentalmente en la primera parte. Es probable que la estructura del tratado fuera similar a los de Anaximandro y Anaxímenes. Este último parece haber tenido una importante influencia en su pensamiento.

¹ Platón, *Ap.* 26d.

Anaxágoras intenta articular de forma coherente la doctrina eleática con la de origen milesio, incorporando los postulados lógicos de aquellos a los métodos típicos de estos. Los fragmentos que nos quedan de su prosa tienen un estilo claro y fácil de comprender; el problema está en la diversidad de interpretaciones de su doctrina, que operan muchas veces sobre bases conceptuales anacrónicas o aparecen mediadas por la lectura de Aristóteles, como en el caso de las “homeomerías”, por ejemplo, un concepto que no aparece en ninguno de los fragmentos y que sería, pues, de cuño aristotélico.² Examinaremos en lo que sigue los lineamientos principales de su filosofía, para avanzar luego en la consideración de pasajes que presentan peculiaridades lingüísticas asociadas con matices verbales, a los efectos de mostrar, de acuerdo con nuestra propuesta, la importancia de prestar atención a estos aspectos en el marco del trabajo hermenéutico. En primer lugar, estudiaremos el sistema formado en torno del verbo *kríno* y los indicios que pueden extraerse de la atención a este punto respecto del proceso cosmológico, y en segundo lugar examinaremos tres usos problemáticos que atañen directamente a la comprensión de la noción estructurante de *noûs* dentro de la filosofía de Anaxágoras.

Mezcla, intelecto, semillas y la sombra de Empédocles

En el marco de la tradición jonia, puede verse en Anaxágoras la búsqueda del principio material de todas las cosas sobre la base de los postulados parmenídeos de que nada se origina de la nada, que ninguna cosa puede dejar de ser, y que el vacío –en tanto no-ser– no puede existir. Al igual que en Empédocles, el cambio se explica como resultado de una diversidad

² Cf. Sisko (2009: 89-103).

de mezclas, aunque no sólo de cuatro elementos, sino que para Anaxágoras todas las cosas existen desde el principio de los tiempos, puesto que nada puede provenir de otra cosa más que de sí mismo, como en el ejemplo de la comida, en la que necesariamente tienen que estar presentes los huesos, la carne y la sangre, por más imperceptibles que sean para nosotros. Esto se sostiene en B10 (Escolio a Gregorio, XXXVI.911 Migne), donde se argumenta a favor de la mezcla diciendo: “¿cómo se generaría pelo de [lo que] no es pelo, y carne de [lo que] no es carne?”. El testimonio continúa planteando que lejos de tratarse de un caso aislado esto se aplica de manera generalizada, ofreciendo como ejemplos los casos del color, donde blanco y negro se entrelazan, y el del peso, donde la distinción entre pesado y liviano está lejos de ser clara. Tal vez pueda verse en este tipo de argumentos un adelanto del sorites, argumento que será altamente influyente en la lógica antigua y que parte del hecho de que lo real ofrece un espectáculo de mezcla que hace imposible dirimir límites claros entre nociones. En la formulación típica que da nombre al argumento se parte de un montón (sorites) al que se le quitan partes de a una. Llegado cierto momento ya no hay montón sino una cantidad escasa, pero no es posible determinar adecuadamente cuándo lo que es mucho pasó a ser poco.³ Algo similar se desprende de DK, 59B8, donde Simplicio atribuye a Anaxágoras la idea de que “No están separadas las cosas entre sí en el único mundo, ni cortadas como con un hacha; ni lo caliente a partir de lo frío, ni lo frío a partir de lo caliente”.⁴

Este aspecto constituye, por otra parte, una diferencia clara con el agrigentino, dado que se plantea la imposibilidad de aislar esos componentes diversos de las cosas, algo que responde al concepto unitario que tiene Anaxágoras de la materia en que todo participa de todo y no hay nada en

³ Sobre este argumento, véase Cargile (1969, 193-202) y Fisher (2000, 7-18).

⁴ Simp. *in Ph.* 176, 29 y 175 13-14.

estado puro, como sostiene el importante fragmento B6, donde se transmite el siguiente texto:

Y dado que las partes de lo grande y de lo pequeño son iguales en cantidad, así también deben estar todas las cosas en todo. Y no se puede existir separadamente, sino que todas las cosas participan de una porción del todo. Puesto que no puede existir lo mínimo, no podría estar separado ni llegar a ser en sí mismo, sino, como al principio, también ahora existen todas las cosas juntas. En todas las cosas hay muchas cosas, iguales en cantidad en las más grandes y en las más pequeñas de las que se están separando.⁵

Así, esta materia unitaria y plural al mismo tiempo es infinitamente divisible, es más bien una pluralidad de factores o ingredientes en una masa continua, de manera que no hay componentes primordiales que puedan aislarse porque no hay una cantidad tan pequeña que ya no pueda dividirse y esté compuesta de un solo ingrediente. De este modo, las cosas que se están separando en B6 deben entenderse como una posibilidad de redistribución de los elementos presentes en todas las cosas. Entre estos componentes de la masa original hay también una serie de elementos que constituyen pares de opuestos en los cuales se hace evidente la relación con otros pensadores de su época: lo húmedo y lo seco, lo frío y lo caliente de Anaximandro; lo brillante y lo sombrío de los pitagóricos; la tierra de Empédocles. En este sentido, lo que llamamos “oro” es algo en lo cual predomina el oro pero que contiene además porciones menores de todas las demás cosas. A estos componentes del mundo físico Anaxágoras los denomina *chrémata* (cosas), un término cuya amplitud de significado puede dar lugar a confusiones.

Por otra parte, así como Empédocles atribuye a las fuerzas del *Filótes* y el *Neíkos* el movimiento de la materia y la mezcla de los elementos, Anaxágoras concibe un único principio, al que llama *noûs* (mente, intelecto, razón, entre otras traducciones posibles), lo cual nos introduce en el elemento más conocido y llamativo de la filosofía de Anaxágoras. En efecto, la

⁵ 59 B 6 Simp., in *Ph.* 164, 25-165, 1.

posteridad vio con sospechas este desarrollo. Aristóteles (*Metafísica* 958a18ss.) acusa a Anaxágoras de usar al *noûs* como un mero recurso cuando ya no tiene explicaciones que dar, siguiendo un planteo que ya Platón le había hecho en *Fedón* 97b, donde resulta un ejemplo paradigmático de las limitaciones de la explicación en clave mecanicista y de la inconsecuencia de apelar a un principio y renegar luego de él. En efecto, esta mención hará que asocie a nuestro filósofo con el intento de establecer una entidad intelectual como núcleo de lo real, aunque de una manera atravesada del peligro de inconsistencia.⁶

El *noûs* es lo único totalmente distinto del resto de las cosas, lo más puro (*katharótatos*), todo igual a sí mismo y no mezclado con ninguna cosa, aunque esté presente en las que son animadas, como se plantea en el inicio del B12, que presentamos ahora en la versión de Eggers Lan y sobre el que volveremos para llevar a cabo un análisis detallado en el apartado final de este capítulo:

Las demás cosas tienen una porción de todo, pero el intelecto es infinito, autónomo y no está mezclado con cosa alguna, sino que está solo en sí mismo. En efecto, si no existiese por sí mismo, sino mezclado con cualquier otra cosa, estaría mezclado con todas las cosas, si estuviese mezclado con alguna. Pues en todo hay una porción de todo, como ya lo he dicho antes; y las cosas mezcladas le impedirían prevalecer sobre ninguna cosa de un modo similar al [que lo hace] en tanto existe solo por sí mismo. Pues es la más sutil y pura de todas las cosas, y cuenta con pleno conocimiento y tiene la mayor fuerza.⁷

Este elemento límite, que se gobierna a sí mismo y lo conoce todo, es responsable del movimiento y el cambio de la gran mezcla originaria a partir de un impulso inicial de rotación (*perichóresis*) en su interior, que va separando y redistribuyendo los componentes de las cosas que constituyen el mundo.

⁶ Sobre la cuestión del significado y la historia del término, véase infra el apartado dedicado a las cuestiones lingüísticas asociadas con el planteo sobre el *noûs*.

⁷ *Simp., in Ph.* 157, 1-4.

Anaxágoras se nos presenta como un pensador ecléctico, original en su síntesis. Su sistema dualista se compone de una materia inerte (*pánta*) y un motor activo (*noûs*), distribuido de forma discontinua en las cosas pero no mezclado, que controla y gobierna todo en el origen. La más sutil de todas las cosas, próxima ya a las entidades no materiales propias de las filosofías posteriores.

En este contexto, en el que una realidad material de mezcla queda ordenada por una mente rectora, opera además una noción problemática, que es la de *spérmata*, semillas, de la que quedan vestigios en el B4. Con esta idea se designa a los compuestos de todas las cosas en sus diferentes proporciones, que tienen formas, colores y sabores diferentes y a las cuales llamamos según el factor preponderante.⁸

En efecto, entonces, Anaxágoras comienza su explicación del cosmos hablando de una mezcla originaria en que todas las cosas están juntas y nada se distingue. La formación del mundo sensible se produce mediante su separación y recombinación una vez que el *noûs* pone en movimiento esa masa haciéndola girar. Ese movimiento que distingue y configura, separando y redistribuyendo, es continuo e infinito, pero Anaxágoras insiste en que también ahora, como en el principio, todas las cosas están juntas, como vimos en B6, con lo cual no nos está diciendo simplemente que la mezcla se mantiene, sino que está planteando uno de los principios fundamentales de su doctrina: que en todo hay una parte de todo.⁹

La identidad de los opuestos que en Heráclito aparece bajo la forma de la paradoja podría explicarse aquí sobre la base de la infinita divisibilidad de la materia puesto que ninguna parte del todo, por pequeña que fuere, puede

⁸ Para una discusión más amplia de la teoría de la materia en Anaxágoras, cf. Lewis (2000: 1-23), Curd (2008: 230-249).

⁹ Otros de los principios (no devenir, pluralidad, todo junto o unidad, infinita divisibilidad, infinitud y predominancia) pueden verse en Teodorsson (1982: 66ss.). También J. Sisko (2003).

contener ninguno de los componentes en estado puro, de manera que, aunque todas las cosas son diferentes, nada puede ser completamente diferente de lo demás (excepto el *noûs*). Emilyn Jones (1976: 89) observa que lo que Heráclito representa como una contradicción se muestra en Anaxágoras literalmente verdadero si se entiende que los opuestos existen junto a los demás constituyentes.¹⁰

G. Vlastos destaca el concepto de semilla señalando que Anaxágoras es el primero que lo usa como un término genérico de la física, que refiere incluso a la materia inorgánica, y que lo emplea con cierta amplitud aunque el sentido propio se mantiene: “A seed is a compound of all the essential constituents of the parent body from which it comes and the new organism into which it will grow” (...) “when Anaxagoras through the concept of the *seed* generalizes this principle of germination from biology to cosmology, extending it to any process of generation whatever, he is seeking to convey a new idea for which none of the traditional terms offered a fitting vehicle”(1950: 34, 36). Lo innovador de la propuesta de Anaxágoras está para Vlastos en los principios de la semilla, de lo infinitamente pequeño y de la absoluta homogeneidad de las cosas con cualquiera de sus partes, por pequeña que sea, sobre la base de que en todo hay parte de todo.¹¹

Por su parte, P. Curd (2007b: 171ss.) discrepa con la idea de las semillas como conglomerados o cúmulos que propone Vlastos, en cuya interpretación no habría necesidad de mencionarlas especialmente, como hace Anaxágoras.¹² Resulta interesante observar que en esta discusión

¹⁰ En este punto se puede seguir a Aristóteles *Ph.* A4, 187a22 ss.

¹¹ Teodorsson (1982: 56) le objeta que hable de “homogeneity” cuando debería decir “homoeomereity”, y que en realidad no está diciendo nada que no se pueda ver ya en la antigua doxografía. Pero además, le parece inconsistente el planteo de que en toda semilla pueda haber otra semilla. En definitiva, le parece que la propuesta de Vlastos acerca de la doctrina de Anaxágoras es una mera variante del sistema de Empédocles y que no dista demasiado de las otras [Zafiropulo (1948), Cleve (1973), Tannery (1886)]

¹² Véase Teodorsson (1982) para un sumario de lo que se ha dicho al respecto, así como Lloyd (1966: 244ss.) y Schofield (1980: 123ss.).

primariamente física cobra relevancia la dimensión teleológica que preocupaba a Platón en el Fedón cuando se interroga al planteo de Anaxágoras acerca de la relación entre mezcla y mundo y de la función que el *noûs* cumple en ella. Desde la perspectiva de Teodorsson, habría que pensar en la existencia de “programas”, uno para cada cosa sensible que emerge, presentes en la mezcla primordial en el momento en que el *noûs* inicia el movimiento. Estos programas existen *ab aeternitate* junto con el *noûs*, y en ellos el estadio cósmico está prefigurado, es decir que las cosas sensibles se constituyen de acuerdo con la proporción determinada por los diversos programas de cada una de las semillas (Teodorsson 1982: 83ss.). Si esto es así, el *noûs* no constituye el principio único de orden sino que en la mezcla misma opera una teleología que el *noûs* activa. Curd toma distancia de esta visión, pero cree que algunos de sus aspectos ayudan a pensar en las semillas y su costado biológico.

En efecto, podríamos agregar, tal vez sea este aspecto –o alguna variante parecida- la que despertó el rechazo de Platón en el pasaje de Fedón que mencionamos. Allí, precisamente, se reprocha con ironía que se presenta al *noûs* con grandilocuencia como ordenador de lo real, tal como efectivamente sucede en B12, pero poco después, en la descripción de los procesos naturales que examina la obra, el *noûs* pasa a segundo plano y sólo importa la lógica ínsita en el comportamiento de los elementos que componen el cosmos, como si en ellos residiera una información que basta para explicar las instancias de dichos procesos, más allá de la función general del *noûs*. Para Platón, comprometido con un intento de desvincular del mayor modo posible lo sensible de lo inteligible, esta especie de “doble sede” de información ordenadora resultaba seguramente un terreno demasiado pantanoso.

En cuanto al concepto y su extensión, G. E. R. Lloyd (1966: 247) destaca la importancia de la doctrina de las semillas como deliberada aplicación y

adaptación de un modelo biológico a la física general. *Noûs* y *spérma* son probablemente los conceptos centrales en Anaxágoras, con los que se corre el riesgo de buscar una noción que se corresponda estrictamente a partir de distinciones posteriores.¹³ Teniendo en cuenta esto, pasemos ahora a examinar algunas formas verbales para determinar en qué medida estas pueden orientarnos en la correcta intelección de los detalles de la propuesta de Anaxágoras.

Mezcla y redistribución: el sistema de κρίνω

Una vez que se ha iniciado el movimiento de configuración del cosmos, el torbellino afecta la masa primigenia y provoca cambios que dan lugar a los fenómenos del mundo natural del que somos parte, a los objetos y eventos que percibimos. En se sentido, puede observarse en el texto una diversidad de procesos que aluden a la forma en que se comportan las cosas y describen la manera en que se estructura esa mezcla primordial absolutamente homogénea: περιχώρησις, ἀπόκρισις, πρόσκρισις, σύμμιξις, σύγκρισις, συγχώρησις, σύμπηξις, διάκρισις.

Los términos que Anaxágoras emplea para referirse a tales cambios son en su mayoría compuestos sobre la base del verbo κρίνω (especialmente participios, pero también infinitivos y formas finitas, incluso algunos deverbativos). El significado de κρίνω en su forma activa (“separar”, “distinguir”, “elegir”, “decidir”, “juzgar”) denota eventos que implican el discernimiento o la distinción de una cosa con relación a otra. El hecho de que sea el mismo verbo llama la atención de Curd:

¹³ Algo similar sucede con otros sustantivos, como por ej. πλῆθος donde el contexto debe ayudarnos a determinar el sentido que conviene (cf. Sider 2005: 34; Schofield 1980: 155, n. 5).

Although the terms Anaxagoras uses are always compounds of the *kríno* words, he exploits the discernment/distinguishing aspects when he uses these compounds from *krínein* to mark off the various processes that occur because of the revolution of the mass of original stuffs. (2007b: 9-10)

En el uso de κρίνω y sus compuestos se puede ver, en efecto, la diversidad a partir de una misma cosa. Como vimos ya con Heráclito, los preverbios afectan la semántica de los verbos; son un recurso secundario y marginal para introducir matices que limitan local o temporalmente la acción, pero en este caso el procedimiento tiene una función adicional, porque reproduce gráficamente en la forma de la expresión el contenido de lo que se está exponiendo, muestra por sí mismo lo diverso de la conformación del cosmos a partir de la mezcla originaria.

Esta presencia significativa de los preverbios, combinados con los distintos temas verbales, se manifiesta entonces concretamente como una diversidad de mezclas. No es casual que Anaxágoras use la misma base y la combine con distintos preverbios para hablar de distintos procesos a partir de lo mismo. Todo parece indicar que la clave está en la posibilidad de redistribución que da lugar a la diversidad más que en la mera mezcla (puesto que, de acuerdo con B6, no sólo en el principio estaban juntas todas las cosas, sino también ahora).

Curd (2007b: 36) ha destacado el uso de la forma pasiva en Anaxágoras, dado que los ingredientes no se mueven por sí solos sino que la separación (ἀποκρίνεσθαι) es provocada por la fuerza de la rotación puesta en marcha por el *noûs*. Esta separación nunca se completa, pero hace posible la distinción y redistribución de las cosas en mezclas temporarias que se condensan y se disocian. Ciertamente, en la traducción al inglés, la estructura pasiva puede ser más aceptable también porque es una forma más habitual que en español. En ese sentido, creemos que la construcción con “se” de nuestra lengua puede ser la más adecuada para una traducción de estos eventos complejos (o complejo de eventos). Por otra parte, si bien es cierto

que la pasiva participial es una estructura poco usada en nuestra lengua, la verdadera ventaja de la forma con “se” es la variedad de funciones semánticas y sintácticas que el clítico reúne,¹⁴ entre las cuales está la capacidad de absorber argumentos o roles temáticos (especialmente la desagentivación), lo cual hace posible prescindir del agente en los casos en que no se lo explicita. Precisamente, los procesos referidos por los compuestos de κρίνω se dan en el movimiento, por la fuerza de la rotación, y en ciertos contextos no queda claramente asignado -acaso deliberadamente- el rol de agente.

Además, el “se” es una marca de aspectualidad cuando se distinguen fases (inicial, culminante o final) en los eventos complejos. Esto puede resultar importante en el momento de evaluar o proponer traducciones. Incluso es posible marcar estas diferencias aspectuales en español mediante perífrasis verbales, teniendo en cuenta que en griego a los datos aportados por los diversos temas se les suma la información de los preverbios, que en algunos casos se pueden gramaticalizar, como sucede con los auxiliares en español.

En adelante examinaremos el comportamiento de estas formas compuestas de κρίνω en algunos fragmentos que ofrecen contextos problemáticos en cuanto a su constitución eventiva para ver si es posible establecer una especie de sistema o complejo de eventos que podría servir para esclarecer la cosmogonía anaxagórea.

El que aparece con más frecuencia es ἀποκρίνεσθαι (separarse)¹⁵ y la mayoría de los comentaristas acuerda con el sentido de “separar”.¹⁶ En

¹⁴ Sobre la sintaxis del pronombre “se” en español, véase Molina Redondo (1976); Aubrit (2003); Gómez Torrego (2005); Icyer (2010) y Kemmer (1993).

¹⁵ Aparece en B2, B4a, B4b, B6, B7, B12, B13 y B14.

¹⁶ En dialecto ático significa “responder”; de allí que Aristóteles y los doxógrafos lo traducen por el ático ἐκκρίνεσθαι. Cf. Curd (2007b: 36) donde se incluyen ejemplos de Anaximandro, Empédocles, Demócrito y textos médicos. Lanza (1966: 195) entiende que se trata de “formación por separación”.

cuanto a la composición, el preverbio ἀπο- le aporta una connotación espacio-temporal que estaría indicando en este caso la separación a partir de la masa original, de modo que se lo puede concebir como un proceso que se extiende indefinidamente y en el que todo sigue estando en todo porque ninguno de los ingredientes puede existir separadamente ni quedar aislado en estado puro (como sí acontece con las cuatro raíces de Empédocles).

Entre las numerosas apariciones de este término tenemos el comienzo del fragmento B4b,¹⁷ en que se describe el estado primordial del universo, cuando todas las cosas están juntas y nada se distingue. Ἀποκρίνομαι aparece aquí como parte de una construcción temporal que sitúa la descripción en esa instancia cósmica anterior a la separación, y la forma utilizada es el infinitivo aoristo, que ha dado lugar a importantes consideraciones:

[B4b] Simplicio, *in Ph.* 34.20-27: πρὶν δὲ ἀποκριθῆναι [ταῦτα] πάντων ὁμοῦ ἐόντων οὐδὲ χροίη ἔνδηλος ἦν οὐδεμία· ἀπεκάλυε γὰρ ἡ σύμμιξις ἀπάντων χρημάτων, τοῦ τε διεροῦ καὶ τοῦ ξηροῦ καὶ τοῦ θερμοῦ καὶ τοῦ ψυχροῦ καὶ τοῦ λαμπροῦ καὶ τοῦ ζοφεροῦ καὶ γῆς πολλῆς ἐνεούσης καὶ σπερμάτων ἀπείρων πλήθος οὐδὲν ἑοικότων ἀλλήλοις. οὐδὲ γὰρ τῶν ἄλλων οὐδὲν ἔοικε τὸ ἕτερον τῷ ἑτέρῳ. τούτων δὲ οὕτως ἐχόντων ἐν τὸ σύμπαντι χρὴ δοκεῖν ἐνεῖναι πάντα χρήματα.

Antes de separarse, estando todas las cosas juntas, ningún color era manifiesto, pues lo impedía la mezcla de todas las cosas; de lo húmedo y lo seco, de lo frío y lo caliente, lo sombrío y lo brillante, de la mucha tierra que allí había y de las semillas, ilimitadas en cantidad, en nada semejantes unas a otras. En efecto, ninguna de las demás (semillas) se parece una a la otra. Siendo así estas cosas, hay que pensar que en el todo están todas las cosas.

En principio hay que mencionar el problema textual que se plantea a partir de la sugerencia de Sider según la cual ταῦτα, en la primera línea, sería un agregado de Simplicio referido a χρήματα (B1), que acaba de citar (con lo

¹⁷ B4 suele dividirse en dos segmentos, como vemos en la edición de Sider. Lanza los considera juntos (también Bernabé, Cornavaca y Eggers Lan) aunque aclara en el comentario que podrían ser dos o incluso tres pasajes pertenecientes a la primera parte del libro de Anaxágoras.

cual denotaría lo mismo que el término πάντων, que sigue inmediatamente). Curd piensa que Sider está en lo cierto y que el fragmento se refiere al estado de las cosas antes de cualquier separación. En ese caso, ἀποκριθῆναι no tendría un sujeto explícito y podría estar usado impersonalmente, algo bastante frecuente en Anaxágoras, especialmente con los compuestos de κρίνω, según apunta Sider.¹⁸

El uso de πρίν para expresar anterioridad se verifica desde Homero y, salvo contadas excepciones, la conjunción aparece seguida del infinitivo, que por su indiferencia respecto del tiempo y de las circunstancias expresa la relación de anterioridad en su forma más abstracta y permite, en consecuencia, que se destaquen las oposiciones aspectuales. El infinitivo aoristo es la forma aspectual más neutra y la más frecuente para esta construcción.¹⁹ Al mismo tiempo, el hecho de que sea una forma no personal lo despega de la instancia subjetiva; de allí que hayamos decidido mantener el infinitivo en nuestra traducción, a diferencia de las versiones españolas que estamos manejando, donde se elige una forma finita:

Ahora bien, antes de que se separaran estas cosas, cuando todas estaban juntas... (A. Bernabé 2001)

Ahora bien, antes de que se separaran, cuando todas las cosas estaban juntas... (C. Eggers Lan 1979)

Antes de que se formaran por separación estas cosas, estando todas en el mismo lugar... (R. Cornavaca 2011)

Además del detalle del verbo conjugado, Bernabé y Cornavaca aceptan el ταῦτα problemático; en la versión de Eggers Lan, aunque ese sujeto no se explicita, la inflexión lo liga naturalmente con πάντων. Otras traducciones nominalizan el infinitivo (así Sider y Curd, por ejemplo). Es cierto que en nuestra versión también se podría interpretar que son todas las cosas que

¹⁸ Otros pasajes mencionados en este sentido son B4a, 12; B6, 5; B12, 22; B13, 3; B17, 3.

¹⁹ Cf. Humbert 1954: 214ss.

están juntas las que luego van a separarse, pero el infinitivo nos parece más adecuado, menos determinante, porque prescinde del sujeto sin anular la posibilidad de inferirlo, al tiempo que conserva la forma del original. Es notable el valor expresivo que cobra el aoristo en este contexto, el más neutro o despojado de los aspectos, de acuerdo con la observación de Humbert que referimos más arriba. El texto nos sitúa antes de la separación, a la que se hace referencia sin tiempo, para describir en lo sucesivo esa fase anterior, marcada al igual que B1 por una sucesión de imperfectos que despliegan las características de la mezcla primigenia como la situación previa a ese momento de la separación demarcada por el aoristo, que oficia aquí claramente de instancia liminar.

Otro fragmento de gran relevancia para nuestro análisis es B13, donde ἀποκρίνεσθαι aparece en imperfecto por única vez (la mayoría de los ejemplos son formas de presente, sobre todo participios). Este contexto es particularmente provechoso, porque allí concurren diversas formas verbales, entre ellas tres ejemplos de otro de nuestros compuestos, διακρίνεσθαι (dividirse),²⁰ que denota, según Curd, la separación de las mezclas temporarias en sus ingredientes constitutivos, y se podría traducir como “disociarse” o “dividirse” (cf. LSJ: *separate, decompose into elemental parts*, opuesto a συγκρίνω). Este fragmento nos presenta una situación totalmente diferente a la que se alude en B4b: el momento subsiguiente, que nos sitúa del otro lado de ese límite señalado por ἀποκριθῆναι. Aquí la construcción temporal marca con precisión el inicio del movimiento por parte del *noûs* (ἤρξατο ὁ νοῦς κρινεῖν) para pasar a describir el proceso cosmogónico mediante una diversidad temporal y aspectual que contrasta notablemente con la uniformidad de los eventos del estado anterior:

²⁰ Διακρίνεσθαι aparece en B5, B12, B13 y B17.

[B13] Simp. *in Ph.* 300.27: καὶ ἐπεὶ ἤρξατο ὁ νοῦς κινεῖν, ἀπὸ τοῦ κινουμένου παντὸς ἀπεκρίνετο, καὶ ὅσον ἐκίνησεν ὁ νοῦς, πᾶν τοῦτο διεκρίθη· κινουμένων δὲ καὶ διακρινομένων ἢ περιχώρησις πολλῶι μᾶλλον ἐποίει διακρίνεσθαι.

Y después que el *noûs* comenzó a mover, iba dándose la separación a partir de todo lo que se movía, y cuanto movió el *noûs*, todo esto se fue dividiendo. Moviéndose y dividiéndose las cosas, la rotación las hacía dividirse mucho más.

En la edición de Cornavaca se hace un importante comentario respecto del juego de tiempos y aspectos que puede verse en este pasaje: los aoristos indican acciones puntuales frente a la acción continua de los imperfectos. No habría que descuidar los participios, que también señalan aspecto, aunque irían indudablemente en la misma línea de los imperfectos por tratarse del tema de presente. Veamos cómo se ha trasladado esa diversidad en las versiones castellanas:

Y después que el *noûs* comenzó a mover, se iba produciendo la separación a partir de todo lo que se movía, y a cuanto movió el *noûs*, todo esto se separó; y al moverse y separarse (las cosas), el movimiento giratorio hacía mucho mayor el separarse. (R. Cornavaca 2011)

Y después de que el intelecto comenzó a mover, se separó de todo lo que había puesto en movimiento. Y cuanto había movido el intelecto, todo esto se dividió; y cuando las cosas se movieron y dividieron, la rotación hizo que se dividieran mucho más. (C. Eggers Lan 1979)

Y después de que el Intelecto inició el movimiento, se iba separando de todo lo movido, y todo cuanto movió el Intelecto se separó; mientras las cosas se movían y se dividían, la rotación hacía que se separaran en mucha mayor medida. (A. Bernabé 2001)

A primera vista diríamos que, en cuanto a la estructura temporal, Cornavaca y Bernabé parecen reflejar más ajustadamente la variedad temporal y aspectual: ambos conservan los imperfectos y Bernabé mantiene el aspecto durativo de dos de los tres participios, lo que en Cornavaca es justo al revés, pues el primero (κινουμένου) queda en simultáneo con la continuidad del imperfecto, pero los dos restantes (κινουμένων δὲ καὶ

διακρινομένων) son neutralizados (el infinitivo en español se considera neutro en cuanto al aspecto). La versión de Eggers Lan, por su parte, empareja demasiado los eventos al no hacer diferencia entre imperfectos y aoristos, pero además los tres participios presentes están conjugados y traducidos como eventos puntuales (aoristos) o anteriores a los verbos principales (pluscuamperfectos), cuando podría mantenerse la simultaneidad. Sin embargo, esta es la única de las tres versiones que distingue claramente –aquí al menos–²¹ entre ἀποκρίνεσθαι y διακρίνεσθαι, pues Cornavaca los identifica en todos los casos, traduciendo ambos por “separarse” mientras que Bernabé alterna. En su comentario de B13, Lanza sugiere que este fragmento puede servir precisamente para evitar la frecuente confusión de ambos verbos, y puntualiza lo siguiente:

Soltanto la differenza di significato dei due verbi spiega inoltre la differenza dei tempi, già notata da Nestle (Zeller 1234 n.2). L'imperfetto ἀπεκρίνετο segna l'inizio dello svolgersi di un processo continuo, quello appunto di formazione delle cose; διεκρίθη è puntuale perché indica il dividersi della mescolanza originaria messa in moto dal νοῦς.

Hay que destacar, a propósito, que el autor italiano distingue ambos compuestos en todos los casos, entendiendo ἀποκρίνεσθαι como “formarse (por separación)”,²² y διακρίνεσθαι como “dividirse”, pero además le presta atención a la diferencia de los tiempos, observando que ἀπεκρίνετο señala el inicio de un proceso continuo (el mismo evento que en B4b era referido sin indicación alguna).²³ Esa continuidad se contrapone a la puntualidad del

²¹ En los demás fragmentos, las traducciones de διακρίνομαι en general alternan entre “dividirse” y “separarse”, y en consecuencia se superponen y se confunden en más de una oportunidad con ἀποκρίνομαι.

²² Esta es la acepción médico-biológica. Cf. LSJ; véase también Lanza (1966: 195).

²³ Hay además en este fragmento un problema en la interpretación del imperfecto ἀπεκρίνετο, ya que puede ser una forma impersonal (en Lanza, Sider, Curd y en la versión de Cornavaca) o, de lo contrario, puede tener como sujeto al νοῦς (en DK, Guthie y en las versiones de Bernabé y Eggers Lan), lo cual da a entender que, si este se separa de las cosas en movimiento, es porque antes estaría mezclado con ellas, lo que entra en contradicción con la clara descripción de las primeras líneas de B12. Creemos, en consecuencia, que conviene

aoristo διεκρίθη, si bien la noción de fase inicial que advierte Lanza no está precisamente en el imperfecto sino más bien en el preverbio ἀπο-, que señala en la mezcla originaria en movimiento el punto de partida en sentido espacial y temporal (sin olvidar el complemento que lo acompaña reforzando la idea de salida de un estado).

El caso del aoristo διεκρίθη es un tanto más complejo, porque indica, efectivamente, un evento puntual, como apunta Lanza y como se advierte en las versiones españolas que hemos citado. Ahora bien, διακρίνεσθαι no es únicamente la división de la mezcla primordial, como se podría inferir del comentario de Lanza (en B17 alude claramente a otras mezclas), ni únicamente la disociación de mezclas temporarias, como propone Curd (este contexto de B13 lo pone en duda), sino que parece tener un sentido más amplio que el preverbio especialmente le confiere, el de la división en general, una acción sostenida que describe el evento en su transcurso, sin señalamiento de un comienzo ni un final. Este detalle esclarece la diferencia con ἀποκρίνεσθαι, pero también sirve para explicar el uso del aoristo en B13, porque en este caso es necesario determinar el inicio de ese proceso general de la división, que el preverbio de por sí no establece, como acabamos de ver, y entonces el aoristo adquiere un sentido inceptivo, que pone el acento en la fase inicial del proceso de διάκρισις (delimitando de la única forma posible un evento de tales características). Nuestra versión intenta reflejar esta singular complejidad mediante el uso de una perífrasis verbal que articula el aspecto puntual que supone el inicio de un proceso con la continuidad que le es inherente. En las otras versiones, con el uso del indefinido español da la impresión de que ese evento fuera algo mucho más acotado o delimitado, cuando en realidad la división en general no admite un término, puesto que en todo siempre habrá una parte de todo.

optar por la forma impersonal, que en este caso no es posible si no se recurre a una perífrasis con la idea verbal nominalizada.

Una vez que el movimiento de diferenciación se ha iniciado, la rotación produce mezclas temporarias que se combinan y se descomponen, lo que los hombres llaman erróneamente nacimiento y muerte. Esta crítica puntual respecto de lo adecuado del uso de los términos está en B17, donde concurren dos ejemplos de διακρίνεσθαι en oposición con συμμίγεσθαι (mezclarse):

[B17] Simp. *in Ph.* 163.18: τὸ δὲ γίνεσθαι καὶ ἀπόλλυσθαι οὐκ ὀρθῶς νομίζουσιν οἱ Ἕλληνες· οὐδὲν γὰρ χρῆμα γίνεται οὐδὲ ἀπόλλυται, ἀλλ' ἀπὸ ἐόντων χρημάτων συμμίσγεται τε καὶ διακρίνεται. καὶ οὕτως ἂν ὀρθῶς καλοῖεν τὸ τε γίνεσθαι συμμίγεσθαι καὶ τὸ ἀπόλλυσθαι διακρίνεσθαι.

Los griegos no consideran correctamente el nacer y el perecer; pues ninguna cosa nace ni perece, sino que se mezcla y se divide a partir de las cosas que existen. Y así deberían llamar correctamente al nacer mezclarse y al perecer dividirse.

Generación y destrucción no son procesos genuinos, pues nada llega a ser ni deja de ser (en consonancia con Parménides B8 y Empédocles B11). Como observa Curd, el universo de Anaxágoras es un *plenum* donde los ingredientes se condensan para formar compuestos transitorios que luego se disocian. Frente a διακρίνεσθαι, que designa la división o descomposición de estos artefactos naturales tenemos συμμίγεσθαι (un compuesto similar a συγκρίνεσθαι, B4a), donde el preverbio señala la unión o combinación de los ingredientes hasta entonces separados o distintos.²⁴ De todas maneras, la separación nunca es completa, según vimos, lo que sugiere que no es casual el empleo de συμμίγεσθαι. Llama la atención en este sentido la descripción del estado primordial en B4b mediante el sustantivo σύμμιξις, la mezcla que impide toda manifestación, y cabe preguntarse hasta qué punto se trata de mezclas realmente diferentes.

²⁴ Como forma verbal aparece también en B12.

La idea verbal presente en el sustantivo puede dar a entender que en la masa original las partículas elementales están en constante flujo, aunque hay otros usos en griego de estos deverbativos en un sentido concreto que se adaptarían bien en este caso, como sugiere Sider (*ad loc.*). Hay que destacar, además, que las otras apariciones del lexema son todas formas verbales (dos en B12: *συμμεμειγμένα* y *συμμισγόμενα*, y dos en B17: *συμμίσγεται* y *συμμίσγεσθαι*), en las que se aprecia una variedad de rasgos temporales y aspectuales que hacen suponer que el sustantivo sintetiza la ausencia de todo cambio o movimiento en ese estado inicial caracterizado la ausencia de cambio y la continuidad que expresan los imperfectos (*πρὶν δὲ ἀποκριθῆναι*), en oposición a la multiplicidad y diversidad de eventos que se verifican en el siguiente momento, la fase de configuración del cosmos. El hecho de que en esa oposición haya formas del mismo lexema parece insistir en que la mezcla es algo común a los dos momentos (como se infiere de B6), y que la diferencia está entonces en la posibilidad de redistribución y distinción de las cosas a partir del movimiento.

Hay otros términos similares formados con el preverbo *συν-*, que insisten en la composición y su variedad. Conviene, sin embargo, examinar ahora la diferencia entre *συγκρίνεσθαι* (combinarse) y *προσκρίνεσθαι* (agruparse). El primero es un término que, según apunta Lanza, en esta época únicamente se registra en este contexto, y que vuelve a aparecer en Platón (*Fedro* 72c) vinculado al pensamiento de Anaxágoras. Se refiere a la composición a partir de ingredientes previamente separados.²⁵ La diferencia con *προσκρίνεσθαι* pareciera consistir en que este subraya la aglomeración de los ingredientes, mientras que *συγκρίνεσθαι* representa un estadio posterior, en el que los ingredientes que se han agrupado se integran para

²⁵ LSJ: *bring into combination or aggregation*; opp. *διακρίνω*. Τά συγκρινόμενα Anax. 4, *bodies which are formed by combination*.

constituir un compuesto determinado.²⁶ La información de los preverbios alienta esta propuesta: *συν-* señala, entre otras varias nociones, unión o confusión de elementos separados o distintos; *προσ-* conserva siempre su sentido pleno de dirección, proximidad o adición.²⁷

Revisemos rápidamente los dos contextos en que se registran ambas formas. En las primeras líneas de B4a, seguramente refiriéndose al principio de que en todo hay parte de todo, Anaxágoras utiliza *τοις συγκρινομένοις* para referirse a las cosas que están en proceso de formación:

[B4a] Simp. *in Ph.* 34.18-20, 27: *τούτων δὲ οὕτως ἔχόντων χρῆ δοκεῖν ἐνεῖναι πολλά τε καὶ παντοῖα ἐν πᾶσι τοῖς συγκρινομένοις καὶ σπέρματα πάντων χρημάτων καὶ ιδέας παντοίας ἔχοντα καὶ χροιάς καὶ ἡδονάς.*

Siendo así estas cosas, hay que pensar que hay muchas y diversas cosas en todas las que se están combinando, y semillas de todas las cosas, que tienen diversas formas y colores y sabores.

Se trata de otro de los numerosos participios presentes que fundamentan la idea de que separación, combinación y disociación son eventos que continúan indefinidamente, puesto que todo sigue mezclado con todo. En las versiones consultadas, sólo Cornavaca conserva el presente, haciendo notar que se trata de un proceso durativo; Eggers Lan utiliza un perfecto, con lo cual se altera la percepción del evento, que queda representado como un estado de cosas. Bernabé opta directamente por nominalizar el participio y lo traduce como “compuestos”, siguiendo probablemente la línea interpretativa de Sider (2005: 93), quien sostiene que no sería errado entender aquí “cosas” de todo tipo, incluyendo cuerpos homogéneos, y agrega que *συγκρίνω* podría estar designando específicamente objetos complejos. Además de la perífrasis con *estar* + *gerundio* que hemos utilizado en nuestra versión, la expresión podría

²⁶ Cf. Curd (2007b: 10).

²⁷ Véase el tratamiento en Humbert (1966).

traducirse con *ir + gerundio* (“las cosas que se van combinando”), lo que le agregaría una nota de mayor dinamismo.

Aparentemente de cuño anaxagóreo, *προσκορίνεσθαι* indica, según vimos, la fase del proceso de formación en que las cosas previamente separadas se agrupan (LSJ *to be joined with, assimilated*). En B14 tenemos nuestro único ejemplo:

[B14] Simp. *in Ph.* 157.5: ὁ δὲ νοῦς, ὃς ἀεὶ ἐστὶ, τὸ κάρτα καὶ νῦν ἐστὶν ἵνα καὶ τὰ ἄλλα πάντα, ἐν τῷ πολλῶ περιέχοντι καὶ ἐν τοῖς προσκοριθεῖσι καὶ ἐν τοῖς ἀποκεκριμένοις.

El *noûs*, que siempre existe, ciertamente existe también ahora donde todas las demás cosas, en la multiplicidad circundante, en las cosas que se agruparon y en las que están separadas.

Entre los problemas textuales que presenta este fragmento,²⁸ la propuesta de Adam, en general desestimada, podría afectar ligeramente la interpretación del pasaje, puesto que el cambio de perfecto a presente en el segundo participio pone el acento en la continuidad de la separación, a diferencia de la noción de estado resultante que implica el perfecto. Con todo, es factible que, como en los otros dos casos en que se observan formas de perfecto en los compuestos de *κρίνω* –τά συμμεμειγμένα (B12) y *διακεκριμένων* (B5)–, estas formas no tengan la intención de expresar tales procesos como concluidos, sino que representen un estado determinado en que se encuentran las cosas, que hace posible pensar o suponer ciertos principios (como insinúa B21a: ὄψις γὰρ τῶν ἀδήλων τὰ φαινόμενα). De hecho, la construcción de genitivo absoluto en B5, sumada a la expresión *γινώσκειν χρή*, plantea que, dadas como están las cosas (habiéndose

²⁸ En el comienzo, la lectura de los manuscritos, ὅσα ἐστὶ (ο ἔσται) τε κάρτα, no se entiende, por lo cual Diels propuso esta enmienda que presentamos, aceptada por Kirk, Raven & Schofield, Lanza y Curd. Sider propone otra lectura: ὅσα ἐστὶ τ' ἐκράτησε, siguiendo la interpretación que hace Simplicio a propósito de este pasaje, según la cual Anaxágoras supone un doble ordenamiento del mundo, noético y sensible, donde Simplicio habría deducido la primacía del primero a partir del verbo *κρατέω*. En cuanto a los dos participios del final, Adam (1908) propuso leer *ἀποκριθεῖσι* y *ἀποκρινομένοις*.

dividido de este modo), hay que reconocer que no es posible algo mayor ni menor, sino que todas las cosas son iguales. En el ejemplo de B12, la autonomía del *noûs* exige que no sea parte de la mezcla, pues si así fuera, participaría de todas las cosas y no le sería posible controlarlas porque sería una más, e igual a todas.

Este recorrido por el sistema asociado con *kríno* y sus variantes, que ponen en juego dimensiones ricas y variadas del griego, aportan elementos de peso para comprender el dinamismo de la cosmología de Anaxágoras. Se puede pensar, por cierto, el sistema completo como en dos grandes momentos: una primera fase, la mezcla primordial, ilimitada (caracterizada por los imperfectos), en que todo está junto e indiferenciado, sin movimiento (*timeless world*, una masa uniforme²⁹), donde nada puede discernirse a causa de la mezcla, seguida de una fase cósmica, caracterizada por la diversidad temporal y el movimiento que separa y vuelve a unir las cosas, redistribuyéndolas continuamente. En este segundo momento, la configuración se organiza en una suerte de sistema o complejo de eventos diseñado a partir de la composición lexical de κρίνω y una variedad de preverbios: hay diversificación o división general y permanente (διακρίνεσθαι), separación a partir de la masa originaria (ἀποκρίνεσθαι), reunión o agrupación de ingredientes (προσκρίνεσθαι) y combinación temporaria (συγκρίνεσθαι, con otros compuestos similares, como es el caso de συμμίσγεσθαι y συμπήγνυσθαι). Estos eventos complejos dan cuenta miméticamente de la diversidad a partir de lo mismo.

Es imposible para nosotros conservar en la traducción el efecto que produce la composición de este sistema de procesos a partir de una misma raíz, como lo hace Anaxágoras. Sin embargo, el recurso a las perífrasis nos

²⁹ Cf. Sider (2005: 70), donde se analizan las referencias de Aristóteles (*Ph.* 250b24) y Eudemo (Simplicio 1185.9 = Eudemo B111 W) respecto de la ausencia de movimiento en la masa primigenia.

permite apreciar y trasladar esa complejidad en una forma similar, dado que el procedimiento morfológico que supone la formación de este tipo de verbos griegos denota la necesidad de marcar diferencias internas en la consideración de un evento o situación. Lo mismo sucede con nuestras frases verbales, que brindan la posibilidad de distinguir ciertos rasgos aspectuales (duración, momentaneidad, continuidad, intermitencia, repetición o fase) mediante la combinación de dos formas verbales.

Inteligencia natural

La representación de un único principio supremo que controla el cosmos en las primeras manifestaciones de la filosofía griega es tan antigua como la metáfora del timonel que guía la nave del estado en la literatura arcaica. Esta imagen, que Heráclito reformula en términos de una regulación inteligente del cosmos bajo la forma mítica de Zeus y su poder imperante, se vuelve habitual en la física jonia y puede verse en la descripción del *noûs* de Anaxágoras, la más sutil y pura de todas las cosas, que posee el conocimiento completo acerca de todo, domina todas las cosas que tienen vida, las conoce y las ha ordenado (cf. Kahn 1979: 272).

Diversas son las traducciones que se han propuesto para este término, entre ellas *mente*, *intelecto*, *inteligencia*, *espíritu*, pero creemos que ninguna capta suficientemente la noción de principio racional del cambio que hay en el *noûs* de Anaxágoras, de allí que hayamos preferido mantener el término griego transliterado.³⁰ En cuanto a la historia del término no se puede dejar de mencionar los trabajos de K. von Fritz (1943, 1945, 1946 y 1964) donde el autor rastrea los sentidos desde los textos homéricos y afirma que el *noûs* de

³⁰ Cualquiera de las traducciones le confiere una precisión técnica que le sería extraña, según Lanza, que critica las diversas opciones para fundamentar su elección (*intelligenza*).

Anaxágoras tiene un sentido doble, relacionado con la comprensión instantánea de lo que subyace bajo las apariencias, comprensión que a su vez motiva la acción inmediata, de modo que en Anaxágoras pueden verse combinadas las nociones de conocimiento y poder de acción.³¹

Este principio garantiza, además, la inteligibilidad del mundo, por más que nuestra capacidad (el *noûs* que está presente en nosotros como en las otras cosas que tienen vida) no alcance para comprender eso que está por encima y que controla todo. La forma como se dan las cosas, τὰ φαινόμενα (B21a), es una clave para entender lo que se nos escapa (lo que aparece es apariencia de lo que no aparece). Si los sentidos son incapaces de percibir la realidad, es posible, en cambio, comprender racionalmente lo que vemos.

El *noûs* es la excepción al principio básico de que en todo hay una parte de todo: es lo único singular en la continua diversidad de lo real. Sus atributos (ilimitado, autónomo, no mezclado y solo en sí mismo) son afirmaciones que se relacionan entre sí pero que también se conectan con la descripción del proceso cosmogónico desde el momento en que estas cualidades del *noûs* están en directa relación con su función de agente primero de la cosmogonía. Detrás del orden cósmico está la acción del *noûs*, inteligencia natural que anima las cosas y regula la formación del cosmos a partir de una masa primigenia que es como la semilla del mundo.

El *noûs* es una parte fundamental de la cosmología de Anaxágoras, y ha resultado tradicionalmente un punto altamente problemático. En efecto, no hay acuerdo entre los intérpretes acerca de si el *noûs* es algo material o inmaterial. A partir del genitivo partitivo, Sider piensa que el *noûs* está en la clase de las cosas corpóreas, aunque históricamente va en camino de la incorporeidad; Curd cree que con χοῆμα, χρήματα, Anaxágoras no remite exclusivamente a los ingredientes de la mezcla primordial, sino que lo usa

³¹ K. von Fritz propone una interpretación con visos teleológicos que es criticada por Lanza (1966: 225).

como un término general (*meaning 'any thing whatever'*) y que el punto estaría en que nada es como el *noûs* en su carácter incorpóreo, que es lo único incorpóreo que hay (cf. Lanza 1966: 222ss.) Nuestros editores también difieren: Cornavaca se pliega a las consideraciones no materialistas de Guthrie; Bernabé sostiene que se trata de una entidad más desmaterializada pero que sigue siendo material; con el apoyo textual que menciona también Sider, Eggers Lan agrega que no se lo puede concebir con la espiritualidad con que lo ven Platón y Aristóteles.

Que se diga del *noûs* que es ilimitado tiene que ver para Curd con que no está limitado espacialmente ni en cuanto al poder; su completa independencia se desprende de que no está mezclado con ninguna cosa y, por lo tanto, no depende de ninguna para existir, lógicamente o causalmente, puesto que si estuviera mezclado sería inseparable de todas las demás.

El orden que impone sobre las cosas determina la diferencia entre la mezcla originaria y la que sigue habiendo una vez que comienza la rotación, porque, como antes vimos, la mezcla se mantiene y la fase cósmica no es otra cosa que redistribución.

En el fragmento 12, el más extenso que conservamos, tenemos uno de los pasajes más importantes para caracterizar al *noûs*, su relación con las cosas y su rol en el proceso cosmogónico. Cornavaca señala algunos rasgos de estilo que la considerable extensión del texto permite apreciar, como la similitud con el lenguaje celebratorio del himno tradicional³² o el predominio de la parataxis en la construcción de todo el fragmento. Siguiendo el comentario de Lanza, se pueden distinguir en el texto tres partes fundamentales: en la primera se destacan las características del *noûs* frente a todas las cosas (ilimitado, independiente, no mezclado, el más sutil, el más

³² En esta línea, Deichgräber y Jaeger analizan el B12 como una suerte de himno científico, sobrestimando, según Sider, el aspecto religioso de la filosofía de Anaxágoras y su expresión. Cf. Sider (2005: 129 s.).

puro, que conoce todo y tiene el máximo poder); en la segunda se considera la forma en que se ejerce ese poder sobre las cosas mediante el movimiento de separación y configuración; en la tercera aparecen otras características del *noûs*, como su homogeneidad. Observa este autor, además, que los tiempos verbales se distribuyen de manera particular en estas tres partes, con predominio del presente en la descripción del *noûs* y del aoristo en lo que concierne a su acción cosmogónica.

Aprovechando esta última apreciación respecto de la distribución temporal a lo largo del fragmento, examinaremos algunos de esos aoristos, que pueden resultar problemáticos en la traducción e interpretación. Veamos en principio el texto completo:

[B12] Simplicio, *Física y de Caelo*

τὰ μὲν ἄλλα παντὸς μοῖραν μετέχει, νοῦς δὲ ἐστὶν ἄπειρον καὶ αὐτοκρατὲς καὶ μέμεικται οὐδενὶ χρήματι, ἀλλὰ μόνος αὐτὸς ἐπ' ἐωυτοῦ ἐστίν. εἰ μὴ γὰρ ἐφ' ἑαυτοῦ ἦν, ἀλλὰ τρωι ἐμέμεικτο ἄλλωι, μετεῖχεν ἂν ἀπάντων χρημάτων, εἰ ἐμέμεικτό τρωι. ἐν παντὶ γὰρ παντὸς μοῖρα ἔνεστιν, ὥσπερ ἐν τοῖς πρόσθεν [B11] μοι λέλεικται· καὶ ἂν ἐκώλυεν αὐτὸν τὰ συμμεμειγμένα, ὥστε μηδενὸς χρήματος κρατεῖν ὁμοίως ὡς καὶ μόνον ἕοντα ἐφ' ἑαυτοῦ. ἔστι γὰρ λεπτότατόν τε πάντων χρημάτων καὶ καθαρώτατον, καὶ γνώμην γε περὶ παντὸς πᾶσαν ἴσχει καὶ ἰσχύει μέγιστον· καὶ ὅσα γε ψυχὴν ἔχει καὶ τὰ μείζω καὶ τὰ ἐλάσσω, πάντων νοῦς κρατεῖ. καὶ τῆς περιχωρήσιος τῆς συμπάσης νοῦς ἐκράτησεν, ὥστε περιχωρῆσαι τὴν ἀρχήν. καὶ πρῶτον ἀπὸ τοῦ μικροῦ ἤρξατο περιχωρεῖν, ἐπὶ δὲ πλέον περιχωρεῖ, καὶ περιχωρήσει ἐπὶ πλέον. καὶ τὰ συμμισγόμενά τε καὶ ἀποκρινόμενα καὶ διακρινόμενα πάντα ἔγνω νοῦς. καὶ ὅποια ἔμελλεν ἔσεσθαι καὶ ὅποια ἦν ἄσσα νῦν μὴ ἔστι, καὶ ὅσα νῦν ἐστὶ καὶ ὅποια ἔσται, πάντα διεκόσμησε νοῦς, καὶ τὴν περιχώρησιν ταύτην, ἣν νῦν περιχωρεῖ τὰ τε ἄστρα καὶ ὁ ἥλιος καὶ ἡ σελήνη καὶ ὁ ἀήρ καὶ ὁ αἰθήρ οἱ ἀποκρινόμενοι. ἡ δὲ περιχώρησις αὐτὴ ἐποίησεν ἀποκρίνεσθαι. καὶ ἀποκρίνεται ἀπὸ τε τοῦ ἀραιοῦ τὸ πυκνὸν καὶ ἀπὸ τοῦ ψυχροῦ τὸ θερμὸν καὶ ἀπὸ τοῦ ζοφεροῦ τὸ λαμπρὸν καὶ ἀπὸ τοῦ διεροῦ τὸ ξερὸν. μοῖραι δὲ πολλαὶ πολλῶν εἰσι. παντάπασι δὲ οὐδὲν ἀποκρίνεται οὐδὲ διακρίνεται ἕτερον ἀπὸ τοῦ

ἑτέρου πλὴν νοῦ. νοῦς δὲ πᾶς ὁμοίος ἐστὶ καὶ ὁ μείζων
καὶ ὁ ἐλάττων. ἕτερον δὲ οὐδὲν ἐστὶν ὅμοιον οὐδενί,
ἀλλ' ὅτων πλεῖστα ἔνι, ταῦτα ἐνδηλότατα ἐν ἑκάστων
ἐστὶ καὶ ἦν.

Las demás cosas tienen una porción de todo, pero el *noûs* es ilimitado, autónomo y no está mezclado con ninguna cosa sino que es él solo por sí mismo. Pues, si no fuera por sí mismo, sino que estuviera mezclado con alguna otra cosa, tendría una parte de todas las cosas, si estuviera mezclado con alguna. Pues en todo hay una porción de todo, como he dicho antes. Y las cosas que están mezcladas no le permitirían controlar ninguna cosa como lo hace siendo solo por sí mismo. Pues es la más sutil de todas las cosas y la más pura, y posee todo el conocimiento acerca de todo y ejerce el mayor poder. Y cuantas cosas tienen vida, tanto las más grandes como las más pequeñas, a todas las controla el *noûs*. También controló el *noûs* la rotación total, de manera que girara al principio. Y empezó a girar primero desde lo pequeño, pero gira cada vez más y girará aún más. Y tanto las cosas que se van mezclando, como las que se van separando y dividiendo, a todas las conoció el *noûs*. Cuáles iban a ser y cuáles eran, que ahora no son, cuántas ahora son y cuáles serán, a todas el *noûs* las ordenó, y a esta rotación en la que giran ahora los astros, el sol, la luna, el aire y el éter que se van separando. La rotación misma los hizo separarse. Y se va separando de lo raro lo denso, de lo frío lo cálido, de lo sombrío lo brillante y de lo húmedo lo seco. Hay muchas porciones de muchas cosas, pero completamente ninguna se separa de otra ni se divide, salvo el *noûs*. El *noûs* es todo semejante, tanto el más grande como el más pequeño. Ninguna otra cosa es semejante a ninguna otra, sino que cada una es y era eso más evidente, de lo que más hay.

Son tres las formas que nos interesa focalizar: ἐκράτησεν, ἔγνω, y διεκόσμησε, en su contexto inmediato (líneas 12-19) y en el marco de todo el fragmento. Las traducciones consultadas resuelven este pasaje de la siguiente manera:

Y el intelecto dominó la rotación del conjunto, de modo que rotase al principio. Y primeramente comenzó a rotar desde lo pequeño, y rota más, y rotará más aún. Y las cosas que estaban mezcladas y que se separan y dividen, a todas las conoce el intelecto. Y cuantas cosas estaban a punto de ser y cuantas eran, que ahora no son, y cuantas ahora son y cuantas serán, a todas el intelecto las ordenó cósmicamente... (C. Eggers Lan 1979)

También gobernó el Intelecto toda la rotación, de manera que girase al principio. Empezó a girar al principio, a partir de una zona pequeña. Ahora gira en una mayor y girará en otra aún mayor. Tanto las cosas mezcladas, como las separadas y divididas, a todas las conoció el Intelecto, y cuantas iban

a ser y cuantas eran, pero ahora no son, y cuantas ahora son y cuantas serán, a todas el Intelecto las dispuso ordenadamente... (A. Bernabé 2001)

Y sobre todo el movimiento giratorio tiene poder el *noûs*, de modo que (pudo) dar comienzo al girar. Y primeramente comenzó a girar a partir de lo pequeño y luego gira más y girará aún más. Y las cosas que se están mezclando y que se forman por separación y que se separan, a todas las conoce el *noûs*; y cuáles cosas iban a ser, y cuáles eran que ahora no son, y cuántas ahora son, y cuáles serán, a todas las dispuso ordenadamente el *noûs*... (R. Cornavaca 2011)

En estos tres aoristos se pueden apreciar tres aspectos que caracterizan al *noûs*: el poder, el saber y el hacer, íntimamente relacionados.

El primero (ἐκράτησεν) está ligado a las imágenes políticas arcaicas que mencionamos al comienzo. El texto dice que el *noûs* dominó o controló la rotación completa, general, para que todo comenzara a girar. El término se vincula naturalmente con el presente de la línea anterior, donde el control se ejerce sobre las cosas que tienen vida, y con ἀυτοκρατέζ (línea 2), con lo cual queda claro desde el comienzo que el *noûs* tiene el control absoluto, que está por encima de todas las cosas y que nada escapa a su poder. Para Lanza, κρατεῖν adquiere aquí el significado específico de “regular”, concluyendo así el pasaje dedicado a la definición del *noûs* frente a las demás cosas (donde predominan los presentes) con esta acción que se ejerce sobre los seres vivientes, para dar paso a la segunda parte, en que la descripción de la función cosmogónica del *noûs* se realiza mediante aoristos. Sider sugiere que ἐκράτησεν es un aoristo inceptivo (*came to control*), como usualmente sucede con verbos estativos, como ἄρχω o βασιλεύω (cf. Kühner & Gerth 1898 I 155, 5). Esta lectura ya se ve en la traducción de DK: *hat...die Herrschaft angetreten* (comenzó su dominio). En las versiones españolas, Eggers Lan y Bernabé traducen con un perfecto simple; Cornavaca, en cambio, elige un presente (*tiene poder*), de modo que la diferencia con el presente de la línea anterior se desvanece.

Es notable que las dos apariciones de κρατεῖν, estando tan seguidas y con el mismo sujeto explícito, presenten justamente esa oposición presente-

aoristo. Habría que preguntarse qué hay detrás de esa diferencia, qué sentido tiene que se expresen en aoristo estas funciones del *noûs*, ya que en el presente (κράτει) también se expresa una función (tal vez la tripartición que se propone tenga sus zonas problemáticas). Tal vez el *noûs*, en tanto responsable del orden cósmico que resulta del movimiento que inicia y controla (ἐκράτησεν), actúa como causa eficiente y, como apunta más adelante el mismo Lanza (1966: 230), la causa sólo puede ser formulada en pasado, aunque se trata de un pasado convencional.

El segundo verbo que nos interesa (ἔγνω) apunta al conocimiento y es, de las tres formas, la que más comentarios ha despertado. Llama la atención, naturalmente, que reaparezca el elemento γνω- de la línea 10 (καὶ γνώμην γε περὶ παντὸς πᾶσαν ἴσχει...), donde se conserva para Lanza (1966: 228) el significado original de *ricognoscere per vero*, conocimiento de la verdadera naturaleza de las cosas, que no admite excepciones y que está fuera del tiempo, como indica el uso del presente atemporal.³³ El aoristo pareciera estar retomando esa afirmación, de manera similar a ἐκράτησεν, que retoma el presente de la línea anterior. Otros autores señalan que las nociones de conocimiento y acción en griego antiguo están íntimamente ligadas, y que el verbo entonces podría tener el sentido de “juzgar”, “determinar”, “decidir”.³⁴ Desde esta perspectiva, el sustantivo γνώμη no debería entenderse como

³³ En consonancia con Snell (1924) quien entiende la γνώμη de Anaxágoras B12 como *Erkenntnis* Snell y von Fritz ven una innovación en el sentido de *gignóskein* en Heráclito con relación a los poemas homéricos y la poesía arcaica, donde se limitaría al mero reconocimiento objetivo sin que esto implique esfuerzo alguno en la adquisición del conocimiento. En Heráclito habría una doble innovación epistemológica: por un lado, un tipo de conocimiento menos limitado, que no sólo identifica o reconoce objetos determinados sino que incluye el orden del mundo; por otro, que el conocimiento no es algo fácil de adquirir ni inmediato sino que supone un esfuerzo. Con todo, la evidencia comparativa de varias lenguas indoeuropeas apunta a un primitivo sentido en la raíz (*gno*) de “notar”, “marcar”, con el origen del sistema en la forma del aoristo. De allí que γιγνώσκω se haya formado mediante reduplicación y sufijo “inceptivo” –σκω, lo cual le da originariamente el sentido de “llegar a conocer” o “interiorizarse” de algo. Cf. Leshner (1983: 159 ss.)

³⁴ Véase, por ejemplo, Jaeger (1979: 200) y Leshner (1995: 139 ss.).

simple conocimiento, sino que traería aparejada una toma de decisión, aunque ciertamente –aclara Lesher– una decisión no podría tomarse sin algún tipo de conocimiento, de modo que sería algo así como una decisión inteligente.³⁵

En las distintas versiones se puede ver que, además de la discusión por el significado del verbo, hay una cierta divergencia en cuanto al tiempo en que se lo traduce. La mayoría de los autores eligen el pasado (DK, Lanza, Eggers Lan, Lesher, Sider, Curd), pero otros prefieren el presente (Bernabé y Cornavaca). Lesher (1995: 139, n. 34), por su parte, lo interpreta como un aoristo gnómico: *as a statement in the past tense intended as a universal generalization*. Podríamos decir que cualquiera de las dos opciones es válida y que depende en todo caso del gusto del traductor. Lo curioso es que, en el texto original, la variación en el tiempo puede afectar al significado. En efecto, Chantraine describe dos sentidos fundamentales de γινώσκω a partir de la oposición presente/aoristo. En el presente, el sentido sería *apprendre à connaître à force d' efforts*; en el aoristo, *reconnaître, discerner, comprendre*. Como se ve, el criterio para establecer la distinción entre estos dos sentidos radica en la consideración de las características aspectuales de cada tema. Chantraine nos informa también que el aoristo es la forma más antigua, que está en el origen del sistema, y que históricamente la reduplicación y el sufijo del presente vienen a caracterizar este tema por oposición al de aoristo, expresando la realización del proceso mediante esfuerzos repetidos. Ruipérez (1954: 130ss.) aclara que la reduplicación y el sufijo refuerzan la condición de término marcado del presente y lo caracterizan en el plano del significante frente a un aoristo no caracterizado,

³⁵ Con respecto a la traducción, observa: *...unlike the English 'decision', the Greek γνώμη carries the clear suggestion (through the γνω- element) of being the product of a knowing mind* (1995: 138). *Complete understanding* traduce Sider (en la misma línea Lanza y nuestras versiones españolas), aunque para el verbo elige “prestar atención”: *And nous gave heed to all the things coming together, separating out, and breaking up*.

y que esto se articula con la estructura de dicha oposición en el plano del significado. La observación es atinada porque contempla la posibilidad de que estos morfemas se gramaticalicen, atenuando la distinción semántica que propone Chantraine, aunque esto no afecte básicamente a la oposición que ambos temas representan en el sistema.

No parece menor este detalle porque, así como el aoristo ἔγνω ha sido puesto en relación con γνώμη en B12, el corpus anaxagórico nos ofrece un tercer ejemplo, γιγνώσκειν, precisamente una forma de presente:

[B5] Simp. *in Ph.* 156.9: τούτων δὲ οὕτω διακεκριμένων γινώσκειν χρῆ, ὅτι πάντα οὐδὲν ἐλάσσω ἐστὶν οὐδὲ πλείω (οὐ γὰρ ἀνυστὸν πάντων πλείω εἶναι), ἀλλὰ πάντα ἴσα αἰεὶ.

Y estando así divididas estas cosas, hay que reconocer que todas las cosas en nada son mayores ni menores (pues no es posible que haya algo mayor que todas las cosas), sino que (son) todas iguales siempre.

Este ejemplo es particularmente importante porque, además de ser una forma de presente, no se está refiriendo al *noûs*, sino en todo caso al conocimiento humano, que podríamos caracterizar sobre la base de la mencionada oposición como el término marcado, la forma imperfectiva que señala acción en curso o, como propone Chantraine, realización de un proceso mediante esfuerzos reiterados. Se ha sugerido también que, en relación con χρῆ δοκεῖν (B4a y b), que expresa solamente una suposición,³⁶ la fórmula γινώσκειν χρῆ de B5 conserva el significado originario de certeza absoluta, confirmada por la aclaración que le sigue (οὐ γὰρ ἀνυστόν...) y

³⁶ Cf. Fränkel (1955: 288-290); para Lloyd (1907: 85 ss.), se trata de una manera de inferir la existencia de las semillas; Sider (1995) señala el énfasis menor de esta fórmula frente a otras que aparecen en Meliso y Zenón, como ἀνάγκη οὐ δῆλον ὅτι. La falibilidad del conocimiento humano y el descrédito de los sentidos son tópicos recurrentes en la filosofía y en la literatura griega en general, aunque en Anaxágoras hay recomendaciones explícitas para superar tales limitaciones, como se advierte en el fragmento B21a, donde las cosas que se manifiestan son una visión de las que están ocultas (ὄψις γὰρ τῶν ἀδήλων τὰ φαινόμενα), el primer reconocimiento explícito de la posibilidad de conjeturar lo desconocido a partir de los fenómenos conocidos.

que se verifica en contextos lógicos.³⁷ Esta observación intenta conectar ambas formas de γινώσκω a partir de aquello que las equipara, pero al mismo tiempo permite comprender mejor lo que las diferencia.

La oposición básica de los temas se manifiesta aquí en dos formas de conocer: una que tiene al *noûs* como sujeto explícito y que está representada en la forma aorística, la más condensada y abstracta posible, que implica aprehensión o comprensión inmediata; otra que resulta de una serie de premisas o condiciones, ligadas directamente con la estructura general del texto, la explicación que desarrolla Anaxágoras con vistas a determinar los rasgos de los elementos y procesos que conforman el cosmos, cuyas marcas podemos apreciar en varios de los fragmentos.³⁸ Este tipo textual presupone a su vez un enunciatario capaz de comprender, inferir, deducir algo a partir de ciertas premisas o planteos previos. Se entiende, entonces, que esta clase de conocimiento mediado por la explicación-argumentación se represente con la forma imperfectiva, que pueda estar configurado como un proceso (y que requiera algún esfuerzo inclusive).

El tercero de nuestros aoristos (διεκόσμησε) se orienta más directamente hacia la acción y representa según Sider el obrar ordenado que se puede asociar con las leyes naturales, lo que sustenta la idea de que el *noûs* no se retira una vez que da inicio a la rotación, sino que preside el movimiento de la materia y su accionar continúa en el tiempo, como se aprecia en las líneas siguientes del fragmento. Otras propuestas interpretativas, que siguen de alguna manera la interpretación que Platón y Aristóteles hicieron de Anaxágoras,³⁹ consideran que los procesos mediante

³⁷ Cf. Lanza (1966: 211); Lloyd (1966: 421 ss.).

³⁸ Por ejemplo en expresiones del tipo “como he dicho anteriormente”.

³⁹ Aunque sea irremplazable como fuente para conocer el pensamiento griego antiguo, no le podemos pedir a Aristóteles una versión histórica objetiva de las teorías de su tiempo, porque su interés está en desarrollar su propia perspectiva filosófica. Varias son las

los cuales emergen las cosas no son gobernados directamente por el *noûs* sino que son automáticos. Teodorsson aclara, sin embargo, que el rol del *noûs* no consiste simplemente en dar inicio a la rotación, y explica:

Before doing that, voûς had disposed of the coming development in each and every detail; voûς had programmed the emergence of every individual perceptual thing in the universe. That the programming was accomplished before motion was started is suggested by the aorists, ἔγνω and διεκόσμησε, and the statement ἡ δὲ περιχώρησις αὐτὴ ἐποίησεν ἀποκρίνεσθαι. The cosmos with all its innumerable things develops automatically, once the circulation has been initiated by voûς. Everything is determined in detail. (1982: 85)

La idea de que todo ya está determinado de antemano por el *noûs*, que ha programado cada cosa que surge en el universo, se sustenta, por una parte, en la concepción que propone este autor acerca de las semillas como programas, como comentamos en el primer apartado, pero además –y esto es lo que más nos interesa– en la interpretación que hace de los aoristos como eventos concebidos con su término incluso antes de haberse iniciado el movimiento, en lo que sugiere una teleología instalada en la dimensión material de la mezcla. Si se trata de pensar el ordenamiento como un proceso sin tomar en cuenta su desarrollo, estamos de acuerdo. No está claro que los aoristos estén describiendo el cumplimiento o marcando el final de esos eventos, o si más bien están destacando la capacidad del *noûs* de actuar sobre aquello que no tiene límites ni características temporales definidas (para nosotros al menos) captándolo, dominándolo y comprendiéndolo completamente. En cuanto a lo automático de los procesos, Eggers Lan (1979: 350 s.) ha señalado que el predominio de este principio supremo sobre las cosas y su capacidad de conocimiento se mencionan tanto en pasado como en presente, de modo que no puede considerarse al *noûs* como un simple

menciones que hace de la doctrina de Anaxágoras, entre las cuales podemos citar la crítica del principio de la infinita divisibilidad de la materia (*Ph.* 187b37) a partir de su propia presunción de que existe un mínimo, o la consideración del *noûs* como un *deus ex machina* (*Metaph.* I 4, 985a) que no hace más que poner en movimiento la mezcla primigenia.

puntapié inicial que deja libre el campo al juego de factores mecánicos. Esto puede fundamentarse aún más si se toma en cuenta el valor que le aporta el preverbio a la noción de ordenar. Junto con su sentido general de organizar o disponer los elementos que componen un sistema complejo, este elemento (διὰ) indica que se mantiene un estado o se sostiene una acción, de modo que la idea de ordenamiento se enfatiza pero además se prolonga.

Lanza ha observado asimismo que a la variedad de tiempos que les corresponden a todas las cosas en movimiento se le opone este aoristo, que representa la causa de dicho movimiento. De este modo, a las cosas movidas les caben todos los tiempos, mientras que la causa sólo puede ser formulada en pasado. Sin embargo, y como adelantamos al referirnos a ἐκράτησεν, Lanza aclara que se trata de un pasado convencional, porque el *noûs* está fuera del tiempo. Detrás de esta salvedad parece haber una concepción estrictamente temporal de la polaridad entre el *noûs* y las cosas, en virtud de lo cual el aoristo queda situado en una zona cronológica limitada de acuerdo con la oposición antes/después, algo que resulta problemático en este contexto porque el accionar del *noûs* no debería quedar limitado al pasado ni a ninguna franja temporal. No hay duda de que en la elección de estos aoristos hay un recurso más para caracterizarlo en su estatuto de elemento límite, de aquello que escapa a la “graduabilidad” que caracteriza a todo lo demás. F. Mié opina que no sería errado hablar de extratemporalidad en el *noûs*, ya que su omnipresencia atraviesa lo material pero no implica que tenga que mezclarse con el fluir espacio-temporal. En este sentido, el no ser temporal caracteriza al *noûs* frente a todo lo demás, en su ser único y distinto de toda alteridad,⁴⁰ y lo hace en consonancia con los superlativos de las líneas 9-10⁴¹.

⁴⁰ Mié (1996: 70, n. 31).

⁴¹ Lanza lo destaca; mientras a todas las otras cosas les cabe el más o el menos...il noàj si pone al di là di ogni λεπτότερον, come elemento-limite della classe, quell' elemento-limite che è già eterogeneo, in quanto sfugge alla graduabilità comune a tutti gli altri. Qui, proprio

Es claro que el *noûs* no puede verse afectado por el tiempo como le sucede al resto de las cosas, pero no es necesario pensarlo completamente apartado de toda temporalidad, porque de hecho en los fragmentos se nos dice que está presente en las cosas animadas, y que es responsable del orden de las cosas que se dan en los distintos tiempos, de modo que también está en el tiempo, por más que este no lo afecte. Habrá que pensar en todo caso que abarca o comprende todos los tiempos, teniendo cuidado, sin embargo, de que el valor atemporal no se transforme en el *deus ex machina* de la interpretación.

Hay un antes y un después en esta cosmogonía, dos momentos entre los cuales media el orden. Probablemente el empleo del presente está mostrando que el poder hacer del *noûs* no es algo momentáneo que únicamente da inicio al movimiento sino que su control se extiende sobre las cosas que van surgiendo, y su forma de actuar se verifica precisamente en la forma de darse de esas cosas, que responden a su impulso organizador con una diversidad de combinaciones posibles ordenada temporalmente. En esa misma línea, podemos pensar que también los aoristos están señalando la manera de actuar del *noûs*, pero esta vez sobre las cosas en su estado primordial: controlar, conocer y organizar se presentan como tres rasgos íntimamente relacionados, en los que el poder se manifiesta en una síntesis con el conocimiento y el impulso configurador respondiendo a la manera de ser de las cosas en el momento en que están todas juntas y nada se puede distinguir, cuando no existe diversidad temporal ni de ningún otro tipo. Por eso esos eventos tienen esas características: no son actividades diferentes o separadas, y no se limitan a la zona cronológica correspondiente al pasado, para lo cual el aoristo, y especialmente la indefinición que le es inherente, es la forma más adecuada.

grazie all' uso del superlativo, si formula la natura di qualcosa di diverso da tutte le altre cose (1966: 227).

Tanto el presente como el aoristo son formas que tienen la propiedad de desligarse del tiempo, pero el aoristo adquiere un efecto más abstracto y concentrado. Al mismo tiempo, el hecho de que sea un pretérito desvincula lo expresado de las influencias cambiantes del tiempo y las circunstancias, con un efecto de estabilidad que le confiere a los eventos un carácter definitivo y no delimitado. Puede decirse que los aoristos, al ser las formas temporalmente menos definidas y más despojadas, son las que menos compromiso temporal generan para describir el accionar del *noûs*.

Esto puede verse claramente en los ejemplos que analizamos: en el primer caso, ἐκράτησεν sintetiza el control del movimiento de rotación en su totalidad, aunque en este aoristo pueda haber un valor inceptivo que seguramente proviene del contexto (ἤρξατο περιχωρεῖν), incluso teniendo en cuenta que ese movimiento es un proceso, porque el texto dice que comienza a rotar desde lo más pequeño y abarca una zona cada vez mayor. El aoristo parece condensar la acción desligándola de cualquier circunstancia particular y despojándola de toda extensión. El segundo aoristo, ἔγνων, resume la capacidad que tiene el *noûs* de comprender toda la diversidad de formas de darse de las cosas (mezcla, separación y división se despliegan en el complemento), con la particularidad de que la acción de conocer no se produce a medida que se van dando las cosas, sino que queda situada en el pasado, desligada de la temporalidad que afecta a esas cosas que constituyen su objeto y, por lo tanto, presentada como un evento definitivo. Este aoristo deja en claro que el *noûs* puede discernir las cosas en el momento en que están todas mezcladas y nada se distingue. En el tercer aoristo, διεκόσμησε, se expresa un evento que implica naturalmente un proceso pero sin tomar en cuenta su desarrollo; el complemento refuerza esta idea señalando los distintos tiempos en que el *noûs* ordena las cosas.

Podríamos decir, para cerrar este recorrido, que el movimiento general del texto en Anaxágoras es el de una narración donde hay un antes y un

después, una primera fase caracterizada por los imperfectos (B1), donde todas las cosas están juntas (πρὶν δὲ ἀποκριθῆναι) en una mezcla homogénea que no permite que nada se distinga. Todo está ahí en esa primera fase junto e indiferenciado; no hay manifestación.

El siguiente estadio, la manifestación o diversificación, también es mezcla, permanente redistribución de lo mismo, de la materia originaria, porque de acuerdo con el principio de que en todo hay parte de todo, las cosas no pueden llegar a separarse completamente.

La diferencia entre ambos momentos se puede observar en las características temporales de cada uno. Mientras que el primero es uniforme y durativo, una permanente indefinición (sin movimiento), el siguiente representa el movimiento continuo de la diversidad, del devenir, donde son posibles todos los tiempos, una diversidad que en numerosos casos el propio empleo de los términos revela, finalmente, como vimos en κείνω y sus compuestos, una diversidad a partir de lo mismo.

CONCLUSIONES

No tenemos en cuenta la selección de las formas verbales cuando pensamos en recursos expresivos. Generalmente tendemos a considerar determinadas categorías o procedimientos, sintácticos y lexicales, tradicionalmente admitidos como tales. Pero sin riesgo de error podríamos incluir allí el uso de las diversas formas verbales, que también sirven para destacar ciertas acciones o situaciones frente a otras, o para poner de relieve algunos datos o rasgos relevantes de los eventos.

En el plexo de los tiempos que organizan el sistema verbal griego, los reiterados problemas que presenta especialmente el aoristo se resumen acaso en el desconcierto que más de una vez nos provoca un supuesto pretérito usado para referir eventos que no necesariamente pertenecen al pasado. En efecto, numerosos empleos del aoristo entran en conflicto con el valor fundamental que por lo general se le atribuye al tema. En estos casos se habla de “aoristo gnómico”, aludiendo a las sentencias en que habitualmente se registran ejemplos de este uso. Lo estrecho de la designación y las propuestas de sustituirla por la de “aoristo general” o “atemporal” revelan, sin embargo, que la cuestión fundamental está más allá del nombre y demanda una explicación más exhaustiva de tales casos, su razón de ser, puesto que el mero reconocimiento de la complejidad que entrañan no nos libera en absoluto del problema. Es más, algunas veces incluso da la impresión de que al ponerles esa etiqueta se elude la cuestión apelando a una suerte de lugar común que termina siendo algo así como un *deus ex machina* de la filología.

En los pasajes que hemos trabajado se muestran diferentes aristas del asunto, muchas de las cuales despuntan en la primera lectura para

incrementarse en la traducción, cuando se torna difícil o hasta se vuelve imposible trasladar ciertos aoristos como pretéritos. A partir de lo investigado queda claro que esta dificultad de la traducción no legitima en sí misma la existencia de formas especiales, desprovistas de temporalidad en algún sentido, pero sí desnuda la necesidad de identificar un posible factor determinante de estos empleos, evaluando una serie de contextos que nos permita examinar suficientemente la cuestión.

Hemos presentado varias propuestas que encaran el problema desde diferentes ángulos y, sin intención de refutarlas –puesto que todas muestran aspectos atendibles–, propusimos la nuestra, una explicación que contempla ciertos datos históricos de acuerdo con los cuales queda claro que el aoristo no puede considerarse categóricamente como un pasado neto. Remontándonos a los planteos que se encuentran en el origen de la reflexión lingüística, llegamos a lo que puede considerarse el núcleo del dilema, ya que el tratamiento del aoristo como un pasado pleno está ligado a la tradición gramatical que se inicia con Dionisio Tracio, mientras que en la organización estoica de los tiempos es mayor la franja temporal que abarca desde el momento en que puede reconvertirse en el perfecto, concebido este como un presente que indica el estado resultante de una acción que se ha completado. Frente a las formas definidas, más precisas y por eso mismo más limitadas, el aoristo funciona como la forma genérica del tiempo en virtud de su falta de precisión (como es natural para el término menos marcado), que a primera vista pareciera una carencia, pero que de algún modo es una ventaja, porque le confiere toda su amplitud significativa. Nuestra propuesta coloca en el centro de la escena el rasgo de la indefinición como aquello que está en la base de los usos conflictivos. Esta falta de precisión significa una mayor capacidad expresiva, la posibilidad de abarcar una zona cronológica más amplia, que se extiende incluso hasta el presente. De allí lo crucial de la indefinición que identifica al aoristo, porque ese rasgo distintivo lo habilita

como la forma neutra de los perfectos y, en consecuencia, le permite expresar verdades generales o inalterables, despegadas de las influencias del tiempo y las circunstancias. Así pues, si es posible que el aoristo comprenda alguna porción de presente, entonces se entiende el valor determinante que cobra en oposición con el presente desde el punto de vista aspectual. Teniendo en cuenta que ambos pueden usarse como formas generales, la clave en la selección de una u otra reside precisamente en la distinción aspectual de acuerdo con la cual el aoristo representa los eventos despojados de toda extensión, lo que, sumado a su naturaleza temporalmente indeterminada, le confiere un sentido mucho más abstracto y definitivo.

Debe quedar claro que atemporalidad e indefinición temporal no son lo mismo, aunque pareciera que a menudo se las confunde; en realidad, la indefinición es la condición de posibilidad de usos más o menos anclados en el tiempo, que pueden verificarse en contextos determinados, puesto que el sentido no es una propiedad de las piezas léxicas aisladas. En el fondo nuestra perplejidad o desconcierto frente a algunos aoristos no es otra cosa que el resultado de una tradición que ha cambiado su mirada sobre esta forma verbal, que de alguna manera la ha reubicado en el sistema, asignándole un carácter de pasado pleno. De este modo, podemos decir que se disipa la idea de anomalía o distorsión en el uso de los tiempos.

A la luz de estas afirmaciones que esclarecen el problema temporal se debe tener en cuenta que muchas de las dificultades provienen de una confusión de las categorías de tiempo y aspecto, que naturalmente se dan de forma articulada pero que aportan información diferente que conviene discriminar para evitar atribuirle a una lo que es característico de la otra. Así como el tiempo hace posible ubicar los eventos en una determinada zona cronológica, el aspecto nos permite considerarlos internamente: condensarlos mediante el uso del aoristo, dejando de lado su eventual extensión para enfocarlos como un todo, o dirigir la atención a alguna de sus fases,

aprovechando además la accionalidad (aspecto léxico) que cada término conlleva. Con todo, esta posibilidad no debe considerarse como algo separado de la temporalidad porque, como vimos en los primeros capítulos, tiempo y aspecto son categorías íntimamente relacionadas, de manera que la clave está en llegar a entender cómo se articulan.

Creemos que en la selección de pasajes analizados puede apreciarse el alcance de este tipo de análisis como un potente instrumento metodológico para la labor filológica a partir de ciertas líneas interpretativas ya trazadas por otros autores cuyo interés se orienta hacia problemas más específicos de la filosofía. Es una herramienta concreta que puede ser de gran ayuda al momento de leer, comprender y traducir, tanto para quienes se acercan por primera vez a estos textos como para quienes los vienen trabajando y quieren profundizar su reflexión sobre la lengua y la doctrina de los presocráticos.

Finalmente, el trabajo revela en estos usos problemáticos del aoristo un recurso expresivo de que dispone la lengua griega y que, por lo tanto, resulta crucial como instrumento filológico a la hora de abordar este tipo de textos que por su condición fragmentaria significan un importante desafío. En ese sentido, creemos también que este corpus, no siempre contemplado en estudios de corte lingüístico, puede aportar ejemplos significativos en la búsqueda de nuevas herramientas para la lectura de la filosofía antigua desde una perspectiva más amplia, colonizando de alguna manera esas zonas menos pobladas de la investigación.

BIBLIOGRAFÍA

Las abreviaturas utilizadas para las obras de autores antiguos son aquellas indicadas en *DGE* para autores griegos y en el *OCD*³ para los autores latinos. Las abreviaturas de los nombres de las revistas son las convencionales establecidas por *L'Année Philologique*.

ACKRILL 1967: J. L. Ackrill, *Aristotle's Categories and De Interpretatione*, Oxford University Press, Oxford 1967.

ADAM 1908: J. Adam, *The Religious Teachers of Greece*, T. & T. Clark, Edinburgh 1908.

ADRADOS 1950: F. Rodríguez Adrados, "Observaciones sobre el aspecto verbal", *Estudios Clásicos* 1 (1950) 11-25.

ADRADOS 1954: F. Rodríguez Adrados, "El método estructural y el aspecto verbal griego", *Emerita* 22 (1954) 258-270.

ADRADOS 1992: F. Rodríguez Adrados, *Nueva sintaxis del griego antiguo*, Gredos, Madrid 1992.

AGRELL 1908: S. Agrell, *Aspektänderung und Aktionsartbildung beim polnischen Zeitworte: Ein Beitrag zum Studium der indogermanischen Präverbia uns ihrer Bedeutungsfunktionen*, Håkan Ohlssons Buchdruckerei, Lund 1908.

ALBERTUZ 1995: F. Albertuz, "En torno a la fundamentación lingüística de la Aktionsart", *Verba* 22 (1995) 285-337

ALGRA & MANSFELD 2001: K. Algra & J. Mansfeld, "Three Thêtas in the 'Empédocle de Strasbourg'", *Mnemosyne* 54 (2001) 78-84.

ALLAN 2010: R. Allan, "The infinitivus pro imperativo in Ancient Greek. The Imperativ Infinitive as an Expression of Proper Procedural Action", *Mnemosyne* 63 (2010) 203-228.

- ARCHE 2006: M. Arche, *Individuals in Time. Tense, Aspect and the Individual/Stage Distinction*, John Benjamins Publ., Amsterdam-Philadelphia 2006.
- VON ARNIM 1902: H. von Arnim, "Die Weltperioden bei Empedokles", en *Festschrift Theodor Gomperz dargebracht zum siebzigsten Geburtstage*, A. Hölder, Wien 1902, 16-27.
- AUBENQUE 1974: P. Aubenque, *El problema del ser en Aristóteles*, Ed. Taurus, Madrid 1974.
- AUBRIT 2003: J. Aubrit, *La sintaxis de la forma "se" del español*, Tesis, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba 2003.
- AUROUX, 1989: S. Auroux (dir.), *Histoire des idées linguistiques, tome I: La naissance des métalangages en Orient et en Occident*, Pierre Mardaga Éditeur, Liège-Bruxelles 1989.
- AX 1993: W. Ax, "Der Einfluss des Peripatos auf die Sprachtheorie der Stoa", en *Dialektiker und Stoiker. Zur Logik der Stoa und ihrer Vorläufer*, ed. por K. Döring y T. Ebert, Franz Steiner, Stuttgart 1993, 11-32.
- AYOUN & SALABERRY 2005: D. Ayoun & M. R. Salaberry (eds.), *Tense and Aspect in Romance Languages. Theoretical and Applied Perspectives*, John Benjamins Publ., Amsterdam-Philadelphia 2005.
- BAJTÍN 1986: M. Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievsky*, Fondo de Cultura Económica, México 1986.
- BAJTÍN 2003: M. Bajtín, *Estética de la Creación Verbal, Siglo XXI*, México 2003.
- BALTUSSEN 2005: H. Baltussen, "The Presocratics in the Doxographical Tradition. Sources, Controversies, and Current Research", *SHT* 6 (2005) 1-26.
- BARATIN 1989: M. Baratin, "La constitution de la grammaire et de la dialectique", en *Histoire des idées linguistiques, tome I, La naissance des métalangages en Orient et en Occident*, ed. por S. AUROUX, Pierre Mardaga Éditeur, Liège-Bruxelles 1989, 186-206.
- BARATIN 1996: M. Baratin, "Aperçu de la linguistique stoïcienne", en *Geschichte der Sprachtheorie. 2. Sprachtheorie der abendländischen Antike*, Narr, Tübingen 1996, 193-216.

- BARATIN, M. & C. MOUSSY 1999: M. Baratin & C. Moussy (eds.), *Conceptions latines du sens et de la signification*, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, Paris 1999.
- BARNES 1992: J. Barnes, *Los Presocráticos*, Cátedra, Madrid 1992.
- BARTHES 2008: R. Barthes, *El placer del texto y Lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France, Siglo XXI*, Buenos Aires 2008.
- BARWICK 1957: K. Barwick, *Probleme der stoichen Sprachlehre und Rhetorik*, Akademie Verlag, Berlin 1957.
- BARY 2009: C. Bary, *Aspect in Ancient Greek. A Semantic Analysis of the Aorist and Imperfective*, Tesis doctoral, 2009.
- BEETHAM 2002: F. Beetham, "The Aorist Indicative", *G&R* 49 (2002) 227-236.
- BELARDI 1985: W. Belardi, *Filosofia, grammatica e retorica nel pensiero antico*, Edizioni dell'Ateneo, Roma 1985.
- BELLO 1847: A. Bello, *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, Imprenta del Progreso, Santiago de Chile 1847.
- VAN DER BEN 1984: N. van der Ben, "Empedocles' Cycle and Fragment 17,3-5 DK", *Hermes* 112 (1984) 281-296.
- VAN DER BEN 1999: N. van der Ben, "The Strasbourg Papyrus of Empedocles : Some Preliminary Remarks", *Mnemosyne* 52 (1999) 525-544.
- BENARDETE 2000: S. Benardete, "On Heraclitus", *RMeta* 53 (2000) 613-633.
- BENNEKOM 1975: R. van Bennekom, "The Definitions of σύνδεσμος and ἄρθρον in Aristotle, *Poetics* ch. 20", *Mnemosyne* 28 (1975) 399-411.
- BENVENISTE 1997: E. Benveniste, *Problemas de lingüística general*, t. I, Siglo XXI, México 1997¹⁹.
- BENVENISTE 1999: E. Benveniste, *Problemas de lingüística general*, t. II, Siglo XXI, México 1999¹⁵.
- BERNABÉ 2001: A. Bernabé, *De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos*, segunda edición ampliada, Alianza Editorial, Madrid 2001.

- BERRETTONI 1989a: P. Berrettoni, "An Idol of the School: The Aspectual Theory of the Stoics", *Rivista di Linguistica* 1.1 (1989) 33-68.
- BERRETTONI 1989b: P. Berrettoni, "Further Remarks on the Stoic Theory of Tenses", *Rivista di Linguistica* 1.2 (1989b) 251-275.
- BIEDA 2005: E. Bieda, "Una aproximación a la noción de *rhêma* en Aristóteles", en *¿Cómo decir lo real? El lenguaje como problema entre los griegos*, ed. por L. Castello & C. Mársico, Altamira, Buenos Aires 2005.
- BINNICK 1991: R. Binnick, *Time and the Verb. A Guide to Tense and Aspect*, Oxford University Press, Oxford 1991.
- BOLLACK 1965: J. Bollack, *Empédocle. I: Introduction a l'ancienne physique*, Les Éditions de Minuit, Paris 1965.
- BOLLACK 1969: J. Bollack, *Empédocle. II: Les origines*, Édition et traduction des fragments et des témoignages, Les Éditions de Minuit, Paris 1969.
- BOLLACK 1969: J. Bollack, *Empédocle. III: Les origines*, Commentaire 1, Les Éditions de Minuit, Paris 1969.
- BOLLACK 2001: J. Bollack, "'Voir la Haine'. Sur les nouveaux fragments d'Empédocle", *Methodos* 1 (2001) 173-185.
- BOLLACK 2003: J. Bollack, *Empédocle. Les purifications: un projet de paix universelle*, Éditions du Seuil, Paris 2003.
- BOSQUE & DEMONTE 1999: I. Bosque & V. Demonte (eds.), *Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, Espasa-Calpe, Madrid 1999.
- BOTNE 2003: R. Botne, "To Die Across Languages: Toward a Typology of Achievement Verbs", *Linguistic Typology* 7 (2003) 233-278.
- BRANCACCI 1990: A. Brancacci, Oikeios logos. *La filosofia del linguaggio di Antistene*, Bibliopolis, Napoli 1990.
- BREMMER 1994: J. Bremmer, *Greek Religion*, Oxford University Press, Oxford 1994.
- BRENTANO 1962: F. Brentano, *Wahrheit und Evidenz. Erkenntnistheoretische Abhandlungen und Briefe*, ed. por O. Kraus, Meiner, Hamburg 1962.
- BRUGMANN 1885: K. Brugmann, *Griechische Grammatik*, Beck, München 1885.

- BRUGMANN 1904: K. Brugmann, *Kurze vergleichende Grammatik der indogermanischen Sprachen*, Verlag K. Trübner, Strassburg 1904.
- BRUIT ZAIDMAN & SCHMITT PANTEL 1992: L. Bruit Zaidman y P. Schmitt Pantel, *Religion in the Ancient Greek City*, tr. Paul Cartledge, Cambridge University Press, Cambridge 1992.
- BRUNOT 1922: F. Brunot, *La Pensée et la langue: Méthode, principes et plan d'une théorie nouvelle du langage appliquée au français*, Masson, Paris 1922.
- BRUNDSCHWIG 1978: J. Brunschwig (ed.), *Les Stoïciens et leur logique*, Vrin, Paris 1978.
- BUBNOVA 1982-1983: T. Bubnova, "El texto literario, producto de interacción verbal", *Acta Poetica* 4-5 (1982-1983) 215-233.
- BULL 1960: W. E Bull, *Time, Tense, and the Verb: A Study in Theoretical and Applied Linguistics, with Particular Attention to Spanish*, University of California Press, Berkeley - Los Angeles 1960.
- BURKERT 1987: W. Burkert, *Greek Religion*, Blackwell, London 1987.
- BURKERT 1999: W. Burkert, "Diels' Vorsokratiker. Rückschau und Ausblick", en *Hermann Diels (1848-1922) et la science de l'antiquité*, Entretiens sur l'antiquité classique, t. 45, ed. por W. M. Calder III & J. Mansfeld, Fondation Hardt, Vandœuvres-Genève 1999, 169-197 [Discussion 198-206].
- BURNET 1957: J. Burnet, *Early Greek Philosophy*, Meridian Books, New York 1957³.
- BÜTTGEN, DIEBLER & RASHED 1999: P. Büttgen, S. Diebler y M. Rashed (eds.), *Théories de la phrase et de la proposition de Platon à Averroès*, Éditions Rue d'Ulm, Paris 1999.
- BYBEE 1985: J. Bybee, *Morphology: A Study of the Relation between Meaning and Form*, John Benjamins, Amsterdam - Philadelphia 1985.
- BYBEE & DAHL 1989: J. Bybee & Ö Dahl, "The Creation of Tense and Aspect System in the Languages of the World", *Studies in Language* 13 (1989) 51-103.

- BYBEE, PERKINS & PAGLIUCA 1994: J. Bybee, R. Perkins & W. Pagliuca, *The Evolution of Grammar: Tense, Aspect and Modality in the Languages of the World*, University of Chicago Press, Chicago - London 1994.
- CALVO MARTÍNEZ 1982: T. Calvo Martínez, *Aristóteles, Metafísica*, introd., trad. y notas de T. C. M., Gredos, Madrid 1982.
- CANTO 1987: M. Canto, *L'intrigue philosophique. Essai sur l'Euthydème de Platon*, Les Belles Letras, Paris 1987.
- CARGILE 1969: J. Cargile, "The Sorites Paradox", *The British Journal for the Philosophy of Science* 20 (1969) 193-202.
- CASTELLO & MÁRSICO 2005: L. Castello & C. Mársico (eds.), *¿Cómo decir lo real? El lenguaje como problema entre los griegos*, Altamira, Buenos Aires 2005.
- CAUJOLLE-ZASLAVSKY 1985: F. Caujolle-Zaslavsky, "La scholie de Stéphanos. Quelques remarques sur la théorie des temps du verbe attribuée aux stoïciens", *Histoire, Épistémologie, Langage* 7 (1985) 19-46.
- CHANCE 1992: T. H. Chance, *Plato's Euthydemus. Analysis of What Is and Is Not Philosophy*, University of California Press, Berkeley 1992.
- CHANTRAINE 1968: P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, Klincksieck, Paris 1968.
- CHANTRAINE 1973: P. Chantraine, *Grammaire homérique, Tome I: Phonétique et morphologie*, éd. Klincksieck, Paris 1973.
- CHANTRAINE 1981: P. Chantraine, *Grammaire homérique, Tome II: Syntaxe*, éd. Klincksieck, Paris 1981.
- CHANTRAINE 1983: P. Chantraine, *Morfología histórica del griego*, ed. Avesta, Barcelona 1983.
- CHERNISS 1935: H. Cherniss, *Aristotle's Criticism of Presocratic Philosophy*, Johns Hopkins Press, Baltimore 1935.
- CLEVE 1973: F. M. Cleve, *The Philosophy of Anaxagoras, as Reconstructed*, Nijhoff, The Hague 1973.
- COLVIN 2010: S. Colvin, "The Instantaneous Aorist: the Syntax of the Agora and the Syntax of Parnassus", en *DIC MIHI, MVSA, VIRVM*.

Homenaje al profesor Antonio López Eire, ed. por F. Cortés Gabaudan & J. Méndez Dosuna, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 2010, 113-121.

COMRIE 1976: B. Comrie, *Aspect. An Introduction to the Study of Verbal Aspect and Related Problems*, Cambridge University Press, Cambridge 1976.

CONCHE 1998: M. Conche, *Héraclite, Fragments*, PUF, Paris 1998.

CONSIGNY 2001: S. Consigny, *Gorgias, Sophist and Artist*, South Carolina University Press, South Carolina 2001.

COOPER 1998: G. L. Cooper III, *Attic Greek Prose Syntax*, vols. 1 - 2 (after K. W. Krüger), University of Michigan Press, Ann Arbor 1998.

COOPER 2002: G. L. Cooper III, *Greek Syntax. Early Greek Poetic and Herodotean Syntax*, vols 3-4 (after K. W. Krüger), University of Michigan Press, Ann Arbor 2002.

CORDERO 1978: N. L. Cordero, "Lenguaje, realidad y comunicación en Gorgias", *Escritos de Filosofía* 1 (1978) 135-142.

CORNAVACA 2008: R. Cornavaca, *Filósofos presocráticos. Fragmentos I*, edición bilingüe, Losada, Buenos Aires 2008.

CORNAVACA 2011: R. Cornavaca, *Filósofos presocráticos. Fragmentos II*, edición bilingüe, Losada, Buenos Aires 2011.

CORNFORD 1957: F. M. D. Cornford, *From Religion to Philosophy. A Study in the Origins of Western Speculation*, Harper & Row, New York - London 1957.

COSERIU 1996: E. Coseriu, *El sistema verbal románico, Siglo XXI*, Madrid-México 1996.

CURD 1991: P. K. Curd, "Knowledge and Unity in Heraclitus", *The Monist* 74 (1991) 531-550.

CURD 2001: P. Curd, "A New Empedocles? Implications of the Strasburg Fragments for Presocratics Philosophy", *Proceedings of the Boston Area Colloquium in Ancient Philosophy* 17 (2001) 27-49.

- CURD 2002: P. Curd, "Philosophes présocratiques: Remarques sur la construction d'une catégorie de l'historiographie philosophique", en *Qu'est-ce que la Philosophie Présocratique? / What is Presocratic Philosophy?*, ed. por A. Laks & C. Louguet, Presses Universitaires du Septentrion, Villeneuve d'Asq 2002, 115-138.
- CURD 2007a: P. Curd, "Presocratic Philosophy", en *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, <http://plato.stanford.edu/entries/presocratics/> consultado el 24/10/2010.
- CURD 2007b: P. Curd, *Anaxagoras of Clazomenae: Fragments and Testimonia. A text and translation with notes and essays*, University of Toronto Press, Toronto-Buffalo-London 2007.
- CURD 2008: P. Curd, "Anaxagoras and the Theory of Everything," en *The Oxford Handbook of Presocratic Philosophy*, ed. por P. Curd & D. W. Graham, Oxford University Press, Oxford 2008, 230-249.
- CURTIUS 1846: G. Curtius, *Bildung der Tempora und Modi im Griechischen und Lateinischen sprachvergleichend dargestellt*, Wilhelm Besser, Berlin 1846.
- CURTIUS 1852: G. Curtius, *Griechische Schulgrammatik*, J. G. Galvesschen Buchhandlung, Praga 1852.
- DAHL 1985: Ö. Dahl, *Tense and Aspect Systems*, Blackwell, Oxford - New York 1985.
- DAHL 2000: Ö. Dahl (ed.), *Tense and Aspect in the Languages of Europe*, Mouton de Gruyter, Berlin - New York 2000.
- DE LA VILLA 2006: J. de la Villa, "Reseña del libro de Lorente Fernández *L'aspect verbal*", *Emerita* 74 (2006) 170-174.
- DE MIGUEL 1999: C. De Miguel, "El aspecto léxico", en *Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, ed. por I. Bosque & V. Demonte, Espasa-Calpe, Madrid 1999, 2977-3060.
- DE RIJK 2002: L. De Rijk, *Aristotle: Semantics and Ontology, vol. 1: General Introduction. The Works on Logic*, Brill, Leiden-Boston-Koln 2002.
- DE SAUSSURE, MOESCHLER & PUSKÁS 2007: L. de Saussure; J. Moeschler & G. Puskás (eds.), *Tense, Mood and Aspect. Theoretical and Descriptive Issues*, Rodopi, Amsterdam-New York 2007.

- DE SAUSSURE, MOESCHLER & PUSKÁS 2007a: L. de Saussure; J. Moeschler & G. Puskás (eds.), *Etudes sémantiques et pragmatiques sur le temps, l'aspect et la modalité*, Rodopi, Amsterdam-New York 2007.
- DE SAUSSURE, MOESCHLER & PUSKÁS 2007b: L. de Saussure; J. Moeschler & G. Puskás (eds.), *Information temporelle, procédures et ordre discursif*, Rodopi, Amsterdam-New York 2007.
- DE SAUSSURE, MOESCHLER & PUSKÁS 2007c: L. de Saussure; J. Moeschler & G. Puskás (eds.), *Recent Advances in the Syntax and Semantics of Tense, Aspect and Modality*, de Gruyter, Berlin.
- DECKER 2001: R. Decker, *Temporal Deixis of the Greek Verb in the Gospel of Mark with Reference to Verbal Aspect*, Peter Lang, New York 2001.
- DECLERCK 1979: R. Declerck, "Aspect and the bounded/unbounded (telic/atelic) distinction", *Linguistics* 17 (1979) 761-794.
- DEICHGRÄBER 1938-1939: K. Deichgräber, "Bemerkungen zu Diogenes' Bericht über Heracklit", *Philologus* 93 (1938-1939) 12-30.
- DELBRÜCK 1897: B. Delbrück, *Vergleichende Syntax der Indogermanischen Sprachen*, Karl J. Trübner, Strassburg 1897.
- DENNISTON 1954: J. D. Denniston, *The Greek Particles*, Oxford University Press, Oxford 1954².
- DESBORDES 1989: F. Desbordes, "Les idées sur le langage avant la constitution des disciplines spécifiques", en *Histoire des idées linguistiques, tome I, La naissance des métalangages en Orient et en Occident*, ed. por S. AUROUX, Pierre Mardaga Éditeur, Liège-Bruxelles 1989, 149-161.
- DI BENEDETTO 1958 Y 1959: V. Di Benedetto, "Dionisio Trace e la Techne a lui attribuita", *ASNP* 27 (1958) 169-210 y *ASNP* 28 (1959) 87-118.
- DI BENEDETTO 1990: V. Di Benedetto, "At the Origins of Greek Grammar", *Glotta* 68 (1990) 19-39.
- DIANO & SERRA 1980: C. Diano y G. Serra, *Eraclito, I frammenti e le testimonianze*, Mondadori, Venezia 1980.
- DÍAZ TEJERA 1985: A. Díaz Tejera, "Tiempo físico y tiempo lingüístico en Aristóteles", *Revista española de lingüística* 15 (1985) 37-58.

- DIELS 1879: H. Diels, *Doxographi Graeci*, G. Reimer, Berlin 1879.
- DIELS & KRANZ 1959: H. Diels & W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, 3 vols., Weidmann, Berlin 1959. [=DK]
- DIVENOSA 2001: M. Divenosa, "Las categorías de *aspecto* y *modalidad* en griego clásico", en *Los antiguos griegos y su lengua*, ed. por V. Juliá, Editorial Biblos, Buenos Aires 2001, 95-104.
- DORION 2000: L. Dorion, "Euthydème et Dionysodore son-ils des Mégariques?", en *Plato: Euthydemus, Lysis, Charmides*, ed. por T. M. Robinson & L. Brisson, Academia Verlag, Sankt Augustin 2000, 35-50.
- DOWTY 1977: D. Dowty, "Toward a Semantic Analysis of Verb Aspect and the English 'Imperfective' Progressive", *Linguistics and Philosophy* 1 (1977) 45-78.
- DOWTY 1979: D. Dowty, *Word Meaning and Montague Grammar. The Semantics of Verbs and Times in Generative Semantics and in Montague's PTQ*, Springer, Dordrecht 1979.
- DUHOUX 1995: Y. Duhoux, "Études sur l'aspect verbal en Grec ancien, 1: présentation d'une méthode", *BSL* 90 (1995) 241-299.
- DUHOUX 2000: Y. Duhoux, *Le verbe grec ancien. Éléments de morphologie et de syntaxe historiques*, Peeters, Louvain-La-Neuve 2000.
- DUHOUX 2007: Y. Duhoux, "L'aspect verbal dans les dialectes grecs et ailleurs: les *Lois de Gortyne* comparées à Lysias et Isocrate", en *Die Altgriechischen dialekte. Wesen und Werden. Akten des Kolloquiums Freie Universität Berlin. 19 - 22 September 2001*, ed. por B. Stefan & I. Hajnal, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft, Innsbruck 2007, 59-90.
- DÜRING 1966: I. Düring, *Aristoteles. Darstellung und Interpretation seines Denkens*, C. Winter, Heidelberg 1966.
- EGGERS LAN 1979: C. Eggers Lan, "Anaxágoras de Clazomenas", en *Los filósofos Presocráticos*, vol. II, Gredos, Madrid 1979, 295-402.
- EGGERS LAN & JULIÁ 1981: C. Eggers Lan & V. Juliá, "Heráclito", en *Los filósofos presocráticos*, vo. I, Gredos, Madrid 1981, 311-397.

- EGLI 1993: U. Egli, "Neue Elemente im Bild der stoischen Logik", en *Dialektiker und Stoiker. Zur Logik der Stoa und ihrer Vorläufer*, ed. por K. Döring y T. Ebert, Franz Steiner, Stuttgart 1993, 129-139.
- EMILYN-JONES 1976: C. J. Emlyn-Jones, "Heraclitus and the Identity of Opposites", *Phronesis* 21 (1976) 89-114.
- ERBSE 1980: H. Erbse, "Zur normativen Grammatik der Alexandriner", *Glotta* 58 (1980) 236-258.
- ERTESCHIK-SHIR & RAPOPORT 2005: N. Erteschik-Shir & T. Rapoport (eds.), *The Syntax of the Aspect. Deriving Thematic and Aspectual Interpretation*, Oxford University Press, Oxford 2005.
- FANNING 1990: B. Fanning, *Verbal Aspect in New Testament Greek*, Oxford University Press, Oxford 1990.
- FISHER 2000: P. Fisher, "Sorites Paradox and Vague Geographies", *Fuzzy Sets and Systems* 113 (2000) 7-18.
- FORSYTH 1970: J. Forsyth, *A Grammar of Aspect*, Cambridge University Press, Cambridge 1970.
- FRANKE 1854: E. Franke, "Über den gnomischen Aorist der Griechen", *Berichte über die Verhandlungen der königlich sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften zu Leipzig, Philologisch-historische Classe* 6 (1854) 63-95.
- FRÄNKEL 1955: H. Fränkel, *Wege und Formen Frühgriechischen Denkens*, Beck, München 1955.
- FRÄNKEL 1962: H. Fränkel, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums. Eine Geschichte der griechischen Epik, Lyrik und Prosa bis zur Mitte der Fünften Jahrhunderts*, Beck, München 1962.
- FREDE 1974a: M. Frede, *Die Stoische Logik*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1974.
- FREDE 1974b: M. Frede, "Stoic vs. Aristotelian Syllogistic", *Archiv für Geschichte der Philosophie* 56 (1974) 1-32.
- FREDE 1977: M. Frede, "The origins of traditional grammar", en *Historical and Philosophical Dimensions of Logic, Methodology, and Philosophy of*

- Science*, ed. por R. Butts & I. Hintikka, Reidel, Dordrecht 1977, 51-79.
- FREDE 1978: M. Frede, "Principles of stoic grammar", en *The Stoics*, ed. por J. Rist, University of California Press, Berkeley-London 1978, 27-75.
- FREDE 1993: M. Frede, "The Stoic Doctrine of the Tenses of the Verb", en *Dialektiker und Stoiker. Zur Logik der Stoa und ihrer Vorläufer*, ed. por K. Döring y T. Ebert, Franz Steiner, Stuttgart 1993, 141-154.
- FRIEDLANDER 2005: P. Friedländer, "El lenguaje poético de Empédocles", *Synthesis* 12 (2005) 59-77.
- FRIEDRICH 1974: P. Friedrich, "On Aspect Theory and Homeric Aspect", *International Journal of American Linguistics Memoir* 28 (1974) 1-44.
- VON FRITZ 1943: K. von Fritz, "NOOΣ and NOEIN in the Homeric Poems", *CPh* 38 (1943) 79-93.
- VON FRITZ 1945: K. von Fritz, "NOΥΣ, NOEIN, and their Derivatives in Pre-Socratic Philosophy", *CPh* 40 (1945) 223-242.
- VON FRITZ 1946: K. von Fritz, "NOΥΣ, NOEIN, and their Derivatives in Pre-Socratic Philosophy", *CPh* 41 (1946) 12-34.
- VON FRITZ 1964: K. von Fritz, "Der NOΥΣ des Anaxagoras", *ABG* 9 (1964) 87-102.
- GAREY 1957: H. B. Garey, "Verbal Aspects in French", *Language* 33 (1957) 91-110.
- GERÖ 2001: E.-C. Gerö, "'Irrealis' and Past tense in Ancient Greek", *Glotta* 77 (2001) 178-197.
- GIGON 1945: O. Gigon, *Der Ursprung der griechischen Philosophie*, Schwabe, Basel 1945.
- GIORGI & PIANESI 1997: A. Giorgi & F. Pianesi, *Tense and Aspect. From Semantics to Morphosyntax*, Oxford University Press, Oxford 1997.
- GOLDSCHMIDT 1953: V. Goldschmidt, *Le Système Stoïcien et l'Idée de Temps*, Librairie Philosophique J. Vrin, Paris 1953.

- GÓMEZ TORREGO 2005: L. Gómez Torrego, *Valores gramaticales de "SE"*, Arco, Madrid 2005.
- GONZÁLEZ 1987: A González, *Aristóteles, Horacio, Artes poéticas*, introd., trad. y notas de A. G., Taurus, Madrid 1987.
- GOODWIN 1890: W. W. Goodwin, *Syntax of the Moods and Tenses of the Greek Verb*, rewritten and enlarged, Ginn & Co., Boston 1890.
- GOURINAT 2000: J. -B. Gourinat, *La dialectique des Stoïciens*, Vrin, Paris 2000.
- GRAHAM 1988: D. W. Graham, "Symmetry in the Empedoclean Cycle", *CQ* 38 (1988) 297-312.
- GRAHAM 1999: D. W. Graham, "Empedocles and Anaxagoras. Responses to Parmenides", en *Early Greek Philosophy*, ed. por A. A. Long, Cambridge University Press, Cambridge 1999, 159-180.
- GRAHAM 2006: D. W. Graham, *Explaining the Cosmos: The Ionian Tradition of Scientific Philosophy*, Princeton University Press, Princeton - Oxford 2006.
- GREBE 1966: P., Grebe (ed.) (1966), *Grammatik der deutschen Gegenwartssprache. Der Grosse Duden*, vol. 4, Bibliographisches Institut, Mannheim 1966².
- GREVISSE 1949: M. Grevisse, *Le bon usage, cours de grammaire française et de langage français*, Duculot, Gembloux 1949⁴.
- VAN GRONINGEN 1953: B. A. van Groningen, *In the Grip of the Past. Essay on an Aspect of Greek Thought*, Brill, Leiden 1953.
- VAN GRONINGEN 1958: B. A. van Groningen, *La composition littéraire archaïque grecque: procédés et réalisations*, N. V. Noord-. Hollandsche Uitgevers Maatschappij, Amsterdam 1958.
- VAN GRONINGEN 1971: B. A. van Groningen, "Empédocle poète", *Mnemosyne* 24 (1971) 169-188.
- GUILLAUME 1964: G. Guillaume, *Langage et science du langage*, Librairie A.-G. Nizet et Québec, Presses de l'Université Laval, Paris 1964.
- GUTHRIE 1965: W. Guthrie, *A History of Greek Philosophy*, vol. 2, Cambridge University Press, Cambridge 1965.

- HAVELOCK 1976: E. Havelock, *Origins of Western literacy*, Ontario Institute for Studies in Education, Toronto 1976
- HAVELOCK 1982: E. Havelock, *The Literate Revolution in Greece and its Cultural Consequences*, Princeton University Press, Princeton 1982.
- HAVELOCK 1986: E. Havelock, *The Muse Learns to Write: Reflections on Orality and Literacy from Antiquity to the Present*, Yale University Press, New Haven 1986.
- HEIDEGGER 1994: M. Heidegger, "Logos (Heráclito, fragmento 50)", en *Conferencias y artículos*, trad. E. Barjau, Serbal, Barcelona 1994, 179-199.
- HEIDEGGER 2012: M. Heidegger, *Heráclito*, trad. C. Másmela, El hilo de Ariadna, Buenos Aires 2012.
- HEWSON 2006: J. Hewson, "Le système verbal du grec ancien: trois distinctions de temps, ou deux?", *Glotta* 82 (2006) 96-107.
- HOLLEY 1953: N. Holley, "The Aorist in μή Clauses", *CR* 3 (1953) 2-3.
- HÖLSCHER 1965: U. Hölscher, "Weltzeiten und Lebenszyklus: eine Nachprüfung der Empedokles-Doxographie", *Hermes* 93 (1965) 7-33.
- HOLT 1943: J. Holt, *Etudes d'aspect*, Ejnar Munksgaard, Copenhagen 1943.
- HUMBERT 1940: J. Humbert, "L'aorist indicatif. Rend-il nécessairement passé?", *REA* 42 (1940) 187-191.
- HUMBERT 1954: J. Humbert, *Syntaxe Grecque*, Klincksieck, Paris 1954².
- HÜLSER 1979: K. Hülser, "Expression and Content in Stoic Linguistic Theory", en *Semantics from Different Points of View*, ed. por R. Bäuerle, U. Egli & A. v. Stechow, Springer, New York 1979, 284-303.
- ICYER 2010: F. Icyer, *Los diferentes usos del clítico "se"*, Norderstedt, Grin 2010.
- ILDEFONSE 1997: F. Ildéfonse, *La naissance de la grammaire dans l'antiquité grecque*, Librairie Philosophique J. Vrin, Paris 1997.
- INVERSO 2011: H. Inverso, "Ontología y verdad: la dimensión antepredicativa y el problema de los simples en Antístenes, Platón y Aristóteles", en

Polythrýleta. Sistemas explicativos y mutación conceptual en el pensamiento griego, ed. por C. Mársico, Rthesis, Buenos Aires 2011, 171-187.

INWOOD 1985: B. Inwood, *Ethics and Human Action in Early Stoicism*, Oxford University Press, Oxford 1985.

INWOOD 2000: B. Inwood, "Empedocles. Review of Martin & Primavesi, *L'Empédocle de Strasbourg*", CR 50 (2000) 5-7.

INWOOD 2001: B. Inwood, *The Poem of Empedocles. A Text and Translation with an Introduction*, revised edition, University of Toronto Press, Toronto 2001.

JACKSON 1990: R. Jackson, "Socrates' Iolaos: Myth and Eristic in Plato's *Euthydemus*", CQ 40 (1990) 378-395.

JAEGER 1979: W. Jaeger, *La teología de los primeros filósofos griegos*, Fondo de Cultura Económica, México 1979.

JAKOBSON 1971: R. Jakobson, *Selected Writings II: Word and Language*, Mouton, The Hague-Paris 1971.

JANKO 2004: R. Janko, "On Nature, I.233-364: A New Reconstruction of P. Strasb. Gr. Inv. 1665-6", ZPE 150 (2004) 1-26.

JESPERSEN 1924: O. Jespersen, *The Philosophy of Grammar*, George Allen & Unwin, London 1924.

JOHANSON 2000: L. Johanson, "Viewpoint operators in European languages", en *Tense and Aspect in the Languages of Europe*, ed. por Ö Dahl (ed.), Mouton de Gruyter, Berlin - New York 2000, 27-188.

JOLY 1986: H. Joly (ed.), *Philosophie du langage et grammaire dans l'antiquité*, Editions Ousia, Bruxelles 1986.

JULIÁ 2001: V. Juliá, "Fundamentos de gramática estoica", en *Los antiguos griegos y su lengua*, ed. por V. Juliá, Editorial Biblos, Buenos Aires 2001, 53-70.

KAHN 1973: C. Kahn, *The Verb "Be" in Ancient Greek*, Reidel, Dordrecht - Boston 1973.

- KAHN 1979: C. H. Kahn, *The Art and Thought of Heraclitus*, Cambridge University Press, Cambridge 1979.
- KAHN 1986: C. H. Kahn, "Retrospect on the Verb 'to Be' and the Concept of Being", en *The Logic of Being: Historical Studies*, ed. por S. Knuuttila & J. Hintikka, Reidel, Dordrecht 1986, 1-28.
- KARSTEN 1838: S. Karsten, *Empedoclis Agrigentini carminum reliquiae, de vita ejus et studiis disseruit, fragmenta explicuit, philosophiam illustravit*, Sumptibus J. Müller, Amsterdam 1838.
- KEMMER 1993: S. Kemmer, *The Middle Voice*, John Benjamins, Amsterdam 1993.
- KENNY 1963: A. Kenny, *Action, Emotion and Will*, Routledge, London 1963.
- KERBRAT-ORECCHIONI 1993: C. Kerbrat-Orecchioni, *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, Edicial, Buenos Aires 1993.
- KIRK 1954: *Heraclitus. The Cosmic Fragments*, Cambridge University Press, Cambridge 1954.
- KIRK, RAVEN & SCHOFIELD 1983: G. S. Kirk, J. Raven & M. Schofield, *The Presocratic Philosophers*, Cambridge University Press, Cambridge 1983².
- KRAVAR 1967: M. Kravar, "Autour de l'aoriste intemporel en grec", *Zhiva Antika* 17 (1967) 33-48.
- KUEHNE 1978: C. Kuehne, "Translating the Aorist Indicative", *Journal of Theology* 18 (1978) 19-26.
- KÜHNER & GERTH 1898: R. Kühner & B. Gerth, *Ausführliche Grammatik der griechischen Sprache*, Hahnsche Buchhandlung, Hannover-Leipzig 1898³.
- LA CROCE 1979: E. La Croce, "Empédocles de Agrigento", en *Los filósofos presocráticos*, vol. II, Gredos, Madrid 1979, 129-294.
- LAKS 1999: A. Laks, "À propos du nouvel Empédocle: les vers 267-290 du poème physique étayent-ils l'hypothèse d'une double zoogonie?", *Hyperboreus* 5 (1999) 15-21.

- LAKS 2000: A. Laks, "Metaphysics Λ 7", en *Aristotle's Metaphysics Lambda. Symposium Aristotelicum*, ed. por M. Frede & D. Charles, Oxford University Press, Oxford 2000, 207-243.
- LAKS 2001: A. Laks, "À propos de l'édition de l'Empédocle de Strasbourg", *Méthexis* 14 (2001) 117-125.
- LAKS 2002a: A. Laks, "Les Fonctions de l'Intellect. À propos, derechef, du Nous d'Anaxagore", *Methodos* 2 (2002) 7-31.
- LAKS 2002b: A. Laks, "Philosophes présocratiques: Remarques sur la construction d'une catégorie de l'historiographie philosophique", en *Qu'est-ce que la Philosophie Présocratique? / What is Presocratic Philosophy?*, ed. por A. Laks & C. Louguet, Presses Universitaires du Septentrion, Villeneuve d'Asq 2002, 17-38.
- LAKS 2002c: A. Laks, "Reading the Readings: on the First Person Plurals in the Strasbourg Empedocles", en *Presocratic philosophy: Essays in honour of Alexander Mourelatos*, ed. por V. Carston & D. W. Graham, Ashgate, Aldershot 2002, 127-138.
- LAKS 2003: A. Laks, "Come si scrive la storia degli inizi? A proposito dei Presocratici", *Paradigmi* 62 (2003) 233-259.
- LAKS 2005: A. Laks, "Some Thoughts about Empedoclean Cosmic and Demonic Cycles", en *The Empedoclean Κόσμος: Structure, Process and the Question of Cyclicity*, Part I: Papers, ed. por A. Pierris, Institute for Philosophical Research, Patras 2005, 265-282.
- LAKS 2010: A. Laks, *Introducción a la filosofía "presocrática"*, Gredos, Madrid 2010.
- LALLOT 1985: J. Lallot, "La description du temps du verbe chez trois grammairiens grecs (Apollonius, Stephanos, Planude)", *Histoire, Epistémologie, Langage* 7, 1 (1985) 47-81.
- LALLOT 1988: J. Lallot, "Origines et développement de la théorie des parties du discours en Grèce", *Langages* 92 (1988) 11-23.
- LALLOT 1989: J. Lallot, *La grammaire de Denys le Thrace*, CNRS Éditions, Paris 1989.
- LANZA 1966: D. Lanza, *Anassagora. Testimonianze e Frammenti*, La nuova Italia, Firenze 1966.

- LAUSDEI 1983: C. Lausdei, "Logos in Eraclito e in Erodoto", en *Atti del symposium heracliteum 1981*, vol. 1: Studi, ed. por L. Rossetti, Ediz. dell' Ateneo, Roma 1983, 73-81
- LAW & SLUITER 1998: V. Law & I. Sluiter, I. (eds.), *Dionysius Thrax and the Téchne Grammatiké*, Nodus Publikationen, Münster 1998.
- LESHER 1983: J. Lesher, "Heraclitus' Epistemological Vocabulary", *Hermes* 111 (1983) 155-170.
- LESHER 1995: J. Lesher, "Mind's Knowledge and Powers of Control in Anaxagoras DK B12", *Phronesis* 40 (1995) 125-142.
- LESSES 1998: G. Lesses, "Content, Cause and Stoic Impressions", *Phronesis* 43 (1998) 1-25.
- LEWIS 2000: E. Lewis, "Anaxagoras and the Seeds of a Physical Theory," *Apeiron* 33 (2000) 1-23.
- LSJ: *A Greek-English Lexicon*, ed. por H. G. Liddell & R. Scott, revised and augmented by R. S. Jones, R. MacKenzie and others, with Suppl., Oxford University Press, Oxford 1996.
- LISI 2011: F. Lisi, "La traducción de los textos filosóficos clásicos", *Ordia Prima* 10 (2011) 159-186.
- LLOYD 1907: A. Lloyd, "The Poetry of Anaxagoras's Metaphysics", *The Journal of Philosophy. Psychology and Scientific Methods* 4 (1907) 85-94.
- LLOYD 1990: A. L. Lloyd, "A Reply to O. Szemerényi: 'The Origin of Apect in the Indo-European Languages'", *Glotta* 68 (1990) 129-131.
- LLOYD 1966: G. E. R. Lloyd, *Polarity and Analogy. Two Types of Argumentation in Early Greek Thought*, Cambridge University Press, Cambridge 1966.
- LLOYD 1999: M. A. Lloyd, "The Tragic Aorist", *CQ* 49 (1999) 24-45.
- LONG 1971: A. A. Long (ed.), *Problems in Stoicism*, Athlone Press, London 1971.
- LONG 1974: A. A. Long, "Empedocles' Cosmic Cycle in the Sixties", *The Pre-Socratics. A Collection of Critical Essays*, ed. por A. P. D. Mourelatos, Anchor Press, New York 1974, 397-425.

- LORENTE FERNÁNDEZ 2003: P. Lorente Fernández, *L'aspect verbal en Grec Ancien. Le choix des thèmes verbaux chez Isocrate*, Peeters, Louvain-La-Neuve 2003.
- LUHTALA 2000: A. Luhtala, *On the Origin of Syntactical Description in Stoic Logic*, Nodus Publikationen, Münster 2000.
- LYONS 1977: J. Lyons, *Semantics*, 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge 1977.
- MACAULAY 1978: R. Macaulay, "Review of *Aspect* by B. Comrie (1976) and *On Aspect Theory and Homeric Aspect* by P. Friedrich (1974)", *Language* 54 (1978) 416-20.
- MACDONALD 2008: J. MacDonald, *The Syntactic Nature of Inner Aspect. A Minimalist Perspective*, John Benjamins, Amsterdam 2008.
- MACLENNAN 1962: L. J. MacLennan, *El problema del aspecto verbal. Estudio crítico de sus presupuestos*, Gredos, Madrid 1962.
- MANSFELD 1972: J. Mansfeld, "Ambiguity in Empedocles B 17.3-5", *Phronesis* 17 (1972) 17-39.
- MANSFELD 1992: J. Mansfeld, *Heresiography in Context. Hippolytus' Elenchos as a Source for Greek Philosophy*, Brill, Leiden 1992.
- MANSFELD 1999: J. Mansfeld "Doxographi Graeci", en *Hermann Diels (1848-1922) et la science de l'antiquité*, Entretiens sur l'antiquité classique, t. 45, ed. por W. M. Calder III & J. Mansfeld, Fondation Hardt, Vandœuvres-Genève 1999, 143-164 [Discussion 165-168]
- MANSFELD 2008: J. Mansfeld, "Doxography of Ancient Philosophy", en *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, ed. por E. N. Zalta 2008. <http://plato.stanford.edu/entries/doxography-ancient/> consultado el 24/10/2010.
- MANSFELD & RUNIA 1997: J. Mansfeld & D. T. Runia, *Aëtiana. The Method and Intellectual Context of a Doxographer, Vol. I: The Sources*, Brill, Leiden 1997.
- MARCOVICH 1966: M. Marcovich, "On Heraclitus", *Phronesis* 11 (1966) 19-30.
- MARCOVICH 1967: M. Marcovich, *Heraclitus. Editio Maior*. Greek text with a short commentary, Mérida, 1967

- MAROUZEAU 1950: J. Marouzeau, *Aspects du Français*, Masson et Cie., Paris 1950.
- MÁRSICO 2000: C. Mársico, "Partes del discurso y estructura anafórica en la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo", *Scholía* 9 (2000) 82-95.
- MÁRSICO 2001a: C. Mársico, "Dialéctica y gramática en el estoicismo antiguo", *Argos* 23 (2001) 125-144.
- MÁRSICO 2001b: C. Mársico, "Las estrategias de delimitación de artículo y pronombre en la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo", *QUCC* 69 (2001) 81-99.
- MÁRSICO 2001c: C. Mársico, "Aspecto y tiempos gramaticales en el estoicismo", en *Los antiguos griegos y su lengua*, ed. por V. Juliá, Editorial Biblos, Buenos Aires 2001, 71-94.
- MÁRSICO 2002: C. Mársico, "Estudio preliminar", en *Platón, Banquete*, GEA, Buenos Aires 2002.
- MÁRSICO 2003: C. Mársico, "Los tiempos del verbo en la 'gramática' estoica", *CFC (egi)* 13 (2003) 41-68.
- MÁRSICO 2005: C. Mársico, *El surgimiento de la gramática en Occidente: de la dialéctica estoica a la Téchne Grammatiké*, Tesis de Doctorado FFyL, Buenos Aires 2005.
- MÁRSICO 2007: C. Mársico, *Polémicas y paradigmas en la invención de la gramática*, *Ordia Prima Studia* 3, Ediciones del Copista, Córdoba 2007.
- MÁRSICO 2010: C. Mársico, *Zonas de tensión dialógica y enseñanza de la filosofía griega*, Del Zorzal, Buenos Aires 2010.
- MÁRSICO 2011: C. Mársico, "Ejes para pensar lo griego", en *Polythryléta. Sistemas explicativos y mutación conceptual en el pensamiento griego*, ed. por C. Mársico, Rthesis, Buenos Aires 2011.
- MÁRSICO 2012: C. Mársico, *Sócrates y los socráticos. Cartas*, Miluno, Buenos Aires 2012.
- MÁRSICO 2013: C. Mársico, *Platón ama a Dion. Filosofía del lenguaje en el estoicismo*, Rthesis, Buenos Aires 2012.

- MÁRSICO & INVERSO 2012: *Platón, Eutidemo*, Introducción, traducción y notas, Losada, Buenos Aires 2012.
- MARTIN & PRIMAVERESI 1999: A. Martin y O. Primavera, *L' Empédocle de Strasbourg* (P. Strasb. gr. Inv. 1665-1666). *Introduction, édition et commentaire*, B.N.U.S. & W. de Guyter, Berlin-New York 1999.
- MARTÍN GARCÍA 2008: J. Martín García, *Los filósofos cínicos y la literatura moral serioburlesca*, 2 vols., Akal, Madrid 2008.
- MATES 1953: B. Mates, *Stoic Logic*, University of California Press, Berkeley 1953.
- MAZZARA 1999: G. Mazzara, *Gorgia. La retorica del verosimile*, Academia Verlag, Sankt Augustin 1999.
- MCCOMISKEY 2002: B. McComiskey, *Gorgias and the New Sophistic Rhetoric*, Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville 2002.
- MCKAY 1965: K. McKay (1965), "The Use of the Ancient Greek Perfect down to the Second Century A. D.", *BICS* 12 (1965) 1-21.
- MCKAY 1980: K. McKay, "On the Perfect and Other Aspects in the Greek Non-Literary Papyri", *BICS* 27 (1980) 23-49.
- MCKAY 1994: K. McKay, *A New Syntax of the Verb in New Testament Greek. An Aspectual Approach*, Peter Lang - New York 1994.
- MEILLET 1908: A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues Indo-européennes*, Hachette, Paris 1908.
- MICHAELIS 1998: L. Michaelis, *Aspectual Grammar and Past-Time Reference*, Routledge, London 1998.
- MICHELINI 2000: A. Micheli, "Socrates Plays the Buffoon: Cautionary Protreptic in *Euthydemus*", *AJPh* 121 (2000) 509-535.
- MIÉ 1996: F. Mié, "Movimiento y Razón en Anaxágoras", *Argos* 20 (1996) 57-80.
- MIÉ 2004: F. Mié, *Dialéctica, predicación y metafísica en Platón. Investigaciones sobre el Sofista y los diálogos tardíos*, Ediciones del Copista, Córdoba 2004.

- MIKALSON 2005: J. Mikalson, *Ancient Greek Religion*, Blackwell, London 2005.
- MILLERD 1908: C. E. Millerd, *On the Interpretation of Empedocles*, University of Chicago Press, Chicago 1908.
- MINIO-PALUELLO 1963: L. Minio-Paluello, *Aristotle Categoriae et Liber de Interpretatione*, Oxford University Press, Oxford 1963.
- MLYNARCZYK 2004: A. K. Mlynarczyk, *Aspectual Pairing in Polish*, LOT, Utrecht 2004.
- MOLINA REDONDO 1976: J. Molina Redondo, *Usos de "se"; cuestiones sintácticas y léxicas*, Sociedad General Española de Librería, Madrid 1976.
- MOLLER 1853: E. Moller, "Über den gnomischen Aorist", *Philologus* 8 (1853) 113-129.
- MOLLER 1854: E. Moller, "Über den gnomischen Aorist. Zweiter Artikel", *Philologus* 9 (1854) 346-366.
- MONDOLFO 1966: R. Mondolfo, *Heráclito. Textos y problemas de su interpretación, Siglo XXI*, México 1966.
- MORAVCSIK 1991: J. M. Moravcsik, "Appearance and Reality in Heraclitus' Philosophy", *The Monist* 74 (1991) 551-567.
- MORIMOTO 1998: Y. Morimoto, *El Aspecto Léxico: delimitación*, Cuadernos de Lengua Española, Arco Libros, Madrid 1998.
- MOURELATOS 1978: A. Mourelatos, "Events, processes, and states", *Linguistics and Philosophy* 2 (1978) 415-434.
- MÜLLER 1988: R. Müller, *Introduction à la pensée des Mégariques*, Vrin, Paris 1988.
- MUSIČ 1892: A Musič, "Gnomički aorist u grčkom i hrvatskom jeziku", *Rad JAZU* 112 (1892) 1-40.
- NAPOLI 2006: M. Napoli, *Aspect and Actionality in Homeric Greek. A Contrastive Analysis*, FrancoAngeli, Milano 2006.
- NAPOLI 2007: M. Napoli, "Telicity as a parameter of aspect in Homeric Greek. Activity and accomplishment verbs", *Indogermanische Forschungen* 112 (2007) 124-169.

- NEHAMAS 1990: A Nehamas, "Eristic, Antilogic, Sophistic, Dialectic: Plato's Demarcation of Philosophy from Sophistry", *History of Philosophy Quarterly* 7 (1990) 3-16.
- NICKAU 1993: K. Nickau, "Zum Verbalaspekt der Imperative in Aristophanes' Acharnern 1097-1142", *Glotta* 71 (1993) 158-166.
- O'BRIEN 1967: D. O'Brien, "Empedocles' Cosmic Cycle", *CQ* 17 (1967) 29-40.
- O'BRIEN 1969: D. O'Brien, *Empedocles Cosmic Cycle: a Reconstruction from the Fragments and Secondary Sources*, Cambridge University Press, Cambridge 1969.
- O'BRIEN 1981: D. O'Brien, *Pour interpréter Empédocle*, Les Belles Lettres - Brill, Paris-Leiden 1981.
- O'BRIEN 2001: D. O'Brien, "Empedocles: The Wandering Daimon and the Two Poems", *Aevum antiquum* 1 (2001) 79-179.
- OSBORNE 1987: C. Osborne, "'Empedocles Recycled'", *CQ* 37 (1987) 24-50.
- OSBORNE 2000: C. Osborne, "Rummaging in the Recycling Bins of Upper Egypt: A Discussion of A. Martin and O. Primavesi, *L'Empédocle de Strasbourg*", *OSAPh* 18 (2000) 326-359.
- PANZERBIETER 1844: R. Panzerbieter, "Beiträge zur Kritik und Erklärung des Empedokles", en *Einladungs-Programm des Gymnasium Bernhardinum in Meiningen*, Meiningen 1844, 1-35.
- PEARSON 2005: G. B. Pearson, "Aristotle on Being-as-Truth", *OSAPh* 28 (2005) 201-231.
- PECORELLA 1962: G. Pecorella, *Dionisio Trace, Τέχνη Γραμματική*, Capelli, Bologna 1962.
- PÉRISTÉRAKIS 1962: A. Péristéarakis, *Essai sur l'aoriste intemporel en grec*, Th. Doc., Athens 1962.
- PETRILLI 1997: R. Petrilli, *Temps et détermination dans la grammaire et la philosophie anciennes*, Nodus Publikationen, Münster 1997.
- PFEIFFER 1968: P. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica*, Gredos, Madrid 1968.

- PICOT 2007: J.-C. Picot, "Empedocles, Fragment 115.3: Can One of the Blessed Pollute his Limbs with Blood", en *Reading Ancient Texts, Volume I: Presocratics and Plato. Essays in Honour of Denis O'Brien*, ed. por S. Stern-Gillet & K. Corrigan, Brill, Leiden-Boston 2007, 41-56.
- PINBORG 1975: J. Pinborg, "Classical Antiquity: Greece", *Current Trends in Linguistics* 13 (1975) 69-126.
- PISTORIUS 1967: P. Pistorius, "Some Remarks on the Aorist Aspect in the Greek New Testament", *AClass* 10 (1967) 33-39.
- POHLENZ 1939: M. Pohlenz, "Die Begründung der abendländischen Sprachlehre durch die Stoa", *Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, philologisch-historische Klasse* 3 (1939) 151- 198. Reimp. en M. Pohlenz, *Kleine Schriften*, G. Olms, Hildesheim 1965, 39-86].
- POIBEAU 1993: T. Poibeau, "Activation et neutralisation des oppositions d'aspect (Aristophane, *Nuées* et *Thesmophories*)", *RPh* 67 (1993) 287-293.
- PORTER 1993: J. Porter, "The seductions of Gorgias", *ClAnt* 12 (1993) 267-299.
- POUTSMA 1926: H. Poutsma, *A Grammar of Late Modern English*, Noordhoff, Groningen 1926.
- PRIMAVESI 2001: O. Primavesi, "La daimonologia della fisica empedoclea", *Aevum Antiquum* 1 (2001) 3-68.
- PRIMAVESI 2007: O. Primavesi, "Empédocle : divinité physique et mythe allégorique", *Philosophie antique* 7 (2007) 51-89.
- RASHED 2001: M. Rashed, "La chronographie du système d'Empédocle: documents byzantins inédits", *Aevum Antiquum* 1 (2001) 237-259.
- RASHED 2008: M. Rashed, "Le proème des *Catharmes* d'Empédocle. Reconstitution et commentaire", *Elenchos* 29 (2008) 7-37.
- RASHED 2011: M. Rashed, "La zoogonie de la Haine selon Empédocle : retour sur l'ensemble 'd' du papyrus d'Akhmîm", *Phronesis* 56 (2011) 33-57.
- REINHARDT 1916: K. Reinhardt, *Parmenides und die Geschichte der griechischen Philosophie*, F. Cohen, Bonn 1916.

- REINHARDT 1942: K. Reinhardt, "Heraclitea", *Hermes* 77 (1942) 225-248.
- REYNOLDS 1969: S. Reynolds, "The Zero Tense in Greek", *Westminster Theological Journal* 32 (1969) 68-72.
- RIJKSBARON 1994: A. Rijksbaron 1994, *The Syntax and Semantics of the Verb in Classical Greek*, J. C. Gieben, Amsterdam 1994.
- ROBINS 1966: R. H. Robins, "The Development of the Word Class System of the European Grammatical Tradition", *Foundations of Language* 2 (1966) 3-19.
- ROBINSON 1983: T. Robinson, "Esiste una dottrina del logos in Eraclito?", en *Atti del Symposium Heracliteum 1981*, ed. por L. Rossetti, Edizioni dell' Ateneo, Roma 1983.
- ROBINSON 1987: T. M. Robinson, *Heraclitus, Fragments. A Text and Translation with a Commentary*, University of Toronto Press, Toronto - Buffalo - London 1987.
- ROCHETTE 2003: B. Rochette, "Remarques sur l'élaboration de la conscience linguistique des Grecs", *Glotta* 79 (2003) 175-204.
- ROSE 1942: J. Rose, "The Durative and Aoristic Tenses in Thucydides", *Language* 18 (1942) 5-49.
- ROSENFELD-LÖFFLER 2006: A. Rosenfeld-Löffler, *La poétique de'Empédocle. Cosmologieet métaphore*, Peter Lang, Bern - Berlin 2006.
- RUIJGH 1985: C. J. Ruijgh, "L'emploi 'inceptif' du thème du présent du verb grec", *Mnemosyne* 38 (1985) 1-61.
- RUIPÉREZ 1954: M. Sánchez Ruipérez, *Estructura del sistema de aspectos y tiempos del verbo griego antiguo*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Salamanca 1954.
- RYLE 1949: G. Ryle, *The Concept of Mind*, Hutchinson & Co. Ltd., London 1949.
- SALMON 1960: A. Salmon, "L'aorist dit gnomique", *LEC* 28 (1960) 402-423.
- SCHENKEVELD 1995: D. Schenkeveld, "Dionysius's *Parangélmata*", en V. Law - I. Sluiter (éds.), *Dionysius Thrax and the Téchnē Grammatiké*, Münster, 1995

- SCHLEIERMACHER: F. Schleiermacher, "Herakleitos der dunkle von Ephesos, dargestellt aus den Trümmern seines Werkes und den Zeugnissen der Alten", *Museum der Alterthumswissenschaft* 1 (1807) 313-533.
- SCHOFIELD 1980: M. Schofield, *An Essay on Anaxagoras*, Cambridge University Press, Cambridge 1980.
- SCHWYZER 1950: E. Schwyzler, *Griechische Grammatik*, Bd. II: *Syntax und syntaktische Stilistik*, suppl. y ed. por A. Debrunner, Beck, München 1950.
- SEDLEY 1998: D. Sedley, *Lucretius and the Transformation of Greek Wisdom*, Cambridge University Press, Cambridge 1998.
- SERRANO 1990: R. Serrano, "ONOMA, PHMA y ΠΤΩΣΙΣ en Aristóteles", *Habis* 21 (1990) 51-69.
- SICKING 1991a: C. M. J. Sicking, "The Distribution of Aorist and Present Tense Stem Forms in Greek. Especially in the Imperative", *Glotta* 69 (1991) 14-43.
- SICKING 1991b: C. M. J. Sicking, "The Distribution of Aorist and Present Tense Stem Forms in Greek. Especially in the Imperative", *Glotta* 69, 154-170.
- SICKING 1996: C. M. J. Sicking, "Aspect Choice. Time Reference and Discourse Function?", en C. M. J. Sicking & P. Stork, *Two Studies in the Semantics of the Verb in Classical Greek*, Brill, Leiden 1996, 1-118.
- SIDER 2005: D. Sider, *The Fragments of Anaxagoras*, Introduction, Text and Commentary, Academia Verlag, Sankt Augustin 2005².
- SILLITI 1981: G. Silliti, *Tragelaphos: storia di una metáfora e di un problema*, Bibliopolis, Napoli 1981.
- SISKO 2003: J. Sisko, "Anaxagoras' Parmenidean Cosmology: Worlds within Worlds within the One", *Apeiron* 26 (2003) 87-114.
- SISKO 2009: J. Sisko, "On the Question of Homeomerity in Anaxagorean Physics", *Apeiron* 42 (2009) 89-103.
- SLUITER 1990: I. Sluiter, *Ancient Grammar in Context. Contributions to the Study of Ancient Linguistic Thought*, VU University Press, Amsterdam 1990.

- SMITH 1997: C. E. Smith, *The Parameter of Aspect*, Kluwer Academic Publ., Dordrecht 1997.
- SNELL 1924: B. Snell, *Die Ausdrücke für den Begriff des Wissens in der vorplatonischen Philosophie*, Weidmannsche Buchhandlung, Berlin 1924.
- SNELL 1926: B. Snell, "Die Sprache Heraklits", *Hermes* 61 (1926) 353-381.
- SOLMSEN 1965: F. Solmsen, "Love and Strife in Empedocles' Cosmogony", *Phronesis* 10 (1965) 109-148.
- SORABJI 2006: R. Sorabji, *Time, Creation and the Continuum: Theories in Antiquity and the Early Middle Ages*, University of Chicago Press, Chicago 2006.
- SPRAGUE 1962: R. Sprague, *Plato's Use of Fallacy. A Study of the Euthydemus and Some Other Dialogues*, Routledge, London 1962.
- STEINTHAL 1891: K. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern; mit besonderer Rücksicht auf die Logik*, F. Dümmers, Berlin 1891.
- STEIN 1852: H. Stein, *Empedoclis Agrigentini Fragmenta disposuit recensuit adnotavit*, Adolph Marcus, Bonn 1852.
- STENGER 2004: J. Stenger, *Poetische Argumentation. Die Funktion der Gnomik in den Epinikien des Bakchylides*, De Gruyter, Berlin & New York 2004.
- STREITBERG 1891: W. Streitberg, "Perfective und imperfective Actionsart im Germanischen", *Beiträge zur Geschichte der deutschen Sprache* 15 (1891) 70-177.
- SWIGGERS & WOUTERS 2002: P. Swiggers & A. Wouters (eds.), *Grammatical Theory and Philosophy of Language in Antiquity*, Peeters, Leuven 2002.
- SZEMERÉNYI 1987: O. Szemerényi, "The Origin of Aspect in the Indo-European Languages", *Glotta* 65 (1987) 1-18.
- TANNERY 1886: P. Tannery, "La théorie de la matière d'Anaxagore", *RPhilos* 22 (1886) 255-274.

- TANNERY 1887: P. Tannery, *Pour l'histoire de la science hellène. De Thalès à Empédocle*, Felix Alcan, Paris 1887.
- TATEVOSOV 2002: S. Tatevosov, "The Parameter of Actionality", *Linguistic Typology* 6 (2002) 317-401.
- TAYLOR 1987: D. Taylor, *The History of Linguistics in the Classical Period*, John Benjamins, Amsterdam-Philadelphia 1987.
- TEODORSSON 1982: S.-T. Teodorsson, *Anaxagoras' Theory of Matter*, Acta Universitatis Gothoburgensis, Göteborg 1982.
- THIEROFF 2000: R. Thieroff, "On the Areal Distribution of Tense-Aspect Categories in Europe", en *Tense and Aspect in the Languages of Europe*, ed. por Ö Dahl (ed.), Mouton de Gruyter, Berlin - New York 2000, 265-305.
- TIGNER 1979: S. Tigner, "Stars, Unseen Bodies and the Extent of the Earth in Anaxagoras' Cosmogony: Three Problems and Their Simultaneous Solution", en *Arktouros. Hellenistic Studies presented to Bernard M. W. Knox on the Occasion of his 65th Birthday*, ed. por G. W. Bowersock, W. Burkert & M. C. J. Putnam, De Gruyter, Berlin 1979, 330-335.
- TRAGLIA 1970: A. Traglia, "Le parti del discorso nei 'capitolo grammaticali' di Quintiliano", en *Studia Florentina A. Ronconi oblata*, Roma 1970, 483-495.
- VENDLER 1957: Z. Vendler, "Verbs and Times", *PhR* 64 (1957) 143-160.
- VERKUYL 1989: H. J. Verkuyl, "Aspectual Classes and Aspectual Composition", *Linguistics and Philosophy* 12 (1989) 39-94.
- VERKUYL 1993: H. J. Verkuyl, *A Theory of Aspectuality. The Interaction between Temporal and Atemporal Structure*, Cambridge University Press, Cambridge 1993.
- VERKUYL, DE SWART & VAN HOUT 2005: K. Verkuyl, H. De Swart & A. van Hout (eds) (2005), *Perspectives on Aspect*, Springer, Dordrecht 2005.
- VERSTEEGH 1980: C. Versteegh, "The Stoic Verbal System", *Hermes* 108 (1980) 338-357.

- VIGO 1994: A. Vigo, "Verdad, lógos y praxis. La transformación heideggeriana de la concepción aristotélica de la verdad", en *Razón y Praxis*, ed. por A. García Marqués & J. García Huidobro, Edeval, Valparaíso 1994, 137-167.
- VIGO 2006: A. Vigo, "Aristóteles y la infinitud extensiva del tiempo (Fís. IV 13, 222a28-b7)", *Tópicos* 30 (2006) 171-205.
- VLASTOS 1950: G. Vlastos, "The Physical Theory of Anaxagoras", *PhR* 59 (1950) 31-57.
- VLASTOS 1955: G. Vlastos, "On Heraclitus", *AJPh* 76 (1955) 337-368.
- WACKERNAGEL: J. Wackernagel, *Vorlesungen über Syntax*, Birkhäuser, Basel 1926.
- WADE-GERY 1952: L. A. Wade-Gery, *The Poet of the Iliad*, Cambridge University Press, Cambridge 1952.
- WARDY 1996: R. Wardy, *The Birth of Rhetoric. Gorgias, Plato and their Successors*, Routledge, London and New York 1996.
- WAUGH 1991: J. Waugh, "Heraclitus: The Postmodern Presocratic?", *The Monist* 74 (1991) 605-623.
- WEINRICH 1968: H. Weinrich, *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Gredos, Madrid 1968.
- WEISS 2000: R. Weiss, "When Winning Is Everything. Socratic Elenchus and Euthydemian Eristic", en *Plato: Euthydemus, Lysis, Charmides*, ed. por T. M. Robinson & L. Brisson, Academia Verlag, Sankt Augustin 2000, 68-75.
- WEST 1971: M. L. West, *Early Greek Philosophy and the Orient*, Oxford University Press, Oxford 1971.
- WILAMOWITZ 1930: U. von Wilamowitz, "Lese Früchte", *Hermes* 65 (1930) 241-258.
- WOUTERS 1998: A. Wouters, "The Grammatical Papyri and the *Technê grammatikê* of Dionysius Thrax", en *Dionysius Thrax and the Technê Grammatikê*, ed. por V. Law & I. Sluiter, Nodus Publikationen, Münster 1998, 95-109.

- WRATHALL 2004: M. Wrathall, "Heidegger on Plato, Truth, and Unconcealment. The 1931-32 Lecture on the Essence of Truth", *Inquiry* 47 (2004) 443-463.
- WRIGHT 1981: M. R. Wright, *Empedocles. The Extant Fragments*, Yale University Press, New Haven and London 1981.
- ZAFIROPULO 1948: J. Zafiropulo, *Anaxagore de Clazomène*, Les Belles Lettres, Paris 1948.
- ZELLER 1856: E. Zeller, *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung*, R. Reisland, Leipzig 1844.

ÍNDICE

PREFACIO	I
ARCANOS DE LA GRAMÁTICA	1
HISTORIA DEL ASPECTO	7
La clasificación de Vendler	19
HISTORIA DE LOS TIEMPOS	34
Platón: del refugio en los <i>lógoi</i> al estudio sintáctico de la frase	37
Aristóteles y la distinción de los tiempos	47
Hacia la gramática: Dionisio Tracio y los estoicos	64
Teorías sobre los tiempos	70
EL HORIZONTE DEL AORISTO	83
Definir el indefinido	88
Usos gnómicos	97
PRESOCRÁTICOS	114
HERÁCLITO Y LA ARMONÍA EN LA PARADOJA	123
<i>Coincidentia oppositorum</i>	134
A la vera del río	143
EMPÉDOCLES Y EL CICLO CÓSMICO	157
Los versos de Empédocles en el contexto de la oralidad	159
Algunos problemas sobre el ciclo cósmico	164
ANAXÁGORAS Y LA DIVERSIDAD A PARTIR DE LO MISMO	197
Mezcla, intelecto, semillas y la sombra de Empédocles	198
Mezcla y redistribución: el sistema de <i>κρίνω</i>	205
Inteligencia natural	219
CONCLUSIONES	234
BIBLIOGRAFÍA	238